

“Mezclando la simbología de la baraja del Tarot, la mitología vudú y la tecnología, Bull ha creado una novela redonda” —Booklist

Emma Bull

Danza de huesos



Lectulandia

**Novela nominada al Hugo, Nebula, World Fantasy y Philip K. Dick
Autora ganadora del Locus y candidata al Mythopoeic y Compton Crook**

«Una arriesgada inmersión en un mundo implacable donde todo tiene un precio, incluida la vida».

América se ha sumido en el caos. Controlada por unos pocos poderosos, está poblada por vagabundos, soñadores y traficantes de tecnología. Antes de la guerra, el gobierno trabajó con una terrible arma: los Jinetes, seres humanos dotados de la habilidad de controlar y manejar psicológicamente a otros hombres, que fueron utilizados como espías y asesinos. Fruto del violento encuentro con dos de esos telépatas supervivientes, Sparrow, el andrógino protagonista, descubre que él es fruto de esos experimentos. Para descubrir el misterio que rige su vida, tendrá que revelar su secreto a los demás. El problema, es que no confía en nadie.

Emma Bull consigue una impactante y vigorosa novela, escrita con una prosa casi poética, afilados y certeros diálogos y un arrollador escenario. La obra más importante de una de las voces más sólidas y reconocidas del género.

Lectulandia

Emma Bull

Danza de huesos

ePub r1.0

GONZALEZ 25.07.16

Título original: *Bone Dance*
Emma Bull, 1991
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicatorias...

Cyn Horton me dio las cerillas. Elise Krueger sostuvo la vela mientras yo la encendía. Las tropecientas mil palabras que siguen están dedicadas a ellos. Gracias, chicos.

... y agradecimientos

Un libro, al igual que un edificio, necesita buenos cimientos; Tom Canty, Terri Windling y Will Shetterley han contribuido a colocar los de este. Si ha quedado alguna puerta mal encajada o una escalera que no lleva a ninguna parte, la culpa es solo mía.

Quisiera dar las gracias a Jerry Blue, Denise Habel, Tom Grewe, Magenta Griffith, Mitch Thornhill y Tony Taylor por su generosa ayuda con los materiales, a Howard Davidson por inspeccionar parte de la instalación eléctrica, a Tom Juntunen y Will Shetterly por echar una mano con los cuadros y a April Anderson por los planos secretos del edificio del banco Norwest. Y especialmente a Beth Fleischer, que supo cuándo se transformó el solar en la mansión Winchester.

El edificio ha sido inspeccionado por los Plumillas de Minneapolis, a quienes la autora ofrece toda su gratitud (zorras). Las especificaciones adicionales han sido realizadas por Deconstrucciones Cupertino (Joan Singer y Gordon Garb).

Los encabezamientos de las diferentes partes están extraídos del *Diccionario del tarot* de Bill Butler (Schocken Books, 1978), una obra maravillosa para cualquiera que esté interesado en la comparación de los simbolismos y la interpretación del tarot.

CARTA 0

El significador Sota de espadas

Crowley: la parte terrena del aire, la fijación de lo volátil, la materialización de la idea. Sutileza en las cosas materiales, inteligencia en la gestión de los asuntos prácticos, en especial si son de naturaleza controvertida.

Gray: un muchacho o muchacha con el cabello y los ojos de color castaño. Posible comprensión o conocimiento de las reglas de la diplomacia, la comunicación epistolar o el espionaje. Vigila lo invisible.

0.0: la bolsa

La habitación estaba a oscuras. La habitación siempre estaba a oscuras porque no tenía ventanas. Esto no tendría por qué haber significado nada. Pero la forma que tenían las sombras de envolver el escritorio como un cortinaje; la forma que tenía la lámpara de cuello curvo de proyectar su óvalo de luz sobre el pulido palisandro; la forma que tenía el silencio de envolver la estancia, sin siquiera el estorbo de un siseo de gas; la forma que tenía el tenue, tenue olor a petróleo y electricidad, como el olor de la misma riqueza, de brotar de todas partes; todas estas cosas otorgaban significado a la oscuridad. En aquella habitación, nada era accidental.

El cliente estaba sentado tras su mesa, en una silla tan alta y ancha que podría haber ocultado a dos guardaespaldas. Se mantenía apartado de la luz, y la luz de él. Puede que hubiera leído en alguna parte que mantener el rostro oculto proporcionaba una ventaja psicológica en las transacciones mercantiles. Podía pensarlo si quería. Ya contaba con la única ventaja real: el dinero. Todo lo demás era humo y paja.

La mercancía estaba dentro de una caja lisa de metal del tamaño de una mano y media, que originalmente había sido de color blanco. La dejó al borde de la mesa, poco más allá del límite de la luz. A continuación, apoyé un dedo sobre ella y la empujé hacia él. La caja resbaló sobre la lustrosa madera y se detuvo frente al cliente.

Sus manos salieron de debajo de la mesa y se colocaron a ambos lados de la caja. Entonces, la izquierda volvió a levantarse, tocó el metal y se posó sobre él, abierta.

—¿Es la que le pedí? —dijo. Eran las primeras palabras que salían de su boca desde que abriera la puerta y me hiciera pasar.

—Compruébelo.

Su autocontrol cedió por un instante y sus dedos arañaron el cierre. Una bisagra se atascó y chirrió. Entonces, con un *tic*, la caja se abrió y una viruta de metal rota resbaló sobre el palisandro. En su interior había otra caja de plástico. Era casi toda de color azul marino, y tenía una reproducción de una fotografía a color y un título. Yo sabía que el diseño le era conocido. Le había llevado otros parecidos, con fotos y títulos diferentes. Abrió la segunda caja, la que contenía la cinta de vídeo. Tocó la etiqueta como si fuera frágil.

—*Cantando bajo la lluvia* —dijo, y capté un tinte de satisfacción, o presunción en realidad, en su voz.

Cerró la caja interior y la exterior. Sus manos volvieron a adoptar la postura contenida de antes, a ambos lados de la caja, como los paréntesis de una ecuación.

—¿El contenido se corresponde con la etiqueta? —Esta vez lo dijo con voz fuerte, una voz acostumbrada a dar órdenes en aquella habitación y fuera de ella.

—Sí.

—¿Y es la original o ha hecho una copia para vendérmela?

Al oír esto, extendí la mano, puse el mismo dedo de antes sobre la caja de metal y la traje de regreso arrastrándola sobre la mesa. Sus manos se crisparon, como unos

gatos levantándose y estirándose. Pero no fueron tras la caja. Él conocía las reglas del Negocio.

—Puede buscarla en otra parte —dije con tono educado— si no quiere comprármela a mí.

La boca, imagino, se le había quedado seca. Al menos me gustaba pensar que era así.

Nos quedamos parados un momento. Puede que estuviese barajando la posibilidad de echarme a la calle, pero lo dudo. Había pasado seis meses a su servicio, buscando aquello mismo.

Finalmente sacó una bolsa de cuero alargada a la luz y la abrió. Vacío lo que contenía sobre su mano, lo alineó y se aseguró de que yo viera que la bolsa había quedado vacía. Era un gesto insultante, pero no tanto como sus preguntas. Dejó diez brillantes y redondas pepitas de oro entre los dos, con un bonito retrato en el centro cada una de ellas, magníficos ejemplos del arte de la acuñación. Doscientos dólares en metálico, lo que había prometido. El tipo tenía buena memoria.

Con una sola mano, convertí la fila de monedas en una columna y le pasé la caja con la otra. Estudié la primera de las monedas y luego una sonrisa mía atravesó la barrera de luz hacia su cara.

—Una notable semejanza —dije. Hice desaparecer el dinero, con la esperanza de que reparara en el gesto. Era una respuesta al que él había hecho antes, con el que había querido expresar que en la bolsa de cuero no quedaba nada que robar.

—Tengo otro trabajo —dijo, como si yo se lo hubiera pedido y él estuviera sopesando la idea. Estas tonterías le hacían falta para ocultarse a sí mismo el hecho de que me necesitaba—. Será complicado.

—Este último no ha sido lo que se dice un paseo por el campo.

Cogió la caja que contenía *Cantando bajo la lluvia* y le dio varias vueltas entre sus manos. Finalmente, dijo:

—Quiero la película de los Jinetes.

Me eché a reír, cosa que no pretendía.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque nunca la he visto, por eso. Si la hubiera visto alguien en la ciudad, sería yo, y nunca lo he hecho.

—Así que cree que no existe. —Su voz transmitía una gélida incredulidad.

—Conozco la leyenda. Un pobre cabrón que hizo una peli de ciencia-ficción de serie B en la que los agentes síquicos de las Fuerzas Especiales dominaban las mentes de unos malvados dictadores y ganaban la guerra en Sudamérica. Y luego unos tíos de esos que llevan gafas de sol por la noche se presentaron en su casa, le hicieron algunas preguntas con mucha insistencia y se lo llevaron detenido. Que yo sepa, nunca lo soltaron. Que yo sepa, el asunto nunca se editó en vídeo. Que yo sepa, nunca se ha demostrado que se distribuyera. Punto. Puede archivar la historia junto a

Autostopistas, coma, Desapariciones.

Hubo un silencio, en el que decidí que estaba tratando de averiguar qué había querido decir con aquellas últimas palabras. Si me preguntaba, pensaba decirle que lo averiguara solo.

—Habla como si no creyera en los Jinetes.

A veces me asalta una profunda y devastadora sensación de pérdida por algo que nunca he tenido: el mundo, tal como era antes. Esta fue una de ellas.

—Por supuesto que creo en los Jinetes. Lo que no creo es que alguien tuviera la mala suerte de grabarlos en una película.

—¿Rechaza el trabajo?

Sacudí la cabeza.

—La buscaré. Llevo años haciéndolo. Pero no voy a encontrarla. Ahora no. Si alguna vez hubiera existido, ¿cree que quedaría alguna copia?

—Quinientos —dijo.

Levanté las cejas.

—Mil, en metálico. Y puede dar gracias a que no le pida la mano de su primogénito y la mitad de su reino.

—Nadie le pagaría mil por una condenada película.

—Entonces, si la encuentro, nadie la tendrá.

Un largo y oneroso silencio.

—Si la encuentra —dijo al fin, con una voz tan ronca que parecía oxidada—, tráigamela.

Sonreí y reprimí el impulso de hacer una reverencia. No habíamos acordado el precio, pero coincidíamos en que aquella cifra marcaba la frontera de un país en el que estábamos dispuestos a librar la batalla, si surgía la necesidad.

Abrió uno de los cajones de un escritorio, guardó *Cantando bajo la lluvia* en él, lo cerró y echó la llave. Como ocurre en ocasiones, cuando una gran cantidad de dinero cambia de manos en una atmósfera de escasa tolerancia, de repente se volvió cordial. Con un gesto, señaló una esquina de la sala, situada a menor altura, y dijo:

—Ahí abajo hay gente que considera que doscientos en oro es una fortuna, hijo. ¿Qué piensa hacer con el dinero?

Sonreí. Si no lo veía, seguro que lo oiría en mi voz.

—Oh —dije—. Creo que me tomaré un buen desayuno.

Y ese tendría que haber sido el fin del asunto, pero puede que, con una fortuna en el bolsillo, mi mente no pensara con la misma claridad que de costumbre.

—¿La ha visto? —le pregunté.

La pregunta lo sorprendió tanto que metió la cara en la luz. Entornó la mirada y sus ojos se perdieron bajo la carne pastosa y blanquecina.

—¿Cómo dice?

—*Cantando bajo la lluvia*. ¿La ha visto? —Gente bailando sobre los sofás, colgándose de las farolas y apilando muebles sobre el tutor de dicción. ¿Es que sentía

una pasión secreta por las estupideces?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que la quiere?

Su respuesta apareció en su cara, despectiva y estupefacta al mismo tiempo. El dinero me hace formular preguntas estúpidas. La quería, naturalmente, porque nadie más la tenía.

—Al final Debbie Reynolds muere —le dije.

Cinco minutos después estaba en el ruidoso ascensor, bajando del último piso del edificio más alto de la ciudad, con más dinero en el bolsillo que en toda mi vida, en el centro, literalmente, de la riqueza y el poder. Y si todo esto me hacía sentir algo era, más que nada, náuseas y miedo. Cuando volviera a estar en la calle, en un lugar que hubiera recibido alguna vez los rayos del sol, me repondría.

Pasé junto a la mesa de la entrada, saludé con la cabeza al hombre que estaba sentado detrás y salí, tratando de aparentar que no estaba huyendo como alma que lleva el Diablo. Me volví hacia la derecha y, mientras me sumergía en el animado *pandemonium* matutino de las calles, sentí que la tensión de mis hombros remitía.

Había hecho un buen trabajo, decidí después de pensarlo un poco. Aquel edificio, aquella oficina y aquel cliente, siempre me hacían sentir una mezcla de claustrofobia y pequeñez, pero a pesar de ello, con la mente centrada en el Negocio, había conseguido que todo marchara como la seda. Puede que hubiera imitado un poco al Humphrey Bogart de *El halcón maltés*, pero hay papeles peores en el mundo.

Compré huevos, pimientos y un poco de queso desmenuzado en tres puestos diferentes, me los llevé a una barbacoa ambulante y encargué una tortilla con ellos.

Después de desayunar, cogería un bici-taxi y pagaría el largo, larguísimo trayecto a las afueras del oeste de la ciudad, donde, según un carroñero de cultura que conocía, había un almacén sellado que contenía lo que quedaba de una empresa de edición de vídeo. Sería, desde mi punto de vista, un día perfecto.

Pero había caos en su interior. Así es como empieza el cáncer: una célula o dos, mutadas, empiezan a dividirse, en secreto durante semanas o meses hasta que, de repente, la transformación se anuncia a sí misma y el organismo entero empieza a marchitarse por su causa. Las células mutaron aquel día, aunque yo no lo supe hasta varias semanas después.

CARTA 1

Envoltura Muerte, regreso

Waite: inercia, sueño, letargo, petrificación, sonambulismo, esperanza frustrada.

Gray: estancamiento. Fracaso de la revolución o de otra forma de cambio violento.

Crowley: transformación y frustración del desarrollo lógico de las condiciones existentes. Su arma mágica es el dolor de la obligación. Su poder mágico es la nigromancia.

1.0: voy a ir al centro

Desperté de espaldas sobre la tierra. Apretaba el sol, pero debajo de mi cuerpo el suelo estaba fresco. Llevaba un tiempo allí, pues. El cegador cielo estival, teñido de blanco y azul, me hizo llorar los ojos. Tenía la boca como la tumba de una de esas culturas en las que se entierra a los sirvientes con el muerto.

Volví la cabeza lentamente y vi que me rodeaba la ribera del río, desierta, con una peste a peces muertos flotando en el aire. En la distancia, más allá del barro endurecido y reseco y los restos de hormigón, una cuadrilla trabajaba en un puente. Se oían los gritos lejanos que marcaban la cadencia de su trabajo y el estruendo que hacían los pesos al descender sobre los pilotes.

Rodé sobre mi espalda y traté de decidir cómo me encontraba. Esta vez, lo único que sentí fue un cardenal hinchado y sensible en una mejilla. Traté de recordar dónde podía habérmelo hecho: en el callejón de atrás de «La ofensiva del Tet», donde había ido a comprar un poco de sucedáneo de pato picante y había conseguido dos *Charlies petites* en su lugar. Lo último que recordaba con claridad era a una de las chicas lanzando una patada y su tacón volando hacia mi cara desde la oscuridad. Supongo que fue entonces cuando perdí el sentido.

Como el único daño importante se había producido en un momento que podía recordar, supongo que no me había pasado nada horrible mientras estaba inconsciente. ¿Cuánto tiempo habría sido? ¿Y qué me habría perdido?

Cuando me incorporé, tuve que revisar el informe de daños. Mi cabeza era el Santo Sepulcro de las resacas. Oh, sí que había sucedido algo horrible. Al menos, esperaba habérmelo pasado bien. Tardé un rato en volver a la calle paralela a la Orilla, y para entonces el mareo no había hecho sino empeorar.

Antes de perder el conocimiento llevaba treinta pavos en metálico, pero ahora tenía los bolsillos vacíos. Si no me lo habían quitado las chicas, debía de haberlos utilizado para pagar aquello cuyos efectos estaba sintiendo ahora en la cabeza. Ojalá pudiera recordar lo que había sido. No es que eso fuera a impedir que volviera a consumirlo. Más tarde o más temprano sucedería de nuevo: mi mente se apagaría de repente y, como de costumbre, mis buenos propósitos resultarían tan útiles como una lámpara en un ataúd.

La próxima zambullida sería la número cinco. La primera vez había creído que se trataba de algo que había comido, bebido o consumido en general. La segunda vez me pregunté si sería obra de alguien, un *coup n'âme*. A la tercera, empecé a darme cuenta de que era cosa mía. La consecuencia inevitable de mi peculiar origen, que se manifestaba al fin para rectificar un error que llevaba demasiado tiempo sin resolverse. Pero de ser así, ¿por qué no me mataba sin más?

Me senté sobre el muro que se extendía junto a la carretera, tiritando bajo el sol. De repente era capaz de imaginar las cosas que mi cuerpo podía hacer cuando yo no estaba allí para impedirselo, y me encontraba tan mal que cabía la posibilidad de que

las hubiera hecho todas. Puede que fuera así y simplemente no me hubiera dejado marcas. Pensé en un futuro lleno de espacios en blanco y supe que no podría soportarlo. Si mi futuro era así, tenía que escapar de él.

El método más evidente, el recurso favorito del desesperado, acudió a mis pensamientos. Se presentó de repente en el vestíbulo de mi cabeza, tan claro y deseable, que no pude evitar que se me escapara un ruidillo. Había bajado del muro y me dirigía hacia las Profundidades antes de comprender de qué estaba (en sentido figurado) huyendo. La mente animal, cuando sufre una agresión, prefiere buscar refugio en su propia madriguera.

En algunas zonas de la ciudad podías sentarte en la acera y extender la mano, y al cabo de un rato tendrías el dinero suficiente para pagar un bici-taxi. A fin de cuentas, seguía habiendo gente en el mundo a quien los mendigos le inspiraban una piedad supersticiosa y si una persona herida, sucia y desorientada no podía provocar esta reacción, no sé para qué servía la superstición. Pero la Orilla era un territorio complicado. Allí la gente se regía por las normas del Negocio, como todos. Pero vivían bien gracias a esto, lo cual afectaba su visión de las cosas. Aunque en el pasado hubieran conocido la Primera Ley de Conservación del Negocio —que nunca hay suficiente para complacer a todos—, habían dejado que se extraviara en sus mentes. Así que pasaban a tu lado, montados en sus vehículos cooptados, o trotando bajo los nudosos árboles, precedidos por perros tan bien alimentados como ellos, y asumían al verme que si no tenía sustento era porque no me lo merecía tanto como sus animales de compañía.

En el pasado, incluso en un lugar como la Orilla, hubieras podido extender la mano de cierta forma y la gente habría entendido que necesitabas transporte. Detendrían sus coches privados y dejarían que te montaras sin pedir nada a cambio. Parece raro pero es cierto. Lo he visto en las películas. Pero eso fue hace mucho. Así que seguí arrastrándome como pude, mientras los perros ladraban y sus dueños hacían movimientos que creían imperceptibles en dirección a alguno de sus bolsillos. No es que me preocupara; no creo que me hubiera sentido peor aunque hubiera recibido un chorro de amoníaco en los ojos.

Para cuando llegué al mercado de Seven Corners, el mundo entero parecía palpar, lanzando destellos de colores al ritmo de los latidos de mi corazón. Y acompañado, cómo no, por el golpeteo de los postigos de mi jaqueca. Seven Corners nunca ha sido un buen lugar para el tipo de negocio que yo practico: allí se vende sobre todo comida, ropa, accesorios de cocina y todos los servicios que acompañan a estos. Así que no tenía que preocuparme de atravesarlo con los ojos prácticamente cerrados. En ese momento empecé a pensar que tal vez lo que tuviera fuera algo más que una resaca.

Finalmente, el peso del sol me obligó a detenerme al llegar al borde del mercado. Paré bajo un toldo, apoyé la cadera en una mesa y fingí que estaba ocupado examinando una bandeja de tomatillos. En el puesto contiguo había unos cajones

lentos de aves de corral y ni el ruido ni los olores eran demasiado agradables. Una negra con el rostro recorrido de un lado a otro por una cicatriz en forma de serpiente que pasaba por encima del puente de la nariz le cambió al vendedor un gallo blanco por una botella de licor casero. El vendedor le tapó la cabeza al pájaro con un saquillo, le ató las patas y las juntó con una cuerda para poder sujetarlo. La mujer se marchó con un gallo demasiado estupefacto para resistirse en su poder. *Pues la cosa va a empeorar*, quise decirle, pensando en la cicatriz de su nueva propietaria.

Estaba esperando, comprendí, a perder el conocimiento de nuevo. Como si pasara cuando podía prepararme. No habría sido tan malo si hubiese sabido lo que era. ¿Un tumor cerebral, una indigestión, una insolación? El calor que hacía allí habría matado a un cactus. Tenía el cuero cabelludo empapado de sudor, tan caliente como el aire, demasiado caliente para hacer su trabajo.

El vendedor de aves tenía un par de palomas en una jaula, criaturas de un color gris sedoso y aspecto huraño. Las palomas de los cuadros nunca parecen hurañas. De hecho, parecen sumidas en un estado de permanente exultación, como las que revolotean despreocupadamente alrededor de un cáliz en las... cartas de... Sherrea.

La revelación me invadió allí, entre las mercancías. Yo quería saber. Sherrea aseguraba que era capaz de extraer la verdad de un mazo de setenta y ocho cartas. No creía en las cartas pero podía, bajo presión, llegar a admitir que no sabía qué pensar sobre Sher. Un poco de telepatía, con el Tarot como justificación —o cualquier otra cosa que ella quisiera utilizar— podía ser lo que necesitaba para localizar mis recuerdos perdidos. Si es que era realmente telépata, si es que los recuerdos seguían allí y si es que podían servirme de algo. Pero al menos tenía que intentarlo.

La vieja morena que vendía los tomatillos estaba lanzándome unos gritos impropios de su edad y mirándome mal, así que me volví y seguí mi camino. Pero entonces tropecé con uno de los postes de su puestecillo, lo que sacudió entera la lona que le servía como techo, y ella gritó algo sobre *mi madre*^[1]. Eso me hizo reír. Pero cuando abandoné la sombra, el sol me golpeó la cabeza con la fuerza de un martillo y dejé de reírme.

La Cañada forma el extremo occidental de la Orilla, a pocos cientos de metros del mercado de Seven Corners. El pavimento agrietado de una antigua autopista interestatal está por todos lados. La carretera sigue estando en buen estado, en una era que no las necesita tan grandes y que carece de uso para el concepto de «interestatal». Desde el borde de la Cañada se veían las Profundidades, al otro lado, teñidas primero con los colores grises y pardos de los ladrillos y la madera y luego, conforme iban alejándose y ascendiendo, con el bronce, el negro perlado y el verde claro de las torres de piedra, metal y brillante cristal. La emperatriz de todas ellas, erguida en su mismo centro, era Ego, la construcción más alta de toda la ciudad, cuyas paredes reflectantes carecían de color propio y utilizaban el del cielo, un azul implacable e inmaculado aquel día. Las torres de las Profundidades, erguidas en ángulos o curvas, resultaban aún más notables cuando se comparaban con las formas de sus hermanas

en ruinas, que aparecían ocasionalmente entre ellas. Si hubiera llegado a ellas tan deprisa a pie como lo he hecho en este relato, puede que no tuviese nada que relatar. O puede que sí. Casualidad es la palabra que utilizamos cuando no vemos el movimiento de los hilos.

El puente que cruzaba la Cañada estaba repleto de vendedores que no habían encontrado sitio en el mercado. Solo unos pocos de ellos tenían toldo, o siquiera puesto. La mayoría extendía una manta sobre las ennegrecidas aceras y se protegían del sol con sombreros, chales y sombrillas. El calor se elevaba de la superficie de la carretera con la fuerza de una explosión y la escena entera estaba difuminada por la trepidación de un espejismo. Al llegar cerca del centro del puente, me detuve y me froté los ojos con las manos, tratando de expulsar el dolor de cabeza y reemplazarlo con un firme sentido del espacio y el equilibrio. Un escalofrío me recorrió. Puede que el sudor sí que estuviera haciendo efecto, al fin y al cabo. Aunque lo cierto es que ya no parecía estar sudando.

Una brisa cálida sopló sobre mí. No, era el viento levantado por la gente al pasar. Entonces, ¿por qué no cesaba? Abrí los ojos. Un brazo flaco se alargó hacia mí, unos dedos como huesos me atenazaron el hombro y me obligaron a volverme. Rostros salpicados de negro y gris, cabezas cubiertas por una fina pelusa, andrajos en brusco movimiento... Estaba en el ojo de una tormenta de Turbados.

Hay gente que los compara con los conejos en primavera. Puede que le tengan miedo a los conejos. Los Turbados son pálidos y flacos, como si estuvieran hechos de alambre, y cuando bailaban, sus brazos y piernas se entrecruzaban como celosías hechas de piel y hueso. La ropa que llevaban no era apropiada para el calor, pero tengo entendido que no lo notan, ni el frío, ni en realidad cosa alguna aparte de la pasión de los tambores que resuenan por sus venas.

Los niños de la noche, que todos los días, al ponerse el sol, traen el dinero de sus padres desde los últimos pisos de las torres o de las fincas valladas de los parques que jalonan la ciudad, siguen a los grupos de Turbados como gaviotas detrás de un carromato de basura. Tratan de copiar sus pasos. Pero su baile no tiene patrón, ni repeticiones y lo que lo provoca es el mismo defecto o enfermedad que hace palpitar la sangre de los Turbados y une su mente en comunión. Los gafes dicen que los Turbados son algo así como unos parientes suyos pero, que yo sepa, los Turbados no se dan cuenta de ello. Los niños de la noche los siguen en busca de profecías, de cualquier palabra que puedan repetir luego en los clubes nocturnos para revestirse de un barniz de elegante fatalismo durante unas pocas horas, hasta que aparece cualquier otra novedad.

Pero yo nunca abría las galletas de la suerte, ni metía dinero en la máquina de Sopesa-tu-Suerte en la *Galería de Juegos*^[2], ni les pedía profecías a los Turbados. A mí nadie podía convencerme de que el futuro estaba ya previsto. Y si lo estaba... En fin, el mejor amigo del futuro es el pasado, y con este no me hablaba. Las profecías son fe para los ignorantes y diversión para los ricos, y yo no era ninguna de las dos

cosas. Los Turbados no podían saber nada sobre mí.

—Retoño —dijo uno de ellos—, cosa ancestral, muy lejos de casa.

Los aciertos casuales no cuentan. Cuando quería, sabía cómo volverme tan invisible como le es posible a una criatura de carne y hueso. Un Don Nadie en una calle llena de gente idéntica. En aquel momento mi magia no parecía estar surtiendo efecto.

—¡Largo! —grité.

—A un solo paso de casa —dijo otra voz, más aguda.

—A un lado. —Un tercer Turbado.

El cuarto:

—Y al otro.

—No tiene casa.

—¿Y vosotros no tenéis casa? ¿No tenéis familia?

Todos parecían encontrarlo hilarante. Teniendo en cuenta que se supone que poseen una sola mente, era como cuando uno se ríe de sus propios chistes.

A estas alturas, no habría sabido decir si alguna de las voces la había oído ya.

—Alejaos de mí —dije—, si no queréis que haga daño a alguno de vosotros. — La parte de mi mente que se encargaba en aquel momento de pensar, alejada del resto de mí, se sorprendió al reparar en el tono chirriante de mi voz—. O puede que a más de uno —añadí, sólo para probar que podía.

—Eres el concepto immaculado —canturreó un Turbado, mientras acercaba su rostro, masculino o femenino, al mío. La piel, entre las rayas de pintura gris que la tapaban, era opaca y parecía agrietada; el aliento que arrastraba las palabras era espeluznantemente dulce—. Eres la carne hecha verbo. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Adónde lleva tu camino?

—Este es el camino, mira, este.

Me rodeé la cabeza con los brazos, como si estuviera protegiéndome de una bandada de aves furiosas.

—¡Largo! —grité, y esta vez ni siquiera a la parte pensante de mi mente, acobardada en su rincón, le importó si me oía todo bicho viviente en el puente. Así supe que estaba empezando a asustarme.

—¡Camino!

—¡Camino!

Estaba encerrado en una valla de huesos que cantaban con voz de cuervos y si no escapaba de ella inmediatamente, iba a obligarme a caer de rodillas golpeándome con mis propios secretos. Cerré los ojos y la emprendí a puñetazos.

Los Turbados respondieron lanzando gritos de alegría y transcurrió un momento antes de que comprendiera que no los había alcanzado con los puños. Abrí los ojos. Había una abertura en el círculo, así que me lancé hacia ella a toda prisa y escapé por el bosque de peatones y sombrillas. Si no hubiera tropezado con una manta llena de

cazuelas y sartenes y no hubiese resbalado en el bordillo de la acera, no estaría escribiendo esto. O puede que sí. Ya he mencionado lo de los hilos... Con un tintineo de aluminio y hierro forjado, caí de espaldas sobre el pavimento, a escasos centímetros de la trayectoria de un vehículo de tres ruedas que estaba dispersando el tráfico de peatones a derecha e izquierda. El conductor tocó el claxon, viró y, con un patinazo, se detuvo bruscamente.

Los Turbados estaban gritando y... ¿vitoreándome? ¿Quién sabe qué cosas vitorean los Turbados? ¿Acababa de emprender el «camino de regreso a casa» o el «camino de no regreso a casa»? ¿O tenía algún significado todo aquello?

El triciclo llevaba un equipo de viaje completo, capota anti-lluvia incluida, y un acabado de barro y polvo recubriendo el techo. Cuando se abrió la escotilla, el sello despidió una lluvia de copos de barro y el conductor salió de la abertura con asombrosa velocidad y economía de movimientos. Habría costado decir qué pronombre le correspondía a la persona que se ocultaba debajo de las gafas tintadas, el casco, el arrugado mono y la capa de polvo. Él o ella se había arrodillado junto a mí antes de que tuviera tiempo de incorporarme.

—¿Te has golpeado? —Una voz rápida y concisa, cuyas tonalidades medias emergían crepitando de la ronquera para cobrar resonancia. La piel de la angulosa barbilla, por debajo del polvo, nunca había necesitado un afeitado y cuando la mano derecha se libró del guante de cuero teñido, vi unos dedos maltratados pero relativamente finos. En mi fuero interno, aposté por una «ella». Los dedos me cogieron la barbilla antes de que pudiera esquivarlos.

Todo se inclinó cuarenta y cinco grados. Mi visión estaba clara pero, por un momento, me sentí como si estuviera en cuclillas sobre un tejado sin ningún sitio donde sujetarme. Entonces, el mundo regresó en tropel. Las gafas oscuras de la conductora me devolvieron sendas imágenes de mí, con los ojos ligeramente hinchados. ¿De qué coño era aquella resaca?

—No —dije—. No me has dado.

Se quitó las gafas, las cerró y se las guardó en el bolsillo del pecho. Tenía unos ojos negros, rodeados por un cerco de piel morena y limpia, gracias a las gafas, que la habían protegido del polvo más que la capota del triciclo. Me miraba con el ceño fruncido, como si yo acabara de confesar algo peor que no haber sido atropellado por su vehículo. Entonces una expresión amable y despreocupada reemplazó la hostilidad... O no, más bien la cubrió, como si fuera una máscara.

—Supongo que podría hacer otro intento —dijo con tono reflexivo—. ¿No? Pareces tan ofendido...

—No por tu puntería, te lo prometo. Perdóname —dije, y me levanté. Demasiado deprisa. Ella me sujetó por el torso.

—Uau, calma, chico. Arriba es por ahí. Pon un pie aquí, y luego el otro... Eso es. —Se apartó un paso y yo me tambaleé, pero nada más—. Y ahora, ¿hay alguien que se te pueda llevar o estás condenado, como un proyecto de obras públicas grabado en

cemento, a decorar este puente para toda la eternidad?

Es cierto que nada de lo que yo había dicho o hecho hasta el momento inducía a pensar que pudiera andar por las calles sin ayuda.

—No, estoy bien. Sólo voy a las Profundidades. —Eso sí que no tenía el menor sentido. No obstante, era cierto que si lograba llegar a las Profundidades, todo estaría bien. O al menos eso me decía mi instinto de supervivencia. Miré a mi alrededor y vi que los Turbados habían desaparecido. Supongo que ya no les resultaba interesante.

La mujer enarcó las cejas: pregunta delicada al canto.

—¿Las Pro...? Oh, el centro. —Se limpió un reguero de sudor de la frente con el dorso de la muñeca y a continuación, con un gesto impaciente, se arrancó el casco de un tirón. El cabello que había debajo estaba enredado y empapado de transpiración, le llegaba hasta los hombros y era muy negro—. Supongo que habrá que cortar en seco tu carrera como cariátide —dijo—. Yo también voy para allá. —Una sonrisa gloriosa, que no escondía nada ni significaba nada.

Yo llevaba una camiseta mugrienta, unos pantalones aún más mugrientos y un par de zapatos, y no tenía la menor intención de darle nada de esto. Llevaba algunas cosas interesantes en los bolsillos pero ninguna de ellas valdría su peso en oro en manos de otra persona. Así que si me dejaba llevar por aquella desconocida adquiriría un compromiso con ella. Solo que la idea de sentarme, cerrar los ojos y dejarme llevar a las Profundidades sin tener que pensar más... No, allí no tenía crédito.

—No, gracias —grazné—. Hace un día estupendo para pasear.

Un suspiro escapó entre sus labios.

—Oh, Nuestra Señora de los Mártires. No me había percatado del olor de santidad que despides. Sube.

Lo dijo como una especie de blasfemia. Pero cayó en mis oídos como algo diferente, y peor. ¿Dónde estaba la hermosa y familiar cadencia del Negocio, el cuidadoso sopesar de mercancías y consideraciones, el intercambio de intereses de la compraventa? Si no me engañaban el oído y la razón, aquella mujer hablaba con un lenguaje desconocido y herético. Me empujó hacia el vehículo y traté de resistirme. Pero la verdad es que quería sentarme bajo la capota del triciclo, donde el sol no pudiera alcanzarme, aunque tuviera que pasar el resto de mi vida pagando la deuda...

Me metió en el asiento trasero como si fuera su colada. Se sentó en el delantero, se abrochó el cinturón y cerró la escotilla de un portazo. Un momento más tarde, estábamos rodeados por el ruido del motor y el traqueteo de la capota.

Bueno, una marca más en la columna de adeudos.

—Te lo pagaré —dije lo más alto que pude, aunque dudo que fuera suficiente.

Ella se volvió en su asiento, me recorrió con una mirada rápida y esbozó una sonrisa poco entusiasta.

—Buen Dios, ¿con qué?

Cruzamos la Cañada. Mi silencio era fulminante; el suyo no sé lo que era. Cruzamos rápidamente los vacíos almacenes, pasamos junto al palacio de la ribera,

con sus tejados de cobre, y dejamos atrás los amurallados yermos de las familias Whitney-Celestin, que se extendían a su alrededor. Los peatones y ciclistas se quitaban de en medio al vernos llegar, salvo en una ocasión, cuando alguien que conducía un par de cabras en dirección al mercado se plantó en nuestro camino alegando que tenía preferencia. Mi salvadora hablaba con un criollo genuino, al menos por lo que se refiere a las procacidades. Cuando pisó el freno, sentí que la parte trasera del vehículo se encabritaba y derrapaba sobre la gravilla. Un piloto se encendió en el salpicadero, delante de ella.

—Oh, cierra el pico —dijo, y pulsó un botón con el índice.

El triciclo era, por sí solo, inmensamente valioso. Pero no era bonito. Había una gruesa capa de polvo y tierra debajo de la capota, la goma estaba agrietada y la pintura medio levantada, pero esos eran sus únicos defectos. Todo cuanto veían mis ojos había sido reparado al menos en una ocasión, con diferentes grados de éxito y una cantidad variable de cinta aislante. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. El dolor que sentía tras los párpados estaba disolviéndome los músculos.

—¿Vas a decirme adónde vamos? —dijo una voz dulce y templada desde el asiento delantero—. ¿O seguimos a la deriva, como el Holandés Errante? No tienes pinta de albatros.

—Bueno, no me has disparado —dije, alarmándome—. Al menos aún. —Abrí los ojos y vi, al otro lado de la compuerta del techo, el cielo ardiente y el exterior en ruinas del Hotel Washington—. Después del último túnel de gerbos, gira a la izquierda.

—¿Perdona? —dijo con tono divertido.

—Las pasarelas de peatones que cruzan las calles por arriba. Túneles de gerbos. Soltó una carcajada.

—Jesús, así que todavía las llaman así. No había... —Giró el volante y el triciclo ganó como un perro ansioso—. ¿Por aquí?

—Sí. —Sufrí un momento de desorientación mientras veía cómo pasaba por encima de mi cabeza la inmensa y húmeda sonrisa del muchacho del cartel que había frente al edificio de la Agencia de Energía. Ahorrad, por lo más sagrado. Malditos capullos.

—Bueno, ¿y qué tal se vive por aquí? ¿Todas las mujeres son fuertes y todos los hombres guapos?

Ignorando la crispante mezcla de humor y ferocidad de su voz, dije:

—Asumo que eres nueva en la ciudad.

—Pues no asumas tanto. Crecí aquí. Pero he estado fuera, a doce mil kilómetros o a siete largos años de distancia, lo que prefieras.

Por primera vez me dio por pensar que tal vez mi chofer no tuviera todos los tornillos en su sitio.

—Ya veo. Para cuando llegues a la valla.

—Sería idiota si no lo hiciera —dijo y me di cuenta de que había frenado

mientras yo hablaba. Alargué el cuello para mirar por el parabrisas y encontré frente a nosotros la oxidada valla que delimitaba la Feria Nocturna. Estaba en calma, esperando al crepúsculo—. ¿Qué es eso? —preguntó ella, señalando la valla.

Decidí escatimar la información.

—Un mercado. Puedes dejarme aquí.

Esperé a que abriera la escotilla. En lugar de hacerlo, recorrió el vecindario con la mirada, lentamente. Estaba lo bastante cerca de ella como para ver las profundas arrugas de los bordes de sus ojos, la tupida y negra masa de sus pestañas y la forma precisa de sus labios. Tenía los lóbulos perforados pero no llevaba pendientes. Ni anillos, ni cosméticos, ni adornos. Ni un solo toque personal, nada de sentimientos. Me recordó a mi apartamento.

Como si hubiera oído este pensamiento, preguntó:

—¿Vives aquí?

—No —dije simplemente.

Cuando quedó claro que no iba a añadir nada, apagó el motor y volvió la cabeza hacia mí. Le sonreí. Aunque parezca absurdo, ahora que habían cesado el ruido y la vibración me sentía peor.

—Cielos —dijo—. Un pozo de información. «La indiscreción puede hundir barcos»^[3]. —Oí que se abría la escotilla sobre mi cabeza. La mujer terminó de abrir el techo, se volvió en su asiento y me tendió una mano—. Al menos haz el favor de decirme cómo te llamas.

Y en qué trabajas y de dónde vienes, pensé. Para mi asombro, mi mente había terminado la frase como quien coloca la pieza de un *puzzle*. No estaba loca, o, al menos, compensaba su locura con una interesante dosis de buena educación. Eludí su mano fingiendo que necesitaba las dos para salir del asiento trasero. Hacia el final del proceso, el truco se había convertido en verdad y tuve que apoyarme en el triciclo mientras esperaba a que se me aclarara la visión.

—Gorrión —dije.

—Repite eso.

—Es mi nombre. Y ahora que me has sacado lo que querías...

—Ni de lejos —replicó con una carcajada. Pero me pareció distinguir un destello de placer en su rostro al ver que conocía el comienzo de su cita—. Además, el mío es moneda devaluada. No es lo mismo un nombre que comparten una de cada sesenta personas que otro único, original, una auténtica obra de arte.

—No creerás que nací con un nombre como Gorrión —dije, fingiendo que sus palabras me habían ofendido.

Volvió a sentarse derecha, con una expresión plácida y distante en el rostro, y pulsó el estárter. El triciclo escupió una bocanada de humo con olor a alcohol, muy ruidosa, y volvió a la vida. A continuación, la chica me observó con la mirada entornada y algo parecido a una sonrisa en los labios.

—Todos nacemos sin nombre, ¿no? Y el nombre con el que uno termina no tiene

mucho que ver con su árbol genealógico.

Me volví.

—Espera. Lo olvidaba —continuó—. ¿No habías dicho que ibas a pagarme por traerte?

Por supuesto, se había acordado. Las cosas siempre son susceptibles de empeorar, a fin de cuentas.

—Eso dice el Negocio.

Volvió a examinarme de arriba abajo.

—¿Qué es eso con lo que te sujetas el pelo?

Era un cordel de cuero con algunas cuentas. La había olvidado en mi primer inventario, pero tampoco habría importado que no lo hiciera: no valía lo que una carrera desde la Orilla.

—Tiene un gran valor sentimental para mí —mentí, un acto reflejo—. No puedo separarme de ello.

—Sí, sí que puedes. —Y alargó la mano, con la palma hacia arriba.

Una vez más, había derribado los rituales del Negocio con brutal simplicidad, desollando la última capa de urbanidad de una transacción ya de por sí dudosa. Me invadió una mezcla de fatiga y consternación. Me arranqué el cordel del pelo y lo deposité en su mano. Sus dedos la apresaron con perturbadora determinación y asintió.

—Muy bien. La atesoraré eternamente. Adiós, Gorrión, y cuidado con los gatos.

Con una nueva y vívida sonrisa, cerró la escotilla.

La seguí con la mirada hasta que se perdió de vista y más aún, hasta que se hubo posado el polvo de gravilla levantado por su vehículo. Luego, doblé cuidadosamente la esquina y me dirigí a Del Corazón, para mendigarle cinco minutos de teléfono a Beano.

1.1: un empacho de transacciones

Del Corazón olía a pachuli, cuero e incienso Fast Luck, y dentro hacía un calor asfixiante. De no haber sido viernes, habría estado cerrado para que no entrara el calor del mediodía. Pero algunos negocios se hacen mejor cuando la gente está durmiendo. Del Corazón estaba abierto, aunque no fuera para mí.

Beano era una estatua de cera viviente a la luz tenue de la tienda, cubierta por una resplandeciente, fina y regular capa de transpiración. El sudor oscurecía la parte delantera de su ajustado top rojo. Le pedí el favor.

Puso sus dos blancas manos sobre el mostrador de cristal, entre una bandeja de dermatintes brillantes y un estante de ligeros de cuero patentados y me dirigió una larga mirada de color rosa desde detrás de sus marfileñas pestañas.

—Nada es gratis —dijo en voz baja. Beano nunca levantaba la voz.

Sentí una oleada de brusco e incauto alivio. Había escapado del bosque de las hadas y había regresado al mundo real, donde volvía a estar a salvo. Nada es gratis. El propio Beano era un peligro al que estaba acostumbrado. Hice acopio de fuerzas y me lancé a la refriega.

—Bueno, y cinco minutos al teléfono es eso, nada. De hecho, estoy haciéndote un favor. Beano, *mi hermano*^[4]. Mientras yo esté usándolo, nadie podrá llamarte.

—No hay más que un centenar de teléfonos en toda la ciudad. No me llaman mucho.

—Sí, pero sé lo mucho que odias que te molesten en viernes. —Arrugué la nariz como un conejo de dibujos animados—. Mmmm. Un olor nuevo. Qué interesante. Casi como... —dejé que mi voz se fuera apagando diplomáticamente. *Tosco*, pensé, *pero eficaz*.

Beano aceptaba tres tipos de moneda: contante y sonante, carne y hueso e información, y prefería las dos primeras. Yo usaba sobre todo la tercera, a menudo en la dirección opuesta a la que él pensaba. No solía llevar buenas cartas pero a menudo me sentía como si estuviera en manos de la Providencia, y eso me nublabla el juicio. (También le había dado dinero cuando lo había tenido y había podido permitírmelo. Pero nunca la segunda alternativa. Carne nunca. Nunca).

—¿Casi como qué? —dijo.

Fruncí los labios.

—No, perdóname, no puede ser eso. Y si lo fuera, estoy seguro de que sería perfectamente legal.

Beano se inclinó y abrió la parte trasera del expositor. Seguí con la mirada el movimiento delicado de sus grandes y blancas manos, con el dorso cubierto de un vello escaso pero asombrosamente largo y las uñas largas, gruesas y afiladas, sobre la mercancía. Era como estar viendo a una araña de las cuevas. Las yemas de los dedos pasaron sobre unos cuchillos con inscripciones españolas en la hoja, un collar hecho

con la piel de una serpiente de cascabel con los colmillos intactos, un par de brazaletes de plata, grabados y entrelazados y con la cara interior erizada de pequeñas espinas. Aparté la mirada.

—Mira —dijo Beano y dejó algo sobre el mostrador. Volví a mirar. Era una cajita cubierta de terciopelo rojo oscuro y forrada de satén negro. Sobre el satén descansaban seis agujas de hueso, perfectamente ordenadas, con el extremo grueso rebordeado e irregular, como recuerdo de la articulación de la que habían formado parte en su día, y las alargadas puntas brillantes y pulidas—. ¿Sabes para qué sirven? —me preguntó.

—No.

—¿Quieres saberlo?

Tragué saliva, incapaz de evitarlo, aunque sabía que él me vería hacerlo.

—No.

Cerró bruscamente la caja registradora y yo di un respingo. Sus manos aferraron el borde del mostrador. Los músculos de sus antebrazos se tensaron como cables.

—Algún día —dijo— puede que te lo enseñe.

—¿Eso quiere decir que puedo usar el teléfono?

Beano sonrió lentamente.

—Claro. Claro que puedes.

Es posible echar en falta cosas que nunca has tenido. Cabinas telefónicas, teléfonos fijos, móviles, teléfonos rojos para hablar con Moscú... En las películas se dan por hecho. No sé lo que hacía falta en aquella edad de oro para instalar un teléfono, pero no puede ser algo tan complejo como el sistema de influencia, chantaje y sobornos de la ciudad. Y seguro que ofrecía un servicio mejor que la penosa colección de líneas compartidas de A. A. Albrecht.

El teléfono se encontraba en la pared de una sala que había detrás de la tienda, donde se almacenaba la mercancía extra. La cosa que había en la parte delantera del estante estaba hecha de un cuero negro tan fino como el papel, con un forro de seda rosa. Era un material tan liviano que colgaba sin forma, imposible de identificar. Un traje, probablemente. Pero tenía unas finas cuerdas de cuero a intervalos regulares y un alambre metálico colgado de uno de sus lados. Traté de no mirarlo mientras escuchaba el timbre del teléfono del último piso de Sherrea. Ocho tonos. Si no respondían... En fin, podía intentarlo después. Pero no me sentía con ganas. La conversación que acababa de mantener con Beano parecía haber agotado todo mi crédito. De repente, era desesperadamente importante escuchar la voz de Sherrea, aunque solo fuera para decirme que me fuera al Infierno.

Y entonces oí el esperado *clic*.

—¿Qué pasa? —No era ninguno de los vecinos, sino la propia Sher. Su voz sonaba más cascada de lo que podía achacarse a la línea telefónica. Claro, la había despertado. Apenas pasaban de las doce.

—¿Sher? Soy Gorrión —dije casi gritando.

—¿Mmmh? ¿Y qué ocurre?

—Necesito que me eches las cartas.

—Ah, mierda. ¿Tú qué te has creído, que he hecho un juramento hipocrático? —
Hubo un momento de pausa antes de que prosiguiera—. Llámame cuando haya salido
la luna.

—Sher... —Abrí la boca para replicar, ofreciéndole todos los incentivos, míticos
y reales, que acudieron a mis pensamientos. En aquel momento me parecieron todos
frágiles y poco interesantes. Cerré la boca, volví a abrirla y, casi sin darme cuenta, me
oí decir—. Sher... por favor.

Hubo otra pausa repleta de estática.

—¿Qué pasa? —Había alarma y suspicacia mezcladas en su tono, pero la
susplicacia llevaba la voz cantante.

—Me he despertado en la orilla del río. Entre ahora mismo y las nueve más o
menos de la noche de ayer, hay un vacío donde debería de estar mi vida.

Silencio al otro lado. Era una negociante dura, pero no muy rápida, en especial
cuando acababan de sacarla de la cama. Pude oír cómo trataba de calcular lo que
podía valer mi desesperación.

—Ajá. Y yo puedo ayudarte.

—Puede —respondí, obedeciendo a mi vieja prudencia, que volvía al fin a
asomar la cabeza.

—*Chica*^[5], no va a salirte gratis.

—Estoy trabajando en ello, Sher.

—¿Qué quieres decir —preguntó en un tono ominoso— con eso de que estás
trabajando en ello?

—Una de las cosas que me pasó mientras no estaba consciente es que mi dinero
desapareció.

—Pues consigue más.

—Lo tengo en mis... ah, otros pantalones. Que están guardados en la Feria
Nocturna.

—¿Desde dónde me llamas?

—Del Corazón.

—¿Con qué has pagado a Beano?

—Con amenazas y promesas —respondí.

Sherrea dijo algunas cosas en un idioma que yo no hablo. Luego continuó:

—Es una larga caminata y te la mereces. ¿O acaso estás pensando en timar a
algún desgraciado para que te lleve?

Doce manzanas y cuatro pisos. Bueno, después del reparador viaje de antes...

—Iré andando.

—Luego me deberás una, Gorrión, ¿estamos?

—Sí, te deberé una. —Sentí una oleada de inesperada, servil e indecente gratitud.
Otra deuda para los libros..., pero esta con Sherrea. Que yo supiera, nunca se había

cobrado las deudas en carne.

—Como llegues en menos de veinte minutos, me preparo tu culo para desayunar.

Tardé treinta. Seguí la ruta que rodeaba el flanco oriental de la Feria Nocturna, aprovechando la poca sombra que ofrecían unos arbolillos raquíticos. Varias veces, cuando la curva del mundo se volvió demasiado pronunciada como para escalarla, tuve que ayudarme de la valla para continuar. Otras me limité a sentarme en la acera, jadear y sujetarme la cabeza con las manos. Dos niños negros, con pendientes de cobre de la Sociedad Leopard en las orejas, se dedicaron a tirarme fragmentos de pavimento. Cogí un poco de tierra de las plantas del bulevar, escupí en ella y cerré el puño a su alrededor, mientras canturreaba en una mezcla bastarda de español, criollo y Iao^[6]. Entonces me quedé mirando a los chicos. Respondieron haciendo grandes exhibiciones de valor, pero se marcharon. Cosa que fue una suerte. ¿Qué iba a hacer cuando hubiera soplado la tierra hacia ellos y no se convirtieran en arcilla, cogieran la lepra o lo que fuese que temían?

Más lejos de la Feria, el tráfico era más denso. Tuve que sortear bicicletas, alguna que otra moto y peatones más resueltos que yo, esto es, todos. Un sedán plateado con ventanas tintadas y la insignia de un *greenkraal*^[7] de la zona norte estuvo a punto de terminar con mis problemas en mitad de LaSalle. Salté a la isleta mientras sus ruedas chirriaban sobre el asfalto. En fin, bien está lo que bien acaba.

Mientras tanto, buscaba un polvoriento triciclo con la mirada y trataba de captar su apagado gruñido en medio del ruido. No tenía la menor idea de lo que haría si lo encontraba.

La fachada del edificio de Sherrea estaba hecha de baldosines amarillentos y una fila tras otra de diminutas ventanas, con una puerta que originalmente había sido de cristal y ahora era de acero de color gris, infinitamente más práctico. Lo habían construido en el pasado siglo, cuando la prosperidad debía de excusar la fealdad. Antes los pasillos eran negros e idénticos y las escaleras, tubos hechos de bloques de hormigón sin el menor rasgo distintivo, con escaleras de hierro. Ahora la hiedra trepaba hacia el cielo que se veía al final de las escaleras, donde alguien había convertido una trampilla en un tragaluz. Las glicinias le salían al encuentro desde el tejado. Desde los aleros asomaban cosas variadas: grotescas caras de madera tallada, fotografías viejas de gente que parecía estar sonriendo, postales desteñidas... Una serpiente pintada ascendía enroscándose por el pasamanos de la escalera: roja, negra y amarilla en el primer piso; azul, gris y verde en el segundo; púrpura, verde y naranja en el tercero; azul, roja y amarilla en el cuarto. En todos los descansillos había lámparas de pie con gruesos cirios encima.

Las puertas de las escaleras estaban todas numeradas, como si los residentes no fueran capaces de identificarlas al llegar a casa. El «4» era un hombre verde y alargado, ataviado con un taparrabos y con un brazo extendido y plegado. Cuando finalmente llegué hasta él, me sentí muy feliz de verlo. Tras él, el pasillo estaba decorado con frescos de patios romanos desiertos. La puerta de Sher era el centro de

una fuente: llamé golpeando con los nudillos la barriga de una ninfa pintada.

Me recibió el rostro de Sherrea, y una capa tras otra de ropa de color púrpura. El color astral de los hechiceros, según me había dicho en una ocasión. Tenía el negro cabello húmedo, peinado y pegado a la cabeza, pero esto no duraría mucho. Había un cigarrillo entre sus labios teñidos de blanco, consumido casi hasta el filtro.

Al verme, sus grandes ojos oscuros se abrieron un poco más, lo que hizo que pareciera casi tan joven como era.

—Gorrión. Santa Madre Virgen —dijo, sin quitarse el cigarrillo de la boca—. Entra y tumbate.

—Ya he estado un buen rato tumbado —dije, acordándome de la orilla del río.

—Pero no te ha sentado nada bien. Algo malo te pasa, *chica*. ¿Qué es?

O bien es una auténtica médium o bien yo no tenía tan buen aspecto como de costumbre.

—No lo sé. No estaba allí cuando ocurrió. Supongo que también tengo un poco de insolación.

—*Oya*. ¿No hace falta una nota que explique esto? ¿Es una simple exclamación? Bueno, pues no pienso dejar que te sientes en mi salón así.

Me preparó un baño. Estaba más que dispuesta a dármelo ella misma, pero me negué en redondo. Insistió en que dejara la ropa fuera para poder lavarla (un gesto inesperadamente práctico de su parte). Lo hice y luego cerré la puerta.

El baño era el lugar del apartamento que más se parecía a su propietario. Oscuro —probablemente fuera allí donde se maquillara—, chales de cachemira, helechos con forma de visitantes del espacio exterior, incienso, cuencos de bronce. Diferentes tarros de cristal (de mermelada y mantequilla de cacahuete y salsa picante, elevados por encima de su condición) llenos de hojas y flores secas, y polvos, con una mezcla de aromas que inducía a pensar en medicinas y guisos calientes. El espejo era como un estanque atisbado entre la vegetación. Estaba casi tapado por colgaduras de terciopelo decoradas con imágenes borrosas de flores que parecían carnívoras.

Pasé mucho rato en el baño. Puede que incluso llegara a dormirme. Lo que sí sé es que cuando Sherrea aporreó la puerta y gritó: «¿te has muerto en mi cuarto de baño?» me incorporé dando un respingo, con el corazón golpeteándome el pecho como una polilla contra una ventana. La bañera se desbordó y cayó agua al suelo. Ya no estaba caliente.

Cuando salí de la bañera, mi reflejo apareció entre las colgaduras de terciopelo que rodeaban el espejo, como un *doppelgänger*^[8] en el claro de un bosque. Había luz suficiente para ver el cardenal descolorido que tenía en la mejilla. El resto de mi cara lucía una interesante tonalidad espectral. Como si me hubiera desangrado. Decidí que lo que le pasaba a Sher era que estaba celosa. Ella siempre había querido parecer un vampiro en período de instrucción. No me extraña que la mujer del triciclo, la del nombre vulgar, creyera que me había atropellado. Parecía que lo hubiera hecho y luego hubiese vuelto a pasarme por encima. Encontré un peine entre la cristalería y lo

usé para desenredarme el pelo pero no pude encontrar nada con lo que recogerlo.

Tuve que ponerme una sábana para salir al salón. Tenía rayas rojas, blancas y azules y me pregunté para qué la usaría Sher cuando no estaba envolviendo a un cliente mojado. No podía imaginármela durmiendo en ella. El salón tenía una alfombra de nylon/celulosa reprocesado de color verde y paredes que recordaban a la piel de una berenjena, negras y de un intenso color púrpura. No sé de qué color era el techo: estaba cubierto con un paracaídas que colgaba como una tienda de campaña. Uno de verdad, con las manchas que había adquirido en las festividades anteriores al *Big Bang*. No sé por qué lo tenía Sher allí. A mí me gustaba pensar que era como un icono de la segunda Caída, una nueva manzana. Había cosas cosidas y cosas colgando: un mitón de niño, un rosario azul, un disco de 45 rpm medio fundido, un puñado de estrellas de cartón brillante...

En la pared había una foto coloreada de san Bob con una guitarra rota. Los únicos muebles eran sus cojines, aparte, claro está, de un sofá más bajo de lo normal porque le habían quitado las patas y un armario apoyado sobre uno de sus lados, pintado de negro y cubierto por un tapiz que mostraba algo parecido a una imagen de la Última Cena. Las cortinas estaban echadas y en la habitación, poco iluminada, olía a humo de velas y a flores. Con aquella sábana roja, blanca y azul como contribución a la ambientación, me sentí un poco culpable.

Me aproximé a la ventana y abrí un poco las cortinas para echar una mirada al exterior. Las sombras se habían tragado las bases de los edificios. Casi había anochecido.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —me pregunté en voz alta.

—Una eternidad —respondió Sher desde la cocina. Regresó y se sentó sobre un montón de cojines, al otro lado del armario metálico. Traía un nuevo pitillo alojado en la comisura de la boca. Dejó un vaso de agua frente a mí y suspiró—. He tenido que cancelar otras tres citas. No sé por qué cojones has venido a incordiar. Si ni siquiera crees en esto.

—Por supuesto que creo. Tú, que eres más sensata y observadora que yo, utilizas las cartas para revelarme mis pecados y hacer que medite sobre ellos. Antes lo llamaban sicoterapia.

—Eso no es lo que hago.

—Bueno, si funciona, para qué tocarlo. —Al menos esto sí podía decirlo con total sinceridad. No tenía sentido discutir con Sherrea sobre cómo hacía lo que yo esperaba que hiciera.

—No tengo nada de comer —me dijo.

—No pasa nada. —Tampoco creo que hubiera podido comer nada. Tenía el estómago como un sumidero lleno de pelos.

—Sí, sí pasa. Hay que comer antes de una lectura, y dejar parte de la comida como ofrenda. Eso atrae las energías a la persona. —Se encogió de hombros—. En fin, que le den a las energías.

—No.

Levantó la mirada. Su rostro puntiagudo volvía a tener aquella expresión juvenil.

—Vamos a hacerlo bien. —Encontré un trozo de cutícula dura en uno de mis pulgares, en la base de la uña. Lo mordí hasta que empezó a sangrar—. La ofrenda —dije, y extendí la mano.

—*Santos*^[9], Gorrión. —Pero limpió rápidamente el tapiz del armario/mesa de café y sacó de algún lugar una bufanda blanca enrollada. Cuando la abrió, vi que contenía una baraja.

—Deja que caiga una gota sobre la mesa... No, aquí, en la esquina. No la quiero en la bufanda.

Presioné el dedo hasta conseguir una gota de buen tamaño, que dejé caer sobre el metal, y luego limpié el resto con una de las rayas rojas de la sábana.

Apagó su cigarrillo en un lado del armario y empezó a barajar las cartas. El mazo se desplazaba entre sus manos, dando vueltas y vueltas, dos partes convertidas en una sola como un brote cuyo florecimiento revirtiera en el tiempo.

—Pide un deseo. ¿Crees que puedes haber tomado algún alucinógeno?

—Si lo supiera, no habría acudido a ti.

Dejó las cartas sobre la mesa abriéndolas como un abanico, escogió una de ellas, le dio la vuelta sobre la bufanda y volvió a barajar. La Sota de Espadas.

Me contó que había encontrado la baraja en una *botánica*^[10] de Alfabetolandia. Sus colores eran indecentes, más aún que los de san Bob, y cuando movías las cartas las figuras se contoneaban, como juguetes de cartulina impresa o postales horteras. La iconografía era una mezcla esquizoide del santoral cristiano, diferentes panteones africanos y las estrellas del pop sudamericano de antes del *Bang*. La Sota de Espadas era Juana de Arco en la pira, con una espada encima de la cabeza. Las llamas saltaban mientras Juana levantaba la mirada para mirar el Cielo y la bajaba para estudiar el Infierno.

—No sabes lo que buscas. Cuando te pasan estas cosas, ¿de verdad que no recuerdas absolutamente nada? —preguntó.

—Ya te lo he dicho.

—También me has dicho un montón de chorradas. Esta era la decimoséptima carta. Sea lo que sea lo que has deseado, no puedes tenerlo. Corta.

Me pregunté qué habría sido.

Empezó a echar las cartas sobre la bufanda. La estructura empezó a emerger como un cristal. El sufrimiento de Juana de Arco quedó cubierto, cabeza abajo, por la Muerte bajo la forma del barón Samedi, todo huesos y sonrisa, con su sombrero de copa negro y una víctima debajo de cada brazo: un hombre rollizo con un traje de tela listada y una anciana negra casi tan flaca como el Barón. El barón abría y cerraba la boca —riéndose, supongo— y sus víctimas sacudían los brazos. A su lado había una carta con un hermoso joven mulato, completamente desnudo y con un disco solar, de un amarillo brillante, delante de las caderas. Los rayos del sol se movían cuando lo

hacia la carta, cosa que parecía un derroche de tecnología.

Carta: un negro vestido de gala y haciendo malabares con dos bolsas marcadas con una estrella blanca. Esta también estaba al revés. Carta: una sonriente figura enmascarada sumergiéndose en las sombras que había en la esquina de la imagen, con un abanico de cinco espadas ensangrentadas sobre el hombro. En la parte delantera, dos espadas más, apuntando hacia el suelo, en medio de un charco de carne y sangre sin procedencia visible. Carta: un hombre y una mujer vestidos como en las películas medievales, ella de blanco, él de rojo, con las manos unidas. Un rollizo querubín flotaba sobre ellos como un terodáctilo rosa. Carta: una rubia casi desnuda con un bastón de grandes dimensiones, deteniendo los ataques de seis ninjas, armados también con bastones. Carta: un hombre o una mujer, de pelo oscuro, sobre la arena de una playa. En la misma postura que yo al despertar en la ribera. Él o ella tenía diez espadas como acompañantes, con las puntas en las palmas de las manos, las rodillas, el vientre, la ingle, los pechos, la frente y el interior de la boca abierta. Dejé de prestar tanta atención. Sherrea sacó tres cartas más.

—Espadas —murmuró mientras tocaba la espiral formada por las siete primeras cartas con una de sus largas uñas de color púrpura—. Espadas, en el reino de la carne. Hay una lucha en este asunto, la ha habido y la habrá.

¿Entre yo y quién?, sentí ganas de preguntar.

—La Muerte, el Sol, los Amantes. Muchos arcanos mayores. Tu futuro está en manos de otros. Hay gente poderosa jugando con él. Vas a tener que luchar para recuperarlo. Y aquí —su uña se deslizó sobre la seda hasta una fila de cuatro cartas que seguía a la espiral—, este es el país de la verdad. Aquí están el Diablo, la Estrella y la Torre. En el país de la verdad, donde vive tu espíritu, tu vida no te pertenece todavía. Otros espíritus, más fuertes, puede que dioses... tienen la última palabra en tu destino.

Una bonita metáfora para mis lagunas mentales.

Tocó el malabarista.

—Un desequilibrio en el pasado, el tuyo o el de otro. Algo que debía moverse, cambiar, crecer... se quedó estancado, empezó a pudrirse.

Levantó la mirada, pero estaba completamente vacía.

—El aire no se mueve a tu alrededor —dijo—, pero un viento está intentando levantarse. Alguien tiene que bajar las barreras que lo contienen. —Su voz había cambiado. Ya no me miraba, estaba mirando la parte superior de las cuencas de sus ojos. Yo solo veía el blanco.

Me aparté lentamente del armario.

—Quieta ahí, *muñequita*^[11] —dijo la nueva voz. Era más baja que la de Sher y poseía un marcado acento que tendría que haber sido hispano y no lo era. Los labios de Sherrea, que eran los que formaban las palabras, no se movían como siempre. De repente parecía mucho más vieja—. ¿Me tienes miedo?

«Muñequita» significaba... —sentí el infinitesimal desplazamiento hacia la

superficie de conocimientos nuevos— muñeca pequeña. Me estremecí.

—Yo no diría eso. Al menos, aún no. ¿Quién eres?

Una carcajada estrepitosa.

—Nadie que tú conozcas. Escúchame. Ya es hora de que hagas lo que se supone que debías hacer. Tienes trabajo, y lo único que haces es tratar de protegerte. No estás en condiciones de cumplir con tu deber. Eso te pone en peligro, a ti y a quienes dependen de ti.

—Nadie depende de mí —dije con firmeza.

—¿Tú crees? ¿Dónde has estado, en un agujero? Espera a que venga *le Chasseur*^[12]. Si dejas caer esta vida al fuego, se acabó para ti. Te lo advierto.

Los labios de Sherrea esbozaron una fea sonrisa que reveló las manchas de nicotina de sus dientes. Me levanté con cautela.

—Vaya, gracias. Bueno, creo que me marchó.

—Siéntate. —No puedo describir esa voz. Me senté—. Puedes salvar tu pellejo. Tienes que aprender a servir y a dejarte alimentar por los espíritus. Sirve a los *loa*^[13], sirve a todo el mundo, pasa hambre y frío. Entonces todas tus piezas encajarán y empezarás a sentirte bien. Pero hay gente poderosa que quiere mantener encadenado lo que has de liberar. Habrá sangre y fuego y los muertos bailarían en las calles. Pero si haces lo que te digo, la luz del cambio brillará en la torre de las sombras.

Me sentía como alguien a quien le extirpan una verruga y le dicen que va a necesitar radiación y quimioterapia. No me gusta pasar hambre ni frío.

—¿Y qué tengo que hacer? —dije.

—Burra. ¿Es que eres una niña pequeña a la que hay que decirle lo que está bien y lo que está mal? Todos los días sabes lo que tienes que hacer, aunque finjas lo contrario. Pero no me preguntes lo que te espera. Está en el diez de espadas.

—Lo único que quiero es dejar de perder la memoria.

Quienquiera que estuviera usando la boca de Sherrea profirió un aullido.

—Mi hermano me ha dicho que te ayudaría con eso. ¿Conoces a mi hermano? ¿El tío Muerte?

Me aferré las rodillas con las manos.

—Dime al menos lo que tengo que hacer.

—¡Abrir el camino, burra!

—¿Por qué me miras así? —refunfuñó Sherrea mientras se pellizcaba el puente de la nariz. Había vuelto. Sus ojos estaban donde debían y su rostro volvía a ser suyo.

—¿Es esta tu forma de enseñarme que uno recibe lo que paga?

—Si no te gusta lo que veo en las cartas, no me pidas que te las eche.

—Me importan un cuerno tus cartas. Lo que no me ha gustado nada es la vista de tu amiguita.

Su rostro se ensombreció.

—Así que ha venido a verte la tía Luisa, ¿eh? Pues entonces será mejor que te prepares. Cuando eso pasa, es que estás de mierda hasta el cuello.

Alargó la mano hacia las cartas para recogerlas. Apoyé dos dedos sobre ella, levemente, y los aparté.

—Sher, perdona. Es que me ha pasado cinco veces. Sufro algún trauma físico, nada grave, ni siquiera capaz de hacer que pierda el conocimiento, y *zas*, de repente despierto en cualquier otro sitio, con los créditos finales y sin acordarme del resto de la película. Algo falla en mi cabeza.

—Eso le pasa a la mayoría de la gente, Gorrión. ¿Y qué?

—Que necesito ayuda. Y tengo un miedo de cojones. —Esto último se me escapó antes de que pudiera cerrar la boca.

Se rascó el labio inferior con una uña mientras me observaba.

—Muy bien —dijo finalmente—. Intentaré una clarificación.

Recogió las cartas, todas salvo Juana de Arco, y las barajó.

—Corta —me dijo, y lo hice. Recogió los dos montones y empezó a sacar. Y sus movimientos se hicieron cada vez más lentos, y se detuvieron, finalmente, al sacar la cuarta carta, la figura sonriente con el abanico de espadas sobre el hombro. La tercera había sido el malabarista negro. La segunda, el hombre con el sol. La primera, el barón Samedi. La mano de Sherrea se movió sobre la baraja, sin llegar a tocar la siguiente carta. Entonces la levantó, con un movimiento rápido, y la puso sobre la bufanda. Los amantes. Levantó la mirada hacia mi rostro.

—No me jodas —dijo.

—Qué bien. Es lo mismo que iba a decir yo. —Y era así. Estaba que echaba humo. Mi vulnerabilidad se me había escapado de las manos y, ahora que estaba en las tuyas, estaba jugando con ella. He visto a mucha gente hacer trucos con las cartas. El aparente desorden de un mazo barajado no garantiza nada. Pero los ojos de Sherrea parecían un poco enfebrecidos y sus manos se movían sin gracia ni seguridad. Atropelladamente, terminó de echar las cartas. Las mismas.

Permanecimos allí un momento, mirando fijamente las feas cartas. Yo trataba de moverme lo menos posible para no tener que ver su estúpida danza de transformación. Pero me picaba la nariz, y eso hizo reír al barón Samedi.

—Te aconsejo que hagas lo que te han pedido —dijo Sher al fin, y empezó a recoger las cartas, lentamente, como si hubiera perdido toda destreza con ellas.

—¿No puedes decirme nada más concreto?

Sacudió la cabeza.

—Si no puedes actuar como te dicen las cartas, al menos reacciona. Toma tus decisiones cuando llegue el momento.

Levantó la última carta, santa Juana. Debajo de ella, en el centro exacto de la bufanda de seda blanca, había una mancha de color rojo, vívida y reciente.

—Haz lo que te han dicho —dijo Sherrea con un hilo de voz—. Y no regreses aquí salvo que estés completamente segura de que lo estás haciendo. —Levantó el rostro, duro como el de una diosa de mármol—. Te toca mover a ti.

Mi camisa y mis pantalones estaban en la cocina, rígidos de estar tanto tiempo

colgados en el tendedero. Sobre ellos había un fino cordel de cuero con un pequeño colgante hecho de madera oscura: dos «V» entrelazadas y unidas por la punta. Volví a meterme en el baño, me vestí y, tras un momento, me encogí de hombros y me lo puse al cuello, debajo de la camisa. El colgante tenía tacto de madera.

Cuando me marché, Sherrea seguía sentada en el salón, delante de la bufanda blanca manchada de sangre.

CARTA 2

Cruce El sol

Waite: el tránsito de la luz de este mundo a la luz del mundo próximo. La consciencia del espíritu.

Crowley: la inteligencia acumulativa. El león, el gavián. Su droga es el alcohol. Su poder mágico es la tintura roja, el poder de acumular riqueza. Gloria, ganancia, riquezas, triunfo, placer; desvergüenza, arrogancia, vanidad. Recuperación tras la enfermedad.

2.0: un lugar para todo, y todo en su lugar

La felicidad, en el país del Negocio, se mide en una escala cambiante. ¿Qué te hace feliz? ¿Un coche alargado, blanco y de motor silencioso, con cristales tintados, un chofer, un bar lleno y dos hermosos objetos de deseo en el asiento de atrás? ¿Un apartamento en una buena zona de la ciudad? ¿Un amante más considerado? ¿Un lugar para guarecerte del viento? ¿Un breve respiro en el dolor? Depende de lo que tengas en el momento en que se te formule la pregunta, y de lo que no tengas. Espera un poco, solo un poco. La escala volverá a cambiar.

Lo bueno de la Feria Nocturna era que, al margen de la forma que adoptase la felicidad definida por uno en un momento determinado, normalmente podía encontrarla allí. El precio era negociable, dentro de un orden. Por eso pervivía: porque nunca dejamos de necesitar algo para ser felices.

El sol se había puesto en medio de una mancha índigo y naranja cuando llegué a la valla que la delimitaba. Cerré los dedos sobre el metal de la verja y sentí cómo cedían los copos de óxido bajo mi piel. Volvía a estar en mi casa. Allí no había más dioses que el Negocio, ni más fantasmas que los que podían convocarse, previo pago, a instancias de los clientes. Estaba a salvo de los espíritus de Sherrea, si no de los míos propios.

Caminé junto a la valla hasta la más cercana de las tres entradas y la encontré abierta. La Feria Nocturna se abría del crepúsculo al final del amanecer. En cualquier otro momento estaba cerrada a cal y canto y nadie se atrevía a trepar la valla.

¿*Qué es eso?*, me había preguntado ella. *Un mercado*, le había respondido yo. Igual que un océano es una masa de agua de gran tamaño y los corazones sirven para bombear sangre. Nada de sutilezas.

Lo que había sido la Feria Nocturna antes de que yo la conociera, no lo sabía. Ahora ocupaba diez manzanas de la ciudad en diversos estados de reparación. En algunos lugares, los edificios habían sido derribados o devorados por el fuego, y en estas cavidades y en las calles era donde se levantaba el mercado y las atracciones, las casetas, los juegos de habilidad y los de azar, los puestos de comida y bebida, los tiouvivos y los circos de monstruos. No había directorio, mapa aéreo, ni guía para turistas. Si uno quería algo en alguno de los edificios, tenía que desearlo lo bastante como para ir a buscarlo. Yo me sentía tan en mi casa allí como cualquiera de los habituales, pero cuando dejaba las calles, me andaba con cuidado.

Tenía tanta hambre que me sentía transparente, y tanta sed que mi propia saliva me arañaba la garganta. Pero este era un estado que podía cambiar con un poco de dinero en metálico. Podía dirigirme al otro lado de la Feria... pero era una larga caminata. Además, quería sentir el Negocio en acción. Me quedaba la concentración suficiente para hacer un poco de magia, si podía encontrar a alguien que pudiera pagarla.

A esas horas de la noche, la Feria estaba todavía medio dormida. Algunos de los

puestos estaban vacíos, y los que no lo estaban eran islotes llamativos, carentes del apropiado contexto. El olor de los quemadores de aceite de las cocinas parecía fuerte sin los aromas aún más fuertes de la comida, el combustible y la humanidad para enterrarlo. Pero en un patio vi la clase de cosa que estaba tratando de encontrar. O, en este caso, más bien la oí. Un rollizo muchacho oriental que regentaba una cabina de tiro estaba tratando de atraer a la clientela con un viejo altavoz Carvin PA, del que brotaba la música de una popular emisora de *dance*. Los bajos arrastraban el crujido de un cono agrietado.

Al ver que me acercaba pareció animarse, pero su entusiasmo se enfrió cuando le dije:

—Suenan mal.

Sus labios se arrugaron en las comisuras.

—A mí me suenan bien.

—Ah. Supongo que si no quieres arreglarlo no pasa nada.

Me volví.

—¿Por qué dices que suenan mal? —preguntó rápidamente, y supe que todo iba a salir a pedir de boca. El desfile había comenzado.

—Bueno, la última vez que oí a ese grupo, el tío que toca el trozo de celofán gigante no estaba con ellos.

—¿Te refieres a ese ruidito? —Se encogió de hombros, bastante bien, por cierto—. No es gran cosa. Solo un *freak* de las cadenas de música se daría cuenta.

—Debe de haber una convención de ellos en la ciudad. La gente está cambiándose de acera.

Frunció el ceño. No tenía paciencia. Con un poco de paciencia, podría haber sido bastante bueno.

—¿Qué haría falta para arreglarlo?

—La persona adecuada y veinte pavos en metálico.

El chico escupió a su izquierda. Un gesto supersticioso para espantar a los mentirosos.

—Joder, con veinte pavos podría comprarme un altavoz nuevo.

—No podrías conseguir uno de esos por menos de cien pavos y primero tendrías que encontrarlo. Y lo sabes. —Oh, sí que podría haber conseguido algo por veinte pavos. Puede que incluso un modelo igual, de alguien que no apreciara su sólida y retumbante dulzura.

—Cinco —dijo, dos sílabas de chulería pura—. En billetes.

—Chico —dije, mientras esbozaba una sonrisa amigable y me apoyaba en el mostrador, entre las escopetas de feria—, ¿te sabes el del fontanero y el joven ayudante del martillo? —Estaba derrotado. Se le veía en los ojos—. Dar martillazos, cincuenta centavos. Saber dónde hay que darlos, cincuenta dólares. Mira, como me has caído bien, te ofrezco una ganga: quince, en billetes. —Podría haberle pedido diez en metálico, pero una imagen llena de carbohidratos había empezado a bailar

delante de mis ojos.

Fue un trabajo algo más duro que el del fontanero. Quité la rejilla y el cono y saqué del bolsillo algunas de esas cosas que a nadie más le hubieran parecido útiles. Un rollo de cinta de fibra termo-menguante (no sé por qué está en rojo, no se me ocurre ninguna sugerencia), por ejemplo; muy útil para aliviar las tensiones de los cables, para aislar empalmes y para reparar desgarrones en cualquier material estirado. Cubrí la raja del cono con una tira estrecha y, utilizando unas cerillas que me dejó el chico, la dejé bien tensa. No quedó como nuevo: el mundo había perdido otro objeto único e irremplazable y, como de costumbre, no se había dado cuenta de ello. Pero al menos ahora un ser humano normal podía escucharlo sin que le chirriaran los dientes. Al menos si le gustaba la música de las emisoras de la ciudad.

Me alejé sintiendo un pequeño mareo, con la sensación del deber cumplido y un fajo de quince dólares de la ciudad en el bolsillo. El primer puesto de comida con el que me encontré era chino. Seis pinchitos de carne y tres tazas de té con limón más tarde, era capaz de ver el mundo con menos prejuicios. Una manzana más allá, con la ayuda de unas costillas de cerdo ahumadas y un pincho de vegetales fritos con mantequilla, mi sentido de la proporción quedó restaurado. Pasé revista a los logros del día. Tras un comienzo aterradoramente malo, había salvado la vida de un cono de altavoz de doce pulgadas, había comido, y había conseguido llegar hasta Sherrea por mis propios (me permití una cierta dosis de exageración poética) medios.

Donde no había conseguido averiguar nada y, por si eso fuera poco, me habían dicho que me quitara de en medio o por lo menos no volviera a asomar la cara por allí. Un maravilloso gesto de amistad. ¿Cómo iba a limpiar mi mierda si ni siquiera podía darme una pista útil? Mis teorías sobre sus capacidades telepáticas habían quedado también un poco en entredicho. Me negaba a creer que la exhibición de teatro aficionado de aquella tarde hubiera salido de mi cabeza.

La voz profunda y terrosa que, en el recuerdo, no podía determinar si era masculina o femenina: *Eso te pone en peligro, a ti y a quienes dependen de ti*. Nadie dependía de mí. Lo contrario habría sido un atentado al sentido común, cosa que yo siempre me esforzaba por evitar. Seguro que la voz de mi subconsciente me conocía lo bastante bien como para saberlo. Sherrea —o su amiga— parecía querer decir que el sacrificio era el camino a la salvación. Pero lo que yo quería arreglar era una cabeza estropeada, no un alma podrida.

No preguntes lo que te espera. Es el diez de espadas. La carta con la figura de pelo negro en la arena, las espadas alzadas.

Me di cuenta de que había terminado de comer. O, al menos, de que ya no tenía más hambre.

Para entonces, como suele decirse, la cosa estaba ya en marcha. El dinero, brillante y plegado, en metálico y en papel, estaba cambiando de manos, y por medio de esta alquimia se transformaba en oro, purificado con cada transacción. Las calles bullían, como agua cargada de ruido, movimiento y cambio. Allí, frente a mí, estaba

manifestándose el ejercicio de mi fe, el Negocio. El intercambio era solo su sacramento, el símbolo de unos principios superiores. Nada es gratis. De una forma o de otra, las deudas se pagan. Es preferible decidir el medio de pago.

Contra eso había blasfemado la mujer del triciclo y por eso la temía yo. Porque no conocía el Negocio.

El Odeón estaba abierto. Bajo un cartel preñado de optimismo y mal escrito, unos pósteres de grandes letras, pegados a los escaparates prometían pases de *Alarma en el expreso*. Posé la mirada en la puerta, donde estaba sentado Huey en su silla plegable, comprobando las entradas. Sacudí la cabeza y le sonreí. Él puso los ojos en blanco. Esto era una abreviatura de (en mi caso), «Huey, resulta que sé que lo que vas a poner en ese monitor costoso de diecinueve pulgadas mal equilibrado y con el color desajustado es un *remake* mal doblado de una película de Hitchcock» y (en el suyo), «¿Y? Ni que esto fuera un cineclub». Esta es una de esas conversaciones que solo se tienen una vez. Después pueden pasarse con el avance rápido siempre que es necesario, sin tener que repetirlos.

Frente a los zarrapastrosos carteles del Odeón, había un rebaño de niños de la noche, apelotonados como un coágulo de sangre en la vena de la acera. No pensaban entrar, oh, *nooo*, nada de eso. Solo la gente más cutre frecuenta locales como ese. Pero era *taaan* de las Profundidades, ¿sabes?

Vestían estilo Salvaje, lo que me indujo a pensar que eran de los *greenkraals* del borde de la ciudad. La moda de las afueras era salir en Salvaje. En las torres, lo que se llevaba era el estilo Harapos. La que estaba más cerca me salió al paso al ver que me acercaba. Tenía la cara pintada de barro, el pelo cubierto de barro multicolor y un hueso de resina epoxi en la nariz... O puede que auténtico, pero esto se consideraba una extravagancia en ciertos círculos.

—¡Ooooh, mirad! ¡Es un precioso trozo de carne de las calles! ¡Vamos a llevarlo a casa para lavarlo y ver lo que *ees*!

Esto provocó una risilla colectiva en el grupo. Seguro que yo les había vendido algo a sus padres en alguna ocasión.

—Tienes algo en el ojo —dije, levanté la mano y le soplé a la cara. Ella apartó la cara como si le hubiera lanzado un golpe, y me eché a reír.

Me dirigió una mirada rápida con los ojos entornados, preguntándose sí le había hecho algún truco mental. No podía estar segura. La sangre de los Jinetes se había difundido, aunque en dosis muy limitadas, por todo el continente... Aún existía, aunque los Jinetes estuvieran muertos. Y donde hay sangre, existe la posibilidad de que se manifieste la habilidad. La telepatía de Sherrea; la capacidad de ponerle a alguien algo inexistente en el ojo. Pero yo no había heredado nada de los retorcidos jinetes de la mente.

El barro se arrugó y agrietó alrededor de sus ojos mientras me miraba. Su rostro reflejó la luz por un momento y vi que aquellos ojos tenían una peculiar tonalidad, dura y grisácea. Parecía mayor de lo que había supuesto inicialmente.

—Úsalo mientras puedas, cariño —murmuró, tan furiosa que olvidó su tono sarcástico. Sentí cómo me seguía con la mirada.

Pasaba junto al Banana Sam's Beer Garden, de camino al interior de la Feria, cuando oí un sonido que era mitad silbido, mitad grito, agudo-grave-agudo. Y la voz de Cassidy:

—¡Pajarillo! ¡Guardiana del Fuego! ¡Ven a echar un trago *conmiiiiigo!*

Ya estaba repanchigado en su silla, sonrojado y desaliñado. Sus sabios ojos miraban desde el fondo de unas cuencas ojerosas, como almejas hundidas en la arena de la playa y los huesos que los rodeaban sobresalían por debajo de la piel como si quisieran equilibrar la balanza. A la jarra que tenía delante no le quedaban más de tres centímetros de contenido.

Resignada, me acerqué a su mesa.

—¿Qué es esa chorrada de «pajarillo», Cass?

—El Gorrión —dijo él, orgulloso, muy digno y burlón—. Guardián del fuego para el Diablo, hasta que este lo hizo pedazos y se lo dio a los escarabajos peloteros que empezaron a llamarse Humanidad.

Cuando estaba borracho, Cassidy siempre hablaba como un místico taoísta con una lobotomía.

—Así que esta noche estamos de lado del Diablo —pregunté mientras me sentaba. Serví la cerveza que quedaba en su vaso y me bebí la mitad.

—¡Oye!

—A ti no te hace falta. Además, me has invitado.

—Por el placer de tu compañía. Pero te puedes comprar tus propias birras, joder. —Me miró como si nos separara una niebla—. No te debo nada, ¿verdad?

Consideré cuidadosamente mi respuesta. Pero mentir, al fin y al cabo, habría sido un pecado.

—No —dije.

Cassidy miró un buen rato la jarra vacía.

—Bueno, joder. Considéralo un regalo, entonces.

Dejé el vaso y los últimos posos de cerveza en la mesa. Lo que me quedaba en la boca sabía a jabón. Me recosté en la incómoda silla de alambre, alejándome de la mesa, del gesto de Cassidy, de él. Sentía la necesidad de escarbar en la herida.

—Creía que ibas a dejar de beber cuando llegara el solsticio de verano. —El picador se levanta sobre las puntas de los pies... *bum*.

La vidriosa camaradería se desvaneció de su mirada y su voz.

—El solsticio ya ha pasado. —En sus hundidos ojos brillaba el resentimiento.

—Era solo curiosidad. A mí me da igual que bebas. —*Bum*: una segunda y puntiaguda frase entre los omóplatos de la armadura de Cassidy. Sin duda, el picador lo considera también un acto de defensa propia.

Cassidy se miró los nudillos con el ceño fruncido. Tenía una herida cubierta por una costra reciente en el dorso de la mano izquierda, y me pregunté, con una punzada

de desprecio, si recordaría cómo se la había hecho. En cuestión de segundos, el pensamiento se manifestó en mi rostro. Vaya.

—¿Cómo te va? —pregunté, a modo de disculpa.

Se encogió de hombros.

—Lo normal, supongo. Como anoche pero un poco más sudado.

—¿Nos vimos anoche? —pregunté al cabo de un momento. Me sentía como si alguien fuera a golpearme en la columna en cualquier momento.

—Claro —dijo, con expresión dolida—. Te invité a una copa.

—Qué amable. ¿Dónde estábamos?

—En el Mercy Trap. ¿No te acuerdas?

—Vamos a suponer que no.

Había bebido demasiado para fijarse en el tono de voz con el que lo había dicho.

—Y dices que yo tengo un problema con la bebida. Bueno, anoche estabas en la cumbre. Bailando, invitando a copas... Le pediste al grupo unas canciones de las que nunca había oído hablar. —Sonrió—. Te echaron cuando pediste una copa más de las que podías pagar.

No había bebido tanto. Debía de haber visto la cara que se me ponía durante su perorata, y yo sabía que era un justo pago por mi falta de comprensión.

—Me sorprende que te dejes ver conmigo después de eso.

—Quiero salvar tu reputación —dijo—. Oye, ¿podrías presentarme a la pelirroja? La que llevaba aquellos zapatos...

—¿Qué pelirroja? —pregunté con miedo.

—Oh, joder. ¿En serio que no te acuerdas? ¿O solo me estás tomando el pelo? Cuando te echaron del Trap, se fue contigo. Y el tío de gris también, el de las gafas de espejo. Estaban preocupados por ti.

Me habría gustado poder hacerlo yo. Pero no era posible. En realidad no había estado allí.

—¿Qué estuve bebiendo?

—Cerveza.

—¿Algo más?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Cuando te echaron, ni siquiera te habías emborrachado. Solo un poco animado. Parecías contentillo, pero no drogado.

—Interesante distinción. Si no me había emborrachado, ¿por qué no recuerdo nada?

Esto lo sorprendió.

—No lo sé. Oye, ¿no estarás diciendo que no te acuerdas de nada para no tener que presentarme a la pelirroja?

Sonreí.

—¿Yo? ¿El que le guardaba el fuego al Diablo? ¿Para qué iba a hacer una cosa así?

—¿Qué cosa? —dijo Dana detrás de mí con su voz teñida de licor. Por supuesto.

¿Qué era Leandro sin su Hero^[14]? Cassidy estaba borracho, así que, inevitablemente, Dana debía de estar en las proximidades.

Su mano resbaló sobre mis hombros mientras el resto de su cuerpo rodeaba la mesa. Se sentó en la silla que nos separaba y cubrió los alargados y finos dedos de Cassidy con la palma de su mano. Dana era incapaz de hablar con alguien sin tocarlo. Para alguien como yo, tener a Dana como conocida era una tortura equiparable a un lento goteo de agua sobre la frente.

—Cassidy cree haber encontrado una sombra en mi naturaleza solícita.

—Cierra el pico, Gorrión —dijo Cassidy. Pobre Cassidy. Podría haberle dicho a Dana que eran tres pelirrojas y a ella le habría importado igualmente poco.

Habría dicho que le había copiado el estilo a Bette Davis de haber creído que podía haber visto alguna de sus películas. Puede que practicara delante de un espejo. Espejos sí que había visto muchos. Llevaba un traje de color marrón metálico, ceñido a su minúscula cintura y sus proporcionadas caderas. La melena rubia platino le caía sobre uno de los hombros y la punta, engalanada con un cordón de terciopelo negro, terminaba a medio camino de su pecho. Tenía una piel suave y ligeramente bronceada, que asomaba en el rostro y la garganta y se escondía bajo las solapas de la chaqueta. Transmitía un aire de artificio sobrenatural tan marcado que a uno le entraban ganas de echarle un cubo de agua sobre la cabeza, aunque solo fuera para poner a prueba la fuerza de la ilusión.

De repente me di cuenta de que era una ilusión tremendamente cara. El tejido y el corte del traje sugerían el dinero que los niños de la noche, con su barro y sus harapos, fingían no tener. ¿Qué hacía Dana cuando no estaba perturbando a Cassidy?

—Bueno, ¿y tú me viste de fiesta anoche? —le pregunté.

—No. ¿Estuviste de fiesta?

—Eso dice Cassidy.

—Entonces debe de ser verdad. —Pasó la uña por los protuberantes nudillos de Cassidy, como si fuesen teclas de piano. Cassidy parecía sobreexcitado y un poco enfermo. Es lo que suelen provocar la mezcla de alcohol y amor no correspondido. La atención de Dana seguía sobre mí, ahora con toda su intensidad. Había captado el aroma de algo extraño. Su olfato nunca fallaba—. ¿Te soltaste la melena? No sueles pasarte mucho de la raya, ¿no?

Nunca le hablaría a Dana de mis lagunas mentales. Lo genuinamente extraño siempre le inspiraba lástima. Organizaría un escándalo y me ofrecería consejo, con enorme placer. Me ofrecería la ayuda de alguno de sus amigos, que eran legión. Y, lo que es peor, empezaría a mimarme. Entonces supongo que Cassidy vomitaría sobre la mesa.

—Esta mañana me he despertado como si hubiera faltado a mi propio funeral —dije. De momento, todo era cierto.

Dana sacudió la cabeza.

—¿Te ha pasado algo? No deberías hacer esas cosas, cariño. Podrías acabar mal.

—Me cogió por los hombros—. Ya estás muy flaco.

—Como un alambre de acero.

Me soltó. El color coralino de su barra de labios era ligeramente luminoso. Cuando fruncía los labios, formaban un brillante capullo de rosa en su cara.

—Bueno, si te falla la salud, siempre te quedarán los amigos.

—Uau —dije.

Pero ella no había terminado. Ahora estaba mirando el moratón de mi cara.

—¿Y cómo te has hecho eso?

—Me di contra una puerta.

Enarcó las cejas.

—Solo quiero ayudar.

—En ese caso, es una pena que no estuvieras ahí cuando topé con la puerta.

Cassidy, que hasta ahora parecía dolido, puso cara de sentirse afrentado. Tuvo que esforzarse, porque tenía que sentirse afrentado por dos. Dana no estaba haciendo su parte. Yo no tenía estómago para seguir viéndolo así mucho tiempo.

—Bueno, ha sido un día interesante y ya no se puede hacer nada, eso es todo. Me ha dado una insolación, me he encontrado con una loca, he estado bailando con unos Turbados y me han dicho unos acertijos. No me pidáis más que un mínimo de educación.

Al instante reparé en el error que había cometido y me maldije por idiota. Los ojos de Dana, y también los de Cassidy, se habían abierto de par en par. Cassidy separó los labios como si hubiera una membrana de jabón entre ellos y fuera a hacer una pompa. Pero Dana fue la primera en encontrar palabras.

—¿Turbados? Cariño, ¿te dijeron algo?

Cerré los ojos, aspiré hondo y exhalé.

—No me acuerdo —dije.

Cassidy, muy grave, sacudió la cabeza.

—Inténtalo. Los Turbados son algo así como los santos inocentes. Dicen lo que el universo quiere oír.

Mi colega, el borracho impenitente, quería interpretar mi oráculo. Puede que se hubiese cansado de tratar de interpretar a Dana. Junté las manos y me dediqué a estudiarlas para no tener que mirarlo a los ojos, y dije con tono animado:

—¿En este puto sitio no hay camareros, o es que es la noche de «sírvese usted mismo»?

—Oh, Gorrión, vamos —dijo Dana—. ¿Has pasado miedo?

Bueno, he aquí algo a lo que podía agarrarme. Podía convertirlo en una gran historia. A Dana le encantaría.

—Fue como meterse en una nube de mosquitos de tamaño humano. Fue enervante. Esos tíos apestan. —Cualquier hoodoo^[15] me hubiera llenado la puerta de huevos por decir esto, pero no creo que a los Turbados les preocupen demasiado las calumnias. Y además, el sentido del romance de Dana es incapaz de soportar los

malos olores.

—¿Sabéis? —dijo Cassidy—, los Turbados son las únicas personas que no están solas. —Lo miré, pero sus ojos estaban clavados en un punto lejano, situado por encima de mi hombro—. O sea, ninguno de nosotros puede ni imaginar lo que sería estar en la cabeza de los demás. Todos coincidimos —se encogió de hombros, tratando de dar con las palabras apropiadas— en cuál es el color del cielo. Pero ¿cómo sabemos que estamos viendo el mismo color? Eso sí que es soledad, tío, eso sí que es frío. —Sacudió la cabeza—. Pero se supone que los Turbados están constantemente en la mente de los demás, ¿sabes? Así que siempre hay alguien que sabe exactamente cómo es.

Se detuvo y parpadeó.

Fue uno de esos momentos de reflexión genuina y sin adulterar que a veces se manifestaban en él, emergiendo de la niebla como barcos fantasma sinápticos. Me di cuenta de que mi mirada se había encontrado con la de Dana y de que ella estaba observándome con la perezosa paciencia de un gato.

Me levanté.

—Tengo que irme. Estoy seguro de que tenéis muchas cosas de que hablar. —La mirada desolada y sorprendida de Cassidy fue como un reproche. Empujé el vaso hacia él y me puse en camino.

No llegué muy lejos. La mano de Dana en mi brazo, confiada y confinante, me lo impidió.

—Gorrión —me dijo en voz baja, casi ininteligible entre el ruido de la Feria—. No puedes estar siempre sin nadie, cariño. Si te metes en algún lío y puedo ayudarte, ven a verme, ¿de acuerdo?

Una piel perfecta, un cabello immaculado, ropa cara y el tiempo para meterse en los asuntos de los demás. Si tirar el dinero y entrometerse podían resolver el problema, desde luego ella era la persona indicada.

—Gracias, Dana —dije—. Pero no pasa nada, de verdad.

Esta vez no me siguió.

Puede que los secretos sean nocivos para el organismo. Puede que, cuando se guardan el tiempo suficiente, produzcan las náuseas emocionales e intelectuales que en aquel momento hicieron que sintiera deseos de imitar a Cassidy trago a trago. Nacemos solos en nuestra cabeza; vivimos solos allí; morimos solos. Los secretos, pues, a la tumba. Por un momento sentí deseos desesperados de no estar a solas, igual que una persona que ha pasado demasiado tiempo secuestrada sale corriendo a la luz, aunque estén apuntándole con fuego, solo para poner fin a la espera.

Paseé por la Feria: estridente, frágil y cursi, una noche insípida, detrás de cuyos bordes erizados se ocultaba la rabia. Hasta hacía poco tiempo había sido mi tierra y siempre había regresado a ella con alivio y alegría. Pero ahora era tan acogedora como un carnaval de carretera. Danos la pasta y lárgate. Los racimos de bombillas que ofrecían la mitad de su racionada luz se reflejaban en los charcos de algo que

debía de ser agua. Los vendedores gritaban desde sus puestos como si el nombre de pila de todo el mundo fuera «Oye».

Habrá sangre y fuego y los muertos bailarán en las calles. Allí los muertos se sentirían como en casa.

Saqué una entrada para el *GravAttack*, con la esperanza de que la velocidad, el miedo y la adrenalina me aclararan las ideas. Una vez cerrada, la rueda apestaba a óxido, sudor y alcohol caliente del generador. Los demás paletos que me acompañaban empezaron a chillar; una oscuridad total alternaba con destellos de luz, y la fuerza centrífuga me pegaba el cuerpo al asiento acolchado. Me sentía como si el muro de mi cavidad torácica fuera a ceder y dejar que salieran todos mis órganos. Pero mi mente no era tan frágil. Mi malhumor sobrevivió intacto a la travesía.

Así que saqué mi último retrato de A. A. Albrecht y compré un vuelo en la Cola de la Serpiente a un tipo vivaracho vestido con lentejuelas baratas. Me echó las gotas en la lengua con un tubito que tenía en la mano. Sabía a hierbabuena y pimienta roja. Cinco minutos después, la Feria Nocturna se extendía de costa a costa, reluciente.

Estaba pasando las páginas de un libro de bolsillo putrefacto en un puesto de chatarra (con el furioso crujido de cada página como una descarga de electricidad estática en la oscuridad) cuando una mano se cerró alrededor de mi brazo.

—¡Hola! —dijo su propietario—. ¿Cómo estás?

Era alto y poseía una sonrisa bonita y blanca que casi no debía nada a la Serpiente. Llevaba un precioso traje gris plateado, como un político o un presentador de televisión. Su cabello rizado era de un delicado color rosa, como el interior de una concha. Tenía la tez fina y pálida. Sobre los ojos y oídos llevaba un par de gafas de espejo que, imagino, estarían mostrándole un mundo tan brillante y hermoso como el mío, con la diferencia de que el suyo sería real y el mío una alucinación. Sentí una punzada de celos que me inspiró cierta sorpresa. Al igual que la sensación de que hubiera debido reconocerlo.

—¿Ya te has recuperado? —me pregunto. Sus dedos aferraban mi muñeca con fuerza. Estaba llevándoseme lejos del puestecillo.

No lo reconocí... Claro, debía de ser el hombre vestido de gris que Cassidy había mencionado. Seguía de gris, veinticuatro horas más tarde. Un amaneramiento. Detesto los amaneramientos. Traté de apartarme.

—No, no —dijo, riéndose—. Myra me mata si te dejas escapar. Tenemos una conversación pendiente. —Tiró de mí hacia el centro del pavimento. ¿De qué se reía? Me hacía daño en la muñeca. Al final de la manzana, donde la multitud empezaba a ralearse, vi una mujer parada bajo un par de lámparas de aceite. Su pelo era del color de las cerezas maduras.

El aire se me escapó de los pulmones. A la fuerza, comprendí. Es el efecto que tiene cabalgar en la Cola de la Serpiente: a veces, revierte causas y efectos. Estaba en cuclillas sobre la calle, y el hombre de las gafas de espejo ya no estaba cogiéndome la muñeca. Ahora estaba cogiendo la de otro, que parecía tener dificultades para

mantenerse en pie. Había dejado de reírse y el otro estaba arrugándole las solapas de su preciosa chaqueta gris, pero, aparte de esto, no había sacado una impresión demasiado clara de él. Junto a tanta plata, tanto gris y tanto rosa delicado, el recién llegado parecía un punto negro en mi ojo. Al otro lado de la manzana, la mujer del pelo de color cereza estaba aproximándose a nosotros.

—Jesús, lo siento muchísimo —dijo el recién llegado, que parecía seguir teniendo problemas para mantenerse en pie—. De verdad que no pretendía... ¡oh, Jesús! Dios, lo siento mucho.

El hombre de gris había caído al suelo. Un sonido como una detonación de ruido blanco estalló detrás de mí y me di cuenta de que era el claxon de un camión. Entonces el camión se interpuso entre el hombre de gris y yo, y el otro, el que tenía dificultades para mantenerse en pie, tiró de mí, tratando de alejarse.

Estaba empezando a sentirme como un bolso robado. El efecto de la Serpiente se había difuminado un poco y empezaba a concebir la posibilidad de que hubiera asuntos urgentes fuera de mi mente, así que me resistí.

—Para —dijo mi nuevo compañero, con una voz tan autoritaria que lo hice. Subimos apresuradamente cuatro peldaños y me hizo montar en un asiento. Un instante antes de que frente a mí se abrieran un par de puertas a una oscuridad completa, comprendí que estaba en el coche del túnel del terror.

—No te preocupes —dijo la voz, teñida de un infinito placer, junto a mi oído—. Ahí dentro no hay nada que no esté muerto.

2.1: tienes que invitarlos

Frente a nosotros cayó un esqueleto recubierto del típico moho fosforescente de las tumbas, y alguien lo retiró antes de que los dedos de sus pies me rozaran la cara. El hombre que había a mi lado dijo, como si no lo hubiera visto:

—Además, no te conviene volver a salir todavía. Esos dos deben de estar ahí, justo detrás de nosotros.

El pasillo que se abría ante nuestros ojos estaba tan lleno de telarañas que parecía blanco. En medio de aquella neblina se movía un centenar de cosas imprecisas del tamaño de mi puño. Me agaché al mismo tiempo que el coche descendía bruscamente más de un metro. El estómago se me subió a las amígdalas, pero pasamos por debajo de todas aquellas cosas sin que nos tocaran. De todos modos, casi podría asegurar que no eran reales.

El coche dobló una esquina, sobre la que una mujer vestida de blanco colgaba de una cuerda. Su rostro, hinchado y morado, parecía auténtico. Algo empezó a carcomer mi sentido del autocontrol.

—¿Qué es esto? —dije.

—Un rescate. ¿No vamos un poco lento? Aquí viene nuestra parada.

El túnel que teníamos delante era una ilusión, pintada sobre una nueva puerta, que se abrió de par en par y nos arrojó a una sala de espejos. El desconocido me sacó del coche a la fuerza mientras el coche daba un giro de noventa grados, y caí de cabeza al suelo. Oí que el otro coche pasaba por la puerta, así que me alejé reptando. Un espejo apareció ante nosotros. Lo miré un momento antes de que desapareciera: nuestros rostros parecían extraños y salvajes a la débil luz de la sala. Luego atravesamos una negrura llena de cosas y salimos a la cortante penumbra de la Feria Nocturna.

Corrimos durante unas seis manzanas. No podía hacer otra cosa: el tipo me atenazaba la muñeca, aunque sin hacerme daño. Nos detuvimos cuando tropecé por tercera vez. Tenía la respiración tan entrecortada que me hacía daño al pasar por la tráquea. Habíamos llegado a la valla que delimitaba la Feria. Mi secuestrador la utilizó para frenar, se dio la vuelta y se apoyó en ella. También él estaba jadeando, y se sujetaba el costado izquierdo. Tenía los ojos cerrados y su rostro era una máscara de concentración. Me dejé caer sobre la hierba y lo examiné de la cabeza a los pies. No todo el mundo me rescata de monstruos de pelo rosa y gafas de espejo. Si es eso lo que había hecho.

Tenía facciones marcadas, aunque una boca grande y unas cejas tupidas y negras salvaban a su rostro de la austeridad. Su pelo era de un castaño claro, lustroso a la luz de las lámparas de aceite. Podía imaginarme a la gente diciéndole que era guapo. Cosa que no le convendría a su carácter, seguro. Era delgado y atlético, y de largas piernas. Me sorprendió lo mucho que parecían haberle costado las seis manzanas. Me había dado la impresión de que era más resistente. Llevaba una lustrosa chaqueta de algodón al estilo que los hombres de negocios sudamericanos habían puesto de moda

justo antes del *Big Bang*. Y puede que fuese de entonces. El lustre del acabado se había desgastado en todas las superficies sometidas a alguna fricción.

Abrió los ojos, que parecieron necesitar un momento para enfocar, como si estuviera dejando de experimentar un fuerte dolor. Tenía los ojos más negros de lo que yo esperaba, y tan penetrantes como los de un animal. Los clavó sobre mí y esbozó una sonrisa amplia y sarcástica.

—Vaya, gracias —dijo.

—¿Qué?

—Nada. —Usando toda la cara, se echó a reír. Lo único que no utilizó fueron los pulmones.

Me rodeé las rodillas con los brazos, como si pretendiera quedarme allí al margen de los deseos de una bandada migratoria de hombres de traje gris y pelo rosa o de los suyos.

—¿Por qué coño has hecho eso?

Pareció confundido por un momento. Entonces se dejó caer sobre la hierba, a mi lado, estiró las piernas y se tumbó apoyándose sobre los codos.

—No ha sido nada personal. Solo estoy tratando de ganarme el cielo con mis buenas obras. —Su sonrisa era estrictamente impermeable. Nada parecía capaz de atravesarla.

Lo miré fijamente, con la boca abierta por si se me ocurría algún comentario ingenioso mientras esperaba la explicación que me debía. Seguro que se daba cuenta enseguida de que me la debía.

—Vale, vale. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo? —Se puso cómodo sobre el pavimento, como si estuviera preparándose para lanzar un largo discurso—. Soy agente de la agencia para la defensa de la ley de la Red Unida. Esos tíos eran agentes del gobierno Nic en el exilio. Creían que eras de los nuestros. —Sacudió la cabeza—. Lo más seguro es que fuesen a torturarte para sacarte la localización de alguno de nuestros cuarteles generales.

Abrí los ojos de par en par.

—Entonces, si vuelven a intentarlo, no tengo más que juntar los talones tres veces para volver a casa, ¿no?

—Lo has cogido.

—¿Quién coño eres?

—¡Oh! Perdona. —Sonrió y me tendió la mano derecha—. Mick Skinner. Llámame Mick, o Skinner. O lo que quieras.

Tenía un cierto acento que hubiera jurado que era de Texas. No había mentira en su rostro, solo una especie de dulzura alerta (salvo en los ojos). No me gustó. O Mick Skinner era el tonto del pueblo o no me tenía el respeto suficiente como para utilizar sus argucias conmigo. O era el tío más astuto del mundo.

Entonces recordé que, en toda la ciudad, la gente capaz de entender un chiste como aquel podía contarse con una sola mano, y sin usar varios dedos. Y que no

muchos más hubieran entendido el mío, el de los talones. Pero él lo había hecho.

Con la voz cargada de tensión, le dije:

—Si trabajas para la ciudad, yo vivo aquí, punto.

Esbozó aquella sonrisa impenetrable suya.

—Coño, no. Solo vivo aquí. Aunque no hace mucho. ¿Es malo trabajar para la ciudad?

—Depende del trabajo. —Me incorporé—. A juzgar por las pistas que estás dando, debes de ser un vendedor ambulante de fertilizantes.

—Y a ti no te interesan los fertilizantes...

—Si quieres que crezca algo por aquí, prueba a plantar un poco de verdad. —Le lancé una mirada expectante.

—Vaaaale. —La verdad, a juzgar por su cara, no le proporcionaba tanto placer—. Te han tomado por mí.

Esperé a que dijera algo más. Al ver que no lo hacía, dije:

—Tío, es que nos parecemos muchísimo.

—No sabían qué aspecto tengo. Me buscaban basándose en otra cosa.

—¿Cuál?

—Otra cosa. La pasada noche... en el bar, hiciste cosas que les llevaron a engaño. Así que te drogaron.

Frente a la arenisca que jalonaba la acera había una cerca metálica hecha pedazos. Me sujeté a ella. La pasada noche. Todo el tiempo parecía haber transcurrido bajo la luz de unos focos, iluminado para todo el mundo menos para mí.

—¿Quieres decir que estaban esperando a alguien que pidiera unas copas que no pudiera pagar y al que echaran de una discoteca?

Esto pareció resultarle muy divertido.

—Noooo. Eso fue cuando empezaste a actuar como otra persona para despistarlos. Pero ya era demasiado tarde.

Sentí el impulso de hacer lo mismo, un impulso que estaba más allá de mi control, más allá de mi comprensión. Ojalá el bordillo hubiera tenido siete metros de alto para poder arrojarme desde allí. Y arrastrar a Mick Skinner conmigo.

—¿Qué más sabes sobre anoche?

Levantó una mirada rápida hacia mi rostro. No confundida ni culpable ni significativa en absoluto. Solo una mirada.

—Nada —dijo.

—¿Y cómo sabes lo que me has contado?

—Estaba allí.

—Eso es lo que tú dices. ¿En calidad de qué?

—De observador de la condición humana.

Entonces me di cuenta a qué me recordaban sus ojos. Una vez había visto un lobo domesticado, tan dócil como cualquier perro, leal y fiable. Pero alrededor de los ojos había una incipiente demencia salvaje, la sensación de que aquel animal no hacía los

cálculos igual que un perro de verdad. Los ojos de Skinner hacían que hasta su expresión más amigable resultara sarcástica.

Me aparté de la cerca.

—Claro. Iré a buscar al tío del traje gris y se lo preguntaré.

—¡No! —Se incorporó dando un respingo—. Por Dios, no trates con esa gente, te pelarán como si fueras una cebolla. Ahora tu única esperanza es hacerte pasar por un inocente transeúnte.

Yo había empezado a temblar. Puede que fuese rabia. Puede que no.

—Escúchame. No sabes una puta cosa sobre mi vida. No tienes derecho a darme consejos. Si vuelvo a tropezarme con ese tío, le diré qué aspecto tienes y dónde puede encontrarte. Así me libraré de ti.

Skinner se rascó la cara con las dos manos. Mi exhibición no lo había asustado.

—Bueno. Por tu bien espero que sea así de fácil. Jesús, estoy hecho polvo. ¿Vives por aquí?

Lo dijo como si fuera una pregunta amistosa, con una respuesta intrascendente. Pero aquel era el tipo de interrogatorio del que más desconfiaba.

—No —dije—. En Indiana —mentí.

—Jeeesús. ¿Has venido por el río? ¿Cuándo?

—Hace mucho. No me acuerdo.

Sacudió la cabeza.

—La última vez que pasé por allí, tenías que tener cuidado para que nadie se te comiera. Y eso que no llegué muy lejos. ¿Tu casa está por aquí?

¿Qué se supone que tenía que responder a semejante pregunta?

—Sí y no.

Sopesó la respuesta un momento. Observarlo mientras lo hacía me proporcionó cierto placer.

—Deja que lo exprese de otro modo. Necesito un sitio para pasar esta noche. ¿Sabes de alguien que pueda prestarme un rincón?

La Serpiente es un combinado extraño de productos químicos. Crees que te ha soltado hace tiempo. Cuando de verdad se te pasa el efecto, es como si se abriera una trampilla bajo tus pies. De repente ves el mundo con la misma precisión espectral que te obligó a escapar de él. En mitad de la frase de Mick Skinner, sentí que la Cola de la Serpiente se esfumaba. Todo asomo de distorsión, ilusión o alteración de mi estado de ánimo desapareció, dejándome con la cabeza despejada. Entonces comprendí varias cosas.

Primero, que quería irme a casa.

Segunda, que Mick Skinner no me debía un favor. Yo se lo debía a él. No sé lo que quería el tío del traje gris, pero todavía me dolía la muñeca por la que me había sujetado. La noche pasada me había drogado alguien a quien no le importaba que me lo pasara bien. Y esta podría haber acabado mal si aquel cabrón no se me hubiera llevado como un bandido robando una gallina. Puede que fuera una deuda contraída a

la fuerza, pero no podía negar que se la debía a Skinner.

Tercera, que Mick Skinner me había pedido un favor.

Con un intenso sentimiento de martirio, acepté las tres revelaciones.

—¿Tienes algún problema con los edificios altos? —pregunté.

Levantó la mirada, sobresaltado, arrancado bruscamente de una expresión concentrada que parecía un ejercicio de control mental.

—Joder, no.

—Hay gente que lo tiene —añadí mientras se desvanecía mi último atisbo de esperanza. Pero, por supuesto, él no era uno de ellos. Esta noche no había misericordia para mí—. Vamos. Te lo debo.

Me volví y eché a andar sin volverme para comprobar si me seguía.

Mientras hablaba había cruzado por mis pensamientos la posibilidad de que, tal vez, después de todo, sí fuera a cometer un suicidio, utilizando el original método de mostrarle a un desconocido dónde vivía. No confiaba en Mick Skinner. Pero, como en el lobo de antes, había algo franco y directo en él, algo que formaba parte de lo que lo hacía único. Haría solo cosas inteligentes, cosas sensatas. Solo tenía que vigilarlo por si mostraba indicios de voracidad. O, al menos, eso fue lo que me dije.

Una manzana después, dijo con tono cauteloso:

—Y yo que empezaba a pensar que no te había gustado...

—¿Acaso he dicho que me gustaras? He dicho que te lo debía.

—No es así. Te tomaron por mí. Es culpa mía. Si te hubieran cogido me habría sentido fatal. Ha sido un acto de egoísmo puro por mi parte.

—Chorradas filosóficas —dije. Siguió caminando a mi lado, sumido en un silencio contemplativo, como si no me hubiera oído.

Este silencio sólo se interrumpió al ver el coche. Era tan grande que en algunas zonas de la ciudad se habría rozado las puertas al girar, y tan negro como si lo hubieran hecho con los faldones de la levita del mismo Diablo. Las ventanillas también eran negras, el parabrisas era un cristal tintado y el motor no hacía más ruido que la nieve al caer. Apareció como un tiburón al final de la calle y Skinner me metió a empujones en las sombras de la entrada de un patio.

—¡Atrás! —susurró.

—¿Qué coño...?

—¡No mires hacia allí! —El coche negro pasó lentamente junto a nosotros.

—¿Qué pasa?

—Problemas —contestó con firmeza, pero no dijo nada más.

Había varios sitios en la ciudad donde podía pasar la noche. Estaba el cuarto del segundo piso del Underbridge, tras el balcón sobre la pista de baile. Hasta tenía su propia entrada independiente. Luego, el rincón de un garaje subterráneo, que era mucho más confortable de lo que podía sugerir su descripción. Pero solo había un lugar en el que yo pensara cuando oía la palabra «casa».

En el extremo sur de la Feria Nocturna había un edificio de oficinas de arenisca

rosa, que databa de finales del siglo xx. Estaba medio vacío, como la mayoría de los edificios de la Feria. En los pisos tercero y sexto, las ventanas eran arcos acristalados de vanos ornamentales, como marcos barrocos en forma de media luna. En el séptimo piso, sobre el ático, había buhardillas de techo abovedado, como ojos abiertos de personajes de dibujos animados. Era una estructura interesante.

Mi casa estaba en una esquina del séptimo piso y, en parte, en el techo. O al menos, ciertas cosas que eran mías ocupaban parte del techo. La escalera que salía del vestíbulo que había al otro lado de la puerta principal tenía una estructura de hierro forjado y ascendía enroscándose piso a piso alrededor del centro del edificio, abierto al exterior, hasta llegar al tercero, donde se detenía. Las escaleras traseras estaban casi podridas. Habría sido más seguro trepar por la arenisca con las manos desnudas que arriesgarse con ellas. El ascensor no funcionaba. Se había quedado atascado en el hueco, entre los pisos segundo y tercero y los cables estaban rotos. Las puertas estaban cegadas.

Yo era el único inquilino que vivía por encima del tercer piso, porque era el único que sabía dónde estaba el montacargas y que todavía funcionaba.

Vi el lugar a través de los ojos de Skinner cuando entramos por la puerta lateral. Su destartada grandeza había perdido todo romanticismo y ahora era simplemente penosa: los suelos agrietados de mármol blanco y negro, el revestimiento de roble perforado por las termitas, los fragmentos de espejo pegados todavía a las ventanas sobre el roble... La sala olía a algo que parecía repollo y detrás de una de las puertas se oía la voz de un viejo que cantaba una canción pop sin hacer más que alguna referencia ocasional a la melodía. Ninguna de las enormes lámparas de cobre funcionaba ya. En su lugar, había un cable colgado del techo, con una bombilla cada seis o siete metros. No daba mucha luz, pero al menos funcionaba, y nadie hubiera podido permitirse lo que habría costado poner en funcionamiento la instalación original. A pesar de ello, me deprimió inesperadamente, y lo lamenté por Skinner.

Abrí la puerta de las escaleras del sótano y llevé a Skinner hasta el montacargas. Él lanzaba miradas dubitativas a su alrededor. No me sentía con ganas de tranquilizarlo, así que le di la espalda, escogí un par de cables del aparente caos del panel de control y uní sus dos extremos. No dejé que Skinner viera lo que estaba haciendo. Si no me mataba esta primera vez, no quería que supiera cómo se llegaba arriba para poder intentarlo de nuevo. La jaula se estremeció y empezó a ascender a trompicones, muy despacio. Pero en silencio. Había usado un montón de lubricantes para garantizar la privacidad. Dentro del ascensor estaba el certificado de inspección, amarilleado por el paso del tiempo y fechado en 1995. Skinner lo miró y chasqueó la lengua.

—¿Esta es la única forma de subir —me preguntó— o es una visita guiada?

—Si lo prefieres, hay sitio en la acera para pasar la noche.

Sacudió la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios. No parecía demasiado asustado.

Nos detuvimos con una sacudida al llegar al séptimo y salimos de la jaula. Muy lejos de la zona en la que vivían y cocinaban los demás inquilinos, mi vestíbulo olía a edificio abandonado: polvo, sequedad, abandono... Busqué la llave a tientas y abrí la puerta a la oscuridad de lo que había sido un área de recepción. Era una sala vacía, una última defensa contra cualquiera que llegara hasta allí. Los sonidos rebotaban en las paredes desnudas y el interruptor de la luz no funcionaba. Cualquier intruso llegaría a la conclusión de que había forzado la cerradura para nada.

Pulsé un botón que llevaba en el bolsillo, que en tiempos abría la puerta de un garaje, y se encendió la bombilla del pasillo que había después de la sala. Skinner dio un respingo.

—Aquí es —dije con tono agrio—. Entra libremente y por propia voluntad y deja parte de la felicidad que traes contigo.

Se echó a reír. La mayoría de la gente tampoco lo habría pillado.

Caminé hasta la luz del pasillo y entré en casa. La habitación que había a mano izquierda debía de haberse usado como almacén en su momento. Tenía el tamaño justo para albergar el colchón de algodón y la cómoda. La habitación central, que era más grande, la había convertido en un salón cocina. Las ventanas de la buhardilla estaban cubiertas de fieltro negro. (Una luz en el último piso habría llamado la atención). Había colgado un fregadero de una de las paredes, y lo utilizaba para sacar el agua y los residuos del váter, y tenía un horno de propano en un armario de metal y una vieja nevera de propano/eléctrica a su lado. Había una mesa de madera que me servía como encimera y mesa a la vez, y varias cosas para sentarse, incluido un armario de cromo y cuero que parecía un complicado cabestrillo y una desvencijada silla acolchada y con brazos. Había también una estantería llena de libros, los suficientes para resultar convincente. Me acerqué a la lámpara de gas que había sobre el fregadero y la encendí.

Skinner se detuvo en el umbral y vi que su mirada acudía de inmediato a los libros. Se aproximó y empezó a leer los lomos. De vez en cuando tocaba uno u otro, pero no sacó ninguno. Casi me entraron ganas de enseñarle el tercer cuarto.

—*Pale Fire*. No había visto una copia desde... —Sus ojos y sus dedos vagaban entre los libros—. *Cuatro cuartetos*. *The Lady is Not for Burning*. Oh, Dios mío, *El prisionero de Zenda*. —De repente, su tono de admiración cobró un aire de parodia—. Madre mía —dijo—. ¿Los has leído todos?

Las tripas me dieron un salto furioso. Había tenido un momento de debilidad y él me lo había pagado echándome un jarro de agua helada sobre la cabeza. Entonces reconocí el olor del ridículo: mis libros habían hecho mella en su actitud reservada y lo que estaba haciendo era tratar de reparar los daños.

—¿Y tú? —pregunté.

Apretó ligeramente los labios.

—Unos cuantos —dijo.

—Como se te ocurra llevarte alguno, forro los demás con tu pellejo.

Pasó el dedo por el lomo de un viejo volumen de la *Britannica*.

—¿Y qué hace aquí uno para divertirse un poco?

—Lo siento, no nos queda de eso.

Se frotó la frente con los dedos, con lo que casi consiguió ocultar su rostro y la comisura arqueada de su boca.

—Entonces supongo que me iré a dormir.

—Por aquí —dije y volví al pasillo. Me siguió. Lo llevé al pequeño dormitorio y encendí la vela que había sobre la cómoda.

—¿Y tú?

—Dormiré en el cuarto de al lado. El fregadero funciona como un fregadero. La nevera funciona como una nevera... si es que queda algo en ella, cosa que no recuerdo. Y el baño, que está por ahí, funciona como un baño. Hagas lo que hagas, no fumes en la cama y no me despiertes.

Ya estaba en el pasillo cuando me dijo:

—No recuerdas nada de lo que pasó anoche, ¿verdad?

No. Pero no te lo había dicho.

—¿Qué te hace pensar eso?

Estaba en el umbral, con aquella sonrisa vidriosa en los labios y una luz sospechosa en la mirada.

—Porque yo sí me acuerdo.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Solo eso. Si alguna vez quieres saber lo que pasa en esos momentos que eres incapaz de recordar... bastará con que me lo preguntes con amabilidad.

Dicho esto, el muy cabrón cerró la puerta de mi dormitorio y echó la llave.

Ahora sé que podría haber echado la puerta abajo. O podría haberme disculpado con él y haberle suplicado que me diera una explicación. En circunstancias normales seguro que lo habría hecho. Pero lo que hice fue quedarme mirando la madera de la puerta hasta que me dolieron los ojos. A continuación, me dirigí al tercer cuarto, el que no le había mostrado, abrí la puerta y me encerré en él.

(Mick Skinner sabe lo que pasó anoche, decía mi cabeza).

Al tercer cuarto se accedía por una puerta falsa que había en el baño. Era la más grande de las habitaciones que consideraba mías. Ya no tenía ventanas. La luz del sol es dañina y eso, al menos, era algo que podía detener. El calor también, aunque menos. El termómetro de la tubería del refrigerador que colgaba del techo marcaba veintidós grados. Aquel era el único cuarto que no estaba amueblado como un campamento de gitanos. La superficie de las paredes estaba forrada casi por completo de acero, en la silla se podían pasar ocho horas sentado de un tirón y la luz, cuando estaba encendida, era intensa y regular. Esa era, a fin de cuentas, la razón del cable que bajaba del techo, desde las baterías que se cargaban en el molino de viento camuflado como una tubería vieja y oxidada.

(Mick Skinner sabe lo que me pasó, decían mis terminaciones nerviosas).

Recorrí la sala tocando cosas: mis talismanes, los enseres de mi secta. Más libros, los que necesitaba para mantener en funcionamiento la sala, y que desaparecerían (junto con la persona a quien le pertenecían) si llegaba a saberse que poseía una copia. Contrabando intelectual, de ficción y no-ficción. El monitor: quince pulgadas, con tres niveles de resolución diferentes. El equipo de grabación/reproducción: tres reproductores de vídeo, un tablero de edición, tres equipos de audio, uno de ellos digital; un reproductor de CD; un grabador de ocho pistas de bobina abierta, una mesa de mezclas, procedente posiblemente de una emisora de radio. Dos amplificadores de 120 watios de mediados del siglo pasado, puede que procedentes del mismo sitio pero modificados para servir a mis propósitos; un mezclador de audio de seis canales con ecualizador y otras mejoras. Dos pares de auriculares. Y la joya de la corona: una unidad de grabación de CD de estudio y una caja llena de CD en blanco.

(Mick Skinner sabe...)

Y, por supuesto, los archivos. Copias, más que nada. Había vendido la generación anterior de casi todo lo que había encontrado a coleccionistas lo bastante ricos y lo bastante locos como para querer algo raro y poderoso e inútil. Había cogido su dinero y lo había invertido en más equipos, en más material y en los medios necesarios para grabarlo.

Cintas de vídeo y de audio, cuya base de mylar se había vuelto frágil con el paso del tiempo. Discos de vinilo, quebradizos como porcelana. CD de audio, cuya información estaba perdiéndose, como si sufrieran de demencia senil. Dos mil películas. Cuatro mil álbumes, música y palabras e imágenes susurradas desde un pasado dulce y soleado, un poco más degradadas cada vez que se reproducían.

Debería haber sido deprimente... al igual que debería serlo cada día, porque nos conduce a la tumba. Cuando tenía un mal día me sentaba en el cuarto de al lado y pensaba en el valor de las cintas para un reprocesador. Por no hablar del mylar. Podría ganar una auténtica fortuna... Pero eran como trabajadores esclavos de un ferrocarril subterráneo, fugitivos que escondía del sheriff. ¿Quién los mantendría con vida si yo los abandonaba?

(Mick Skinner sabe lo que...)

Me senté en mi valiosa y confortable silla y barajé las posibles distracciones. Había encontrado un CD nuevo dos días antes. Ya había comprobado el contenido. Sin levantarme de la silla, me aproximé al estante, encendí el reproductor de CD y conecté los auriculares al enchufe correspondiente. Bajo el plástico rugoso de la caja había una carátula en la que se veía un dibujo medio borrado de cinco personas de aspecto divertido sentadas o de pie alrededor de un inmenso coche antiguo pintado de forma insólita. Era solo una página, con sus dos caras y el borde rasgado: antes había más páginas. El nombre del grupo no me resultaba familiar. Limpié el plateado disco, lo coloqué en la bandeja, me puse los auriculares y levanté los pies.

Los primeros compases se abrían con el dulce lamento de un violín, el *tsk* de un

címbalo y un murmullo de bajo. Las voces de dos mujeres empezaron a desgranar la letra, como si estuvieran contándose una historia:

El guapo Tommy Belmont estaba en la parte de atrás,
arreglándose el pelo y buscando en su petate.
Dijo, «lo único que quiero es que me cortes un poco».
Nunca supo lo que le estaba diciendo.

Angela la bailarina dice que no escuchó el disparo.
Puede que estuviera mintiendo y puede que no.
Sigue igual todo el día, igual de caliente.
Y dice que para qué rezar.

Estuve a punto de echarme a reír. La dulce ilógica de un pasado soleado no merecía menos. La letra podría haberse referido a mí, aquí y ahora, a la limpia irreductibilidad del Negocio, a las superficies duras de las Profundidades. El disco dio dos saltos: probaría a limpiarlo de nuevo.

Entonces empezó la segunda canción. Nada de adornos temerarios, como la primera; esta se abría con el rasgueo imperativo y quejumbroso de una guitarra y una estremecida cascada de campanadas. Unos dedos reducidos a polvo mucho tiempo atrás se deslizaron evocadoramente sobre unas cuerdas que estaban corroídas, rotas o habían sido tiradas a la basura, en una guitarra rota, quemada o perdida quién sabe cómo, hace mucho, mucho tiempo, y una voz empezó a deslizarse como aquellos dedos, hipnótica, capaz de trascender la muerte. Me había desarmado la primera canción, cínica y segura.

Ahí fuera, a la luz de la oscura cescena urbana
Empujando y golpeando y soplando los cuernos
Solo las palomas disfrutaban de la vista
El hormigón está frío y las calles, vivas
Pero la única voz que escuchas es la voz interior así que te bajas del
bordillo...

Una mujer muerta le cantaba al aislamiento y me echaba el mío a la cara.

«Todos estamos solos en nuestras cabezas», había dicho Cassidy. Vivimos y morimos solos en nuestras impenetrables cabezas, nuestros cuerpos indefensos.

Los Turbados estaban locos. Antes de ellos, los jinetes habían quebrantado lo inquebrantable, habían enloquecido y habían pulsado el botón rojo del Árbol de la Sabiduría del Bien y del Mal.

Pero el tarot desplegó toda su extravagancia sobre la mesita de café de Sherrea,

empapado por los arcanos mayores, locuaz. El asunto que has puesto en marcha está en manos de otros.

Esta noche hay algo en el aire
Intento verlo pero se me esconde...

Y Mick Skinner sabía lo de mis lagunas.

El disco siguió sonando en los auriculares sin que le prestara atención. Después de un rato, reparé en el silencio y en el olor a circuitos calientes. Me había acurrucado en la silla. El colgante de Sher me pinchaba en el pecho. Me levanté dolorosamente y apagué los equipos. Entonces me senté en la oscuridad, sin pensar en nada. Tras un rato, acabé por dormirme.

El sol no podía despertarme en los archivos y la silla era muy cómoda. Pero era una silla, no una cama. Las rodillas y el cuello se hartaron de estar doblados, se me durmió el brazo derecho y desperté.

Levanté una esquina del fieltro que cubría la ventana del salón, eché un vistazo y vi que era media mañana. La Feria Nocturna estaría cerrada, estancada alrededor de la base del edificio. Volvería a echarme hasta el anochecer. Bajo la luz del sol, la Feria se extendía amenazante, como una tierra desconocida y antinatural y aquel día no tenía valor para enfrentarme a ella. Pero antes de dormir, comprobaría lo que había sido de Mick Skinner. Con un poco de suerte, se habría largado.

No lo había hecho. Yo había experimentado un momento de esperanza al ver que la puerta del dormitorio no tenía el pestillo echado, pero seguía allí. Su chaqueta de algodón y sus desgastadas botas estaban en el suelo, junto al colchón. Él estaba bajo la manta, con las extremidades dispuestas con pulcritud sobre el cuerpo, mirando fijamente el techo.

Sin pestañear.

Lo supe desde que di el primer paso en el cuarto, pero la muerte es un diagnóstico que nunca puede dejarse sin comprobar. Lo agarré por el hombro. Le busqué el pulso en la garganta. No tenía, y su piel estaba tan fría como la parte superior del vestidor. Pero la carne estaba blanda y cuando le levantaba el brazo, volvía a caer. ¿No se manifiesta el *rigor mortis* cuando se enfría el cuerpo? Puede que tuviera alguna enfermedad que provocara aquella catalepsia tan convincente. ¿A quién conocía que pudiera saberlo... y cómo podía encontrarlo, en la Feria Nocturna a plena luz del día?

Empecé a examinarlo en busca de lesiones. ¿Un golpe en la cabeza, quizá? Nada. La noche pasada se había llevado la mano al costado...

Bajo la camisa, allí, a la altura del corazón, entre dos pliegues de músculo, había un agujero. No era grande ni reciente, y no estaba cicatrizado. Me quedé mirándolo un momento antes de darle la vuelta. Tenía otro agujero similar en la espada. Eran los

agujeros de entrada y salida de una bala y, dado que no los habían vendado, tratado ni curado, tendrían que haberlo matado.

Algún tiempo antes de que nos conociéramos.

Solo unos pasos separaban el cadáver de la puerta; no era difícil cruzarlos caminando hacia atrás. Cerré la puerta. Salí tambaleándome al pasillo y al vestíbulo del edificio. Cerré la puerta de mi casa con llave, metódicamente, mirando cómo trabajaban mis manos. Bajé en el montacargas, subí por las escaleras del sótano y salí al fin a la calle silenciosa. En algún lugar de la adormilada Feria tenía que encontrar a alguien que me ayudara a librarme de Mick Skinner.

CARTA 3

Debajo
Dos de rombos,
Boca abajo

Crowley: el señor del Cambio Armonioso destronado.

Gray: incapacidad de manejar muchas cosas al mismo tiempo; cambio con efectos negativos. Armonía a expensas del cambio.

Waite: alegría forzada. Optimismo simulado. Noticias falsas.

3.0: la diosa y la chica de la puerta de al lado

Hacía tanto calor como el día anterior y prometía ser una jornada de las calurosas. Las calles olían a alquitrán ardiente y cuando los rayos del sol lograban colarse entre las sombras de los edificios, la acera despedía un brillo cegador. No se movía nada, ni bajo aquella luz despacible ni entre las sombras. Mil años más tarde, cuando unos arqueólogos interplanetarios descubrieran las ruinas de nuestra civilización, las fotos del *National Geographic* de los alienígenas tendrían aquel mismo aspecto. Y estarían igualmente silenciosas. La Ciudad Muerta: notable estado de conservación.

Me acordé de mi invitado. Así que apreté el paso.

Al entrar en el corazón de la Feria tuve que detenerme de nuevo. ¿No había tenido una vez una pesadilla parecida, antes de que me engañara e hiciera creer que habría siempre gente suficiente?

El puesto de comida de mi derecha estaba vacío. Su dueño lo había dejado así al cerrar, al amanecer. Tuve que recordarme este hecho: estaba abierto hacía pocas horas. La pintura de color turquesa de las paredes de metal arrugado estaba pelándose y en algunos sitios estaba casi borrada. «*Mariscos*»^[16], decían unas letras pintadas a mano sobre el retrato de un camarón. La palabra, pintada en rojo en su día, era ahora rosada y el verde del camarón recordaba al color del lodo. El mostrador estaba cubierto de polvo. El quiosco había tenido toldo en su momento: vi las abrazaderas oxidadas sobre la cocina. El barril de hierro encadenado a la pared no contenía basura.

Frente a mí se levantaba una noria contra un cielo azul cromo. O, más bien, los huesos geométricos de la noria estaban allí, teñidos de negro contra la luz, hinchados en las juntas y jalonados a intervalos regulares por los canglones que hacían las veces de asientos. La carne de aquellos asientos era la oscuridad, la escasez de luz y ruidos, y todo esto faltaba ahora. También allí, había polvo y herrumbre. Husmeé el aire tratando de captar el olor del alcohol o el ozono, pero no encontré otra cosa que metal recalentado y hormigón.

Era la luz, por supuesto que era la luz. Cuando estaba en mi casa de la Feria Nocturna, raras veces salía antes del anochecer. Y si lo hacía trabajaba, luego dormía y despertaba a la misma hora que la Feria. Nunca la había visto a media mañana. Pero era incapaz de sacudirme de encima la sensación de que todo lo que veía había sido transformado, de que aquella no era la misma noria que había visto la pasada noche, sino una mil años más vieja, una que llevaba mil años averiada y en silencio.

—Gorrión —dijo una voz a mi espalda, y si hubiera sido realmente lo que decía mi nombre, me habría encontrado al otro lado de la ciudad en un abrir y cerrar de ojos.

El contexto lo es todo. En una situación lo bastante insólita, las cosas familiares se vuelven irreconocibles. Era la voz de Dana, firmemente adherida a la persona de

Dana. Estaba apoyada en la entrada de un edificio de ladrillos de color marrón. Llevaba un camisón estampado con garzas y hojas de palma, que le llegaba casi hasta los tobillos, y un par de zapatillas de tacón bajo que yo solo había visto antes en las películas. Tenía el pelo suelto y peinado hacia atrás. Llevaba ya algún tiempo allí; había un cigarrillo a medio fumar en sus dedos y una colilla apagada en el porche, a sus pies.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó con un leve movimiento de los labios, y me di cuenta de que yo no había pronunciado palabra todavía.

—Perfectamente. Estoy perfectamente. ¿Qué haces ahí?

Otro movimiento casi imperceptible de los labios.

—Vivo aquí. Arriba. Actúas como si te hubiera pillado tratando de robar eso.

Sacudí la cabeza. La sensación de irrealidad, con Dana en el papel de protagonista principal, me había narcotizado.

—¿No tienes algún comentario ingenioso?

—Supongo que las mañanas no son lo mío —dije después de un momento.

—Eso está mejor. ¿Y qué te trae por aquí a estas horas? —Se puso el cigarrillo entre los labios y le dio una larga calada. Parecía turbadoramente desnuda sin los labios pintados.

El cigarrillo no estaba liado a mano y me pareció ver una marca impresa en el papel. Lujos, rarezas e indulgencias: Dana se rodeaba de ellos.

Me había ofrecido su ayuda. Yo tenía un problema que podía resolverse con dinero y contactos. Si es que era verdad que los tenía. ¿Y dónde iba a encontrar una solución si no?

—... necesito un favor.

Dana exhaló el humo de sus pulmones y me miró a través de él.

—¿Puedo hacer algo?

Me asaltó un acceso de duda: ¿Alguna vez se habían desequilibrado nuestras relaciones, me había colocado sin saberlo en la parte deudora del Negocio? Ya tenía demasiadas deudas.

Separé las comisuras de los labios, confiando en que pareciera una sonrisa.

—Tengo que desembarazarme de un cadáver.

A juzgar por su cara, se hubiera dicho que acababa de arrancarme la piel. Susurró algo y escupió a la izquierda. Sus ojos se apartaron un momento y volvieron a mirarme al siguiente.

—Será mejor que entres.

Seguí el revoloteo de su dobladillo hasta el porche y, casi a ciegas por culpa del sol, entré en el vestíbulo del edificio. El olor del aceite de las lámparas de la pasada noche flotaba alrededor de mi cabeza mientras subía las escaleras. Muy viejas y de mármol. Cada peldaño estaba ahuecado en el centro, como si la escalera fuese un cauce. Las ventanas del segundo piso estaban cerradas a cal y canto pero en el rellano del tercero, la luz cayó sobre nosotros como una maldición, en columnas de polvo.

Hacía mucho calor en el pasillo. Dana abrió una puerta y entró lentamente. Nunca había estado en un lugar que ella considerase su hogar. Aquel se le parecía tanto que, sin darme cuenta, me detuve en el umbral de la puerta, con vergüenza, como un animalillo asustado frente a una mano tendida.

Estábamos en una habitación elegantemente abarrotada y lánguida, en la que se filtraba la luz a través de postigos de madera y pliegues de encaje. La cama deshecha, debajo de una de las ventanas, parecía en su estado natural, como si las sábanas no estuvieran hechas para estirarse sino para formar aquellos valles sombríos, aquel refugio textil. Había alfombras sobre las alfombras, así que ni siquiera las zapatillas de tacón de Dana hacían ruido. Las sillas estaban llenas de cosas: ropa, revistas, zapatos desparejados, toallas bordadas, guantes, collares de cuentas y una caja de pañuelos con un logotipo que se veía raras veces en la Feria Nocturna. Sobre la mesa de la cocina había un florero lleno de rosas y la habitación olía a incienso de rosa, muy fresco. Reinaba un ambiente cálido que invitaba a la pereza y los colores eran suaves.

Dana quitó una bata y una caja de cedro de una de las sillas de la cocina y las dejó sobre un banquillo.

—Siéntate —dijo—. ¿Quieres un poco de té?

Lo que yo quería, en realidad, era marcharme de allí.

—No —dije y me senté en medio de una nube de desorientación—. Quiero trasladar un cadáver.

—Bueno, si está muerto no hay por qué apresurarse.

—¿Con este calor? —Quería quebrar aquella atmósfera lánguida e hipnótica con una pincelada de agresividad. Pero el tufo imaginario a descomposición no pudo resistir al incienso real. Miré a mi alrededor y descubrí que había un incensario encendido sobre una mesa de mimbre casi tapada por unos encajes. Había también una figurilla allí, cubierta de velos, rodeada por un espejo ovalado, un peine de concha y nueve velas rosas. Maîtresse Erzulie, la diosa del amor. Al pie de la estatua había una manzana, dividida en porciones unidas con clavos. La piel estaba empezando a arrugarse a la altura de los cortes. Me acordé de Cassidy la pasada noche, sufriendo en silencio. ¿Qué estaría pidiendo Dana tan temprano? ¿Qué había bajo el poder de Erzulie que Dana no poseyera aún?

Dana estaba en un rincón, llenando la tetera con una jarra de gres. Su cabello caía entre su rostro y mis ojos. Desde detrás de él dijo:

—Ese cuerpo, ¿es...? ¿Has matado a alguien?

Lo dijo con un tono de voz más débil de lo normal. Al ver que no respondía inmediatamente, apartó la cortina de cabello y me lanzó una mirada. Pude leer su expresión como un libro abierto: si había matado a alguien, bueno, la vida es dura y ella podía hacer lo que fuera necesario para sobrevivir, ¿no? De repente me percaté de que no sabía su edad. Una mezcla de sentimientos confusos me abrumó desde dentro: entendimiento, lástima, ternura. Mis pensamientos se apartaron de ellos de un

salto.

—No —repliqué.

—Oh. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no sentirse aliviada. Desapareció detrás de mí. Oí que se abría un armarito. Entonces sus dedos se posaron delicadamente sobre mi hombro—. ¿Qué tipo de té quieres?

Sacudí la cabeza, como si estuviera tratando de quitarme algo de allí (cosa que no conseguí).

—Hay un muerto en mi apartamento. No sé nada de él, salvo que lo perseguía gente que no quiero que me persiga a mí. Por lo que sé, ya hay gente que me persigue. No quiero las deudas de ese tipo, no quiero cargar con las culpas y no quiero té. Lo que quiero es a alguien que pueda hacerlo desaparecer.

Dana se encogió de hombros.

—Tíralo en la calle.

—No. He dicho «desaparecer». Ya me han visto con él. No quiero que la seguridad de la ciudad se me eche encima. Y la gente que lo perseguía nos ha visto juntos. Si aparece muerto, vendrán a por mí. ¿Conoces el ritual para separarse de alguien, ese en el que trazas una línea con un cuchillo en el umbral cuando sale? Yo necesito una versión que funcione en la vida real. Dime si conoces a alguien que pueda ayudarme.

—Calma, cariño. Llamaré a alguien mientras se hace el té. —Me lanzó una mirada dulce e indulgente—. ¿Ves? No está tan mal tener amigos. Nadie puede estar solo siempre. Bueno, y... ¿quién es... era el tío?

—No lo sé —dije, y traté de decidir si era una mentira—. Solo era... Ya sabes, a veces te tropiezas con gente.

—Y te los llevas a casa —añadió ella, sarcástica. Me pregunté si desaprobaba mi imprudencia o sencillamente sentía celos de una situación íntima que estaba creando su imaginación.

—Bueno, en este caso supongo que el peor parado ha sido él.

—¿Qué té quieres?

—¿Podrías...? Earl Grey —dije, porque no había visto té Earl Grey desde... Alguien, una vez, me había dado un poco, pero no recordaba quién, ni cuándo. Hacía mucho.

Se echó a reír y le quitó la tapa a una de las numerosas latas que había sobre la encimera. El aroma, muy marcado y fresco, se sumó al del incienso y desenterró un recuerdo en mi memoria. Al borde de un pueblo de lo que antes se llamaba Ohio, en la cocina de una granja, llena de platos sucios, un hombre de gafas gruesas, ojos penetrantes y voz rápida y que contaba historias como si lo hubieran llenado a presión y mi llegada las hubiera desencadenado: me había servido una taza de aquel té. El oscuro líquido se había arremolinado en la taza y yo le había preguntado:

—¿Por qué huele así?

Dana echó unas pocas hojas en una tetera de porcelana y puso el calentador al

fuego.

—Ahora mismo vuelvo —dijo y desapareció tras la puerta.

—¡Espera! —grité—. Espera... No tendrás una línea privada, ¿verdad?

Su rostro se asomó tras la puerta y sonrió.

—Seré muy discreta, cariño.

Sin Dana, la habitación parecía mucho más grande. Sin embargo, todo cuanto contenía parecía desenfocado. Me quedé mirando las rosas que tenía delante. Al otro lado del pasillo se oían los altibajos de la voz de Dana. Buscando un servicio de retirada de cadáveres para mí. Probablemente hubiera podido hacerlo sin su ayuda si no hubiera sentido tanta inquietud. Pero no: el teléfono, aquel apartamento, incontestablemente propio de ella, lleno de lujos, la marca de los cigarrillos, el té. Indudablemente, Dana tenía contactos, unos contactos que yo nunca hubiera sospechado. Yo conocía gente, antiguos clientes, tipos del Underbridge, pero no podía llamarlos contactos.

Regresó.

—¿Dónde está tu casa, cariño?

—¿Por qué?

—Se reunirán con nosotros allí.

Se lo dije porque no se me ocurrió cómo evitarlo. Volvió al pasillo.

Cuando volvió, el agua había empezado a hervir. Hizo todos los preparativos apropiados con el calentador y la tetera y trajo toda la parafernalia a la mesa.

—¿No tendríamos que ir? —pregunté. Si iban a invadir mi privacidad, prefería llegar primero para preparar el terreno.

—Toma un poco de té. —Sirvió el líquido con un colador en dos tazas de delicada porcelana a juego con la tetera. Por alguna razón, me acordé de Sherrea, sin comida en casa. Me tomé el té con leche.

Estaba empezando a acusar la falta de sueño. Eso explicaría mi incapacidad para concentrarme, el distanciamiento con el que parecía verlo todo. Dana me observaba desde el borde de su taza, con su expresión más sugerente en el rostro. La imagen le sentaba bien.

—¿Por qué tratas tan mal a Cassidy? —le pregunté inesperadamente.

—¿De veras lo trato mal? —Tomó un poco de té—. No lo creo. Es uno de mis mejores amigos, cariño.

—Él no te ve así.

El hombro izquierdo levantado, las cejas enarcadas, los labios fruncidos: era una expresión de arrepentimiento tan elegante que fui incapaz de determinar si era genuina.

—No puedo hacer nada al respecto.

—Podrías dejar de alentarlo.

—Lo trato del mismo modo que a ti.

—Ah, pero yo no soy tu tipo.

—Ni Cassidy tampoco.

—Deberías decírselo.

Se echó a reír.

—Oh, Gorrión, cariño, ¿cuando has empezado a trabajar en el negocio del corazón? Creía que no te gustaba el romance. —Puso todo el énfasis en la primera sílaba y sonrió.

Tenía razón. No estaba en mi casa, no tenía derecho a hablarle así y no era asunto mío. Empecé a dar vueltas a la taza de té entre las manos. Llevaba meses sin probar la cafeína. Casi pude sentir cómo se estrechaban mis capilares sanguíneos.

—Cassidy —continuó— está pasándolo muy bien. Alargará un poco más su trágico romance y luego se cansará de él y lo dejará. Mientras tanto, vive un poco de excitación y no sufre ningún daño. ¿Quieres algo de comer para acompañar eso?

Sacudí la cabeza. Con delicadeza, Dana me obligó a dejar la taza en el plato y volvió a llenarla. Era hora de marcharse. Señalé la mesa de mimbre y la figurilla cubierta.

—No sabía que hicieras vudú.

Volvió a levantar una ceja.

—Cariño, todos hacemos vudú, ¿no? O cualquier cosa que nos funcione.

—¿Qué te hace pensar que funciona?

—Que lo hace, supongo. O sea, uno enciende el fuego bajo la tetera y el agua hierve, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿Y qué estás pidiendo ahora?

Sonrió.

—Eso no es asunto tuyo.

Esta vez no volvió a llenarme la taza.

Había un coche junto a la entrada del edificio cuando llegamos: tan largo como el curso de la historia, tan negro como los pensamientos de un asesino, y asquerosamente familiar para mí.

—Espera —dije, y traté de sujetar el brazo de Dana. Fallé.

—Están aquí. Ese es el coche.

La vi cruzar la calle hasta la entrada y, tras unos segundos de pausa, fui tras ella. Alguien que había buscado a Mick Skinner estaba a punto de encontrarlo. O puede que Mick Skinner hubiera logrado escapar de alguien a quien no tenía ganas de ver. Todo depende del punto de vista. El mío, decidí con una sensación de pesadumbre, estaba demasiado próximo a la acción. Pero ya no podía hacer gran cosa.

Dos figuras dominaban la grandeza ruinosa del vestíbulo. Uno era un hombre del color de la teca, de más de dos metros de altura, musculoso como una estatua y con el cráneo afeitado y reluciente. Llevaba pantalones ajustados y una camisa sin mangas de doble pechera con botones de plata: tanto la camisa como los pantalones eran de

color negro y recordaban a un uniforme sin llegar a serlo. Tenía un pendiente con una perla en el lóbulo izquierdo. Sus brazos colgaban a ambos lados de su cuerpo, con las manos abiertas. Parecía estar pensando en asuntos que se encontraban a varios kilómetros de allí. En el suelo, a sus pies, había un maletín de cuero con asa, como los que los viajeros usaban antes para llevar sus catálogos.

La mujer que había a su lado parecía menuda solo por contraste. Debía de ser la propietaria del coche: parecía pertenecer a algo tan grande, tan negro y tan silencioso como el vehículo. También era de color. Nunca había visto una piel tan oscura. Llevaba un vestido largo que le llegaba casi hasta los tobillos, de gasa, azul oscuro y mate y con una raya a juego. Su pelo estaba oculto debajo de un pañuelo negro que le cubría la cabeza. Unas gafas de sol de montura negra dividían en dos su alargado y anguloso rostro. Hasta su barra de labios era negra y mate. No me atreví a mirarle las uñas.

—*Chérie* —le dijo a Dana con una desenvoltura regia que casi llegaba a ser calidez. Tenía una voz baja y ronca. Frente a tanta oscuridad, Dana, con su vestido azul jacinto, parecía una fotografía borrosa.

—*Bonjour, Maîtresse* —dijo Dana con una inesperada voz de colegiala. La miré y vi que en su cara había aparecido una expresión a juego con la voz—. Os presento a Gorrión... el problema es suyo.

Estaba a punto de hacer algún comentario sarcástico —más que nada para refrenar el impulso de empezar a moverme de un lado a otro o de jugar con algún mechón de pelo rebelde— cuando me di cuenta de que la mujer se había quedado muy quieta. No se veía qué era lo que había captado su atención por culpa de las gafas de sol.

—Gorrión. *Bonjour*. ¿Qué edad tienes?

Mi corazón dio un buen salto y pareció detenerse un momento.

—La suficiente para la mayoría de las cosas.

—¿De dónde has venido?

—No creo que eso sea relevante.

—¡Gorrión! —dijo Dana.

Pero la negra se encogió de hombros.

—Guárdate tus secretos si eso te hace sentir mejor. No importa. Llévame con el muerto.

—¿También debo llamarte señora?

—Cuando necesite que me llames algo, ya te diré el qué —dijo con tono afable.

Joder. Como no quedaban más tonterías que decir, los llevé al apartamento.

Como la otra vez, una vez en el ascensor me situé de forma que nadie pudiera ver lo que hacía con los cables sueltos. Sabía que no era más que una táctica dilatoria. Con el tiempo y la motivación necesarios, cualquiera de ellos podía duplicar el proceso. Detestaba saberlo. Otras tres personas que sabían que el montacargas no estaba estropeado. Parecía que Mick Skinner estaba causándome toda clase de

problemas a título póstumo.

La puerta del apartamento seguía cerrada. Cuando abrí la puerta, estaba tan silencioso como una... en fin, muy silencioso. Dana entró tras de mí, seguida por *La Maîtresse* y el hombretón. Este cerró la puerta tras de sí, cosa que no me hizo demasiada gracia.

En cuanto abrí la puerta del dormitorio, supe que algo había cambiado. Los restos mortales de Mick Skinner seguían donde los había dejado. Pero el cuerpo parecía alterado. Puede que en su color o en la textura de la piel. Entré y cogí cautelosamente la misma muñeca que había levantado antes. Esta vez, el *rigor mortis* sí había empezado a manifestarse.

—Está diferente.

Dana estaba en el umbral de la puerta, mirándolo todo con los ojos muy abiertos. La mujer la apartó delicadamente y se acercó a la cama.

—¿En qué sentido?

—Bueno..., está más muerto —dije.

Me quedé mirando mi reflejo en sus gafas de sol el tiempo suficiente para comprender que mis palabras no la habían impresionado.

—Necesito más espacio —me dijo al fin—. ¿Puedes dármelo?

—Oh. Sí, al final del pasillo.

—Señor Lyle. Tráigalo, por favor.

Al escuchar esto, el hombretón se aproximó y levantó el cuerpo del colchón sin aparente esfuerzo. Mientras conducía a la procesión hasta la siguiente habitación me preguntaba para qué necesitaría el espacio. Para llevar a cabo una disección, quizás. Tendría que decirle que no tenía triturador de basuras. El señor Lyle dejó cuidadosamente su carga en el suelo y volvió a salir al pasillo. Cuando volvió, llevaba el maletín de cuero. Lanzó a la mujer una mirada interrogativa.

—Sí —dijo ella.

El hombre empezó a sacar velas del maletín. Montones de velas de color negro. Tenían algo pegajoso en la base y permanecieron de pie cuando las dejó en el suelo: una sobre la cabeza de Mick Skinner, otra en cada uno de sus hombros, en cada una de sus muñecas, junto a las rodillas y junto a la suela de cada uno de sus pies desnudos. Volvió a meter las manos en el maletín y sacó una caja de latón. Estiré el cuello cuando le quitó la tapa. Contenía algo que parecía harina. Al ver que empezaba a espolvorearlo en el suelo para dibujar líneas, me di cuenta de que, por supuesto, era harina, y estaba utilizándola para hacer los vévés^[17].

Me volví hacia Dana, quien se había sentado en cuclillas en el suelo, con la falda extendida a su alrededor.

—He debido de darte la impresión equivocada —le espeté—. Te dije que quería la versión en la vida real.

—No los molestes cuando están trabajando, cariño.

—¿Les molesto si hablo contigo? Quiero que se libren de él, no que lo traigan de

regreso de entre los muertos.

—Nos libraremos de él —dijo la negra desde detrás de mí—. Cuando hayamos terminado.

—Hubiera jurado que ya no se podía hacer nada con él. Está muerto. —Las *vévés* estaban apareciendo muy deprisa para ser unas marcas hechas con harina. Ya había un complicado triángulo en la cabeza del cadáver y otro estaba cobrando forma a sus pies.

—En un mundo perfecto —dijo la mujer con fiereza—, los muertos están en paz. ¿Crees que vivimos en un mundo perfecto?

Ni siquiera sentí la tentación de responder a esto.

Cuando terminó los *vévés*, el señor Lyle se apartó y la mujer empezó a sacar más cosas del maletín. Una botella de líquido trasparente, sin etiqueta. Un vasito. Un pequeño frasco de cristal de color oscuro. Un cuadrado de seda roja con los lados bordados. Extendió la seda sobre el pecho de Mick Skinner, con las puntas orientadas hacia su cabeza y sus pies. A continuación vertió un poco de líquido en el vasito —el olor de un licor de alta graduación llegó hasta mi nariz— y lo dejó en el centro del cuadrado de seda. Hecho esto, empezó a encender velas.

Estaba hablando, al igual que el señor Lyle. Lo hacían al unísono, descubrí al cabo de un momento, porque sus voces eran tan diferentes que resultaba difícil escucharlas al mismo tiempo. La de ella era baja y suave; a juzgar por su sonido silbante y quebrado, como un resollar, puede que hubiera sufrido alguna lesión en la garganta. No comprendí las palabras pero la retahíla de palabras poseía un ritmo danzarín. Me costó no seguirlo con el cuerpo. Dana no se molestó en resistirse. Sus ojos seguían a la mujer de negro y sus hombros se movían libremente al ritmo de las palabras.

Estaba tardando mucho en encender nueve velas. La habitación estaba ya más caldeada y los puntos de luz flotaban en halos frente a mis ojos doloridos. Para cuando estuvieron las nueve encendidas, flotando en sus doradas auras, las palabras se habían convertido en una canción y alguien estaba haciendo percusión en el suelo. La mujer cogió el frasco oscuro, le quitó el tapón y lo sostuvo sobre la boca cerrada del muerto.

—Elegguá —dijo, como si estuviera hablándole a alguien que se encontrara en la habitación—. Encuentra a este hombre para mí y averigua si tiene algo que decir. Exú Lança, alguien te engañó cuando estabas siguiéndole el rastro. Deja que pase para hablar conmigo y yo me encargaré de castigar al bromista en tu nombre. Papa Ghede, es tu hija quien te lo pide, y es justo que me lo concedas.

Me entraron ganas de frotarme los ojos. Me dolían de pura fatiga, de mirar la luz de las velas, de no parpadear lo suficiente. Pero no quería moverme. Era importante que no lo hiciera. Alguien podía fijarse en mí. Me hubiera gustado saber lo que estaba haciendo Dana, pero para eso habría tenido que mover la cabeza. Las luces, el canto y el ritmo estaban estrechando el mundo de forma alarmante. La mujer dejó caer una

gota del frasco sobre los labios del cadáver.

Silencio. Un silencio como si el aire se hubiera convertido en mercurio, pesado, denso y venenoso. Las llamas de las velas se irguieron, inmóviles. Yo estaba mirando los labios de Mick Skinner tan fijamente que creo que si hubiese abierto la boca se me habría tragado. Junto con la habitación entera. En el espacio situado tras sus dientes había un vacío tan profundo que hubiese hecho falta toda ella para igualar la presión. Me pareció sentir que una gota de sudor resbalaba por mi frente, reptaba junto a mi oído y llegaba hasta mi mandíbula.

El líquido del vaso empezó a arder y el cristal se hizo añicos.

Me encontraba a medio camino del fregadero antes de darme cuenta de que me había movido. La tetera estaba llena, así que la cogí. Nada de lo que hiciéramos en aquella habitación podía causar daño a lo que contenía el cuarto secreto, salvo el fuego. Salvo el fuego. Volví junto al cadáver.

Pero cuando traté de echarle el agua encima, no pude hacerlo. Bajé la mirada y vi que había dos enormes manos morenas aferrándose a las muñecas.

—Solo conseguirá que se extienda —dijo la voz silbante del señor Lyle encima de mí—. Mire.

El cadáver estaba ardiendo. Un humo negro y oleoso brotaba de la carne y ascendía hasta el techo. Pero donde hubieran debido extenderse las llamas al salpicar el alcohol, no había nada. Las nueve velas negras estaban intactas, como todo cuanto las rodeaba. Ni siquiera se oía el humo.

La mujer estaba de rodillas, encorvada hasta el suelo, y Dana se encontraba sobre ella, con las manos extendidas a poca distancia de sus hombros. En ese momento, la cabeza envuelta en tela negra se levantó. La mujer me miró directamente a los ojos y dijo:

—No estaba aquí.

Se le habían caído las gafas. Bajo el borde del pañuelo, al final de una frente empapada de sudor, estaban sus cejas, dos arcos de metal plateado incrustados en su carne. Con la tetera todavía en las manos, la miré fijamente.

—No estaba aquí. ¿Adónde ha ido? —Se levantó y avanzó hacia mí con los ojos muy abiertos bajo aquellas cejas brillantes e inmóviles.

Me refugié detrás del humeante cadáver.

—¿Quién? —grazné.

—El que estaba aquí. *Le chevalier* —replicó. Con un movimiento brusco, su mano señaló el cadáver del suelo.

—Está muerto. —Hasta a mí me pareció que mi voz estaba teñida de histerismo—. ¿Qué esperaba?

A la izquierda, al otro lado del pilar de humo, vi que el señor Lyle se movía cuidadosamente en mi dirección. Dana se encontraba a mi derecha, mirándonos a la mujer vestida de azul oscuro y a mí.

—Eres una mierda, una mierda —me dijo la mujer—. ¿Dónde está ahora? Dímelo

o te lo sacaré exprimiéndote, como el agua de una bayeta.

No le di una patada a Dana, no exactamente. Más bien la empujé con el pie. Chocó contra la negra. Le arrojé la tetera al señor Lyle y me abalancé hacia la puerta principal.

Tuve la impresión de que tardaba cinco minutos en girar el pestillo y abrir la puerta, y media hora en recorrer el pasillo, con la compañía del sonido de unas pisadas. Activar el montacargas me llevó una semana y, una vez hecho, me volví y vi que unas puertas se cerraban sobre una enorme mano morena a la que seguía un rostro furioso. Dos dedos lograron colarse entre el sello de goma, así que los mordí. Desaparecieron y el ascensor se puso en marcha.

La pared opuesta del montacargas estaba más lejos de lo habitual. Igual que el techo. Y el suelo. Me froté los ojos. Las luces estaban apagándose. De repente supe lo que estaba ocurriendo. Esta vez, por primera vez, recibí una advertencia. Y no sirvió de nada.

Caí.

CARTA 4

Detrás Siete de espadas

Gray: posible fallo de un plan, discusiones, espionaje, éxito incompleto, esfuerzos inestables.

Crowley: política de apaciguamiento, que puede fracasar si una fuerza violenta y contraria a todo compromiso hace de ella su presa.

4.0: para qué están los amigos

... y regresé, con la facilidad de un nadador que se eleva, emerge y abre los ojos y la boca al aire. Abrí los míos a la noche. Escuché el sonido alborotado y burbujeante de una corriente que se movía sobre algo. Capté un tenue olor a peces muertos, cerveza, perfume y humo viejo. Y vi una fila tras otra de lucecillas eléctricas, balanceándose vigorosamente sobre mi cabeza. Mi Hyde personal me había llevado hasta la calle del Underbridge y me había dejado caer. Estaba de pie, con las piernas separadas y apoyadas en el hormigón irregular. Me agarré a un puntal de hierro que señalaba los límites de un viejo aparcamiento.

El Underbridge era antes una central eléctrica que le robaba al río parte de su energía a su paso por la presa. Todavía se generaba electricidad allí, pero a una escala mucho menor. Ahora el río alimentaba farolas, unos pocos tubos de neón, el sistema de sonido, el proyector de vídeo y las festivas tiras de luces que rodeaban el edificio. Cuando descendía el caudal del río, en verano, apagábamos las luces exteriores y el neón, y manteníamos el volumen bajo y los dedos cruzados. Sí, nosotros. La operación de Underbridge era la única cosa en la que yo me identificaba como parte de un grupo. No es que lo hiciera de mil amores pero allí reconocía el Negocio en funcionamiento. Tenía que trabajar con las habilidades que se me habían dado al nacer. Pagaba con mi independencia. La Feria es justa.

Era la primera vez que volvía en mí sin sentir molestias o dolor en alguna parte del cuerpo o en mi interior. Así que transcurrieron un minuto o dos antes de que me entrara el pánico. ¿Qué hora era? ¿Cómo había llegado hasta allí desde la Feria Nocturna, situada en la otra orilla, y qué había estado haciendo entretanto? ¿Seguían allí Dana y sus amigos? ¿Habrían encontrado la tercera habitación? No, eso era imposible, al menos si no sabían lo que tenían que buscar, y ni siquiera Dana conocía la existencia de mi colección. ¿Habrían encontrado las escaleras y se habrían atrevido a bajar? De ser así, puede que todos se hubieran partido el cuello. Pero si habían logrado llegar al primer piso, quizá estuvieran detrás de mí en aquel mismo momento.

Una mirada frenética a mi alrededor confirmó que no era así, al menos de momento. Tampoco me seguía nadie más. Entonces me di cuenta de que lo mismo podían haber pasado meses desde que perdiera el sentido. Incluso podíamos ser grandes amigos. Era horrible.

La luna había salido sobre el río, encima de la Orilla. Así que debían de ser las nueve en punto, más o menos. Era una esfera granulosa, casi llena, velada por las nubes que convergían a su alrededor. El viento era frío, enfático y del oeste. Así pues, el Underbridge estaría pronto cerrado: se acercaba una tormenta.

Robert estaba en la puerta, con su cabellera negra y rizada suelta sobre los hombros y su vieja camiseta, la del símbolo del metro de Londres. Levantó una esquina de la boca y me saludó con la cabeza.

—No sabía que fueras a venir esta noche —dijo.

Tuve que aclararme la boca —¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hablado? Era horrible— para poder decir:

—Ha sido un golpe de suerte, supongo.

—¿Tuya o mía? —preguntó, totalmente serio.

No estaba en condiciones de responder a eso, así que no lo hice.

—En realidad he olvidado qué día era. —Me encogí de hombros para dar más énfasis a mis palabras.

—Oh —dijo Robert.

Lo maldije en el fondo de mi corazón.

—Hum... ¿qué día es?

Con la infinita paciencia de una persona acostumbrada a tratar con borrachos, músicos y fanáticos de la tecnología, respondió:

—Domingo.

Había perdido un día y medio. Podría haber sido peor. Aunque también podría haber sido mucho mejor. Me relajé un poco.

—¿Quién hay?

—Theo, de momento. Y Spangler. Puede que luego venga alguien más.

Y ahora yo. Qué curioso. ¿Es que nadie prestaba atención al tiempo? Tener a Robert en la puerta era un desperdicio. El Underbridge era creación suya y si hubiera tenido dos clones, el lugar habría funcionado mucho mejor en sus manos. Era mucho mejor que todos salvo yo... y yo contaba con algunas ventajas antinaturales. Con él, los destornilladores no se resbalaban y la aleación soldadora duraba tanto como un beso húmedo. Sus dedos eran capaces de trazar patrones sobre los controles deslizantes del tablero y ajustar la ecualización, haciendo que las canciones se sucedieran en los altavoces como los plisados de un único pedazo de tela. Tendría que haberme ofrecido a reemplazarlo en la puerta, pero no quería ser la primera cosa que viera cualquiera que se acercase al Underbridge.

Miré la sala principal, sus tres pisos, detrás de Robert. Los alargados ventanales mostraban las Profundidades, al otro lado del río, una silueta contra las nubes congregadas salpicada por la luz de las torres. El reflejo de la luna se había pegado a una de las caras de Ego como una moneda de plata mojada. Entonces pasó una nube sobre ella, como un dedo por un charco. Una vez había dicho que aquellas ventanas eran como un sistema de vídeo pasivo. La gente pagaba para ir a bailar debajo de aquella vista, especialmente cuando la ciudad se encogía de temor bajo los rayos y los truenos. Un gran espectáculo que no nos costaba un solo céntimo.

Junto a los grifos de cerveza había una docena de clientes, con aspecto perdido y avergonzado en todo aquel espacio vacío. Había alguien en la barra, claro, pero esa era una de las cosas de las que tanto Robert como yo estábamos exentos. Al otro lado de la sala, junto a las pantallas, una escalera de madera, alta y delgada introducía la cabeza en la confusa oscuridad de la estructura de las vigas. En la pista de baile había un haz de luz que cambiaba de color y posición. Un monótono reguero de

comentarios e imprecaciones descendía regularmente desde lo alto de la escalera.

Robert inclinó la barbilla hacia allí y sonrió.

—Lleva así desde antes de que anoheciera.

—Iré a ver —dije—. Siempre le gusta que alguien se interese.

Me aproximé a la base de la escalera con cautela. No sería la primera vez que algún objeto sólido seguía la cascada de palabras que bajaba por la escalera.

—Qué hay, Spangler. ¿Qué pasa esta vez?

—Oh, nada, solo se ha jodido otra lente fresnel, nada más, y no hay forma de conseguir que esta mierda funcione a la hora del espectáculo. Ni siquiera sé si volverá a hacerlo alguna vez y todo el sistema de iluminación está bien jodido en este lado de la sala porque me estoy quedando sin putas piezas.

—Es precioso —dije.

—Cuidado. —En ese momento soltó una llave inglesa, pero al otro lado de la escalera. Para cuando sus pies estuvieron sobre los peldaños que había a la altura de mi cara, mi ritmo cardiaco casi había recuperado la normalidad.

—Supongo que no piensas decir algo así como, «hola, Gorrión, ¿cómo te va?».

Bajó de un salto el último metro y me lanzó una mirada de asco. Spangler no era exactamente el más joven del equipo, pero se había apropiado de la distinción y habría sido contraproducente discutírsela. Llevaba la mitad de su cabellera castaña recogida en una trenza por debajo de la oreja. El resto de su cabeza, de la frente a la nuca, estaba rasurada y cubierta por tatuajes de carpas japonesas y nenúfares. Cuando volvía a crecerle el pelo en esta parte, era como si el estanque desarrollara un serio problema de algas.

—Ya sé cómo te va —dijo—. Genial. A ti nunca te sale nada mal.

—Nada de nada. Si lo prefieres, puedo tratar de tropezar cuando suba. — Tampoco yo tenía la costumbre de airear los detalles de mi vida, en efecto.

Spangler sacudió la cabeza, más asqueado todavía.

—Primero ayúdame con la puta escalera.

Lo hice y luego cogí una cerveza y subí de dos en dos las escaleras que había detrás de la barra y salí al balcón.

—¿Robby? —dijo la voz de Theo en cuanto abrí la puerta.

—No. Soy yo.

—¡Gorrión! —dijo, sorprendido y complacido—. ¿Qué haces aquí?

Había estado limpiando una de las pletinas. Llevaba un palo con la punta envuelta en algodón en la mano derecha como si fuera una pequeña antorcha. Había un cigarrillo liado a mano en la esquina de su boca y se podía oler la mezcla de tabaco y marihuana que acostumbraba a fumar. El aire mismo parecía trepidar, inundado de luz por las decenas de velas de todo tipo que siempre encendía en el cuarto.

—Vengo a ver cómo te cargas tu propio trabajo —repuse.

Se sacó el cigarrillo de la boca, lo miró e hizo una mueca.

—Bueno, por eso estoy limpiando este trasto.

—Si respondo a eso, tendremos una conversación recurrente, joder.

—Y no meramente redundante. Me alegro de que estés aquí, tío. Si viene mucha gente, esta noche podemos montarla.

Las películas favoritas de Theo eran *Wild in the Street*, *La Daga y la Rosa*, *Easy Rider* y *Leary*. Eso afectaba a su vocabulario. Con la escasa luz de la habitación, parecía brillar un poco. Llevaba una chaqueta de algodón blanco, cuyo último propietario había sido, o bien camarero o bien celador en un manicomio, y una camisa de cuello largo por debajo. Los indicadores de volumen de dos pletinas y la mesa de mezclas se reflejaban en sus gafas de montura metálica y las luces que Spangler había instalado en el suelo teñían de rojo su pelo castaño. Casi sin darme cuenta, me encontré preguntándome qué otras luces brillarían sobre él cuando no estuviera trabajando. Hacía cuatro años que conocía a Theo y no sabía dónde vivía ni lo que hacía antes de que saliera la luna. Nunca había visto nada raro en él, pero de repente lo pensé y me pareció chocante. Una paranoia, supongo... pero entre las lagunas mentales, los muertos vivientes y los cazadores de vampiros, ¿no tenía derecho a preguntarme lo que hacían mis conocidos cuando yo no estaba allí?

—Puede que no me quede toda la noche —le advertí.

—Me parece bien. Es posible que luego venga Liz para sustituirte.

Uno de sus tacones golpeteaba furiosamente la pata de la silla en la que estaba sentado. Él no parecía darse cuenta, como si el movimiento estuviera controlado por un segundo cerebro.

Al cabo de un momento, dije:

—Aparte... puede que... alguna vez... venga alguien preguntando por mí. —*Bueno, escúpelos ya*—. Estoy en un pequeño lío.

Cerró la tapa de la pletina y me miró fijamente. Resultaba desagradable ser el único destinatario de toda esa energía.

—¿Alguien se ha fijado en ti? Perdona —dijo, sin duda en respuesta a mi expresión—. ¿Algo serio?

—No, no. Una tontería. Solo que no quiero que me encuentren.

—Pues nada más fácil. —Se levantó, subió las escaleras por las que yo había bajado y cerró la puerta de un puntapié. Las llamas de las velas se inclinaron violentamente—. Estás trabajando, tío. No se te puede molestar.

—Esa es la idea, sí. Pero puede que esta gente tenga contactos.

—¿En la ciudad? —Empezó a dar vueltas al bastoncillo de algodón entre sus dedos.

—Yo estaba pensando más bien en los que se consiguen sacrificando pequeños animales. Pero sí —dije al acordarme del apartamento de Dana—, puede que también tengan alguno de esos.

Theo se mordió el labio inferior.

—Mala cosa. Si se tratara solo de un *brujo*^[18] bastaría con contratar a otro *brujo*. Pero si la ciudad se mosquea con nosotros, estamos acabados, ya lo sabes.

Me senté en la consola y encendí las dos pletinas de vídeo y el conmutador A/B.

—Nos necesitan. Formamos parte del circo.

Se sentó a mi lado y me miró a la cara.

—Lo que tenemos aquí —dijo, con la voz del alcaide de *La leyenda del indomable*— es un error de perspectiva. Nosotros generamos electricidad por la gracia de Dios y A. A. Albrecht. No sé Dios, pero Albrecht puede cortar el suministro cuando quiera.

—Theo, ¿qué pueden hacernos? ¿Cambiar el curso del río?

Theo sacudió la cabeza con tristeza.

—La gente de la ciudad otorga las licencias para el *hardware*, vende el combustible, recibe el veinticinco por ciento de la energía generada y un canon sobre el resto, por mucho que te moleste. ¿Qué hacemos si los inspectores nos confiscan los generadores? —Hizo un ademán hacia las llamas temblorosas que cubrían el balcón—. ¿Encender velas y cantar?

Yo ya sabía todo eso. A fin de cuentas, por esa misma razón, la turbina que tenía en el tejado estaba camuflada como una tubería. Pero el Underbridge siempre me había parecido —y me seguía pareciendo— demasiado grande, demasiado importante, demasiado visible como para estar a merced de la ciudad.

—Si nos cierran estarán bien jodidos.

—Hay gente haciendo cola para montar un garito como este. Si la ciudad nos cierra, no tiene más que darle nuestra licencia al siguiente aspirante, que se limpiará los mocos mejor que nosotros. Los niños de la noche se irán sin ningún problema. Para Robby sería la hostia de malo, tío.

Supongo que también sabía todo esto.

—Muy bien —dije. Al otro lado de las ventanas, la luna se había escondido entre los bancos de nubes. Me sentía... Tardé unos instantes en identificar la sensación: como si no tuviera a nadie—. Si ocurre algo, me aseguraré de que no os salpique.

—Lo siento, Gorrioncito —dijo Theo.

Me encogí de hombros.

—Puede que no pase nada. Vamos a currar.

Los monitores uno y dos tenían barras de colores y el tres sólo nieve en el tres, lo que significaba que o bien estaba averiado o bien lo estaba la cámara colgada de la estructura superior. Esperaba que fuera el monitor. La cámara era una de las cinco o seis que había visto en toda mi vida, y eso que me dedicaba a buscar cosas parecidas. Tenía montones de funciones por control remoto y un *zoom* de 20 aumentos, y siempre había sospechado que era material militar, utilizado en su día para espiar dictadores sudamericanos. Pero ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

Pulsé varios interruptores y, finalmente, salí al balcón, me colgué de una de las vigas y, alargando el brazo todo lo posible, logré alcanzar los conectores de la cámara. La cámara giró sobre el trípode y tuve que sujetarme en la viga.

—¡Cuidado con las putas luces! —gritó Spangler desde abajo. Se lo habría tenido

merecido si me cayera sobre él. Avancé a rastras por la estructura y comprobé el estado del monitor. Funcionaba, *ta-chán*.

—Detesto que hagas eso —dijo Theo.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo eran las cosas cuando todo este material era nuevo? —le pregunté, señalando el mezclador, las pletinas y el equipo de vídeo.

La luz tiñó de un rosa opaco los cristales de sus gafas.

—Seguro que había demasiada gente —dijo, pero su tono de voz fue mucho más elocuente.

Las luces se apagaron, la habitación quedó a oscuras y retumbó un trueno desde varios kilómetros de distancia. Introduje una cinta en una de las pletinas e hice un fundido en negro en las dos pantallas que había al otro lado de la sala. En el borde de mi campo de visión se encontraba la mano de Theo sobre la mesa de mezclas, trabajando con el sonido mientras yo lo hacía con la imagen.

—Así que no les dejes que te cojan, ¿de acuerdo? —dijo Theo en el último momento, cuando yo tenía demasiadas cosas que hacer como para responderle. Tampoco sé lo que habría podido decir.

Unos extraños chirridos empezaron a moverse por la sala y se entrelazaron con los quejumbrosos bajos como los mugidos de unas vacas sumergidas. La imagen que había escogido para empezar era el viejo patrón blanco y negro que se usaba para hacer pruebas, acompañada por un reloj que realizaba una cuenta atrás: nueve, ocho, siete, seis... Al llegar a uno se detuvo y empezó a fundirse, destilando lentamente colores iridiscentes sobre los anillos y cruces monocromas. Theo habría dicho que era como comerse un *trippy*.

De repente, Theo cambió suavemente de pletina y empezó a sonar algo que hacía *thump-thump-thump* contra una armónica que repetía *chigga-chigga-chigga*. Así que también cambié de fuente. Yo sabía cómo funcionaba la mente de Theo, y tenía preparado un fragmento de una película bélica de hacía cincuenta años que arrojaba a la cara del espectador un asalto con un rifle automático: un musculitos bronceado con una expresión despectiva debajo del visor, escupiendo plomo caliente, ¡*budda, budda-thwakow!* Dirigí una sonrisa a Theo: eso por tu *chigga-chigga*. Me devolvió la sonrisa y, activando los controles de la consola, despertó a un *riff* de flauta que desgarró la habitación y me obligó a volver a mi propia consola para buscar la siguiente imagen. Solo estábamos empezando a calentarnos.

La mayoría de las noches, nuestra colaboración tropezaba con alguna pieza; algo se estropeaba o fallaba. Todo lo que teníamos era antiguo y casi nada de ello estaba preparado para soportar un nivel de uso industrial, como el que nosotros le dábamos. El ritual que se repetía todas las noches al cierre convertía la sala de control en un taller en el que nos dedicábamos a reparar todo lo destruido durante el espectáculo. Pero aquella noche parecía que teníamos a los hados de nuestro lado.

Christopher Lee le hincó los dientes a alguien mientras Theo daba entrada a un horrible y reverberado alarido de Morticia y, al otro lado de la ventana, un relámpago

quebraba el aire entre dos nubes. Uma Thurman, con una mirada capaz de fundir el vidrio, le tendía una mano resplandeciente a la Bestia, en el *remake* de Forman de *La Bella y...*, mientras Theo enviaba a las vigas la nota aguda y quejumbrosa de un cantante de Zimbabwe y la lluvia convertía la vista del exterior en una imagen de *moiré*. Los relámpagos estallaban sobre la ciudad como salvvas de artillería. La cima de Ego estaba perdida entre las nubes, pero los edificios que cubrían la forma de obelisco del Foshay parecían dedos extendidos. Theo activó las dos pletinas al mismo tiempo y fue alternando entre algo que era solo percusión y algo que era solo voz. Yo pasé a la cámara del techo y empecé a recorrer la pista de baile en vertiginosos picados, deteniéndome de vez en cuando en una persona u otra.

Tenía montones para elegir. El lugar parecía haberse llenado de repente. Pero eso sólo quería decir que estaba concentrándome en lo que estaba haciendo. Entonces, en una de mis pasadas a baja altura, reparé en una mano que se agitaba y un rostro ovalado que miraba directamente a la cámara. Con un sobresalto, hice *zoom*.

—Dios mío —dije en voz alta—. Es Sher.

La puntiaguda barbilla y los grandes y oscuros ojos de Sherrea bajo la masa negra y púrpura del pañuelo llenaron mi monitor. En ese mismo momento volvió la mirada hacia las pantallas y vio un perfil suyo de más de tres metros de altura. Miró de nuevo la cámara y me enseñó el dedo corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó Theo.

—Es alguien que conozco —dije, esta vez lo bastante alto para que me oyera—. No sabía que hubiera venido.

Theo miró el monitor, donde Sher estaba encogiéndose de hombros con movimientos inquisitivos.

—Oh, Sherrea —dijo, asintiendo—. Genial. Encárgate de la música e iré a buscarla. Necesito un descanso.

Se marchó mientras yo seguía tratando de preguntarle de qué la conocía y de decidir por qué me sorprendía que la conociera.

Una persona sola puede ocuparse de todo el *hardware* de la sala de control. Lo único que pasa es que no puedes hacer tantas cosas y no es tan divertido. Para la siguiente canción elegí *They Want My Four Wheel Drive*, de *The Blues Guys*, una copia por cortesía de mis archivos. El original me lo había vendido en el norte de Texas un tipo que conocía al ingeniero que había dirigido la grabación y a la mitad del grupo. Un estupendo ejemplo del nuevo sistema de distribución musical.

Gran parte del material que había en el Underbridge lo había traído yo. Era otro de los elementos que había sumado a mi plato de la balanza: Robert ponía el lugar y un porcentaje de las ganancias y yo pagaba con antigüedades y rarezas genuinas para los clientes. Además, como todo buen coleccionista, no podía guardarme mi material. Necesitaba una audiencia que se quedase boquiabierta delante de las gemas.

Estaba poniendo la persecución de coches de *The French Connection* cuando entró Sherrea. Había tardado bastante y me pregunté si Theo habría querido ponerle sobre

aviso de mis problemas personales. Tendría gracia. A ese respecto, Sherrea le sacaba algunos puntos de ventaja.

—Hola —dijo—. ¿Quieres que me encargue de la música o el vídeo?

—¿Sabes manejarlo? —le pregunté. Había dado por hecho que era una tecnófoba. La mayoría de los *adivinos*^[19] lo eran. O al menos eso pensaban ellos.

—*Santos*^[20] —suspiró. Nunca había oído a nadie suspirar tan alto—. Vosotros los fanáticos del *hardware* siempre pensáis que hacen falta lecciones de Dios para manejar estos trastos. La próxima vez, tu significador va a ser la Suma Sacerdotisa. ¿Audio o vídeo?

—Vídeo —dije débilmente—. Theo ha estado en la música toda la noche.

Se sentó frente al conmutador A/B, se quitó el pañuelo de la cabeza y empezó a buscar entre las cintas. Yo, mientras tanto, pensaba en los *27 Various*, *Reptile Zoo*, la Lilly Guilder de antes de la cura de desintoxicación y... ¿Qué clase de música le gustaba a Sherrea? La luz de las velas se reflejaba en los bordados de su chaqueta vaquera: sedas, cuentas y nudos célticos, runas y símbolos de protección hechos con hebra de metal. No parecían haber servido de mucho contra la lluvia. Tenía los hombros empapados.

—¿Qué tal la tormenta? —pregunté.

—Solo es agua, pero, joder, cuánta agua. Theo dice que alguien te busca.

Así que había acertado.

—¿Te ha dicho eso? No es exactamente así. No es nada importante.

Metió una cinta en la consola B y me miró.

—Claro. Robby dice que al llegar estabas como una pastilla de jabón y tenías pinta de haber dormido con la ropa puesta. Nada importante.

Bueno, es que había dormido con la ropa puesta. Me di cuenta también de que le llamaba Robby. Me sentía como si estuviera mirando por la ventana un lugar en el que había vivido antes.

—Spangler me ha soltado una llave inglesa encima —dije.

—Oh, perdona por preguntar. Solo pensé que si había algo que pudiera hacer, tal vez lo mencionarás. —Parecía estar tratando de mostrarse sarcástica, cosa que hacía con frecuencia. También parecía dolida. Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron. Sher no era de las que apartaban la mirada en momentos así. Pero yo sí.

—No es nada grave —dije mientras daba la vuelta a una cinta y volvía a dársela—. Ya está resuelto.

Puso una cinta en la pletina B: una serie de tomas de la cabeza de una margarita, seguida por la imagen fragmentada de un *nautilus* que cobraba vida cuando los pedazos volvían a reunirse.

—Gorrión —dijo—, si lo que quieres es que todo el mundo pase de ti, dilo, y dejaremos que te vayas a la mierda.

Estuve a punto de echarme a reír a carcajadas. Si había sido un impulso consciente lo que me había impedido hacerlo, tendría que haberlo anulado. En lugar

de hacerlo, dije:

—Es importante para mí.

—¿Por qué? ¿Qué es tan privado como para enfadarse con todo el mundo por mantenerlo así?

Por un mero instante, sentí la tentación de contárselo.

Pero entonces entró Theo, con una botella de cerveza en cada mano, y cerró dando un portazo.

—¿Quién quiere una birra?

—Hazte cargo —le dije—. Me toca descansar a mí. —En ese momento me fijé en el tercer monitor. La cámara, que no estaba enviando la señal a ninguna de las pantallas, seguía enfocando la puerta principal. Vi a Robert apoyado en el umbral, delante de un par de niños de la noche que acababan de llegar y, detrás de estos, un pelo rosado y corto, una gran sonrisa blanca, gafas... no, nada de gafas.

Cogí el mando a distancia de la cámara e hice un *zoom* hacia allí. No eran los amigos de Dana los que me habían encontrado. Eran los otros. El hombre de gris.

Entonces percibí, por el rabillo del ojo, el cambio en las luces de la sala que significaba que la imagen de las pantallas había cambiado.

—¡Sher, no! —grité, pero era demasiado tarde. La toma de la cámara estaba en la pantalla de la izquierda. Giré la cámara tan deprisa que seguro que los borrachos se marearon y Sher apretó el interruptor al mismo tiempo, pero no sirvió de nada. El tío de gris se había enterado de que alguien en la sala de control estaba observándolo.

Sher estaba pálida como la tiza y tenía los ojos muy abiertos.

—Lo siento —dijo con voz tenue. Nunca había visto a Theo tan quieto.

—Tengo que irme —dije—. Usaré las escaleras de atrás.

—¿Y tenemos que encargarnos nosotros? —preguntó Theo con educación.

Sher lo miró.

—Sí —dijo—. Exactamente. —Se levantó, se estiró, flexionó las manos y dirigió la mirada hacia la pista de baile.

—Entonces habrá que hacerlo. —Se encogió de hombros, sacó un destornillador de buen tamaño de la caja de herramientas, encajó la punta entre la puerta y el marco y lo hundió con todas sus fuerzas—. La puerta se ha vuelto a quedar encajada. Joder.

—Lo siento. —Y era cierto. Pero no sabía qué hacer.

—Largo de aquí —me dijo Theo con una expresión tan vacía como una cinta virgen. Salí por la otra puerta y eché el cerrojo.

Antes he dicho que tenía un sitio en el Underbridge. Era aquel. Entré casi sin darme cuenta, sin pensar que no había nada en aquella habitación del tamaño de un lavabo que pudiera ayudarlos a dar conmigo: un colchón, una muda y un cepillo de dientes. Puede que la austeridad de mi modo de vida los conmoviera y decidieran dejarme en paz. Empecé a sentirme más que culpable. El tío del pelo rosa parecía peligroso y yo estaba dejando que Theo y Sher se encargaran de disculparse en mi nombre. Bueno, ¿qué podía hacer? Abrí la otra puerta y salí a la escalera de

emergencia.

Caía una lluvia constante y vaporosa y todo estaba iluminado. En algún sitio, a varias manzanas de distancia, sonaba una alarma de incendios. Confié en que el ruido acumulado bastara para ahogar el sonido que hice al bajar corriendo por los peldaños metálicos.

De hecho, no todos los bajé corriendo. Cinco de ellos los bajé en picado, porque me había olvidado de que cuando las cosas se mojan se vuelven resbaladizas. Y los tres últimos me los salté por completo y aterricé sobre el pavimento. Estaba empezando a creer que iba a salir de allí cuando algo pequeño y duro me apretó el cráneo sobre la oreja derecha y una voz femenina, teñida de ironía, me dijo:

—Querida, debes de pensar que somos increíblemente estúpidos. ¿De verdad pensabas que no íbamos a vigilar la otra puerta?

Me quedé completamente inmóvil, porque sospechaba lo que tenía sobre la oreja y no sabía si debía decirle que había sido un terrible descuido por mi parte. Porque yo sabía que el hombre del traje gris tenía una compañera.

—Las manos a la espalda —dijo. Lo hice y algo me atenazó las muñecas. ¿Unas esposas? No, aquellos tíos no eran de la seguridad de la ciudad, eso lo sabía. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había hecho?

—¿Qué queréis de mí? —pregunté, incapaz de disimular el temblor de mi voz.

Se me plantó delante. Sí, era un arma lo que tenía en la mano. Debajo del sombrero de hombre que llevaba asomaba aquel pelo de color cereza que recordaba haber visto en la Feria desde lejos. Su tez tenía una palidez traslúcida, el color de los ricos. El dinero era un excelente protector solar. Sus ojos eran fríos, de un gris apagado y me resultaban familiares... oh.

—Estabas con los niños de la noche. Junto al Odeón —le dije. Me había olvidado de respirar, lo que hacía que mis frases brotaran atropelladamente—. Con un hueso en la nariz.

Aquello pareció complacerla.

—¡Muy bien! Ni siquiera tengo que fingir la voz. Bueno: ¿quién eres en este momento?

Me quedé mirándola.

—Vale, no creo que tu otra mitad sea tan buen actor como para fingir esa expresión. Sigues siendo ese pequeño carroñero..., cómo se llama..., ¿estornino? Gorrión.

Detrás de mí, oí que la puerta de acero se cerraba violentamente y unos pies bajaban corriendo la escalera de incendios.

—Joder, Myra —dijo el tío del pelo rosa—. A veces me siento como un puto sabueso. La próxima vez te encargas tú de perseguirlo.

Estaba temblando por algo: adrenalina, rabia, impaciencia, puede que todas ellas a la vez. Yo lo sentía a mi espalda y tenía la impresión de que mi piel trataba de refugiarse en la parte delantera de mi cuerpo.

—Dusty, cariño —dijo la pelirroja, Myra—. Tú te llevas toda la diversión mientras yo me quedo aquí, esperando bajo la lluvia, así que, ¿de qué te quejas?

Me aclaré la garganta y dije:

—¿Has...? ¿Había alguien allí cuando has salido?

Dusty me rodeó y entró en mi campo de visión. Dejó pasar unos segundos, puede que estudiando mi cara. Entonces esbozó una de sus enormes y fluorescentes sonrisas.

—¿Te preocupa que le haya hecho daño a alguien? No, he revuelto un poco el lugar, pero la gente está sana y salva. Aunque sé dónde encontrarlos si llego a necesitarlo.

—¿Qué queréis? —dije de nuevo, y esta vez con tono de auténtica súplica—. ¿Queréis que os diga algo? Os lo diré. No hace falta que me hagáis nada. No hace falta que se lo hagáis a nadie.

—Eso está bien —dijo Myra. Me cogió del codo y me empujó hacia la vereda que discurría junto a la orilla del río. La lluvia había convertido la tierra en barro. Nunca había pensado que fuese tan difícil caminar con las manos atadas a la espalda.

Podía sentir el movimiento de los arcanos mayores, las cartas que decían que mi futuro estaba en otras manos. Tenía problemas muy serios y sin embargo todo parecía estar ocurriendo a cierta distancia de mí. Lo único que tenía que hacer era dejarme llevar por aquella gente, por otras manos: así de simple. Me obligarían a hacer lo que quisieran, bueno o malo. No tenía elección ni responsabilidad.

Había una pequeña furgoneta eléctrica de reparto aparcada en el camino. Era de color marrón oscuro y en la puerta del conductor ponía «Ajustes Kincaid» en letras doradas. Me pregunté si iba a averiguar cómo era por dentro. Pensé que podía empezar a gritar y rezar para que alguien viniera antes de que pudieran cerrarme la boca y hacerme desaparecer. Menuda estupidez. ¿Quién iba a acudir?

La pelirroja me empujó contra el guardabarros delantero y el capó mojado. A continuación introdujo el pie entre mis tobillos y me obligó a separar las piernas. Iba a tirarme al suelo. Un escalofrío prolongado e incontrolable me recorrió.

—Dusty —dijo—. Coge esto y no dejes de vigilarla.

—¿«La»? —preguntó Dusty.

Una voz fuerte dijo desde atrás y desde arriba:

—Separaos de la furgoneta. Gorrión, apártate de ellos.

Era la voz de Theo. Nunca le había oído gritar. Estaba en lo alto de las escaleras, junto a Sher, quien también empuñaba una pequeña pistola con la que estaba apuntando a Myra y Dusty.

Oh, Theo, no. ¿Es que no recordaba su propio consejo? ¿No sabía que lo que estaba haciendo era conseguir que el Underbridge pareciera un puto estorbo? ¿Cómo podía hacer eso por alguien que nunca había hecho nada por él?

Dusty seguía teniendo el arma de Myra. Así que sonrió y, con un movimiento brusco, la levantó hacia ellos. Me había abalanzado sobre él, sin darme cuenta de que

lo hacía y sin saber muy bien lo que pensaba conseguir, cuando alguien hizo explotar todo el aire que nos rodeaba. O al menos, a juzgar por el sonido, es lo que pareció.

Volví en mí sobre el barro, incapaz de oír nada, mirando las punteras de los zapatos de Dusty. Mi nariz no olía otra cosa que la pólvora. No podía levantarme porque tenía las manos atadas a la espalda, así que rodé sobre el cuerpo.

Un sonriente Dusty estaba apuntando con la pistola a la escalera de incendios. Theo seguía en el mismo sitio, con una expresión de sorpresa arquetípica en los labios. Sher estaba pegada a la puerta por la que habían salido, con los ojos en blanco y el rostro pálido. Todo estaba... Volví a mirar a Theo. Estaba mirándose el brazo derecho. Era como si alguien le hubiera derramado un tintero dentro de la manga de su chaqueta blanca y la mancha estuviera extendiéndose. Vi que sus labios se movían. ¿Sería grave? Lo único con sentido que podía pensar era «lo siento» y a él no le hubiera servido de nada.

Entonces alguien dijo junto a la furgoneta:

—Si intentas eso conmigo te parto en dos, Pippermint —y yo pensé, *¿es que no hemos tenido suficiente drama por una sola noche?*

Hice lo que pude por incorporarme y me encontré frente a Myra. Tenía un rifle automático en las manos, que supongo había sacado de la furgoneta. Estaba apuntando a Dusty y parecía asquerosamente satisfecha consigo misma.

CARTA 5

Corona Los amantes

Waite: pruebas superadas.

Crowley: diferentes deidades duales. Su arma es el Trípode. Sus drogas son el *ergot* y los abortivos. Tiene el poder de estar en dos lugares al mismo tiempo, y también el de la profecía. Análisis, seguido de síntesis. Mente abierta a la inspiración, la intuición, la inteligencia y la percepción sobrenatural.

5.0: un centenar de historias sin interés

—¿Myra? —dijo Dusty con un escalofrío.

Myra nos miró a los dos con la misma sonrisa.

—Cariño, me encantan los cuadros. *Les Enfants du Paradis* mezclado con *The Untouchables*. Peppermint, coge ese juguetito por el cañón y tíralo al río con todas tus fuerzas. Ahora mismo. —Dusty hizo lo que le ordenaba y, al cabo de un segundo, se oyó un chapoteo—. Buen chico. Al suelo.

—¿Qué coño pasa aquí? —La voz de Dusty era como una película de hielo sobre aguas profundas.

—Alá ha hecho cambiar los vientos y el mundo está cabeza abajo. Ahora, haz lo que te he dicho.

—No voy a tirarme al suelo.

—Sí, sí que vas a hacerlo. Pero tienes la opción de hacerlo vivo o muerto. A mí me da igual.

Dusty se puso lentamente de rodillas sobre el barro y finalmente se tumbó cabeza abajo. Myra se metió en la pequeña furgoneta, la arrancó, hizo algo que no pude ver y luego salió. La furgoneta se puso en movimiento hacia la oscuridad, hacia el río. Al cabo de unos momentos, se oyó un crujido.

—Lástima —dijo Myra—. Esperaba que se hundiera. Y ahora, vosotros dos —continuó, volviéndose hacia Theo y Sher.

Theo se había recobrado lo bastante para taparse la herida del brazo con una mano pero parecía a punto de desplomarse. Sher lo sujetaba y observaba a Myra con los ojos entornados.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Myra enarcó las cejas.

—Niña, me das miedo. La gente joven y brillante siempre me da miedo. Coge a tu camarada, regresad por donde habéis venido, cerrad la puerta y no volváis a salir. ¿Harás eso por mí?

—¿Qué vas a hacer con Gorrión?

—Voy a llevarlo a casa, te doy mi palabra, joder. Adentro.

—¿Qué casa?

Yo era, a fin de cuentas, una acreditada ave de paso, pero no había pensado que Sherrea lo supiese. Myra dijo:

—Si quisiera que lo supieras, te invitaría a acompañarnos.

Debajo de su cabellera, los ojos de Sher despedían destellos de furia, como si fuera un duendecillo con un problema de actitud.

—Preferiría que no os mataran —dije con la voz cascada.

—No les perteneces —respondió Sherrea con tono de furia—. Nunca les has pertenecido. Y ahora tampoco. —Dicho esto, se volvió y se llevó a Theo al interior.

Myra se me acercó y me ayudó a incorporarme sujetándome por un brazo.

—Tus decisiones en términos estéticos nunca dejan de asombrarme —dijo, mientras me quitaba el barro de la ropa—. Peppermint, quédate ahí hasta que vuelva a buscarte. Si me entero de que has movido un dedo, confundirán tu cadáver con una sábana.

El tío seguía llevando las gafas de espejo. Su negrura proporcionaba a su cara una malicia adicional. Dijo:

—Cuando te mate, voy a hacer que te acuerdes de esta noche.

Ella lo miró, apuntándole a la mandíbula con el rifle.

—Probablemente —dijo con la voz lastrada por algún asunto personal—. Tengo una memoria la hostia de buena. —Me cogió del codo y me empujó hacia el aparcamiento.

Había perdido el polvo, pero a pesar de ello, era evidente que el vehículo aparcado sobre el pavimento era el triciclo de hacía dos días. Nos detuvimos junto a él y Myra sacó una pequeña llave cromada de su abrigo. Me la metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Las muñecas —me explicó—. Te las quitaría yo misma, pero así eres mucho más manejable. Entra.

El revestimiento exterior se había abierto y yo me quedé allí, inmóvil, mientras la luz del amanecer, de un color desvaído, me caía sobre la cabeza. En el asiento del conductor se encontraba la morena, la del nombre vulgar. Estaba retrepada en el asiento, con los ojos medio cerrados, la boca abierta y las manos inmóviles sobre los muslos. Inerte. Inconsciente.

—Oh. Oh, joder —susurré. Miré de soslayo a Myra y, un segundo después, a la morena.

Myra suspiró.

—Da igual. Lo haré yo. —Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, me cogió de la camisa y del elástico de los vaqueros y me obligó a sentarme junto a aquel cuerpo inhabitado. A continuación, giró las manos de la conductora. En la izquierda, entre sus dedos, había una trenza de cuero con cuentas negras: mi cinta del pelo. Myra le dejó el rifle sobre las manos. Debí de hacer algún ruido, porque en aquel momento volvió su mirada grisácea hacia mí.

—Lo siento —dijo—. Cuando reservaste el asiento, debiste de especificar «no tiradores».

Se apartó unos cuatro o cinco metros del triciclo. Entonces se volvió. Su rostro estaba en blanco.

Las manos que hasta entonces habían estado inertes se cerraron sobre el rifle y lo levantaron para apuntar a Myra. Sobre el arma, el rostro de la morena volvía a estar vivo, con la misma expresión de satisfacción que había dominado las facciones de Myra hasta hacía un momento. En cambio, esta parecía una persona que se ha ido a dormir en el sótano y despierta en el tejado, cosa que, supongo, no estaba muy lejos de la verdad.

—Myra Kincaid, has conseguido que lamente que no exista el desinfectante mental —dijo la morena—. ¿Estás confusa? Claro que sí. La versión abreviada es que no estoy de tu lado. Te dispararé si das un paso más y me voy a llevar a tu presa. Si quieres la versión extendida, pregunta a tu hermano. Está ahí detrás.

Vi que Myra aspiraba hondo. Entonces, como si eso hubiera roto un hechizo, su rostro se arrugó y exclamó:

—¿Quién coño eres?

—Soy aquello de lo que tú no eres más que una pálida sombra —dijo la morena mientras arrancaba el triciclo—. Vuelve a verme cuando te hayan crecido los colmillos permanentes.

Myra dio otro paso y yo me preparé para la detonación. Pero lo que ocurrió fue que la capota se cerró y la inercia me empujó contra la ventana al arrancar el vehículo con un giro de 180 grados.

La conductora dijo en voz alta:

—Si tengo suerte, su hermano la matará creyendo que sigue siendo yo, y luego hará las preguntas. Pero Dios sabe que eso de la suerte no es lo mío.

—Ya sé lo que eres. —Las palabras escaparon de mi boca en cuanto separé los labios. Puede que llevaran allá demasiado tiempo.

—¿Ah sí? —dijo, discretamente intrigada—. Qué bien. Por un momento he temido que me decepcionaras.

Antes había gente que usurpaba las prerrogativas de los *loa*, que penetraba a la fuerza en las mentes de la gente y la poseía. Eran una fantasía de novelas baratas y películas de serie B hecha realidad. El ejército había tratado de controlarlos... ¿pero quién puede controlar a un dios? Al final, traicionaron a los suyos, traicionaron al mundo entero. Pulsaron el botón. Hace cosa de medio siglo.

—Eres un Jinete.

Con un estremecimiento del vehículo, las tres ruedas pasaron sobre un tramo lleno de baches y agujeros, una calle típica de aquel mundo tosco y vacío. El mundo que ella había creado.

Se detuvo en el puente de las Profundidades, se volvió y esbozó una sonrisa que me puso la carne de gallina.

—¿Y no se supone que estamos todos muertos?

Asentí. En algún rincón de mi cabeza al que no podía acceder, sentí que los hechos empezaban a encajar.

—Bien. Si no, habría sido muy confuso. Y ahora, ¿quieres que te devuelva el favor?

—No te he... ¿Qué?

—Bueno, verás: yo también sé lo que eres tú.

Nos quedamos mirando durante unos diez segundos, que es bastante tiempo. Durante el resto del viaje a la Feria Nocturna, traté de no moverme. Con *La Maîtresse* y el señor Lyle no había funcionado. Pero esta vez no solo quería que no se fijara en

mí. Esta vez pretendía desaparecer del todo.

Las puertas de la Feria Nocturna estaban abiertas, las luces encendidas y el espectáculo continuaba, como siempre. Se detuvo en la primera entrada y me dijo:

—Indícame.

Me la quedé mirando. Todas las respuestas posibles pasaron como líneas de códigos sobre mi mente, llenando la pantalla: sobrescribir, sobrescribir.

Se echó a reír.

—Como ya he dicho una vez esta noche, a mí me da igual. Pero, como vamos a llegar allí, me ayudes o no, pensé que sería mejor que preguntara.

Me entraron ganas de preguntarle cuál de los arcanos mayores era ella. Había una lámpara de gas en la puerta. Proyectaba una luz sesgada sobre la mitad de su rostro y sobre su nariz pero no llegaba a iluminar la cavidad ocular. Tenía una pequeña cicatriz, apenas una rugosidad de la piel, cerca de la comisura de sus labios. Puede que fuera una herida de la infancia, olvidada tiempo atrás. Oh, pequeños y risueños dioses, por supuesto que olvidada: su cuerpo no podía tener más de treinta años. Era una herida de la infancia de otra persona.

—Sigue —dije con una voz fea que arrastraba las palabras—. Hay una puerta que nos pilla más cerca.

Me quitó las esposas en cuanto llegamos. Me dolían las muñecas pero no me las froté. Ella seguía teniendo el rifle automático sobre el regazo. No sé para qué podía quererlo si no lo necesitaba conmigo.

No hay palabras para expresar lo que sentí mientras la conducía hacia el edificio, entraba en el ascensor y permanecía lo más lejos posible de ella en el interior de aquella jaula diminuta que ascendía silenciosamente hacia el último piso. Quizá baste con decir que al manipular los cables de la caja de empalmes no traté de impedir que viera lo que estaba haciendo.

¿Cómo sería lo que había experimentado Myra Kincaid? ¿Habría sabido que le robaban el cuerpo? ¿Habría luchado? ¿O no habría sabido nada y de repente se habría encontrado despierta, cara a cara con la desagradable sonrisa de los *loa*? Pon en marcha el ascensor, Gorrión, o se te montará encima, te clavará las espuelas y te arrancará hasta el último detalle que conoces sobre eso y sobre cualquier otra cosa. Que tenga que luchar para sacártelo, pensé. Pero, casi sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, me vi con la caja de empalmes en las manos y el montacargas empezó a ascender. Puede que una reputación adecuada sea la mejor herramienta coercitiva.

Abrí la puerta del montacargas, la de mi apartamento... No, esta ya estaba abierta porque había escapado de allí con la llave en el bolsillo y un hombretón pisándome los talones. El recuerdo no me hizo sentir nada. Al vestíbulo, pues, y luego al salón.

Pero no debía de haber perdido toda sensibilidad, porque al llegar al final del pasillo y ver que la puerta de la tercera habitación estaba abierta y de ella escapaban luz y música, sentí un escalofrío por todo el cuerpo y un grito que me dejó bloqueada

la garganta.

Creo que cogí a la morena por sorpresa. Había cruzado la puerta del salón y la de la habitación secreta antes de que nadie pudiera detenerme. Había un hombre sentado en mi cómoda silla, de espaldas a mí. La canción era *Yankee Go Home*, de Richard Thompson. No sé por qué, la recordaba con absurdos y precisos detalles. Estaba en un CD, y la carátula estaba dedicada, con tinta azul y una letra puntiaguda y característica. Entonces el hombre giró la silla y me sonrió.

—Me encanta esta canción —dijo—. Me trae un montón de recuerdos.

Nunca lo había visto antes. Debía de rondar la treintena y tenía una piel morena, suave y lustrosa y un cabello castaño y largo, trenzado y cubierto de hebras de color esmeralda y diminutos colgantes con forma de pez. Boca grande y unas cejas tupidas y gruesas sobre unos ojos grandes y negros. Un cuerpo compacto y esbelto bajo una camisa amarilla de algodón y unos pantalones sueltos de color gris. Pero llevaba la chaqueta de Mick Skinner y tenía su misma sonrisa burlona, así que supe quién era. Y lo que era. Los hechos cobraron sentido de repente, porque la conductora del triciclo no era la única persona que hubiera debido estar muerta y no lo estaba y Myra Kincaid no era la única persona a la que le faltaba un buen fragmento de memoria. Mick Skinner sabía dónde estaban todas las piezas que me faltaban.

Por supuesto que sí. Había estado dentro de mí mientras ocurrían.

Ahora era otra persona, pero seguía siendo él, y estaba usando mi secreto mejor guardado, mis archivos, mi santuario. Era como si estuviera usando mi cuerpo.

—¿Cuántos sois, joder? —le chillé a la cara, contraída en una mueca de incompreensión.

Sus ojos pasaron sobre mí y se entrecerraron mientras su sonrisa desaparecía. La morena acababa de aparecer tras de mí, con el puto rifle levantado; Chango^[21], si apretaba el gatillo, todo mi equipo saltaría en pedazos. No lo hizo. Se quedó mirando al recién llegado con la misma concentración que él y los ojos igualmente entornados.

—¿Frances? —dijo al fin el hombre, como si fuera incapaz de respirar.

—Hola, Mick —dijo. El rifle no se movió un milímetro—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

Él expulsó el aire por la nariz: un simulacro de risa, supongo, aunque ya no estaba sonriendo.

—Sigues siendo una mujer.

—Vuelvo a serlo, en realidad. No me digas que tú no has pasado por alguna experiencia después de salir de esa puta jungla apestosa. ¿O has mantenido tu encanto masculino desde Panamá? —Su voz había cobrado un tono extraño, sombrío y humeante y demasiado caliente para no ser peligroso.

Mick sacudió la cabeza como si quisiera espantar una nube de insectos.

—Fran... Dios, ¿no puedes bajar ese arma?

—No, creo que no. ¿Por qué no estás muerto, Mick?

—Bueno, ¿y por qué coño no lo estás tú?

—Porque yo tengo la moral de un tiburón. Basándome en mis experiencias personales, tendré que suponer lo mismo de ti.

La nueva boca de Mick se cerró con fuerza y se ladeó. Entonces dijo:

—Como todos. No había uno solo de nosotros al que le hubiera confiado mi perro una semana. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Tú crees? —La sonrisa de la mujer no era más que una mueca animal—. Cielos, Mick, ¿creías que íbamos a evolucionar?

Él tardó unos segundos en responder.

—Quizá aprender. La gente lo hace. —Pero lo dijo con voz apagada, derrotada por la actitud de la mujer.

—Me alegro por ellos. Pero nosotros no somos gente. Somos tiburones. Es nuestra naturaleza. No podemos ver aguas transparentes sin derramar un poco de sangre.

—Fran, ¿puedes...?

—¿Qué estás haciendo aquí, Mick?

—Perdonadme —dije, y me sorprendió tanto como a ellos oír mi voz—. Si no os importa, también podemos mantener esta conversación en el cuarto de al lado. Y si vas a dispararle —añadí, dirigiéndome a la mujer llamada Frances—, preferiría que no lo hicieras aquí.

Me miró fijamente un momento y luego pasó una mirada rápida por la habitación. Creo que hasta entonces no se había fijado en ella.

—Bendita sea mi alma —dijo al fin—. Pero si esto es el mausoleo de Sony.

—Si fuera solo un mausoleo, no me importaría —repliqué, aunque no me gustó nada tener que hacerlo—. Todos funcionan.

Volvió a examinar la habitación, esta vez con más atención. Luego me miró a mí. Casi se podía oír cómo pensaba, aunque no el qué.

—Tú primero —ordenó. Así que lo hice. Le indicó a Mick Skinner que me siguiera.

Salimos al salón. La tetera seguía en el suelo, en medio de un charco. La mayor parte del agua había desaparecido entre la tarima del suelo. Eso y una mancha negra en el suelo, era todo lo que quedaba de *La Maîtresse* y el señor Lyle. Llevé la tetera al fregadero y empecé a llenarla de agua. Un tranquilo y racional diálogo estaba teniendo lugar en el interior de mi cabeza, algo así como:

Eso que estás haciendo es ridículo.

Todo este asunto es ridículo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Podría dispararte.

¿Por preparar un té? Supongo que sí. O podría hacerlo por no preparar un té.

En otras palabras, que como da igual lo que haga, puedo hacer lo que me dé la gana.

Creo que tengo tanto miedo que ni lo noto.

Cuando me volvía hacia mis invitados, Mick Skinner estaba junto a una de mis

ventanas cegadas, mirándome, divertido y un poco alarmado. Sí que era Mick Skinner. Me sorprendió lo fácil que era darse cuenta, independientemente de su apariencia externa.

La mujer, Frances, estaba sentada en el brazo de una silla de cuero plegable, con el rifle apoyado bajo la axila y apuntando a Mick Skinner. Con un simple movimiento del dedo, nos segaría a los dos a la altura de la cintura.

Dijo:

—No he olvidado el asunto del comité, aunque tú sí lo hayas hecho. ¿Qué te trae por aquí, Mick?

—He venido a buscar mi chaqueta.

—No, no, tienes que dar las respuestas enteras. No sabes para qué es este examen. A la ciudad, idiota, en este momento y con qué propósito, joder.

Él la miró fijamente, con el rostro desconcertado y dolido, y resignado.

—¿Todavía tenemos propósito? —preguntó—. Yo ya usé el mío. Me limito a moverme, Fran.

—¿Y por qué aquí?

—Nunca había estado, así que decidí venir. Tenía la idea de ir hacia el norte y tratar de llegar a Canadá.

—Una historia muy triste y profundamente conmovedora —dijo. No me había dado cuenta de que esperaba que ella la creyera hasta que reparé en lo mucho que me decepcionaba que no lo hubiera hecho—. Vamos a explorar un pequeño elemento secundario, ¿te parece? ¿Cuál es tu relación con esta escoria? —Me señaló con la cabeza.

Inexplicablemente, Mick Skinner guardó silencio.

—Me cabalgó —le dije, y me detuve. La mera constatación del hecho, en voz alta, me provocó náuseas. Y, además, no respondía a sus preguntas ni a las mías.

—Oh, querido mío, dulce engendro, eso ya lo sé. Supe que había uno de nosotros aquí por el olor. En cuanto te puse las manos encima, allí en el puente, el tufo de un Jinete me asaltó con tanta fuerza que creí que iba a ponerme a vomitar.

»¿Lo sabías, Mick? ¿Sabías que dejamos un rastro detrás, un residuo de posesión? Creo que es por eso mismo por lo que nos reconocemos cuando estamos en el cuerpo de algún capullo. Cuando percibí el tuyo, me resultó condenadamente familiar.

—No puedo evitarlo —dijo Mick. Parecía que le estuvieran arrancando las palabras a la fuerza—. He tenido... algunos malos viajes. No sé qué pasó la primera vez. No desconecté, y...

—Por favor, no nos ahorres los detalles sangrientos —dijo Frances con voz morbosa.

—El cuerpo que ocupaba fue atropellado —dijo. Parecía, o al menos me lo pareció a mí, que detestaba tener que hacerlo—. Y de repente me encontré tres calles más allá, dentro de Gorrión, y me estaban echando a empujones de un local. —Yo sabía que había corrido el peligro de que me expulsaran a golpes. Si, por suerte o por

habilidad, me lo había ahorrado, le debía algo—. Solo me quedé el tiempo imprescindible para encontrar otro anfi... otro cuerpo.

—¿Qué le pasaba a este? —preguntó Frances, señalándome.

Un músculo tembló en la mandíbula de Mick.

—Todavía estaba usándolo.

Frances enarcó las cejas.

Mick Skinner cerró los ojos y apretó los puños. Estaba... ¿avergonzado? ¿Por no haberme poseído?

—No puedo evitarlo. Siempre que tengo que elegir entre morir o montar otro caballo, salto y cojo el caballo. Siempre, joder. Pero trato de encontrar a gente que se ha rendido. Buscas a alguien que está a punto de comerse una bala, te metes en él, le sacas la pistola de la boca... Casi es con su consentimiento, ¿no? No creo que sea tan malo, joder.

—Pero me ha pasado más de una vez —dije. Fui incapaz de decir: me has montado.

—No conseguía una presa sólida. Los enfermos son complicados. Los locos más aún. Jesús, al último llegué un segundo tarde y me lo encontré muerto. No creí que fuera posible. —Me miró, avergonzado—. Y tú, en cambio, me sentabas como un guante. Me veía atraído una y otra vez. No pretendía hacerlo.

Al oír esto, Frances se echó a reír. Se levantó del brazo de la silla y se me acercó. Todavía sujetaba el rifle como si pretendiera utilizarlo.

—Cielos, sí. Como un guante hecho a tu medida. Y con todos los lujos. De talla media para no llamar la atención. Fuerte, joven, resistente a las enfermedades, las toxinas y la mala comida. Y muy obediente.

—Fran —dijo Mick con gran cuidado—. No tienes por qué tratar así a Gorrión.

—No, ya lo sé. Pero quiero hacerlo. ¿Sabías, Mick, que según mis cuentas solo quedan tres Jinetes? Creía que solo eran dos hasta que apareciste tú, cosa que demuestra que tal vez haya errado un poco en mis cálculos. —Estaba tan cerca de mí que alcanzaba a ver el brillo del sudor sobre su piel—. Tras el *Big Bang*, solo los auténticos tiburones sobrevivieron a las cazas de brujas. Y yo descubrí que cada año que pasaba, la presión iba aumentando, dejando solo la *crème de la crème* de los tiburones.

»Ahora bien, Mick, mi antiguo amigo y camarada, si solo quedamos tres y mi teoría de la selección natural es correcta, ¿no deberíamos de ser los tres mayores hijos de puta del mundo?

Mick se encogió de hombros, de manera no demasiado convincente.

—Y, además... me acuerdo de ti, Mick. No eras buena persona...

—Eramos todos unos cabrones —la interrumpió Mick.

—... pero tampoco es que poseyeras auténtico instinto asesino. La cuestión es, ¿cómo podría una persona así haber sobrevivido durante años en un mundo que quería ver muertos a todos los Jinetes? Aceptando la tutela del mayor de todos los

tiburones, el Gran Asesino de una raza de asesinos, ni más ni menos. El verdugo de ciudades, el devorador de mundos, el desencadenante de catástrofes. Deja que te diga para qué estoy yo en la ciudad. He venido a pagar una vieja deuda al Príncipe de los Tiburones.

El quemador de gas siseó en el silencio que se extendió mientras Mick y yo tratábamos de desentrañar sus palabras.

—¿Quién? —dijo Mick finalmente. Su voz era un susurro incoloro y toda la sangre había abandonado su rostro para refugiarse en zonas desconocidas—. ¿Quién fue? Mi familia vivía en Galveston.

—Excesivo, Mick. Demasiado sentimiento. Añade el chucho de tu infancia y te echo del escenario.

—¿Quién lo hizo, Fran?

Muy grave, ella dijo:

—Para encontrar a Tom O'Bedlam, el Loco, he viajado quince mil kilómetros.

Mick Skinner se la quedó mirando con los ojos abiertos como sendas heridas. Sus labios formaron dos veces la primera letra antes de que surgiera el menor sonido.

—¿Worecki? ¿Tom Worecki apretó el botón?

—Él era la mente pensante. Él reunió al grupo y convenció a sus miembros de que serían los salvadores de la humanidad. Esos idiotas amargados han recibido lo que merecían. Ahora solo queda Tom el Loco.

Mick alargó una mano temblorosa hacia atrás, buscó a tientas la silla plegable y se sentó en ella.

—Fue Worecki. Dios mío.

La tetera estaba temblando. Al verlo, di un paso hacia el calentador para apagarlo.

—No —dijo Frances. Me cogió un mechón de pelo y me obligó a detenerme—. Aún no hemos llegado a la parte buena.

Me quedé casi inmóvil mientras me pasaba los dedos por el pelo, le daba un leve tirón y me colocaba el rizo detrás de la oreja. No quería echarme a temblar como un perro nervioso.

—Como estaba diciendo sobre nuestro espécimen aquí presente, es todo ventajas. La aparente herencia genética, por ejemplo. La piel cobriza, el pelo negro y los ojos oscuros, la estructura ósea... —me dio unos golpecitos en el pómulo, bajo el ojo derecho—. Nada capaz de llamar la atención, de Oklahoma a Tierra del fuego. Genes indígenas del hemisferio occidental. Justo lo que uno querría para pasar inadvertido al sur de Texas.

Los ojos de Mick Skinner estaban sobre nosotros, pero no creo que estuviese viendo nada. Me pregunté si su mente estaría en algún lugar de la sumergida Galveston.

—Otra cosa buena de estos genes es que en los machos suelen estar asociados a una falta de vello.

Toda mi determinación fue en vano. Empecé a temblar con pequeños e

incontrolables escalofríos. Frances examinaba mi rostro como si fuese una pintura o cualquier otra cosa incapaz de devolverle la mirada. Presionó ligeramente mi mandíbula. Estaba más pendiente de su mano que del rifle.

—Y aquí —dijo ella— llegamos a la auténtica obra de arte. Este rostro, esta agradable arquitectura capaz de atraer a los dos sexos. Los arcos góticos de las cejas y las fosas nasales y los labios, ecos mutuos. Una obra de arte, eso es, un trampantojo.

—Odia que le pongan la mano encima, Fran —dijo Mick.

—Y con un excelente equilibrio entre la carne y el hueso, además. Tan pronto parece fuerte como frágil. La nuez es una maravilla. ¿Ves? —Presionó levemente con el pulgar para obligarme a levantar la barbilla—. No tiene, pero el ángulo de la garganta sugiere lo contrario. Maravilloso. De hecho, la sugestión desempeña un importante papel en este caso.

Mick dijo:

—Basta.

—La silueta del torso, por ejemplo. —Trazó una línea con el índice, lentamente, desde mi clavícula a mi estómago. Cerré los ojos—. Estrecho, pero no en exceso. Esbelto en la cintura, pero no demasiado. Las tetas no suponían un problema. Lo normal para una mujer de poco pecho siempre que no se quite la camisa.

—Frances —dijo Mick con una voz que habría detenido un tren. Detuvo la mano de ella en el primer botón de mi camisa.

—¿Sí?

—Estoy harto de ver cómo se tortura a la gente. Dame otros treinta años para cogerle el gusto. No te ha hecho nada.

De repente, una intensidad concentrada pareció inundar a Frances, como una lente de aumento sostenida bajo el sol.

—¿Su mente? —preguntó a Mick con voz delicada—. ¿O su cuerpo? Tú y yo hemos aprendido a pensar en ellos separadamente.

—¿Crees que este tío es Tom? Joder, Fran. He estado aquí. Me habría dado cuenta...

—Dos cosas: solo tengo una palabra para esto, y no es «tío» precisamente —dijo con una voz como una brisa sobre un glaciar—. ¿Por qué le llamas eso?

Mick abrió la boca y la cerró.

—Porque si has cabalgado en este cuerpo —dijo Fran con horrible satisfacción—, ya debes saber que no es masculino.

—Ni femenino —dijo Mick casi sin voz—. Es... oh. Oh, Dios mío.

—Por Dios, Mick. Si de verdad estas sorprendido, es que eres tonto de baba. Los cuerpos sin sexo específico no son muy abundantes que digamos.

—Es un *cheval*^[22] —dijo Mick con los ojos muy abiertos.

—Bravo, clase. —Me apartó el pelo de la frente y estudió mi rostro—. Un cascarón sin mente, sin alma y sin sexo, tan neutro como la muñeca de un niño —me

dijo... o dijo frente a mí, porque fuera quien fuese el destinatario de sus palabras, desde luego no era yo. No creía que existiera. Oh, Legba bondadoso, iba a matarme y ni siquiera creía que estuviera allí. Retrocedí un paso y ella lo avanzó al mismo tiempo, como si me hubiera leído la mente. Probablemente fuera así—. Un cerebro nuevo y radiante sin inquilino. Una botella preparada para ser llenada por uno de nosotros, un casquillo vacío creado para convertirse en una bala. Un caballo joven para ofrecerse al desesperado Jinete, con la vana esperanza de que lo prefiera al soldado de infantería más próximo. Un animal doméstico criado para uno de nosotros. Lo que quiere decir que uno de nosotros lo está cabalgando. Si sus intenciones fueran buenas, ¿para qué esta encantadora mascarada?

Sus ojos eran extraños y salvajes y yo era incapaz de apartar la mirada de ellos.

—¿Y si él... ella... no lo sabe? —dijo Mick desesperadamente—. ¿Y si es uno de nosotros pero le han hecho algo y no lo recuerda?

Los dedos de Frances retorcieron el tejido de mi camisa y me apretaron contra la pared de la cocina.

—Corre, Tom —dijo en voz baja—. O suplica un poco, o trata de matarme. Haz lo que quieras, salvo moverte de este cuerpo. Eso no lo permitiré.

Mi visión estaba empañada por las lágrimas y me temblaban las rodillas. Quería alargar los brazos y cogerle los hombros para sujetarme, para suplicar, pero no podía levantar los brazos por miedo a que apretara el gatillo. Iba a hacerlo de todas formas. Caí de rodillas al suelo y las lágrimas de mis ojos se desbordaron. Qué horrible, vergonzoso, absurdo modo de morir.

—Por favor —supliqué entre sollozos—. No soy quien tú crees. No soy nadie.

Mick dijo con fiereza:

—Fran, si no paras, voy a golpearte. Y tendrás que sopesar las razones por las que no me has disparado contra eso.

—Puede que solo quisiera una audiencia —repuso ella. Había un desapego en su voz que contradecía la violencia de sus ojos—. ¿Necesitas que te diga cuántos cuerpos he cabalgado y abandonado o gastado? Ni me acuerdo. Pero los utilicé a todos para llegar a Tom Worecki. Mataré a cuantos sean necesarios antes de dejar que se me escape.

—No es Worecki —gritó Skinner—. ¿Quieres saberlo con seguridad? Mántalo... la... oh, joder. ¡Monta y lo verás!

Ella se erguía sobre mí, con una expresión salvaje en el rostro. El cañón del rifle estaba casi apoyado en mis labios. Entonces brotó un dolor candente en mi pecho y mi cabeza, una puñalada me perforó los ojos y los oídos y dejé de ver y oír. No perdí la consciencia poco a poco. Simplemente se detuvo.

Y volví en mí. Tuve el tiempo para apartar la cabeza antes de vomitar. Mi cabeza pesaba demasiado para el cuello y entre los dos pesaban demasiado para los hombros.

No había sido como las otras veces, cuando me habían... cuando Mick... Solo de pensarlo me entraban náuseas.

Frances seguía frente a mí, con las piernas separadas y el rifle en las manos. Su rostro había cobrado el color de la masa de pan y tenía los brazos empapados de sudor. Sacudió la cabeza, se dio la vuelta, cruzó la sala y dejó el rifle sobre la mesa, donde apoyó las dos manos.

—No está aquí —dijo con voz apagada. Me pregunté si era su voz la que oían mis oídos. Mick estaba mirándola, y puede que tal vez estuviera preparando algo, aunque no sé el qué—. Pero tiene que ser uno de nosotros. Los *chevaux* estaban vacíos, sin personalidad, sin mente. Eran solo carcasas. Es un *cheval*, pero hay una mente en él, así que debe de ser uno de nosotros. Pero no es Tom Warecki. Y si no lo es... —Se levantó y su mano derecha se extendió, temblorosa, por el aire vacío—, no sé quién es.

Lentamente, casi con pulcritud, se desplomó. Mick la cogió antes de que su cabeza chocara contra el suelo.

5.1: los buenos recuerdos son el paraíso de la mente

—Oh, Frances, nunca has sabido mucho sobre la gente, incluida tú. —Mick se volvió hacia mí y, a juzgar por su expresión, uno hubiera creído que vivía escenas como aquella todos los días—. Es solo cansancio —añadió.

Tardé un momento en comprender que estaba hablando de la mujer que estaba en sus brazos. Me entraron ganas de decir algo desagradable, pero no pude movilizar más que una mirada dura.

—Siempre era así. Como un puto misil guiado: una vez que se lanzaba contra algo, no era capaz de frenar o cambiar de dirección. La llamábamos Línea Roja. Apuesto algo a que no ha dejado que este cuerpo duerma desde hace dos o tres días.

Se la cargó sobre el hombro y se levantó con un gruñido.

—La pondré en la cama.

—No.

Se detuvo, me miró y parpadeó.

—Estaba a punto de dispararme a la cara. Déjala donde ha caído. Si se parte el cuello, no seré yo quien la llore. —Entonces recordé que el cuello que se partiría sería de otra persona. Pero Frances lo sentiría... Papa Legba, no me extraña que se hubieran vuelto locos.

Mick frunció el ceño pero dejó a Frances en el suelo con suavidad. La melena negra se le había venido a la cara cuando él la había sujetado. Tenía pelo entre las pestañas y en la boca. Mick se lo quitó de la cara con manos delicadas y cuidadosas, como si tuviera miedo de dejarle marcas en la piel.

—No es... Suenas estúpido, pero no es tan mala. Para ser una de nosotros. Estaba loca pero no era cruel.

Yo seguía notando el sabor de la bilis en la boca y temblaba sin control.

—¿Y tú qué eras? —pregunté—. ¿Loco o cruel?

Se sentó en cuclillas y sacudió la cabeza.

—Estábamos todos locos. Dios, ¿cuánto tiempo crees que podrías mantenerte en tus cabales si descubrieras que podías poseer a la gente?

—Yo soy vuestro vehículo. Dímelo tú. —Me levanté lentamente. Me sentía tan débil como si hubiera perdido sangre. Apagué el fuego debajo de la tetera. No se había quemado, lo que quería decir que no habían pasado horas desde que la pusiera al fuego. Busqué alguna infusión en las estanterías y encontré camomila en un tarro de mermelada. Estupendo: a mis nervios les vendría muy bien algo calmante. Me detuve cuando estaba a punto de coger la tetera y en su lugar bajé una taza grande. Mientras la infusión se preparaba, me adcenté un poco.

—Si me marcho una hora, ¿estarás aquí cuando vuelva? —preguntó Mick Skinner, lo que me obligó a afrontar el hecho de que seguía en la habitación.

—¿Dónde vas?

—Pensaba ir a por algo de comer, antes de que las tiendas cierran, al amanecer.

Acababa de llegar a la ciudad, pero ya conocía los horarios de la Feria Nocturna.

—¿Eso me lo has robado de la cabeza?

—¿Qué...? Oh. Sí. Me hizo falta esta mañana, cuando...

Cuando me había montado.

—¿Y ahora tienes todos mis recuerdos?

—No. Cálmate. Puedo acceder a los recuerdos del caba... de la persona igual que ella. Tengo que buscarlos. A veces, lo que estoy haciendo en ese momento me trae algún recuerdo, pero no suele ser tan fácil.

Me senté lentamente en la silla plegable y cogí la taza con las dos manos. Me sentía tan frágil como si fuera una de mis viejas cintas, obligada a moverse entre los rodillos y las cabezas lectoras. Si me enredaba en una de ellas, adiós. Señalé con la cabeza a Frances, que seguía tirada en el suelo.

—¿Por eso ha sido como si me estuviera matando cuando se me ha metido dentro?

Mick se frotó la frente y continuó el gesto alisándose el pelo. Los peces de cobre tintinearono ligeramente.

—Estaba en estado de *shock*. Supongo que, en lugar de abrir una ventana, rompió el cristal a martillazos.

—En otras palabras, que no tenía por qué haberlo hecho. Joder, ahora me siento mucho mejor.

Los dientes delanteros de Mick se encontraron bruscamente.

—Mira. Hay un límite a las disculpas que puedo ofrecerte en nombre de Frances, pero tampoco voy a machacarla para darte gusto. Pasamos juntos por un infierno, y aunque te suene a cliché, no lo es. Éramos amigos. Si está loca, yo sé por qué. Y no hay nada de lo que ha hecho que yo no haya hecho en su momento. —Se levantó con una serie de movimientos precisos—. Voy a buscar comida. Y si no estás aquí cuando regrese, te prometo que me dará igual.

La infusión me había quitado el mal sabor de boca y había conseguido que dejara de temblar. Probablemente pudiera salir del edificio y perderme en la Feria Nocturna. Recordé de repente la cinta del pelo que Frances tenía en la mano al salir del Underbridge. Me había salvado entonces. Pero puede que ahora que sabía que no era quien ella estaba buscando no me necesitara para nada.

Oh, serpientes y escorpiones. Por supuesto que no podía marcharme. Los archivos eran el único rehén que necesitaba cualquiera para tenerme a su merced. Sin ellos, ¿qué me quedaba para hacer Negocio, salvo una lengua suelta y un montón de mentiras?

—Disculpa —dijo un penoso hilo de voz desde la figura del suelo—. ¿Me prestas dos peniques? El tío de la barca no acepta tarjetas de crédito.

El único movimiento que había hecho había sido abrir los ojos. Estaban clavados en mí, grandes, negros y nublados por debajo por aquella fatiga que, ahora que me fijaba, había estado allí toda la noche.

—No vas a morir —dije. Sería difícil sacarme algo más de amabilidad.

—Ah, eso lo explica. Aunque no sé por qué.

—Porque hay cura para el exceso de trabajo. Lo cual es una pena.

Cerro los ojos al oír esto.

—¿Sabes que estoy de acuerdo con lo que acabas de decir?

Me levanté de un movimiento brusco y fui a rellenarme la jarra de agua.

—Por si sirve de algo, que imagino que no, lo siento —añadió—. Cuando haya recobrado un poco de energía, me humillaré más aún, si quieres.

—Por mí no te molestes. —Pensé en cambiar de cuarto. Pero eso habría parecido, incluso a mí, una retirada. Y siempre existía la posibilidad, pequeña pero no inexistente, de que mi presencia la incomodara. Volví a sentarme.

—Bueno, ¿lo has pasado bien? ¿Has conseguido todo lo que buscabas?

—¿De ti? No, porque lo que quería era confirmar que eras Tom Worecki. Ahora que sabes que has pasado por todo eso para nada, ¿te sientes mejor o peor?

—Así es como lo ves tú. Yo me siento mejor por no haber muerto.

—Ah, sí. El primer deseo de todo el mundo. Permanecer con vida.

Supongo que lo que pasaba era que los dos nos sentíamos incómodos. Sea como sea, la conversación languideció allí.

Fue ella quien rompió el silencio.

—¿Estuviste en Louisiana?

Al oír la palabra me acordé: caminando, sin orientación, sin pensamiento, bajo el frío y con los miembros tiesos, en dirección a un sonido constante que no reconocía. Me había incorporado penosamente apoyándome en un codo, con los ojos doloridos, hasta darme cuenta de que, si me los frotaba, la sensación desaparecería. Agua corriente, eso era el sonido.

Me encogí y se me cayó un poco de infusión de la taza.

—Lo siento —dijo Frances—. Seguro que ha sido culpa mía. A veces, los recuerdos son como los sedimentos. Tardan en asentarse.

—No, lo que pasa es que... no sabía que lo recordaba.

—¿Qué es?

—La primera vez que... Cuando desperté, la primera vez.

Puso cara intrigada.

—¿La primera vez de qué?

—No, la primera vez de todo. Cuando desperté.

—No puede haber sido la primera vez, ¿sabes? —dijo—. Debes de ser uno de nosotros dentro de un *cheval*. Has confundido tu identidad, pero acabará por aparecer.

—Tú eres la que se ha abierto camino por mi cabeza con una barra de hierro. ¿No la has encontrado?

Frunció el ceño.

—No. Lo más antiguo que he encontrado ha sido un búnker en el sur.

—¿Hasta dónde has visto? —Se encogió. Por mi tono de voz, supongo. Así que

añadí con el mismo, intenso y crispante—. No es que me importe, es que no quiero aburrirte con cosas que ya sabes.

Supongo que había llegado al límite de su capacidad de disculpa, porque dijo:

—Si sigues incordiándome, lo averiguarás. Voy a levantarme y sentarme en una silla. A menos que pienses dispararme si lo hago.

Y juro que esa fue la primera vez que recordé el rifle abandonado sobre la mesa. En sus manos había sido una presencia inquietante y maléfica. Sin ellas, era un pisapapeles. En aquella habitación había ocurrido algo, algo que yo no era capaz de comprender, pero ahora, y por su causa, era muy poco probable que nos matáramos a tiros.

Se sentó en la silla plegable como una anciana, y el cuero crujió.

—¿Qué ha pasado con Mick, por cierto?

¿Lo había dicho con demasiada tranquilidad? ¿Estaba preocupada? Y si era así, ¿por qué?

—Ha ido a buscar algo de comer para reponer tus fuerzas.

Frances levantó la mirada al oír esto.

—¿De veras? —dijo sin demasiada convicción—. Si tiene la intención de jugar a santa Teresa, debería buscarse una audiencia mejor dispuesta.

—Dado que tú has demostrado que puedes cuidar de ti misma.

—Teniendo en cuenta la situación en la que te encontrabas cuando nos conocimos —dijo—, no deberías hablar demasiado.

Me encogí de hombros.

—No fue culpa mía. Tu amigo Mick me abandonó al sol.

—Y te averiaste. Lo entiendo. Háblame de Louisiana.

—Es muy húmedo.

—No, me refiero a tu despertar.

Volví a levantarme. Estaba empezando a sentir una extraña inquietud. Me acerqué a la pila, dejé allí la taza y me volví.

—¿Por qué demonios quieres saber eso?

—Puede que me permita averiguar quién eres.

—Ya sé quién soy.

Levantó las cejas.

—¿De veras?

—Vale. No lo sé en realidad. Pero ¿te sorprende que prefiera ser el eunuco de palacio al hombre del saco de nuestros tiempos?

—Si fuésemos solo hombres del saco —dijo, imitando mi voz—, a nadie le importaría. —Al decir esto, me recordó a cuando le había dicho a Dusty: *probablemente. Tengo una memoria muy buena.* Y tanto. Mejor que nadie.

—¿Alguna vez has hecho algo que Mick no haya hecho? —pregunté.

—¿Te ha dicho eso él?

—Más o menos.

Se rió un poco. Entonces dijo:

—Está equivocado. —Levantó la mirada y la cruzó con la mía—. Pero no se lo digas. Acabará por descubrirlo solo.

—¿Vas a matarlo?

—El futuro es un país sin cartografiar, del que no ha regresado ninguna expedición. No creo. Él no tuvo nada que ver con el *Bang*. Por muy extraño que parezca, es un ser humano bastante pasable.

—¿Vas a matarme a mí? —A pesar de mi convicción en sentido contrario, me pareció una pregunta razonable.

—Ya te he dicho que lo sentía. No, no voy a matarte.

—Pero sigues queriendo atrapar a ese como-se-llame.

—Sí —dijo—. Siguiendo las mejores tradiciones de los vigilantes callejeros, me he atribuido todos los papeles: juez, jurado, fiscal y tío que aprieta el gatillo.

—Ha pasado mucho tiempo desde el *Big Bang* —dije, con una pizca de intranquilidad. Había pasado unos minutos casi cómodos con ella... o agradablemente incómodos, atrapada en la realidad condensada de nuestra pugna verbal. Pero su última declaración me había recordado la mujer que había sido antes de perder el conocimiento.

—Gorrión, Tom Worecki es responsable de más muertes que Hitler. ¿Crees que el tiempo se lleva eso? ¿Cuánto tiempo? ¿Y los remordimientos? No sé si lamenta haber asesinado millones de personas y haber convertido grandes regiones del Hemisferio occidental en yermos inhabitables pero, dime, ¿cuánto debe sentirlo para que yo diga, «oh, tranquilo, supongo que la cosa está olvidada»?

La miré fijamente y ella me devolvió la mirada.

—¿Es eso lo que se supone que debo contestar yo cuando te disculpas?

Frunció los labios.

—Un punto para ti. Pero, créeme, Tom tiene que morir. Y debo hacerlo yo. No hay nadie más.

—Chango, podrías reunir un destacamento en cinco minutos si les dijeras para qué lo quieres.

—¿Y de dónde les digo que he sacado la información? ¿Les digo que conozco a Tom de los viejos tiempos, que trabajamos juntos, etcétera? No. Lo cierto es que no hay nadie más.

Esta vez no lo dijo como si se enorgulleciese de ello. Puede que la frase significara otra cosa. Permaneció sentada, mirándose las fuertes manos cruzadas sobre el regazo, como si entre sus dedos estuviesen pasando imágenes del terrible e inalterable pasado.

Llené el cazo de agua y lo puse al fuego. A continuación puse lo que me quedaba de camomila en mi desportillada tetera de porcelana y volví a sentarme en la silla plegable.

—Louisiana es muy húmedo —dijo—. Y cada vez lo es más. —Le conté la

historia entera sin levantar la mirada. Nunca se la había contado a nadie. Me había preocupado tanto de no hacerlo que casi la había olvidado del todo. A fin de cuentas, nadie que yo conociera recordaba el momento de su nacimiento.

Había oído el sonido, me había frotado los ojos y había reconocido el siseo y el burbujeo del agua corriente antes de ver nada. Mi visión había tardado en aclararse. La habitación se había revelado con cada parpadeo, con cada roce de mis dedos. La luz era azulada e irregular. Había cajas de metal por todas partes, cajas grandes, con tapas que atrapaban la luz. Sorteé los reflejos con un parpadeo y me asomé al interior de una.

Un rostro enjuto y muerto, una cabeza afeitada, un cuerpo desnudo y momificado. Había un cadáver en la caja. Había ocho cajas en la habitación, todas ellas iguales. Cuando, presa del pánico, aparté los ojos, vi mis propias piernas y mis propios pies, unidos al resto de mí, bordeados por una caja con una tapa de cristal abierta. Me eché a gritar. No sé por qué: un terror instintivo, el miedo a ser como las ocho cosas muertas que había en la sala. Cosa que era cierta, salvo por un pequeño detalle.

Salí arrastrándome de la caja, resbalé y descubrí que no podía respirar bajo el agua. Había casi un metro de líquido. Me levanté apoyándome en mi ataúd. En las paredes, sobre algunas de las cajas, parpadeaban unas luces rojas. Alarma, alerta, algo necesita atención, fallo del sistema. Todo ello pasó por mi cabeza como un galimatías. Más tarde entendería el propósito de las luces, pero no en aquel momento.

De repente me invadió el conocimiento, como un instinto más, de lo que era la electrocución y la conductividad del agua. Eché a andar como pude por la inundación (más tarde repararía en lo extraño que resultaba: había nacido sabiendo ya cómo andar) hasta una puerta (al verla la palabra se materializó instantáneamente en mi cabeza, puerta, así como su funcionamiento exacto) y empecé a aporrearla y empujarla. Finalmente encontré un tirador en la pared, junto a ella, y lo giré.

La puerta giró hacia dentro sobre sus goznes. Entre ella y el agua que había mantenido allí enterrada durante... ¿años...? volvieron a arrojarme al interior de la sala. Una de las momias pasó flotando a mi lado, boca arriba. Otra vino después. El agua había abierto las cajas.

Y entonces, cuando tuve que hacerlo, supe nadar. Me precipité hacia el techo de aquel cementerio submarino, cogí todo el aire que pude en el espacio cada vez más reducido de la habitación y, batiendo las piernas con todas mis fuerzas, bucéé en dirección contraria a la presión, hacia la puerta.

Más tarde averiguaría que era el agua del lago Pontchartrain contra la que estaba luchando. El lugar al que emergí, bajo una luna llena y entre las neblinas blancas que se elevaban al aire fresco de una noche de mediados de verano, era el pantano de St. John. Tres semanas más tarde, un huracán lo añadiría a la cuenca de Nueva Orleans.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Frances después de que un breve espacio de silencio se hubiera aposentado en la habitación.

—Quince... casi dieciséis años.

Se reclinó en la silla y sonrió.

—Mmm. Si no me equivoco, tienes ochenta años o más. Si no te equivocas tú, apenas has llegado a la Edad Dorada del Escepticismo. Sea cual sea el caso, no lo aparentas.

No sé qué esperaba de la primera persona que escuchara la historia pero lo cierto es que encontré la respuesta de Frances extrañamente reconfortante. Otra aventura insólita y peligrosa. ¿Cuántas de ellas había vivido? Fui a poner el agua caliente en la tetera.

Tenía unas pocas galletas, compradas hacía cosa de una semana en el mercadillo y guardadas ahora en una lata, en el estante. No es que estuvieran frescas, pero tampoco habían terminado de pasarse. Llevé la lata, junto con la tetera y la otra taza, a la mesa, y la dejé en la esquina más cercana a ella. Miró las dos tazas y me preguntó:

—¿Recibes visitas a menudo?

—Solo tengo otra taza para cuando no me apetece lavar la primera. Si fueras yo, ¿tendrías mucho amigos?

—A mi manera, vivo una situación parecida. Y tienes razón, no los tengo. Es una vida furtiva, pero es toda mía. —Mordió con cautela una de las galletas—. Esto está mejor. La mantequilla y el azúcar, en cantidad suficiente, pueden curar cualquier cosa. —Comió y se tomó la infusión como si fuera lo único en lo que pudiera concentrarse, y puede que así fuese. Yo ya había dicho lo que tenía que decir: estaba en condiciones de sentarme, observar y ver qué pasaba.

Finalmente dejó la taza en la mesa y se pasó las manos por la cara.

—Gracias. Dios, estoy muerta. —Cerró los ojos y me pregunté si pretendía dormir allí. Entonces dijo—: Si fuera por nosotros, creo que ninguno de los Jinetes querría estar a menos de doscientos kilómetros de los demás. Como depredadores, nos parecemos más a tigres que a lobos. Cuando nos obligan a estar juntos, empeoramos.

—¿Por eso te gusta la vida furtiva? —pregunte.

Esperaba que me ignorara o, más bien, que respondiera con una de esas frases que parecían impresionantes pero no revelaban nada. En cambio, dijo:

—Dios, no. Si fuera por eso, no me gustaría nada... yo misma incluida. —Suspiró y apoyó la cabeza en la silla. Ahora era difícil verle la cara—. Qué desperdicio de potencial humano, joder.

—¿Convertir América Central en un archipiélago no te parece logro suficiente?

—¿Tú crees que esa es una ambición digna de la humanidad? Teníamos... Eramos como dioses. —Soltó una carcajada que me pareció incómoda—. Lo éramos. Piensa en Zeus. Podía convertirse en una lluvia de oro y lo único que hacía era engañar a su esposa. Nosotros gastábamos bromas salvajes, arruinábamos vidas y sembrábamos el caos. Esa era toda nuestra contribución a la sociedad.

—¿Por qué os mantuvieron con vida?

—¿Quién?

—El ejército. O quien fuera.

—¿Por qué no destruyeron los bombarderos invisibles? Lo siento —dijo al ver que yo sacudía la cabeza—. No sabes lo que era un bombardero invisible. O no lo recuerdas. Supongo que porque les habíamos costado demasiado dinero. Aunque, para ser justos, debo decir que hicimos exactamente lo que se esperaba de nosotros, al menos mientras nos sentimos con ganas.

—¿Y qué era? —Lo sabía, en cierto modo. Pero algo me decía que la ocasión de hablar del pasado con Frances era algo realmente insólito y precioso. Era una pena dejar que parara ahora, cuando, si continuaba, puede que llegase a... algo que no sé si quería oír.

Subió los pies a la silla, se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla en las muñecas.

—Objetivo —dijo bruscamente. Mi experiencia con profesores se reducía a lo que había visto en las películas, pero ella me recordó a uno de ellos—: Proporcionar información falsa al *Presidente de la República Banana*^[23]. Método clásico: enviar mensajes falsos y órdenes mal codificadas de modo que caigan en manos de sus servicios de inteligencia y confiar en que no se den cuenta de que han sido demasiado fáciles de conseguir. Método moderno: enviar un Jinete para que monte a su *Jefe de Seguridad*^[24] y quizá otro a su Secretario de Estado. De este modo, no solo puedes proporcionarle toda la información falsa que se te antoje sino que además consigues un agente doble en un puesto muy importante y con una fachada impecable. ¿*Qué bueno, sí?*^[25] Y esa, por supuesto, era solo una de las muchas cosas que podíamos hacer.

—¿Y funcionaba?

Su sonrisa fue salvaje.

—A veces. Y, antes de que lo preguntes, dejaremos las excepciones decentemente enterradas, porque van de lo profundamente vergonzoso a lo completamente horrible.

—¿Por qué no poseísteis simplemente a los presidentes y firmasteis la paz?

—Va a resultar —dijo, con cara de insufrible paciencia— que sí tienes quince años después de todo. Porque el gabinete, los generales y hasta los putos bedeles le habrían volado la cabeza al presidente y habrían decretado un cambio de gobierno. ¿Crees que las naciones libran sus guerras por decisión de una sola persona sentada en un sillón de cuero de una bonita oficina?

—Nunca he vivido en una nación —dije—. No lo sé.

Frances apartó la cara, como si acabara de abofetearla.

—No te preocupes, no te has perdido gran cosa. Un miserable hormiguero de vida apacible, productiva y útil sin apenas oportunidades para la vivificante violencia y el engaño. Donde la gente se lavaba los dientes una vez al día y cortaba el césped los domingos.

La observé y dije:

—No fue culpa tuya.

Una ceja negra se levantó, enfática, y una boca recta se arrugó con ironía en las comisuras.

—Gracias, ahora me siento mucho mejor. Supongo que mi sentido de la responsabilidad social compensa en vigor lo que le falta en puntualidad.

—¿Podrías haberlos detenido entonces?

Hizo una pausa para pensarlo.

—Sí. Y precisamente por eso lo estoy haciendo ahora con tanto entusiasmo. Desde hace mucho tiempo. Es mi penitencia. Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo habría sido más fácil, pero sería una pena desperdiciar tanto potencial.

Mis manos se cerraron sobre los brazos de la silla plegable.

—Estás diciendo que no se trata solo del tal Tom como-se-llame. Los estás cazando a todos.

—Los he cazado. Pretérito perfecto. Ya casi he terminado.

—¿Todos los Jinetes?

—Dios, no. Además, la población en general ya se ha encargado de eso. Yo solo busco al grupillo que decidió, por diferentes razones, que sería buena idea reventar el mundo. La población se encargó de uno de ellos, según descubrí en su momento. Yo despaché a otros cuatro. —Extendió su mano de dedos largos y morenos entre ella y yo—. Y ni todos los perfumes de Arabia podrían disimular el olor de esta manita. Bueno, no específicamente esta mano. —Y entonces, inesperadamente, añadió—. Eso te molesta, ¿no?

Tragué saliva con esfuerzo y dije:

—¿Encontrarme en la misma habitación que una persona que ha dedicado su vida a buscar gente y asesinarla? ¿Qué te hace pensar eso?

—No sé qué es lo que se te da bien, pero desde luego no es el sarcasmo. Estamos hablando de cuatro personas que no habían hecho una sola cosa decente en su vida y nunca la habrían hecho. Eran la destilación más refinada de una subespecie de la humanidad que se solazaba en la degradación y la crueldad y que veía a todo el mundo, ellos mismos incluidos, como ratas de laboratorio y chivos expiatorios.

Lo dijo con toda calma. Puede que hubiese vivido tanto tiempo con su indignación que hubiese acabado por convertirla en otra cosa, algo más suave. Pero a pesar de todo no pude contenerme y dije:

—¿Cuál es el problema? ¿Estabas celosa?

Se inclinó hacia mí y vi en su cara algo que me hizo estremecer.

—No tenía razones para estar celosa. Escucha y aprende. Hace mucho tiempo, en Nuevo México, había un policía militar llamado Stedmon. Una noche me ofendió. No recuerdo cómo. La noche siguiente se encontró con una edificante escena interpretada por su prometida y cuatro hombres de su unidad. Cuatro fue el número máximo que pudo conseguir la chica en tan poco tiempo.

»Luego estaba la gran lección de paracaidismo, considerada por mis camaradas una de nuestras mejores bromas. Me monté en la víctima en un bar cerca de la base y desmonté en mitad del cielo, justo cuando se suponía que debía abrir el paracaídas. Al principio se sorprendió un poco. Me temo que se partió las piernas.

»Las cuatro personas que he matado no eran menos crueles. De hecho, ninguno de los Jinetes lo era. Cualquiera comunidad sana acaba con las alimañas y los animales rabiosos.

Se puso en pie de repente y cruzó la habitación. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo pequeña que era la zona iluminada por la lámpara. Ahora la veía como un juego de luces y sombras cerca de la puerta. El juego se movió y supe que se había tapado la cara con las manos.

—Lo siento mucho —dijo. Sus palabras sonaban distorsionadas, puede que por culpa de sus dedos—. Antes te he dicho que no me gustaban estas cosas, pero me temo que me he quedado corta. No me siento orgullosa de estos episodios y me disculpo por contarlos como si lo estuviera. O por contarlos, en todo caso. Ocurrieron hace casi cincuenta años.

No parecía dispuesta a hablar sobre ello, sobre la cosa que me daba miedo. No tenía que preocuparme. Así que me alarmé al oírme decir:

—¿Y para qué se supone que era yo?

Oí que aspiraba hondo para tranquilizarse y bajaba las manos.

—¿Sabías que tenías algo que ver con nosotros?

—Al principio no. Da igual.

Se quedó muy quieta. Entonces volvió a la luz de un par de zancadas, se sentó en cuclillas cerca de mí y me miró a la cara.

—No lo sabías, ¿verdad? Hasta esta noche, cuando te lo he dicho.

—En aquel puto bunker decía «Propiedad del Gobierno de los EEUU» por todas partes —dije amargamente—. Ya me imaginaba que no se habrían tomado tantas molestias solo para sacar copias de mí. Y sabía que algo tan bien escondido no podía servir para nada bueno.

—Para nosotros sí.

—Eso no supone un gran consuelo cuando te han sacado a medio hacer de una caja.

—¿Preferirías haberte quedado allí?

La miré sin decir nada.

Se levantó y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, entre la luz y la oscuridad.

—Creo que el objetivo principal de los *chevaux* era tranquilizar a la gente. Las fuerzas regulares señalaban, y no sin razón, que cuando alguno de nosotros resultaba herido o estaba amenazado de muerte tendía a asaltar el cuerpo más próximo sin preocuparse de nada más. El de nuestros amigos y aliados, por ejemplo. La solución era tener disponibles cuerpos vacíos y altamente deseables, para impedir que

devoráramos a los nuestros. Así que empezaron a cultivar a los *chevaux*.

Repetí, con un hilo de voz:

—Cultivarlos.

—Bueno claro. ¿Pensabas que estabais hechos con piezas de bicicleta o qué? Los *chevaux* eran orgánicos, así que había que cultivarlos. Hasta que alcanzaran la madurez, cuando quedaban almacenados, probablemente en aquellas cajas, esperando a que los sacaran cuando fuera necesario.

Las cajas en las que, abandonadas, custodiadas por unos sistemas automáticos que poco a poco habían ido fallando, se habían dejado pudrir ocho costosas y vacías carcasas. Nueve. Pero una de ellas se había levantado, como el monstruo de una película de terror, para caminar por un mundo en el que hasta los vivos evitaban la luz del sol.

—Además, los hacían a medida —continuó Frances—. A fin de cuentas, es una lástima desperdiciar un cerebro cuando puedes usarlo para almacenar valiosas habilidades e información. Idiomas, códigos, lenguajes de programación, las reglas del voleibol, cómo flirtear con las fans... lo que los jefes consideraran útil. Quién sabe. Solo Dios y tú, supongo.

—Electrónica —dije con voz tensa—. ¿Por qué no tengo sexo?

—No estoy segura. Creo... que los *chevaux* podían ser modificados por los jinetes.

—¿Que podían qué?

—Ya te lo he dicho, no estoy segura. Nunca había visto uno de vosotros. Jesús, no creo que llegaran a desplegarse nunca.

—Desplegarse. Asombroso, es casi como estar con vida.

—La vida puede definirse como todo aquello que no casa con el cementerio. Tú cumples mejor que yo con esa definición.

—No sé —dije mientras examinaba mi mugrienta camisa—. Parece que acabara de salir de la tumba abriéndome camino con las uñas.

Esto le pareció divertido, a juzgar por su expresión.

—Podrías ir a cambiarte.

—Lo habría hecho, pero... —me falló la voz.

—Pero eso habría significado dejarnos solos a Mick y a mí. Y —dijo lentamente—, habría significado desvestirse con unos desconocidos en la casa. En el secreto tejido de tu vida, tu cuerpo es la hebra más secreta. Porque es el signo externo de todos los secretos.

Me pregunté si habría palidecido.

—Uau. ¿Lees la mente?

Francés resopló.

—No. Puedo atacarlas, aturdir las y engullirlas enteras, como una boa constrictora. Y mientras las estoy digiriendo, entro en un estado de letargo.

—Creo que necesitas dormir —le dije, sacudiendo la cabeza—. Y comer algo.

—Siempre hablo así. Casi siempre. Eso alivia el tedio de las décadas. Pero hablando de comida, ¿dónde demonios está Mick?

Una buena pregunta. No conocía tan bien como yo la Feria Nocturna, pero el lugar estaba repleto de sitios para comprar comida. Si no era muy melindroso, podía haber vuelto en veinte minutos. A menos que... Bueno, ¿y por qué no? ¿Por qué no iba a aprovechar la oportunidad para salir por piernas antes de que Frances empezara otra vez a apuntarle con el rifle? Aun en el estado vulnerable y confuso en el que me había dejado, ¿cómo es que no lo había pensado? Su forma de coger a Frances para evitar que cayera al suelo y de retirarle el pelo de la cara tampoco era garantía de lo contrario.

Al levantar la mirada, me encontré los ojos de Frances sobre mí. Tenía las manos juntas.

—Recoge tus cosas si quieres —dijo en voz baja—. Nos vamos en diez minutos.

—¿Qué?

—Mick es la única persona, aparte de tú y yo, que sabe dónde estoy. Y quién soy.

—Él no...

—¿No? Puede que no. Pero, aunque eso sea cierto, ¿podría guardar el secreto si alguien se lo preguntara con la suficiente vehemencia? ¿O si, quizá, no se molestara en preguntar?

Tragué saliva, en vano, y dije:

—Llevas diez años buscando a ese tío. ¿Crees que él podría encontrar a Mick Skinner en una hora?

—No puedo permitirme el lujo de pensar lo contrario.

—Yo me quedo aquí. —Logré no apartar la mirada.

—No, de eso nada —dijo con firmeza.

—No me buscan a mí. Ninguno de ellos. Te buscan a ti.

—Lo que te hice anoche no fue nada —replicó ella, con una separación idéntica y exacta entre cada palabra y sin el menor énfasis—. No fue nada. Tom O'Bedlam o cualquiera que le sirva te arrebatará el deseo de vivir y cualquier convicción complaciente que puedas conservar sobre la privacidad de tu mente, como quien arranca un trozo de tela podrida. Todo lo que sabes de mí brotará como un chorro de tu cerebro, tu boca y un centenar de aberturas más que te abrirá con ese propósito. Te sugiero que vengas conmigo.

—¿Qué podría decirle? «Bueno, sí, es esa mujer, y ahora mismo tiene este aspecto, pero podría haber cambiado. Y quiere liquidarte. Pero eso ya lo sabes».

—Gorrión —dijo. Se detuvo y volvió a empezar—. ¿No se te ha ocurrido que podía estar pensando en ti y no en mí?

La miré con el ceño fruncido y ella me devolvió la mirada con las cejas enarcadas.

—¿Por qué?

—Vaya, gracias. Puede que conserve un jirón de decencia humana.

—Por aquí las cosas no funcionan así.

Frunció el ceño.

—Finge que estás en otro sitio, entonces. Ve a cambiarte y coge todo lo que necesites, dentro de un orden.

—¿Dónde vas... vamos?

Se apoyó en una esquina de la mesa.

—Lejos de aquí.

¿*Todavía tienes objetivos?*, le había preguntado Mick. *Yo ya he usado los míos. Me limito a trasladarme.* Obviamente, no podía recurrir a Dana. Tampoco podía recurrir a Cassidy, porque no sabía dónde estaba. Si iba a ver a Sherrea, podía involucrarla...

Oh, no. Piensa. Ya lo había hecho. Sherrea y Theo, él con un agujero de bala, al pie de las escaleras donde Frances había montado a Myra, y Dusty, que estaba tan loco que echaba humo como una parrilla. Y que había dicho, sonriendo, que sabía dónde encontrar a mis dos amigos en caso necesario.

—Cuando... cuando montaste en aquella pelirroja, en el Underbridge. ¿Te adentraste mucho en su cerebro?

—No. Estaba ocupada, ¿recuerdas? ¿Por qué?

Yo no les había pedido que se involucraran. No le había pedido a Theo que saliera con una pistola para ayudarme. No era tan tonto, él mismo me lo había dicho.

—Las dos personas con las que estaba. Se quedaron allí...

Una compuerta de contención cedió por un instante detrás de su cara y volvió a levantarse con la misma rapidez.

—Si vas a sugerir que volvamos allí —dijo—, te ahorraré la molestia. No.

—¿Por qué no, joder?

—Porque si no es el primer lugar en el que te buscan, será el segundo.

—Crees que Myra y Dusty trabajan para Tom como-se-llame.

—Worecki. —Suspiró—. Antes no lo pensaba, cuando creía que eras tú. Hace varias horas. Ahora me veo obligada a afrontar la posibilidad de que haya apostado, por decirlo así, por el caballo equivocado.

—Estaban buscando a Mick Skinner.

—¿Ah, sí? —preguntó, sorprendida—. ¿Por qué? ¿Lo sabes con seguridad?

—No. —Repasé la confrontación que había tenido lugar en el Underbridge, antes de que llegara ella—. Pero sabían que me había... que había estado conmigo algún tiempo.

—Cosa que sugiere una sorprendente familiaridad con el proceso, ¿no te parece? Hmmm. Ve a cambiarte.

Lo hice. Cerré con llave la puerta del dormitorio, pero, tal como esperaba, eso no me proporcionó la menor seguridad. Otro par de vaqueros, otra camisa, botas altas. No tardé mucho. Escondí un poco de dinero en billetes en cada bota, y algunas monedas en una bolsa que me colgué del cuello. Al hacerlo, me di cuenta de que ya

llevaba un colgante: el que me había dado Sherrea, con las dos «V» entrelazadas. Si era un amuleto de protección, estaba haciendo un trabajo pésimo. Puede que solo funcionara en gente que creyera en sus propiedades. ¿En qué creía yo? El Negocio. Que no podría sacarle gran cosa a un amuleto como aquel. Metí algunas cosas más en una mochila y fui a someterme a la voluntad de Frances.

Me miró de arriba abajo.

—Debe de haber sido una decisión muy difícil.

Esta vez me tocó a mí abrir los ojos como platos.

—¿Habrías preferido un vestido de noche o un tuxedó?

Frances recogió el rifle robado. Yo cerré la puerta de los archivos y apagué todas las luces. Bajamos hasta el primer piso en silencio. Ella, según parecía, estaba pensando. Llegamos hasta el triciclo y entonces, finalmente, pregunté:

—¿Dónde vamos?

—Al Underbridge —dijo—. Me he pensado mejor lo de volver a ver a los implicados. Monta.

La miré de soslayo. Frances se limitó a sonreír.

CARTA 6

Delante Siete de bastos

Waite: discusión, pelea verbal, negociaciones, guerra comercial.

Gray: el individuo contra la comunidad; uno contra muchos; lucha descompensada.

6.0: la casa del espíritu

—Las noches están acortándose —grité sobre el hombro de Frances mientras avanzábamos—. Mira al este.

En aquella dirección, el cielo estaba teñido de un cobalto denso y aterciopelado, sobre los tejados en buen estado y sobre los ruinosos, y sobre las débiles lámparas y antorchas de la Feria.

—Muy bonito —dijo Frances.

—Significa que las puertas se cierran dentro de una hora más o menos.

—¿Ah, sí?

Bueno, al fin. He ahí algo que no sabía.

—Por eso la llaman la Feria Nocturna.

—¿Y qué pasa luego?

—Nada. Se queda como un mausoleo. En verano las horas son más cortas pero el sol pega mucho.

Conducíamos por un sinuoso, estrecho, abarrotado y ruidoso trecho de pavimento, jalonado de puestecillos. Un enorme y peludo perro gris apareció corriendo entre dos de ellos y se cruzó en nuestro camino, y Frances dio un frenazo. Un rostro suave y negro como el alquitrán, coronado por un sombrero cilíndrico, se pegó al parabrisas.

—*Las bujías, señora* —dijo, levantando una mano llena de piezas metálicas mientras nos enseñaba unos dientes blancos y menudos—. *Para todas las máquinas, y muy baratas*^[26]. —Frances gruñó al mismo tiempo que apretaba el acelerador, y el rostro desapareció mientras reanudábamos la marcha. Volví la mirada y no encontré ni rastro del brillante sombrero.

—No quiero criticar —le dije—, pero si hubiéramos ido por la misma puerta que a la ida, no habríamos topado con toda esta gente.

Transcurrió un momento antes de que ella respondiera.

—Tenía la esperanza de que encontrásemos a Mick.

—Este lugar es un laberinto. Podríamos pasar junto a él una docena de veces en los próximos diez minutos sin darnos cuenta.

—Ah, pero él sí que se daría cuenta —repuso Frances con voz agria. Puso el motor en punto muerto y aumentó sus revoluciones un momento—. ¿Has visto muchos como este hoy?

—¿Y si se ha metido en algún lío?

—En otras palabras, ¿y si no ha regresado porque no ha podido? —Enfiló una bocacalle y, para mi sorpresa, paró el motor.

Sus hombros subían y bajaban al compás de su respiración. Finalmente dijo:

—Todos queremos sobrevivir. Yo lo he conseguido durante mucho tiempo, en circunstancias complicadas, y lo he hecho sospechando de todo el mundo. Me temo

que se ha convertido en una costumbre.

Pero sus costumbres no explicaban por qué habíamos parado allí.

—¿Eso significa que no crees que Mick Skinner esté aliado con el diablo?

Se volvió hacia mí. Sus ojos no parecían enfocados.

—Por supuesto que sí. Ya te lo he dicho, es una costumbre.

Se volvió de nuevo.

Al cabo de un momento dije:

—Sí abres la capota, iré a por algo de comer. El puesto está ahí mismo. Estaré a la vista en todo momento.

No respondió pero su mano buscó a tientas la palanca que abría el revestimiento. Salí lo mejor que pude.

El aroma y el sonido del pollo en la sartén fue una sobrecarga sensorial casi excesiva. Me pregunté por un instante si sería eso lo que provocaría una caricia en la mayoría de la gente. De repente sentía tanta hambre que estuve a punto de marearme. Siempre me pasaba lo mismo: no necesitaba comida en todo el día hasta que, de repente, la necesitaba desesperadamente, como un motor que funciona a la perfección sin dar la menor señal de que el depósito está quedándose sin alcohol. ¿Qué adjetivos me había dedicado Frances hacía un rato? Fuerte, resistente a las enfermedades y los venenos... Podría haber añadido fácil de manejar y de bajo consumo. Compré un poco de pollo («*picante*»^[27] me advirtió la mujer con un acento atroz mientras meneaba las manos, «*picante*»), patatas fritas, okra, galletas de mantequilla y dos botellas alargadas de zumo de pera casero. Me metí las botellas debajo del brazo y, haciendo malabares con los calientes envases de la comida, regresé al triciclo.

Frances seguía sentada en el mismo sitio, pero sus muñecas estaban cruzadas sobre el salpicadero y tenía la frente apoyada sobre ellas. El pelo le cubría el antebrazo. En estado de relajación, aquel brazo parecía sorprendentemente delgado, y los puntiagudos huesos de su codo parecían frágiles y vulnerables. Como si no fueran suyos.

Algunas veces la sabiduría te llega primero a la boca del estómago. Eso fue lo que sentí entonces, un pequeño tirón. Por supuesto que no parecía suyo. El brazo no era de Frances.

Ya sabía que el cuerpo no le pertenecía, pero entonces lo supe realmente, con todas las connotaciones del hecho. No había relación alguna entre el cascarón y el espíritu, nada que permitiera juzgar por las apariencias, aparte del lenguaje y la expresión, la persona que contenía. El cuerpo que estaba mirando era la historia vital, dibujada en tinta borrosa, de una persona que nunca llegaría a conocer.

¿Quién era? ¿Aprobaría la *vendetta* de la que estaba siendo inconsciente ejecutora? Yo había despertado, una y otra vez, en lugares extraños y sin ciertos fragmentos de mi pasado y eso había estado a punto de costarme la cordura. ¿Cuánto tiempo llevaba Frances cabalgando a aquella mujer? ¿Despertaría en una ciudad nueva, años después de su último recuerdo, tan mal como yo o peor? ¿Tendría la

oportunidad de despertar?

El agotamiento pertenecía al cuerpo de la desconocida. La pasión devoradora, la mente que empuñaba las riendas, pertenecían a Frances. Ambas necesitaban comida y descanso. Ambas sufrían si no las recibían. Si alguien estaba capacitado para juzgar lo que había entre ellas, no era yo.

Dije, levantando un poco la voz:

—Bueno, si no te gusta el pollo picante, ya podrías haberlo dicho.

—Me encanta el pollo picante —dijo y se incorporó. Su rostro volvía a estar compuesto y me di cuenta de que no debía notar la fatiga que se veía en él, o al menos no quería comentarla.

Así que dije:

—En el Underbridge hay un lugar en el que podrías dormir unas horas.

—Estaré perfectamente cuando haya comido un poco. Y ahora, ¿podemos comer?

—De nada —repliqué mientras empezaba a poner la comida sobre las superficies planas del salpicadero. No es que hubiera muchas en el triciclo o sobre él, pero yo comí apoyándome en la parte exterior, con lo que ella pudo usar el asiento del copiloto como mesa.

—Cómete primero la okra —le dije—. Está helada.

Y eso fue lo único que dijimos durante varios minutos. De no ser por los crujidos del papel, habría parecido que estábamos comiendo en una burbuja de silencio dentro del tapiz de ruidos que era la Feria Nocturna. Hasta dejé de masticar para escucharlo. Me sentía como un cuerpo extraño en el organismo del mundo, algo que se había enquistado porque no podía expulsarse. ¿O era Frances la que estaba aislada y yo, simplemente, me encontraba dentro de su radio de acción?

—Ojalá tuviéramos un poco de café —dijo Frances al fin mientras masticaba un bizcocho.

Me quedé mirándola.

—Nada más fácil. Dame diez pavos y volveré en algún momento de mañana con unos doce granos de café verde. Eso si alguien, en toda la ciudad, ha conseguido echarle mano a un saco.

Sonrió, una sonrisa irónica y sorprendentemente genuina.

—Lo sé. Creo que eso es el resto de mi penitencia. Para llegar a donde se cultiva el café hay que recorrer mil quinientos kilómetros de malas carreteras llenas de gente desagradable. He oído que hay una colina cerca de Taos donde han descubierto que se da bastante bien, pero disparan a cualquier desconocido que se acerque a menos de un kilómetro.

—¿Merece la pena disparar a alguien por un poco de café? —pregunté.

—¿O dejar que te disparen por conseguirlo? ¿Nunca lo has probado?

—No.

Una expresión indescifrable cruzó sus facciones a gran velocidad.

—En ese caso, supongo que no. Pero, a pesar de todo, me gustaría tomar un poco.

Unos faros aparecieron dando tumbos delante de nuestra cara, precediendo al coche que acababa de entrar en el callejón, y nos cegaron.

—Estamos molestando —dijo Frances mientras empezaba a quitar los papeles del motor.

—Quedaos donde estáis, por favor —dijo un simulacro de voz, ronco y silbante, detrás de mí.

Estaba terminándome el zumo de pera. Mientras bajaba la botella giré la muñeca, golpeé el cristal contra una señal de tráfico, me di la vuelta y terminé delante del señor Lyle, con una botella rota en la mano y una postura. Probablemente, fuera más una sorpresa para mí que para él.

De hecho, en lo alto de su enorme figura, él estaba sonriendo. Había olvidado lo grande que era.

—Teteras, botellas... ¿siempre peleas con las cosas de beber? —preguntó. Y—: Deberías darte la vuelta y echar un vistazo antes de usar eso. Hay cosas que no sabes.

Por supuesto, no lo hice.

—¿Frances? —pregunté.

—No... —oí el *clunck-squeak* de una puerta de coche que se abría—. Ah, ya veo —dijo—. Gorrión, antes de que decida cómo enfrentarme a esto, dime una cosa: ¿quién es esta gente?

Me moría de ganas de mirar hacia allí. Gente: plural. La mujer debía de estar allí. Traté de adivinar lo que quería saber Frances.

—Anteanoche, Mick vio su coche y se ocultó —dije con lentitud—. Luego, ayer, cuando Mick dejó su último cuerpo en mi casa, acudí a alguien, alguien en quien creía que podía confiar, para que me ayudara a librarme de él. Trajo a estos dos. Se cabrearon bastante cuando descubrieron que Mick ya no estaba en el cuerpo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Frances, pero no a mí, comprendí enseguida.

—Absolutamente —dijo la otra voz, la ronca y grave voz femenina. Por su tono, me di cuenta de que también ella estaba sonriendo—. Buena capacidad de observación. No saca conclusiones a la ligera. Pero no es todo.

—¿Qué queréis? —dijo Frances.

—Ayudar, quizá.

Con tono apagado y una especie de escepticismo, Frances dijo:

—Y esto, imagino, es una muestra de vuestras buenas intenciones. Dios mío.

—¿Y de las vuestras?

No pude aguantar más. Volví la cabeza.

El coche largo y negro había aparcado en el callejón, en diagonal. Bloqueaba también la acera. La mujer a la que Dana se había dirigido como «Maîtresse» se encontraba junto a la puerta del copiloto, que estaba abierta. El día anterior debía de vestir de sport. Hoy tenía un aspecto diferente, aunque igualmente formidable: zapatos de charol negros y largos, perneras negras, un vestido negro de seda áspera, una estola de piel blanca como una nube de talco y un cuello oscuro y alargado que

salía de ella. Su rostro, por debajo de un turbante blanco y negro, parecía más joven que el día anterior. Y, como la vez anterior, ni una pizca de brillo salvo sus inmóviles cejas de plata.

Tras la rueda se encontraba el sujeto moreno del gorro brillante, el que se había pegado al parabrisas con las manos llenas de bujías brillantes. Junto al conductor se encontraba el gran perro de color gris.

La puerta trasera de nuestro lado también estaba abierta. Y en el asiento trasero, con la cabeza ladeada como si la hubiesen golpeado contra la puerta antes de abrirla, completamente inconsciente, estaba el nuevo cuerpo de Mick Skinner.

Entonces una de las grandes manos del señor Lyle se cerró sobre mi muñeca y la otra me arrebató la botella y la lanzó contra la acera, donde se hizo añicos. Sus dedos me atenuaron el antebrazo y lo apretaron contra mis costillas. Tuve la impresión de que podía aplastarme entre las manos como si fuera de cera blanda. Medio a rastras, medio a empujones, me llevó hasta el coche y me metió a la fuerza en el compartimiento trasero, frente a Mick. Me abalancé hacia la otra puerta y traté de abrirla. Estaba cerrada y el seguro no se veía por ninguna parte. El conductor del sombrero llamativo se volvió y me sonrió desde el otro lado del cristal que nos separaba.

—Si vienen con nosotros —dijo la mujer a Frances—, iremos a un lugar seguro, donde podremos hablar. No les haremos ningún daño.

Frances señaló el asiento trasero del coche.

—¿Cómo sé que ese es él y no solo un cuerpo?

—Está ahí —dijo la mujer de las cejas metálicas—. Usted lo sabe.

—Sí —respondió Frances. Lo dijo en voz baja pero la oí.

Ninguno de los presentes se movió y el tiempo pareció imitarnos. Yo estaba esperando una explosión de violencia: el rifle aparecería en las manos de Frances en cualquier momento, habría un ruido de mil demonios y probablemente todos moriríamos o, como alternativa fantasiosa, Frances poseería a uno de ellos.

Lentamente, Frances bajó del triciclo. Su rostro estaba lleno de resignación y cansancio asqueado y tenía las manos vacías.

—Deme la llave —dijo la mujer—. Etienne nos seguirá en su vehículo.

Etienne era el del sombrero.

—Si Etienne le hace algo —dijo Frances mirando al conductor—, me comeré el hígado de Etienne. Aunque tenga que volver de entre los muertos para hacerlo.

Etienne sonrió y asintió, como si pensara que era una propuesta razonable.

El señor Lyle indicó a Frances el compartimiento trasero y ella se situó en el otro asiento orientado hacia atrás. A ella no la trataron como si fuera una maleta. Empujó el cuerpo inerte de Mick sobre la tapicería y cerró la puerta. En su interior, se oyó el chasquido de un seguro.

El señor Lyle ocupó el asiento del conductor y el perro meneó la cola una vez, con fuerza. El triciclo no explotó cuando Etienne lo arrancó. Al salir a la calle, vi que

sus dos faros giraban y se situaban detrás de nosotros.

Frances me había rescatado una vez. Sin ninguna razón concreta, yo había esperado que volviera a hacerlo.

—No les has disparado —dije finalmente, mirándola.

Apoyó la cabeza con cansancio en el cristal de separación y cerró los ojos.

—No. No lo he hecho.

—Ni los has montado. Ni siquiera te has largado. ¿Por qué no?

—Parece que te lo has tomado como algo personal. —Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia mí. Las luces del triciclo resbalaban sobre su rostro y por un momento pude ver sus ojos con claridad, todos pupilas—. He decidido, tras evaluar la situación, que no podía permitírmelo. —Giró la cabeza hacia el techo y volvió a cerrar los ojos.

Tenía una nariz corta y un poco respingona. Claro que, no era su nariz.

—¿Vas a dejarla salir alguna vez? —pregunté de repente.

—¿A quién?

—A la propietaria de ese cuerpo.

Creí que no iba a responderme. Pero supongo que su pausa puede atribuirse a la reflexión.

—No. De un modo u otro, no.

—¿De un modo u otro?

A esto no respondió.

Fuera estaba amaneciendo, una luz tan frágil que daba la impresión de que un viento fuerte pudiera dispersarla. En los extremos de la ciudad, la gente estaría reuniendo las cosas que llevaría al mercado: especias, aves de corral, sombreros de paja, jarras de agua, tejidos teñidos, aceites de quemar, bisagras... En Loring Common ya habrían terminado de ordeñar las rollizas vacas de grandes cuernos y ahora estarían sacándolas a pastar. La leche no tardaría en llegar al mercado. Yo estaba de camino... ¿adónde? A un lugar seguro, donde podríamos hablar. ¿Y si no tenía nada que decir?

El negro y largo coche cruzó las puertas de la Feria Nocturna. En algún lugar de la ciudad, Theo y Sher estaban vivos o muertos. Myra y Dusty y Dana y Cassidy estaban haciendo lo que querían o podían o creían que debían hacer. Para ellos, ahora y puede que siempre, las tres personas del asiento trasero de la limusina eran irrelevantes. Me acurruqué en mi esquina del coche y me rodeé el cuerpo con los brazos. Si me hubieran preguntado, no habría dicho que tenía frío.

A la luz del amanecer, el cartel de la cerveza Schmidt parecía pintado sobre el cielo. El puente colgante, cuyos cables se elevaban sobre nosotros como aves al vuelo, se extendía por delante y por detrás. Si *La Maîtresse* no nos hubiera interceptado, habríamos ido también por allí. El Underbridge se encontraba en la otra orilla, al este del río.

Entonces el coche aminoró y se detuvo, y yo me enderecé en el asiento y volví la

cabeza. Habíamos girado, pero no al llegar a la otra orilla, sino antes.

Con un asombro casi reverente, susurré:

—Estamos en la isla.

—Lo sé —dijo Frances. Había levantado la cabeza y tenía los ojos abiertos—. ¿Y qué? —Debía de haberse percatado de mi tono de voz. El suyo era bajo y prudente. Vi que hacía el esfuerzo de concentrarse, de reunir sus desperdigadas reservas y prepararlas.

—Este sitio posee un nivel de *ju-ju* increíblemente elevado. Por ejemplo, dicen que si no eres de aquí o no te invitan, no puedes salir del puente para tomar esta calle.

—Lo último en privacidad.

Me encogí de hombros.

—No te lo creas si no quieres.

—De hecho, casi me lo creo. Este siempre fue un sumidero de rarezas. Puede que alguien le haya encontrado alguna utilidad por fin. ¿Tú te lo crees?

—Nunca he hecho negocios en la isla. —Era cierto. No había razón para mencionar las ocasiones en las que, de camino a algún negocio en otro punto de la ciudad, había decidido poner a prueba las habladurías populares y había olvidado mi propósito hasta llegar a la otra orilla del río. Ojalá hubiera prestado más atención cuando habíamos cogido la desviación.

—Yo ya he estado aquí —dijo Frances—. Antes... Las casas siguen igual. Me pregunto quién vive en ellas.

Estábamos en una antigua calle de ladrillos que discurría paralela a la orilla. A nuestra izquierda, el río brillaba con luz dorada a la luz del amanecer. Había una fila de casas adosadas a nuestra derecha, un hermoso y antiguo bloque hecho de piedra gris, con largas ventanas y puertas lustrosas con molduras de cobre. Pasamos de largo. Los árboles tendían sus tupidas ramas sobre la carretera y entre las copas crecía el follaje, formando un túnel umbrío y verde. Algunas veces se veía una abertura con un polvoriento camino de grava; otras, una casa y un patio tras una cerca de madera. En una ocasión, aparecieron tres gallinas en la carretera, delante de nosotros, cacareando.

—Siempre fue un poco salvaje —dijo Frances en voz baja, detrás de mí—. Pero no tanto.

Creí entender lo que quería decir. Allí vivía gente. Pero era como si la tierra se hubiera cerrado a su alrededor, velándolos y envolviéndolos, ocultándolos, a ellos y a las señales de su existencia. Si no hubiese vivido fuera de allí, tal vez me habría parecido bien.

El coche giró y se detuvo frente a una cancela de madera agrietada y un muro parchado de piedras redondas y mortero. La hiedra y las clemátides estaban convirtiendo el muro en una loma tapizada de un verde estrellado de carmesí. Hubo un destello amarillo al otro lado de la cancela y, al abrirse, apareció la figura de una anciana con un vestido amarillo. Hizo una leve reverencia dirigida al coche, en

general. El conductor y el copiloto le sonrieron. Como la mía era una ventana tintada, no me vi en la obligación de hacerlo.

Entonces pasamos al otro lado del muro. Y si el lugar del que veníamos era un jardín salvaje, este era su primo civilizado. Había vegetación a ambos lados de la vereda: árboles frutales y floreales; el denso y embriagador aroma de las mandarinas y las budleias, intenso incluso dentro del coche; una masa de altas flores amarillas y anaranjadas, como un brochazo de fuego; uvas suspendidas, pesadas y verdes, de un arbusto; los rojizos conos de la pimienta cayena, engarzados como joyas en sus matorrales. Puede que hubiera senderos o terrazas de hierba, pero desde donde yo me encontraba no se veían.

Y en medio de todo, como un monarca sombrío en una corte generosamente engalanada, se levantaba una casa victoriana con estructura de madera de tres pisos. Era en su mayor parte de color verde, aunque con salpicaduras de negro, rojo ladrillo y amarillo. Puede que en el pasado hubiese sido de dimensiones modestas, antes de los aleros y buhardillas y patios, las reformas que le habían sumado habitaciones y alas enteras. Debería haber sido horrible. Pero en cambio poseía una especie de ritmo, como si media docena de personas diferentes hubieran acordado vestirse del mismo modo e interpretar una danza colectiva.

—Juraría —dijo Frances— que esto no estaba aquí cuando me marché.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso?

—Ya lo sé. Pero esa casa es mucho más vieja que yo. Sin embargo...

A estas alturas, el coche se había detenido en el porche delantero, seguido por el triciclo. El señor Lyle salió y, mientras el perro lo seguía de un salto, abrió la puerta del copiloto para la mujer. Tuvo la misma deferencia con Frances mientras su... ¿jefa?, ¿socia?... subía apresuradamente las escaleras con un repiqueteo inflexible de tacones sobre la madera. Se volvió al llegar arriba.

—Creo —dijo— que será mejor que lleven a su amigo. Les costará más que al señor Lyle, pero así se ahorrarán problemas.

Frances se detuvo en el ángulo de la puerta abierta y me miró. Parecía atrapada entre la curiosidad y la frustración.

—Por Dios, ahorrémonos problemas, sí. ¿Prefieres la cabeza o los pies?

—La cabeza —dije—. Los pies pesan menos.

—Ahórrate la caballerosidad. Te falta el equipamiento apropiado. —Se apartó para dejarme salir. El señor Lyle estaba cerca, a una distancia medida con prudencia: demasiado lejos para que lo sorprendiéramos pero lo bastante cerca para detenernos si hacíamos alguna tontería.

—Pero sí que tengo la fuerza. —Cogí al inerte Mick por las axilas y lo arrastré—. Pensaba que había que tomar una manzana envenenada para estar tanto tiempo inconsciente. ¿Qué crees que le habrán hecho?

—Espero que no lo de la manzana, porque como sea así vamos a tener que besarlo. Puede que si nos portamos bien la señora de las alarmantes cejas nos lo

cuenta. Hasta puede que nos cuente lo de las cejas. ¡Joder! —Lo dijo de improviso y al instante apretó los labios. Fue la única fuga en su sobrenatural coraza de autocontrol. Para mí, la cosa no estaba yendo mal. No esperaba ser capaz de controlar la situación.

Como había cogido la cabeza, me tocó ir hacia la casa de espaldas. No creo que la cosa hubiese mejorado mucho si hubiese ido de frente.

Los techos abovedados tenían cinco metros de altura todos ellos y tanto el salón como el vestíbulo que había a cada lado de este estaban forrados de lustroso cedro ornamental. En uno de ellos, las paredes eran del mismo color que la mantequilla congelada y sobre ellas reptaban hiedras pintadas que, tras salir de los rodapiés, iban a enroscarse alrededor de las ventanas. En el otro, la pintura era de color calabaza. Bajo las molduras del techo había un friso de casi un metro de alto con reyes, reinas y dioses egipcios con toda su parafernalia y su séquito de servidores. Las puertas por las que acabábamos de entrar eran de doble hoja, hechas de cristal plomado en su mayor parte. A ambos lados de ella había un par de bancos que parecían oriundos de Oriente Medio, cubiertos de almohadones tapizados con telas africanas. Mis pies caminaban sobre una alfombra china de enorme grosor. Junto a la puerta del cuarto de la hiedra, por dentro, había una talla de piedra que parecía maya. Encima de la mesa del salón descansaba un cuenco hecho de juncos que, casi con toda seguridad, era una obra de artesanía india. No quería seguir mirando con demasiado descaro, pero tenía la impresión de que todo el lugar era más o menos así: un gobierno mundial de diseño interior, opulento en un grado que no podía alcanzarse únicamente con dinero.

Y una cosa más. Alrededor de los bordes de la alfombra, el suelo de parqué estaba rodeado por taraceados en maderas diferentes. El dibujo discurría a lo largo del umbral y de las paredes y continuaba sin interrupción hasta los dos vestíbulos. Contenía diseños y figuras que me pareció reconocer, y que creía haber visto en las cartas de Sherrea, en las vevés, en los amuletos... Si los dibujos no se interrumpían detrás de mí, todo el que estuviese en aquel salón estaría bien protegido. O cautivo.

—Señor Lyle —dijo la mujer desde mi espalda—, ¿podría cogerlo ahora, por favor?

El señor Lyle había venido detrás de nosotros. Asintió, sonrió y se cargó a Mick al hombro.

—Conviene que descansen —dijo la mujer. Se encontraba al pie de una amplia escalera de cedro—. Luego hablaremos. Vengan conmigo.

Frances habría sido de piedra si la piedra hubiese podido encogerse de hombros. Se dirigió con paso rígido hacia las escaleras. El señor Lyle, a mi espalda, dijo:

—Detrás de usted.

Y la seguí.

Subimos al tercer piso, atravesamos un pasillo corto que había a mano derecha, volvimos a torcer a la derecha y nos detuvimos en mitad de otro pasillo, con alfombras en el suelo e iluminado por una lámpara situada en un extremo. Las

paredes eran amarillas, con ribetes blancos. Costaba sentir aprensión en un entorno así, pero yo lo conseguí. Después de todo, a los hombres-lobo solo les crece el pelo cuando hay luna llena. La mujer abrió una puerta y se apartó para que pasara el señor Lyle. A continuación abrió la siguiente puerta.

—La suya —dijo a Frances—. Si necesita algo, tire de la campana.

Tras un instante de vacilación, Frances agachó la cabeza y entró. No oí ningún estruendo.

Por supuesto, la siguiente puerta fue para mí. Estaba abierta y la mujer estaba esperando a que pasara cuando dije:

—¿Debo llamarte ya de alguna forma?

Una expresión parecida al azoramiento cruzó sus facciones.

—China Black^[28] —dijo—. Aunque hay muchas otras formas de llamarme, respetuosas algunas de ellas. ¿Es apropiado dirigirse a ti como «Gorrión»?

—Es el único nombre que tengo.

Asintió.

—Hasta que tengas otro, pues. —Se volvió y caminó hasta la intersección de los dos pasillos, donde la esperaba el señor Lyle. Un momento después los oí bajando las escaleras.

Volví la vista hacia la puerta, que seguía abierta. Aparentemente no iban a encerrarme. Entré.

Era una habitación muy bonita. Tenía paredes inclinadas y empapeladas y una gran ventana abuhardillada. Era tan honesta, agradable e inocente que tuve un ataque de pánico. Corrí hacia la ventana. No tenía barrotes ni estaba cerrada y daba al jardín que acabábamos de cruzar. Repasé en mi mente la orientación de escaleras y pasillos. Debía de haber pasado por alto algo. No esperaba que aquella fuese la parte delantera de la casa. Abrí la ventana y me senté en el banco que tenía debajo para examinar el resto del cuarto.

Había una cama con el cabecero alto y tallado y un vestidor con un espejo redondo. En el vestidor había una jarra y una palangana, jabón y toallas. *En cualquier momento el portero me traerá el equipaje*, pensé absurdamente. Al otro lado del vestidor había un armario. Me levanté y abrí las puertas. Un movimiento brusco, una persona: un espejo en la cara interior de la puerta. Junto a la cama había una mesa con una lámpara de aceite y una caja de cerillas. Uno no proporciona a sus prisioneros el medio de quemar su casa. A menos que sea imposible hacerlo; pensé en los grabados de la puerta.

—Es cómoda, ¿no? —dijo Frances desde la puerta, y di un respingo.

—Ya veo que no estás descansando.

—No, me he pensado mejor lo de no meterme en líos. Quiero averiguar lo que pasa si tratamos de escapar.

—Deberías haber hecho el intento cuando estábamos en la Feria Nocturna.

—Oh, allí me habrían parado los pies. Pero creo que puede resultar instructivo

saber dónde estamos y por qué. ¿Quieres venir conmigo? Podemos decir que estamos buscando el baño. —Apoyada en el dintel de la puerta, parecía relajada y despreocupada; pero sospecho que no lo estaba.

—No.

—¿Pero quieres venir conmigo de todos modos?

Le lancé una mirada dura.

—Es curioso, pero no me apetece dejarte atrás —dijo—. Creo que será mejor que vengas.

El baño, muy elegante, con una bañera lo bastante grande como para hundirse en ella, se encontraba al final del pasillo. Desandamos el camino que habíamos seguido al llegar, a la izquierda y otra vez a la izquierda. Pero no salimos a las escaleras.

—Ahí —dijo Frances en voz baja. Señaló el final del pasillo. Vi la columna de la escalera de cedro y fruncí el ceño.

Al llegar al descansillo, vimos que, en lugar de torcer hacia la izquierda, las escaleras lo hacían a la derecha.

—¿Son las de atrás? —murmuré.

Ahora era Frances la que tenía el ceño fruncido.

Puede que fuesen al primer piso, pero no podíamos asegurarlo. Es posible que hubiésemos atravesado el sótano de camino allí. Los pasillos estaban elegantemente decorados, las escaleras eran recargadas y las habitaciones a las que nos asomábamos, soleadas, inocuas e incluso un poco sosas. Y al final, que yo recuerde sin subir ninguna escalera, tras doblar una esquina, nos encontramos con un pasillo de paredes amarillas, paneles de madera y una ventana al otro extremo.

—Oh, Señor —suspiró Frances. Estaba pálida y encorvada—. ¿No imaginas lo que viene en la próxima escena? Ahora abrimos las puertas de nuestros cuartos y nos encontramos durmiendo en nuestras camas. O topamos con los pozos del Infierno. O con alguien con una espada, que nos mata. O con una bolsa de oro.

Me acerqué a la puerta de mi cuarto y la abrí.

—O con nuestra habitación, tal como la dejamos.

—¿Crees que nos han drogado?

—No tengo ganas de pensar. Lo que voy a hacer es quitarme las putas botas y acostarme. Si quieres seguir explorando, que te diviertas. No me despiertes.

No di un portazo. La puerta tenía un cerrojo, así que lo eché.

Las sábanas, por supuesto, olían a lavanda.

6.1: una muda de pieles

Las cortinas aleteaban perezosamente en la ventana. La brisa era cálida y olía a jardín. Un haz de luz caía sobre el entarimado. No recordaba haber sucumbido al sueño, pero debía de haberlo hecho. Flotaba en el aire una sensación claramente vespertina.

Me senté, puse los pies desnudos en el suelo y pensé, *no sólo ha cambiado la hora*. Puede que fuese la luz. Puede que el filtro de fatiga y alarma hubiese menguado. O puede que Frances tuviera razón. Puede que nos hubiesen drogado y el efecto estuviera disipándose. Pero lo cierto es que el cuarto parecía diferente.

¿Era así antes el papel de las paredes? ¿No estaba el edredón un poco deshilachado? Y, por cierto, ¿había cortinas antes? No lo recordaba. La habitación no parecía tan tranquilizadora y era en cambio más... ¿exótica? No exactamente. Bueno, el agotamiento se me había pasado.

Volví a ponerme las botas y me lavé un poco en el vestidor. Al probar la puerta, sentí un momento de pánico, pero entonces recordé que la había cerrado yo. Me senté en una silla de tijera que tampoco recordaba. El pasillo estaba en silencio. Pensé en llamar a la puerta de Frances o la de Mick; entonces me di cuenta de que no sabía por qué iba a hacer tal cosa.

Al salir del baño, me encontré con el enorme perro gris, esperando en el pasillo. Se puso en pie y meneó la cola una vez, de aquella forma enfática que le era tan propia. Entonces se volvió y caminó hasta la siguiente intersección, donde volvió la cabeza hacia mí.

—No me digas —repliqué en voz alta—. La vieja mina y tengo que ir a rescatar al pequeño Timmy. —Por suerte, el perro no respondió. Podía probar a ver qué ocurría si regresaba a mi habitación pero ¿para qué? Seguí al perro.

Tras un giro a la izquierda y luego otro, me encontré en las escaleras. Fue tan molesto como no encontrarse con ellas la última vez que lo había intentado. Al final de las escaleras se encontraba el precioso salón. El perro entró trotando en el vestíbulo de las enredaderas. Lo hizo con un cierto aire de presunción. Habida cuenta del éxito que Frances y yo habíamos tenido para llegar al mismo lugar siguiendo la misma ruta, supongo que tenía razones para hacerlo. Oí voces y un tintineo en el vestíbulo: voces bajas y tranquilas y el ruido de una vajilla empleada como le hubiera gustado al fabricante. Entrar parecía, si no seguro, al menos el siguiente paso lógico.

Todo el mundo levantó la mirada cuando entré, incluido el perro. Todo el mundo era China Black, el señor Lyle, Frances y Mick. Estaban sentados en sendos sofás de mimbre con cojines, cara a cara, un grupo por sofá. Acababa de empezar a preguntarme a qué equipo pertenecía yo cuando mi mirada se apartó de ellos.

La pared opuesta del vestíbulo alojaba una chimenea voraz, rodeada de azulejos pintados y complicadas molduras de madera y coronada por una repisa que parecía contener un centenar de candelabros diferentes y un enorme espejo de marco dorado

encima. A ambos lados de este, ocupando el resto de la pared de lado a lado y del techo al suelo, había estanterías con cristalerías emplomadas. Estanterías llenas.

Rodeé los sofás sin verlos y me detuve delante de la estantería de la derecha. Lo que parecían las obras completas de Mark Twain, en cuero. *El libro de la jungla*. *La Enciclopedia del folklore*. *La isla del tesoro*. Shakespeare. Yeats. Piercy. Eliot. Woolf. *El Libro de las maravillas* de Halliburton. El *Herbario* de Grieve. Stephen Jay Gould y Martin Gardner. Y estos eran los que conocía. ¿Quiénes eran Gene Wolfe, Alice Walker, Kenneth Roberts y Jane Austen? ¿Maya Angelou y John Crowley y Zora Neale Houston? Y todavía quedaba una estantería entera al otro lado.

—Sabía que harías eso —dijo la voz de Mick, y di un respingo. Me había olvidado de que había más gente en la habitación.

—Lo siento —dije. Aparté los ojos de los libros y volví a mirar a los demás—. Perdonadme.

Los ojos de China Black eran un enigma, pero el señor Lyle estaba sonriendo amigablemente.

—Eso es solo una parte de la colección —dijo—. El resto está en la biblioteca. Te llevaré allí cuando hayamos terminado de tomar el té.

Chango: el resto.

—¿Tenéis algún —registré mi memoria en busca del nombre— Márquez?

—Los tenemos todos, creo —dijo el señor Lyle con gravedad—. Es uno de mis favoritos. Y ahora, siéntate y toma un poco de té.

Vi una silla de mimbre a juego con los sofás a un lado de la chimenea. La acerqué a la mesa y me senté de espaldas a las estanterías. Lo que significaba que ahora la reunión tenía forma de «U», y mi asiento se encontraba entre los dos sofás.

El señor Lyle había dicho té, pero lo que había querido decir era Té. En la mesita que separaba los sofás había un samovar de bronce, un plato de sandwiches, un cuenco de panecillos grandes como dientes de león, una bandeja de galletitas con trozos de algo y un bol de frambuesas. Había también dos tazas. Miré a los demás para ver quién más no había probado el té, pero Mick, Frances, China Black y el señor Lyle tenían cada uno su taza. Puede que el perro hubiera preferido esperar.

El té estaba aromatizado con menta, los sandwiches eran de pepino y albahaca, los panecillos eran de zanahoria y los trozos de las galletitas eran alcaraveas. Entonces no me pareció significativo. Sabroso sí, pero no significativo. Ahora me pregunto: ¿cuánto de lo que comí en aquella colación provenía del jardín que envolvía la casa como una mano abierta?

—Están a salvo aquí —dijo China Black— mientras sean nuestros invitados. — Parecía severa y distante, como la patrona de una iglesia que anteponía justicia a misericordia. Tenía una voz ligeramente ronca, como si la hubiese forzado con frecuencia—. He pensado que debía ser así para que pudiéramos hablar con toda libertad. Pero ahora me gustaría saber para qué están aquí. —Y miró a Frances y Mick.

Como no estaba fijándose en mí, la estude sobre el borde de mi taza. Llevaba un vestido verde oliva, largo y sin mangas, y un turbante verde y amarillo. Su nariz, vista de perfil, ostentaba un puente muy elevado y la ceja más próxima a mí relucía como un reguero de sudor. Sus ojos, de forma casi almendrada, tenían un aire soñoliento. No creo que tuviera sueño.

—A mí me gustaría saber por qué lo pregunta —dijo Frances con una sonrisa vacía.

Típico de Frances mostrarse tan afable. Nos observó desde detrás de la taza como una pantera a unos antílopes.

China Black no se inmutó.

—¿Quiere ver mis credenciales?

—No estaría mal para empezar —dijo Frances.

Nuestra anfitriona —¿era ella nuestra anfitriona?— pareció casi complacida.

—Esta ciudad está dividida. Por un lado está A. A. Albrecht, que se sienta en lo que cree que es su corazón, y trata de conseguir que el poder fluya solo en una dirección, hacia él. No sabe, o puede que no le importe, que la ciudad es un organismo, y que sin circulación acabará por morir. Yo soy un *houngan*^[29]. Fui elegida por la serpiente hace treinta años para servir a los espíritus y a los vivos. Y quienes son como yo tratan de mantener el flujo de la esencia vital de la ciudad a pesar de Albrecht.

—Yo creía que, como mujer, era usted una *mambo*^[30], no un *houngan*.

—Antes, si eras mujer, no podías ser *houngan*. Igual que no podías ser soldado. —Probablemente, la mirada que dirigió a Frances pretendiera ser un reproche.

—El poder es muchas cosas diferentes para la mayoría de la gente —dijo esta—. Cuando habla del poder en la ciudad, ¿se refiere al dinero? ¿A la política?

—Me refiero a la energía —repuso China Black.

La expresión de Frances me recordó de nuevo a un depredador.

—¿Del tipo *ju-ju*? —preguntó con un atisbo de desdén.

—Normalmente no. Al igual que usted, siente poco interés por los espíritus. —Su espléndida dentadura asomó un instante—. Lo que quiere controlar es la electricidad y el combustible. Si su vehículo fuera de metano, lo habría confiscado, porque nadie en la ciudad puede usar un combustible del que él no extraiga beneficio, y aquí el metano ni se fabrica ni se grava.

Mientras China Black y Frances se miraban, aproveché para echar un vistazo disimuladamente a Mick. Estaba reclinado, con las piernas cruzadas y la taza sobre el regazo. No parecía relajado. Estaba esperando algo y hasta que apareciera, era imposible saber de qué se trataba.

China Black dejó su taza y le dijo a Frances:

—¿Cómo se llama?

—Frances Redding.

—¿Y es usted...?

Frances levantó las cejas.

—¿Mujer? ¿Una Escorpio?

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Entonces seguro que sabe la respuesta.

—Entonces no pasa nada porque me lo diga.

La mandíbula de Frances se movió ligeramente, como si se estuviera mordiendo algo en la parte interior del labio.

—Soy una Jinete —dijo.

Puede que aquella declaración no sorprendiera a ninguno de los presentes. Sin embargo, hubo un momento de silencio como deferencia a su importancia.

—Y también usted —dijo China Black, volviéndose inesperadamente hacia Mick. Sobresaltado, este levantó la mirada de repente.

—Sí, señora.

—¿Qué le ha traído aquí?

—La inercia —dijo Mick encogiéndose de hombros—. Nada concreto.

Al cabo de un momento, China se volvió hacia Frances.

—¿Y a usted?

Frances se inclinó hacia ella y entrecruzó sus morenos dedos. Sin rehuir la mirada de China Black, dijo:

—He venido a matar a alguien.

—Ah. Por el interés general, creo que debo preguntar a quién.

—Se llama Tom Worecki. Es otro Jinete. Era el líder del grupo que traicionó... que inició la gran catástrofe.

—¿Que traicionó a la humanidad? —Frances se encogió de hombros.

—Eso podría parecer, visto con perspectiva, un poco melodramático. Y no es del todo cierto. Creo que el damnificado fue el hemisferio occidental.

—El mundo no es tan grande como para que una mitad pueda permitirse el lujo de ignorar lo que le ocurre a la otra. Dejémoslo en «la humanidad»... Aunque puede que yo sea una vieja rencorosa. Y puede que usted también.

—Es posible. Si, cuando encuentre a Worecki, descubro que se ha convertido en un santo, ya veré si puedo perdonarlo.

—¿No lo ha encontrado aún? Entonces, ¿por qué cree que se encuentra aquí?

Frances se frotó el espacio entre las cejas con aire ausente.

—Le he seguido la pista. Llevo años persiguiendo el rastro de destrucción que deja... La destrucción se le da muy bien. También he seguido algunos rasgos personales. Cosas que conformaban nuestra identidad, cuando descubrimos que la relación entre el alma y el cuerpo era tenue.

»Además, Tom querría una ciudad. Un sitio con gente a montones para jugar. Él no se escondería en el campo ni se contentaría con una pequeña aldea agrícola.

—¿Y si está usted equivocada y ha cambiado?

—Entonces no podré encontrarlo, supongo. Estará a salvo de mí. Pero no creo

que haya cambiado.

China Black dejó la taza delante del samovar y abrió el grifo. Una fresca bocanada de fragancia a menta invadió la habitación.

—¿Y por qué me cuenta todo esto?

—Porque sospecho que no importa. Creo que sabe que lo busco, y si es así, nada de esto es una novedad para él. Pero, aunque no lo sepa, tampoco importará. No huirá. A Tom siempre le han encantado las peleas.

—¿Lo conoce muy bien, entonces?

El rostro de Frances no se movió un ápice.

—Fuimos juntos a la facultad de Genocidio. Eso crea vínculos maravillosos.

—¿Por qué estaban siguiéndome a mí? —preguntó Mick de repente—. Aquella noche estaban siguiéndome, ¿no?

—Puede que no supiéramos que estábamos siguiéndolo a usted —replicó China Black con una sonrisa amplia e impropia de ella—. Puede que creyéramos que estábamos siguiendo su cuerpo.

Mick abrió la boca. Tras un instante, fue como si la expresión se le cayera del rostro.

—Oh —dijo.

Volvió a reclinarsse en su asiento, como si estuviera satisfecho. Pero yo había reparado en la arruga que había aparecido entre sus cejas por un momento y la pequeña torsión de insatisfacción que había retorcido sus labios. Me pregunté si alguien más lo había visto.

—Dijo usted que podíamos ayudarnos mutuamente —dijo Frances—. Ahora ya saben lo que quiero. ¿Qué me dicen de ustedes?

La atención de China Black pasó lentamente de Mick a ella.

—Ya no estoy tan segura. ¿Qué saben ustedes de los espíritus, los *loa*?

Frances reprimió visiblemente su frustración.

—He oído hablar de ellos.

—No son dioses, aunque es como si lo fueran. Y no son fantasmas, aunque también es como si lo fueran. Las iglesias europeas veneraban a dioses que solo hablaban en raras ocasiones, y solo algunos de ellos. Los espíritus hablan siempre y no los veneramos más de lo que venera usted a su abuela. Vivimos con ellos. Forman parte de nuestra familia.

—¿Nuestra? —preguntó Frances.

—Si preguntara, descubriría usted que la mayor parte de la gente de la ciudad, de las calles, los conoce. Los *loa*, los santos, los espíritus, los ancestros. Hay muchos nombres, pero descubriría que obedecen a los mismos principios y tienen la misma forma de manifestarse y moldear el mundo. La gente de las torres no piensa en los espíritus. No conocen la auténtica forma del mundo. Así que le dan una y tratan de conseguir que todo encaje en ella. Separan la izquierda de la derecha, al hombre de la mujer, a la planta del animal y al sol de la luna. Solo saben contar hasta dos. ¡Ja! —

Resopló y sacudió la cabeza—. ¡Llevo tanto tiempo siendo maestra que hasta yo he caído en ello!

Apuró la taza, se levantó y empezó a recorrer lentamente la habitación de un lado a otro.

—Usted no cree. Forma parte de la gente de las torres. Es en su pasado donde ellos viven, sin comprender que nos hace daño a todos. Pero los espíritus no necesitan que crea en ellos. Chango, el joven guerrero de la espada, vino a nosotros mientras luchábamos. Dijo que desde su tierra, desde el sur, llegaría uno de los suyos, cojeando. Oya Iansa, la Mujer Rayo, vino y nos dijo que el cambio vendría desde el oeste, pero no conocería su propia naturaleza. Y Eshu bebió ron blanco y fumó un cigarro negro y se rió hasta que brotaron lagrimas de sus ojos, nos dijo que nos agacháramos cuando se encontraran los *marassa*, y se unieran al *dossou-dossa*. Entre los tres, como un puñal afilado, romperán todas las ventanas de los edificios altos de la ciudad. Díganme —continuó mientras se volvía hacia nosotros—, ¿se ven retratados a sí mismos en esto?

Mick se inclinó para dejar la taza. El ángulo y un balanceo repentino de sus trenzas me ocultó su rostro. No respondió. Frances dijo:

—Como no entiendo casi nada de eso, no, la verdad es que no.

—Los *marassa* son gemelos —dije—. Tanto en el mundo real como en el de los espíritus. Su proyección es la unidad y la polarización, la inocencia y la malicia al mismo tiempo. Comparten una sola alma. El *dossou-dossa* es el retoño de los gemelos. De hecho, es *dossou* o *dossaa* dependiendo de su sexo. Y el mundo espiritual es el principio neutro, la tercera arista del triángulo de vudú que conecta lo masculino y lo femenino.

Miré a Frances y pensé, *no digas nada*.

Puede que me entendiera o puede que no. Su rostro no se inmutó.

—Vaya, menuda enciclopedia. ¿Y tú crees en eso? Según parece, soy tan vieja que me había olvidado, pero ¿qué me dices de ti?

Al cabo de un momento sacudí la cabeza. Me parecía una falta de educación refutar el sistema de creencias de nuestra... ¿anfitriona? —¿De quién era aquella casa, por cierto?— en su propio salón. Me enfadé con Frances por obligarme a hacerlo.

—El conocimiento es una herramienta de supervivencia. Ella tiene razón. Si mencionas cualquiera de esos nombres en las calles, la gente te dirá que ellos utilizan otro diferente, pero aparte de eso, no lo negarán.

Frances apretó los labios... ¿para contener una sonrisa, quizá?

—Esta debe de ser una ciudad difícil para un ateo.

China Black dijo:

—Ya le he dicho que no son dioses. Usted no cree —añadió y, al levantar la mirada, descubrí que estaba hablándome a mí— pero ha mentado el nombre de Chango, ¿no?

—¿Yo? —Me encogí de hombros—. Es una mera blasfemia, no una invocación. Es una costumbre adquirida de los vecinos.

—Si fuera usted *hoodoo*, quizá debería jurar por otro. Chango no es el amo de su cabeza. El símbolo que lleva al cuello es el de Legba, ya lo sabe.

Me llevó la mano al cuello antes de darme cuenta. El colgante de Sherrea se me había salido de debajo de la camisa.

—No, no lo sabía.

China Black asintió.

—Siempre está en los *vévés* de Legba: la figura de la androginia y la metamorfosis. Por eso, Legba y todos sus parientes vigilan las puertas y las encrucijadas. ¿Le gustan las bromas prácticas? Legba es una bromista.

Parecía esperar una respuesta, pero no se me ocurría ninguna. Las puertas con las que yo trabajaba tenían que ver con tecnología de semiconductores y, en el transcurso de los últimos días, había descubierto que no me agradaban los cambios. En cuanto a las bromas prácticas, puede que estuviera sugiriendo que yo era una de ellas. En cualquier caso, no tenía la menor intención de discutir la cuestión de la androginia con ella.

—Así que lo que está diciendo es que tres personas, o puede que cuatro, van a aparecer, unir sus fuerzas y desencadenar el equivalente al Infierno en este panteón —dijo Frances, pensativa—. Usted cree que podríamos ser nosotros. También podría ser que un cerdo se sacara una licencia de piloto, pero yo no lo creo.

China Black no pareció ofenderse.

—¿Por qué no?

—Porque resulta que yo misma he desencadenado un infierno muy limitado y específico en una zona localizada. Si nos encontraron juntos fue porque lo que pretendo hacer salpicará a Mick y a Gorrión si se encuentran cerca. Lejos de pretender que juntáramos fuerzas, lo que quería era que se quitaran del campo de tiro antes de que todo estallara.

—Muy noble de su parte —dijo el señor Lyle con una exquisita expresión de gravedad en su rostro moreno. Hacía tanto que no pronunciaba palabra que me sobresaltó un poco.

Frances, igualmente grave, lo ignoró.

—Si creen que el significado de esos mensajes del más allá es que deben ayudarme —le dijo a China Black—, podrían esconder a Mick y a Gorrión y decirme si existe alguien lo suficientemente loco y lo suficientemente importante como para ser la montura de Tom Worecki.

A mi lado, el señor Lyle emitió un sonido aterrador. Era una carcajada, comprendí al cabo de un instante, una expresión de genuino deleite distorsionada por su voz rota.

—Está intentando darle forma al mundo. Usted era soldado antes. ¿No conoce la máxima, «ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo»?

Frances se volvió hacia él con el rostro impassible.

—Eso se aplica más a unos enemigos que a otros —dijo al fin—. Sí. Es cierto. Pero aparte de eso, ¿debo contar con su ayuda a la hora de hacer planes, o con su oposición?

—No podemos ayudarla —dijo China Black. Estaba de pie junto a la chimenea, muy erguida, y volvía a ser la imagen severa e implacable de antes—. Creo que los *loa* nos advirtieron sobre su llegada. Pero nunca dijeron que debiéramos servir a su causa.

Fue la palabra «servir» la que llamó mi atención. China Black no había recibido instrucciones. Pero Sherrea —o la voz que había hablado utilizando su boca— me había dado algunas a mí. No podían estar relacionadas con esto. Si es que tenía algún significado.

La puerta delantera se estremeció bajo tres sólidos golpes. Frances se puso en pie al instante, con el cuchillo de la mantequilla en una mano. Yo también lo había hecho, comprendí al cabo de un instante, pero con las manos vacías, buscando las otras salidas con la mirada.

Las puertas se abrieron de par en par y una voz exclamó:

—¿China? ¿Dónde estás?

—¡*Ti-so!* —dijo China y su expresión sombría se fundió—. ¡Ven rápido!

La intrusa apareció en la puerta, despeinada y con los ojos muy abiertos. Era Sherrea. Vestía un top negro, unos bombachos de color morado que parecían un par de dirigibles desinflados, y un pañuelo con puntos dorados alrededor de la cintura, cuyos extremos ondeaban alegremente a su espalda. Llevaba colgantes de ámbar en el cuello y en los brazos.

—¡Mira, los he encontrado para ti! —exclamó China Black, casi tan ufana como antes el perro.

—¡Gorrión! —Sherrea atravesó corriendo la habitación, se detuvo frente a mí y me puso una mano en el brazo—. ¿Estás bien?

Asentí, porque tenía algo rígido en la garganta que me impedía articular palabra. Su mano resbaló por mi brazo.

—*Gracias, mi hermana*^[31] —le dijo a China Black, radiante de alegría—. ¿Ha sido muy difícil?

—Oh, no. Estaban paseando por la Feria Nocturna como viejas en un día de mercado.

—¿En serio? —Sherrea me dirigió una mirada muy seria.

—No.

—Ya me parecía. La muy vieja solo quiere guardárselo hasta que pueda hacerme sentir culpable por lo mucho que le ha costado.

—¡Bah! Yo nunca sería tan estúpida. ¡Sé que no tienes conciencia!

Eran amigas. Eran buenas amigas. Me sentí como en el Underbridge cuando había oído que Robby la llamaba por su nombre de pila y cuando descubrí que conocía a Theo.

—... ¡Theo! —dije con voz entrecortada—. Sher, ¿dónde está Theo? ¿Se encuentra bien?

Ella parpadeó y miró a China Black.

—¿No se lo has contado?

—Había cosas más importantes de que hablar.

—Ya. Seguro que se te ha olvidado —gruñó Sherrea con el ceño fruncido. A continuación, lanzó la misma mirada al señor Lyle—. Tú podrías haber dicho algo.

El señor Lyle sonrió.

—Yo tampoco tuve ocasión, hermanita. Cuando se pone como Iansa con su cola de caballo, ¿qué podemos hacer los pobres mortales?

—Mis disculpas. —Sherrea suspiró—. Estos dos serían capaces de explicarle a una ardilla cómo se cava pero una minucia como decirle a alguien si su amigo está vivo o muerto...

—¿Lo está? —balbuceé.

—¿Muerto? No. Está arriba... o eso creo. Descansando. Si baja antes de mañana pienso darle una patada en el culo.

—Pues entonces ve poniéndote las botas de puntera fina —dijo Theo desde la puerta. Estaba sonriendo, pero también despeinado y pálido y tenía el brazo derecho en un cabestrillo negro—. Estaba durmiendo muy bien hasta que alguien ha empezado a aporrear las puertas, y me ha entrado curiosidad. Qué tal —me dijo y sonrió un poco más.

—Qué tal —respondí yo. Parecía incómodo. Yo me sentía igual. Me pregunto si él sabría por qué. Seguro que no—. Oh, *Cha...* Ven, siéntate aquí. —Me levanté rápidamente de mi silla.

China Black frunció el ceño.

—Necesitamos otra taza. Iré a buscarla.

Mientras ella desaparecía en el pasillo, Frances estudió a Sherrea.

—Creo que cometí un error de juicio hace algunas horas —dijo—. Siento haber parecido condescendiente en la orilla del río.

Sher se encogió de hombros. Vi que se evaluaban mutuamente y comprendí, con un estremecimiento, a qué estaba reaccionando Frances. Sher y China Black no eran solo amigas. Eran iguales. China Black, con su limusina, su ropa elegante, su comportamiento altivo y su poder, se comportaba como la igual de Sherrea. La Sherrea que yo creía conocer, la *adivina*^[32] de la baraja barata y el apartamento melodramático, poco mayor que yo. ¿Qué más ignoraba?

Sentí una punzada de irritación. Era otro cambio, otra amenaza al delicado equilibrio de mi rutina. De repente se me quitaron las ganas de conversar. Me habría dejado caer en mi silla pero Theo ya la había ocupado.

—Ven —dijo Sher. Había acercado dos sillas de respaldo bajo al otro extremo de la mesa. También esto resultaba irritante: la anticipación, la atención, la proximidad.

—Gracias —dije, y me senté. Me lanzó una mirada de soslayo, llenó la última

taza limpia para Theo y se sentó. Entonces volvió China Black con una taza nueva para ella.

—Supongo que todo el mundo le ha contado todo a los demás —dijo Sherrea—, pero ¿os importaría repetirlo para mí?

—Empezando desde lo del Underbridge —añadió Theo con la taza en los labios.

No tenía ganas de hablar pero todos estaban mirándome. Bueno, era a mí a quien conocían, no a Frances o a Mick. Chango —o lo que fuese—: parecía raro que no se conocieran entre sí. Yo los conocía a todos y hasta hacía pocos días me habría descrito como una persona que no conocía a nadie y estaba encantada de que fuera así.

Empecé por el Underbridge y no llegué muy lejos. Al llegar a la escena de Mick en los archivos, comprendí que tendría que haber empezado antes para explicar la presencia de Mick. Pero eso no podía hacerlo porque habría significado hablar de su cuerpo muerto y revelar que era un Jinete, cosa que no me correspondía hacer a mí. Y luego estaba lo de los archivos. Me detuve apresuradamente.

—Son Jinetes —dijo Sherrea vivamente, asintiendo—. Eso ya lo sé. ¿Cuál de ellos montaba a la pelirroja?

Me quedé mirándola.

—Es lo único que puede explicar lo ocurrido. ¿Qué creíste tú, que había tenido una conversión religiosa?

Renuncié a la cronología y expliqué la *vendetta* de Frances contra Tom Worecki y nuestra caída en manos de China Black y el señor Lyle.

—¿Cómo capturasteis a Mick? —preguntó Frances—. Es bastante complicado dejar inconsciente a uno de nosotros antes de que cambie de caballo.

El señor Lyle asintió.

—Hay que ser muy rápido o muy lento. En este caso, fui muy rápido. Y no se puede sospechar de todos los perros grandes y amistosos que se ven por ahí.

Mick esbozó una sonrisa avergonzada y miró a Frances.

—Me distrajo.

—Lo tendré en cuenta. Es una pena que eso no nos sirva con Tom. Odia a los perros.

Sherrea dobló las rodillas debajo de la barbilla y subió los pies a su asiento.

—Así que quieres encontrar a un tío que podría estar en cualquier parte y tener cualquier aspecto, y que no es seguro que esté en la ciudad. Ya podías habernos pedido algo difícil.

Frances levantó las palmas de las manos.

—Es lo mejor que he podido hacer con tan poca antelación.

—*Ti-so*, esto no tiene nada que ver con nosotros —dijo China Black con tono inquieto.

Sher la miró.

—¿Cómo estás tan segura? Tiene que ver con Gorrión.

La mirada de China Black pasó de Sher a mí y entonces entornó los ojos. Se dio unos golpecitos con el dedo en el labio inferior. Era como si fuese una persona pensando en mover el mobiliario, y yo un sofá.

Sherrea empezó a apartar los platos vacíos y el samovar dejándolos en la mitad más alejada de la mesa. El señor Lyle recogió el plato de los bollitos cuando estaba a punto de caerse y lo dejó, junto con todo lo demás que corría peligro, en la bandeja del té. A continuación, Sher sacó de su faja un rollo de seda azul eléctrico. La abrió sobre la mesa de una forma que me sonaba. Me pregunté si todo el mundo sabría que era una tela nueva y sabría el porqué.

Teniendo en cuenta cómo había ido la última vez que Sherrea me había echado las cartas, me entraron ganas de ofrecirme para llevar los platos a la cocina. Por desgracia, no sabía dónde estaba. Aparté los ojos de las cartas y los pasé por el resto de la audiencia. China Black se mostraba altiva y nerviosa. El señor Lyle estaba en calma, como si aquella fuera la progresión lógica de la conversación. Theo se inclinó hacia delante con los ojos muy abiertos.

—Unas cartas cojonudas —dijo—. ¿De dónde han salido?

Mick estaba mirando sin demasiado interés. Pero Frances estaba muy tiesa en su asiento, con la cara helada.

—¿No podemos ahorrarnos esto? —preguntó—. Es una estupidez.

Sherrea levantó los ojos hacia ella mientras barajaba. Observé con interés cómo trabajaban sus manos de falanges pequeñas y uñas púrpura con las cartas, *fiiiiit*, *fiiiiit*, mientras ella decía:

—No nos llevará mucho tiempo. Y te prometo que no le diremos a nadie que has hecho una estupidez.

Thump: dejó el mazo sobre la seda y cortó en tres. A continuación, levantó la primera carta de cada montón.

—Oh —dijo, y se detuvo. Su cabeza volvió a levantarse y esta vez sus ojos se posaron sobre Theo—. Bueno, esta ha sido fácil.

Theo se inclinó aún más.

—¿Qué ha...? Oh —murmuró.

La Torre, el As de Pentáculos y el Emperador. Miré a Sherrea.

—En las preguntas de tres cartas conviene ser bastante literal —explicó—. Lo que significa que se encuentra en un edificio elevado, asociado con el dinero y el poder y que, o el edificio pertenece al jefe de la realidad temporal, o él está asociado a este, o es este.

—O todo ello al mismo tiempo —dije, mirando fijamente las tres cartas—. ¿Quieres decir que está en Ego? ¿Con Albrecht?

Sherrea se volvió de nuevo hacia Theo, así que lo hice yo también. Estaba del color del marfil envejecido.

—Es él —dijo Theo, con voz apenas audible. Sus gafas reflejaban el sol del atardecer. No se le veían los ojos—. Oh, mierda. Seguro que sí.

La actitud gélida de Frances se había fundido. En su lugar, había vuelto a aparecer la misma intensidad depredadora de antes, y ahora estaba enfocada en Theo. No había dicho nada pero estaba esperando.

—¿Qué? —dije—. ¿Cómo lo sabes?

—El asesor de mi padre. Conozco a esos dos tipos que te perseguían en el Underbridge: son matones suyos. Oh, mierda, mierda, todo empieza a tener mucho sentido.

—No, no lo tiene. ¿Qué tiene esto que ver con Albrecht? —Pero mientras pronunciaba estas palabras, lo comprendí.

—Es mi padre —respondió Theo.

China Black se sentó bruscamente.

—Ah —dijo lanzando una mirada a Sher—. Parece que sí va a ser asunto nuestro, después de todo.

Las multitudes congregadas se encontraban en el salón, escuchando el plan de asesinato de Frances, sin duda. Yo no estaba con ellos. Había descubierto, al cabo de unos minutos, que necesitaba dar un paseo por el jardín.

La puerta delantera no había puesto objeciones a la idea y el camino no me había llevado de regreso al porche, como esperaba. Al principio estaba hecho de ladrillo; luego se convertía en una vereda de pizarra en medio de un caudal de trepadoras plateadas. A la sombra de una pequeña arboleda encontró un estanque ornamental con un bloque de piedra a modo de asiento. Así que me senté.

No llevaba mucho tiempo allí cuando Sherrea dijo a mi espalda:

—Sé cómo te sientes. Pero mira, tú llevas años haciéndonos esto.

Decidí que no tenía ganas de darle una mala respuesta. Tomaría a Frances como modelo: indiferencia gélida.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, y una mierda —dijo, y se sentó en la hierba de la orilla—. Te jode muchísimo porque hace años que conoces a Theo y nunca te ha contado quién era. Y porque a mí me conoces más o menos desde hace el mismo tiempo y nunca te había dicho que soy toda una *bruja* acreditada de primera. De hecho, has pasado todo este tiempo con nosotros sin que nadie te contara los detalles y te importa un montón.

Junto a mi bloque, casi oculta entre las hierbas, había una planta de tallo fino con un racimo de flores rosas. El color era tan vívido que parecía vibrar. La arranqué. No olía a nada. Unas flores menudas y ovaladas crecían por parejas por el pedúnculo. Empecé a arrancarlas, empezando por abajo.

—Así que ahora ya sabes cómo se sienten todos tus amigos —continuó Sher.

—No es lo mismo —dije—. Vosotros no os habéis encontrado con ninguna revelación inesperada sobre mí.

Me fulminó con la mirada.

—Que te crees tú eso. La mitad de ello lo he descubierto por accidente y la otra mitad por deducción y siempre que he descubierto alguna de esas cosas que se supone que los amigos se cuentan unos a otros me he sentido como una mierda. Porque tú no lo habías hecho. —Cogió una piedra del suelo y la arrojó al estanque. Observé el movimiento de los anillos que se aproximaban a nosotros en una sucesión de pulsaciones mientras ella continuaba—. Si querías saber algo sobre Theo o sobre mí, podrías haberlo preguntado. Pero entonces hubiéramos podido preguntarte cualquier cosa y siempre que lo hacíamos, te ibas por las ramas hasta que quedaba claro que querías mantenernos a distancia. Y ahora te cabreas porque hemos hecho lo mismo. ¿Querías que te contásemos todos nuestros secretos sin recibir nunca nada a cambio?

—¡Eso no es verdad! —Calma, calma, indiferencia—. Yo nunca he estado en deuda con vosotros. Conozco el Negocio.

Sherrea me miró como si me hubieran salido antenas.

—Damballaha, ya puedes morderme —murmuró—. Por ejemplo —continuó en voz alta—, cuando descubrí que no eras una mujer.

El tallo de la planta se dobló entre mis dedos.

—Mira, con eso se la puedes devolver a Theo. No creo que lo sepa aún. O al menos sigue hablando como si fueras un tío.

—Decídate —dije con un hilo de voz—. ¿Qué soy?

—No es una cuestión de decisión. Cuando descubrí que eras las dos cosas a la vez o ninguna de ellas, empecé a fijarme. Eres como un camaleón, puede que no de forma consciente: cuando estás con una mujer te comportas de forma femenina y cuando estás con un hombre, masculina. Como si adoptaras el color del entorno. Cuando estás con un grupo, cambias. Estaba tratando de averiguar si era algo natural o tecnológico cuando apareció la Jinete. Entonces supe, así, sin más, que tenía que ver con ello. Y tuve miedo de que pudiera utilizarlo para controlarte, así que te dije lo que te dije.

—Me dijiste... lo siento, no me acuerdo.

—Que no les perteneces. No les pertenecías antes y tampoco ahora.

Exhalé aire por la nariz, como una especie de carcajada.

—Puede que ahora no, pero te equivocas con respecto al pasado. Me hicieron a medida.

—No. —Se levantó y se limpió una inexistente hierba de los pantalones—. Aquí la *bruja* de primera soy yo y lo digo. Antes tampoco.

Había terminado de arrancar las hojas. Ahora tenía un tallo desnudo y maltrecho con un pequeño racimo de florecillas magenta.

—¿Qué planta es esta?

Sherrea estaba inmóvil, con las manos en los bolsillos y los pies plantados en el suelo. No respondió hasta pasado un momento. Entonces dijo:

—Vaya, ¿por qué quieres saberlo?

—No lo sé. —En el interior de cada uno de aquellos círculos de pétalos con forma de estrella había otro anillo hecho de pequeñas y frágiles proyecciones, como unas pestañas alrededor de un ojo circular. Seguía sin oler a nada. La arrojé al agua, donde se alejó flotando hasta desaparecer junto a la orilla.

—Me vuelvo a la casa —dije y me levanté del bloque.

—¿Puedo acompañarte?

—Es una casa grande.

No se sobresaltó. Simplemente cerró los ojos un instante.

6.2: el tiempo se detiene en la carretera

En total, mi estancia en aquella casa duró cuatro días. Me pareció más. No porque pasara lentamente, sino por las cosas que hice, las cosas que vi y las conversaciones que mantuve. Parece increíble que todo ocurriera comprimido en aquel espacio de cuatro días. Puede que el tiempo, durante aquellos días, se alargara como lo habían hecho los pasillos cuando Frances y yo habíamos tratado de encontrar la salida. Tras aquella primera mañana irreal, los pasillos permanecieron donde debían.

El señor Lyle me había prometido la biblioteca y me llevó allí cuando regresé, sin saber todavía qué iba a hacer, de mi paseo por el jardín. Era otra habitación de largos ventanales situada en el primer piso. Las pesadas molduras de las puertas y las ventanas, las estanterías y la mesa de pedestal eran de roble. Las sillas tenían respaldo alto y un tapizado de pájaros y flores. Las estanterías ocupaban todos los espacios en los que no había ventanas, a excepción del techo y el suelo. La alfombra de debajo de la mesa y las otras, más pequeñas, que había junto a las ventanas, eran de un color rojo intenso, con medallones geométricos de muchos colores diferentes. Había lámparas en soportes y de pie junto a las sillas, y un enorme candelabro de petróleo y velas sobre la mesa. Según parecía, allí lo normal era leer después del anochecer.

Era impresionante, pero mi estado de ánimo no era en aquel momento propenso a demostrar entusiasmo. Empecé a leer los lomos. En el vestíbulo de las enredaderas me habían sorprendido con la guardia baja. Ahora sería más difícil impresionarme.

Parte de la colección parecía adquirida como respuesta a los acontecimientos de los últimos cien años más o menos: estaban todos los libros de la serie *Foxfire*, por los que yo sentía una especie de respeto primitivo. Varios ensayos, científicos y de divulgación, sobre el calentamiento global. Una asombrosa variedad de manuales prácticos sobre el uso de la energía solar, eólica e hidroeléctrica, con todo lo referente a su transmisión, y almacenamiento, el calentamiento del agua y demás. (Todos ellos estaban en las estanterías, a la vista, lo que estuvo a punto de arruinar mi determinación. ¿Tan segura era aquella casa, aquella finca, aquella isla? A cualquier personaje importante de la ciudad que viera aquellos libros le daría una embolia).

El resto de las estanterías, la mayoría, se había llenado por el sencillo procedimiento de encontrar un libro que parecía interesante y llevarlo allí. Los buscadores de tesoros, supongo, habían sido varios. A fin de cuentas, hay un punto en el que la diversidad de intereses se transforma en personalidad múltiple.

Al cabo de algún tiempo, bajo la mirada benigna del señor Lyle, encontré las obras de Gabriel García Márquez. Escogí un volumen al azar y leí el comienzo. Después de un momento, empecé a sonreír.

—¿Cuál es? —preguntó el señor Lyle.

—¿Lo ha leído? —Asintió—. El fragmento de la doncella que sacude la funda de almohada y la pistola cae.

—¿Lees en español? —preguntó al cabo de un momento.

Levanté la mirada y cerré el libro. El título era *Crónica de una muerte anunciada*.

—¿Tan raro le parece?

—En parte sí. Es uno de los idiomas más importantes pero la mayoría de la gente que lo habla no lo lee. La mayoría no sabe leer, sencillamente.

De repente recordé mi estado de ánimo.

—No creo que les importe. Mientras sepan contar...

—No, en efecto, son perfectamente felices. No saben que existen cosas como estas.

Podría haberse referido al libro de García Márquez o a la biblioteca, pero vi que tenía algo en la mano y lo miré. Era uno de los libros sobre generadores eólicos.

Devolví la novela a su lugar y me quedé donde estaba, con los brazos quietos a ambos lados del cuerpo.

—Ya lo había visto antes.

—Estaba mirando cuando lo has hecho. Una vez que te has dado cuenta de que no debías reaccionar, has fingido indiferencia muy bien. ¿Qué significa para ti? —Volvió a señalar el libro.

—Su posesión es absolutamente ilegal —dije con los ojos muy abiertos—. ¿No? La de cualquiera de ellos.

—¿Y eso es lo que te ha impresionado? ¿La ilegalidad? Es posible. Pero, dime, ¿por qué son ilegales?

Bueno, hay un límite a la ignorancia que puede fingirse con respecto a un asunto concreto. Dije:

—¿En una ciudad donde la gente de la ciudad tiene el monopolio energético? ¿Información sobre una fuente de energía gratuita, no regulada e imposible de gravar? Joder, no se me ocurre por qué.

Sonrió.

—¿Y no conoces a nadie que compre metanol de contrabando? ¿O que tenga un generador portátil sin etiqueta de registro en la batería?

Levanté las manos y las abrí. El gesto internacional de la impotencia.

—Tranquilo. Si está buscando caseros a los que multar, tendrá que buscárselos solo.

—Podría empezar por el mío. Pero te has olvidado, creo. Yo he ido en tu ascensor.

Lo había olvidado.

—¿Mi ascensor? —pregunté, parpadeando.

—Arriba y abajo. Tras echar un vistazo a la escalera, me alegré de que hubiera un botón de llamada en su piso. Pero tardamos media hora en conseguir que funcionara desde dentro.

Si alguna vez se me hubiera ocurrido que podía tener que escapar de mi propia casa, habría arrancado el puto botón. Si alguna vez hubiera creído que iba a topar con una persona de tamaño gigante con una copia de *La energía eólica* como una pistola

humeante con mis huellas dactilares, me habría tirado por el tejado antes de permitir que subiera a mi ascensor.

Me acerqué a la silla de la ventana y me senté allí. No había otras sillas cerca, así que pensé que tendría que quedarse de pie.

—Muy bien —dije—. ¿Qué necesitan, que les repare el vídeo?

El señor Lyle se sentó en la alfombra, a mis pies. Era como estar hablando con un pilar de hierro plegado.

—Un transformador de doce voltios, en realidad. ¿Crees que puedes hacerlo?

Esta vez mis parpadeos fueron genuinos.

—Buen dios, lo dice en serio. ¿Usan energía eólica?

—Paneles solares.

—El viento es mejor —dije, ausente—. O el agua. Ya no hay reemplazos para las células fotovoltaicas, a menos que sepa de algún almacén que yo desconozco. —Entonces caí en la cuenta—. ¡Chango, un panel solar puede verlo cualquiera! Si quiere que le metan en la cárcel, ¿por qué no se lo lleva al centro de la ciudad?

La sonrisa del señor Lyle fue la benevolencia personificada.

—No comprendes esta isla. Además, la ciudad no puede permitirse helicópteros.

Por supuesto. El edificio que contenía mi tesoro se encontraba a la vista de Ego y sus hermanas. El generador que tenía en el tejado era sometido a una inspección diaria. ¿Quién iba a ver nada aquí? Era uno de los edificios más altos que había visto desde que habíamos salido de las Profundidades.

—No tengo mis herramientas aquí.

El señor Lyle se encogió de hombros y se levantó de un solo movimiento, como si sus hombros arrastrasen al resto del cuerpo.

—Ven a ver qué tenemos.

Así que me llevó por el comedor, la cocina, la despensa y, finalmente, el cuarto de los plomos, al que se accedía desde la despensa. Allí sufrí una pequeña decepción. Había herramientas, pero no demasiadas, y eran de calidad media. El transformador estaba bien, pero yo tenía uno con el doble de potencia y un segundo, todavía embalado, para cuando el primero empezara a acusar la edad.

Aquello no estaba al mismo nivel de excelencia que el resto de la casa. No era el centro magnético de nada, para nadie. Mientras desmontaba el transformador y lo asaltaba con sondas multímetro, le pregunté al señor Lyle, como por conversar, para qué se utilizaba. Respuesta: una bomba de aire, algunas luces, un ventilador, un par de unidades recargables. ¿Nada de audio o vídeo? Una radio de onda corta. Así que aquello no era el Paraíso, después de todo.

Lyle debió de ver algo en mi cara. Con tono grave, dijo:

—Quedan tan pocos discos y cintas y cuestan tanto que es fácil recurrir a otras cosas. Libros, música en vivo y teatro. En la isla tenemos mucho.

—¿Alguien graba la música?

Me miró como si hubiera hablado en un idioma que no conocía.

—El problema es encontrar cinta vacía. Sería estupendo grabar las actuaciones, pero nunca hemos tenido mucho material de grabación, y es difícil de encontrar. Creo que podemos dar por perdido el negocio del espectáculo.

Entonces me pudo el desánimo y cerré el pico. El entusiasmo me había poseído por un momento y había provocado una reacción de franqueza que me era tan ajena como... en fin, como un montón de cosas. Si seguía así, acabaría haciendo visitas guiadas por mis archivos.

La señal de salida del transformador parecía bien. Volví a ponerle la tapa.

—Páseme esa lámpara y la probaremos.

El fluorescente emitió un minúsculo tintineo de campanillas y se encendió. El señor Lyle lo miró, satisfecho, mientras la luz dibujaba gélidas manchas azules sobre su cráneo rasurado, a todo lo largo de su nariz, en su labio superior y sobre su barbilla, como si su piel morena fuera una pizarra.

—Me nombre de pila es Claudius —dijo—. Puedes usarlo cuando quieras.

Como si me hubiera ganado el derecho a hacerlo arreglando el transformador. Pero sabía que eso no era cierto. Antes de que tuviera tiempo de reconsiderarlo, pregunté:

—¿Qué le pasó a tu voz?

—Antes cantaba. Estaba orgulloso de ello. Pero cuando tenía quince años me vi metido en un asunto de drogas que salió mal. Recibí un disparo en el cuello.

—Chango.

Mis ojos, antes de que pudiera evitarlo, acudieron a un punto situado debajo de su cara, pero el cuello alto de su camisa le tapaba casi toda la garganta.

—Me costó perdonar a aquel chico de quince años por destrozarme la voz. Pero uno ha de personarse a sí mismo. Nunca olvidé: eso habría significado olvidar las lecciones que me habían hecho más sabio que él. Pero le perdoné.

—Bueno, ya está —dije con tono alegre mientras guardaba el destornillador—. Terminado. Pero sigo pensando que deberían pasarse a la eólica.

Mientras volvíamos a la parte delantera de la casa por donde habíamos llegado, creía que iba a sacar el tema de nuevo. Menos mal que no lo hizo.

La última persona con la que quería hablar era Theo así que me invadió un enfado del todo irracional cuando, a lo largo de la tarde, fui descubriendo que siempre se encontraba en otra parte. Cuando me encontré con China Black en la cocina y lo mencioné, levantó las manos de un montón de lechuga y dijo:

—Está con tu Frances, *cher* —dijo—. Le ha pedido que dibuje unos mapas y recuerde el número de escalones de todas las escaleras de Ego.

—No es mi Frances —dije sin acalorarme—. Pero le deseo suerte. Theo puede darse por satisfecho si se acuerda del camino a casa cuando se va la luz.

Estas palabras se debían a mi estado de ánimo. Theo era perfectamente normal en lo que a inteligencia se refería. Ahora bien, ¿podía yo decirle cuántos...?

Sí que podía. Podía contarle a Frances toda clase de cosas útiles sobre Ego, cosas

en las que seguramente Theo no se hubiese fijado. Los agentes de seguridad que había en las entradas delantera y trasera, de día y de noche; las viejas salidas de incendios; los rincones que seguían a oscuras incluso cuando los guardias pasaban con sus linternas... Theo nunca se hubiese atrevido a entrar en aquellas habitaciones sin ventanas por miedo a la falta de luz, pero yo sí lo había hecho, a pesar del temor que me inspiraba un poder capaz de engullírseme con impunidad, que difuminaba la realidad de mi existencia por el mero hecho de estar allí.

Frances estaba planeando un puto asesinato. Santos, podía hacerlo por ella, con una cinta de vídeo en la mano. Lo único que necesitaba era una etiqueta falsa de — ¿cómo se llamaba esa estupidez?— *Jinetes del Infierno*. La película sobre los Jinetes. Le había vendido vídeos al viejo de Theo, por el amor de Dios. ¿Lo sabía Worecki? Seguro que sí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó China Black.

Había olvidado que me encontraba en medio de una conversación.

—Sí —dije. Había una hoja descartada en una esquina, un poco marchita alrededor de los bordes verdes y rojos. La cogí y le di vueltas entre los dedos—. Dana te llamó «Maîtresse» —le dije de improviso.

China Black siguió lavando la lechuga.

—¿Debo responder a la pregunta que quieres hacer? Estoy instruyéndola, por su propia seguridad.

—¿Seguridad?

—Puede que ya sea tarde. Es posible que Pombagira se haya hecho ya con ella.

—¿Quién —pregunté, con una punzada de alarmismo que me sorprendió— es Pombagira?

—La esposa de Eshu. Algunos la llaman Erzulie Ojos-Rojos. La verás en el bar y en la casa de putas, con su ajustado vestido rojo y su cigarrillo en la mano. Le gusta el licor y la sangre y a su servicio se obtiene poder y dinero, pero no alegría duradera.

Estrujé la hoja de lechuga y oí cómo crujía el nervio central.

—No se puede hacer Negocio con la alegría —murmuré en voz baja, pero ella me oyó. Se volvió y me miró fijamente.

—No. Se puede hacer Negocios con el poder y el dinero y la vergüenza y el dolor. ¿Eso es lo que quieres para tus amigos?

—Yo no tengo amigos —dije, y me marché sin esperar.

Dispensa, cuarto de los plomos, garaje. Me detuve y contemplé la limusina, apenas visible en la oscuridad. El sol estaba hundiendo los dedos en el río, al oeste, y las ventanas del garaje estaban orientadas al este. ¿Tendría Albrecht una limusina? ¿Habría ido en ella al Underbridge y se habría sacudido de la ropa el olor a opulencia para guardar el secreto? Pero no había sido ningún secreto para Sherrea. Solo para mí.

No quería pensar en ninguno de ellos. Esperaba que Frances la Asesina en Serie estuviera metiéndole el miedo en los huesos mientras le sacaba toda la información

que necesitaba. ¿Por eso quería Albrecht la película sobre los Jinetes? ¿No porque fuera una rareza sino porque tenía una razón muy buena para querer cualquier información sobre los Jinetes, aunque proviniera de fuentes poco fiables? ¿Porque estaba sufriendo la infestación de Tom Worecki?

O puede que fuera su cómplice. Pensé en aquel rostro, pálido a la luz de su escritorio, el mismo rostro que aparecía en las monedas. Me había contratado para que buscara una copia de *Cantando bajo la lluvia*. Puede que también a Gilles de Rais^[33] le hubiese gustado *Cantando bajo la lluvia*. Pero si Albrecht estaba de buena gana con Tom Worecki, ¿por qué quería la película de los Jinetes?

Mis pensamientos eran tan productivos como guisantes en un sonajero: hacían un montón de ruido pero no me llevaban a ninguna parte. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad del garaje, así que salí.

En aquel jardín el atardecer parecía florecer como una de sus plantas. Sobre las paredes del garaje crecía una enredadera con flores que parecían trompetas, lechosas y luminosas en la oscuridad y con una fragancia de lavanda. Desde los aleros del edificio se levantaban los murciélagos en nubes traslúcidas y emprendían la cacería con movimientos fugaces e irregulares. Una chispa momentánea se encendió y desapareció en la maleza que había más allá del césped, seguida por otra: luciérnagas. Mis pies crujieron sobre la grava del camino mientras rodeaba el garaje para ver la puesta de sol.

Ya estaba teñida de turquesa, dorado e índigo.

—¿Vas a algún sitio? —dijo una voz detrás de mí.

—No. —Me volví. Era Mick Skinner. No reconocí el timbre de su nueva voz, aunque me fijé en que se había llevado consigo el acento tejano al cambiar de cuerpo. Su nuevo cuerpo estaba en buena forma y parecía joven—. ¿Ese iba a suicidarse?

—¿Qué?

—Tu nuevo jinete. Va a ser una experiencia enriquecedora para él, ¿no?

Burr.

—Jesús —dijo Mick—. Ni que te hubiesen puesto un erizo bajo la si...

Tardé un instante en recordar cómo terminaba la expresión. El sonido que emití a continuación fue algo parecido a una carcajada.

—Acabemos de una vez. ¿Abro la boca para que me pongas el bocado? ¿O prefieres no mirarle el diente a caballo regalado?

Apartó la mirada.

—Como caballo no valgo nada. Doy coces. Tengo espíritu de mula, más bien. Ya sabes: a caballo ajeno, espuelas propias. O, a caballo comedor, cabestro propio. O...

—Para.

—¿Qué?

—Lo siento —dijo Mick—. Siento lo ocurrido, sea lo que sea. Solo que creo que no fui yo.

Suspiré.

—Bueno, al menos, pensar en ti no me lleva a recordar varios años de mi vida con cierto apuro.

—¿Qué? —volvió a decir—. Estás empezando a hablar como Frances.

—Eso es casi un insulto. —Me volví y me aproximé a él—. ¿Formas parte del plan de invasión?

Levantó un hombro.

—No lo sé.

—¿Por qué sigues aquí, entonces?

—¿Y tú?

—No lo sé. Lo siento, no pretendía burlarme. La última vez que estaba prestando atención, se suponía que tenían que protegernos a los dos.

Dirigió la mirada a la puesta de sol, que había terminado.

—¿Y tú vas a unirse a la invasión?

Allí estaba mi oportunidad de decir que conocía Ego, que conocía Albrecht y que sería muy útil.

—No sé por qué iba a hacerlo.

Al cabo de un momento, dijo:

—Porque a ninguno se le da tan bien cuidarse como Frances piensa.

Estas palabras resultaron casi tan difíciles de comprender como la frase mía de la que se había quejado.

—Entonces puede que la maten. Pregúntale a cualquiera de esta casa si la idea le haría llorar.

—A mí sí.

—Entonces ve a recoger tu lanzallamas y alístate.

Sonrió de mala gana.

—No creo que un lanzallamas sirva de nada en este caso.

—Pues lo que sea. ¿Qué tiene que hacer para pillar a Worecki?

Mick revolvió la gravilla con el pie, trazando figuras en la pálida piedra.

—Es todo cuestión de fuerza bruta y velocidad. Al menos, antes era así. Jesús, una pelea entre dos Jinetes es algo muy feo. Puedes impedir que alguien cambie de montura, que pase de un cuerpo a otro, si te lanzas sobre él con la fuerza suficiente y lo bastante deprisa, como si fueras a montarlo a él.

—¿Y qué hacen los auténticos propietarios de los cuerpos mientras sucede todo esto? ¿De árbitros?

—No siempre están ahí —dijo con una expresión rara.

—¿Y dónde están?

—El Jinete encierra la personalidad del anfitrión y utiliza el resto de él: la memoria, el control motor consciente e inconsciente, sus habilidades y conocimientos... Pero... si quieres conservar el caballo y quieres que siga donde lo has dejado cuando sales a montar a otro... lo más fácil es que el anfitrión desaparezca.

Sentí un escalofrío.

—Lo matas. —Podía haberme matado a mí.

—Puede ocurrir por accidente si lo montas durante demasiado tiempo. La personalidad se va apagando, como una vela que se agota. Pero también puedes apagarla de una vez, si lo necesitas. Si quieres.

Bajó la mirada hacia el camino.

Me entraron ganas de preguntarle si había matado al joven que había cuidado con tanto esmero aquel cuerpo tan bonito. Tenía miedo de saberlo.

—Así que Frances tratará de apoderarse de Worecksi. ¿Y qué pasa si lo consigue?

—Oh, no lo hará —dijo—. Solo necesita mantenerlo allí mientras le revienta el cerebro.

—Chango. —Una vez que recobré por completo la voz, dije—. Pero si lo hace... ¿no reventará también su propio cerebro?

—Es cuestión de sincronización —dijo—. Si sale demasiado pronto, él podrá escapar antes de que el cuerpo muera. Si tarda demasiado en salir, adiós muy buenas, tenemos un cerebro vacío.

A menos que eso le devolviera el cerebro a su propietario original. ¿Creía Mick que Frances había matado a su anfitriona?

—No parece que hables en términos hipotéticos. Lo has... Lo habéis hecho antes.

—Sí —dijo, levemente sorprendido—. Lo llaman lucha mental. No suele haber muertos, pero esa es la intención.

—Frances lo ha hecho.

—Oh, sí. Supongo que así es como habrá acabado con los Jinetes que ha estado persiguiendo. Siempre fue muy buena. Rápida y fuerte. Pero Tom era rápido y fuerte y además estaba como una puta cabra. No creo que Frances pueda acabar con él sin ayuda.

—Por lo que me has contado, no parece algo que se pueda hacer en grupo.

—Podríamos distraerlo —dijo Mick. No se le veía bien en la oscuridad—. Eso sí podríamos hacerlo. —Lo dijo como si estuviera rebatiendo algo que yo no recordaba haber dicho.

Hacía frío allí, cerca de la orilla, caída ya la noche. Mick llevaba la chaqueta, la misma que no había querido dejar en mi apartamento. Me estremecí y me froté los brazos.

—Entonces hazlo tú —dije—. Espero que te diviertas. Si esto es una nueva versión de *Solo ante el peligro*, ella no es Gary Cooper. No es el bueno.

—¿Y quién lo es? —preguntó como si no fuera una pregunta retórica.

—Olvídalo. Frances y yo estamos en paz y puedes estar seguro de que no voy a dejarme matar porque sí.

—Todavía no le has perdonado lo que pasó en tu casa.

—No. Ya te lo he dicho, estamos en paz. Si le debiera algo, sería diferente, pero no le debo nada. ¿Y tú?

Con un crujido de gravilla, se volvió hacia la maleza. Salió de las sombras del garaje y la luz de la luna cayó sobre él. Lo alcancé donde doblaba la senda.

—Todos dormíamos juntos —dijo. Al principio no supe de qué estaba hablando—. Sentíamos un gran desprecio por la gente normal, o al menos eso nos decíamos, y además, algunas experiencias son tan extrañas e intensas que te apartan de cualquiera que no las comparta. Cuando queríamos echar un polvo y no demostrar algo, recurríamos a los nuestros. Así que Frances y yo hemos dormido juntos varias veces. —Cogió una rama cercana por el borde y empezó a jugar con las hojas, pasando los dedos por los nervios—. Creo que para Frances fue solo eso.

Me di cuenta de que era una de esas afirmaciones de las que no se espera respuesta. Dije:

—Si esperabas que eso me ayudara a entender, te recuerdo que no es una motivación con la que tenga mucha experiencia.

Levantó la mirada de repente.

—¿Nunca te ha gustado nadie? ¿Nunca has respetado a nadie? ¿Nunca has tenido amigos?

¿Nunca...?

—No —dije—. Así que si tú dices que eso te induce el deseo de matar sin una buena razón, tendré que creerte.

Dejó caer la ramita.

—Venía a decirte que la cena estaba preparada. Supongo que ya nos la hemos perdido.

Así era, pero nos quedaban las sobras. Me sentí un poco como un personaje abandonado en *La bella y la bestia* en aquella casa. Con todas las necesidades satisfechas y sin una sola persona a la vista. Y con la sospecha de que no debía tratar de marcharme. Mick se llevó la cena. Yo me senté en la cocina con la mía, en una mesa de madera con la tabla chamuscada, debajo de una lámpara de queroseno. Era otra de las confortables habitaciones de aquella casa, llena de objetos sencillos y olor a ajo. O puede que la condenada casa pensase que yo necesitase confort. Recogí lo que había manchado después de cenar y regresé al cuarto que me habían asignado sin contratiempos.

De todas las cosas que podían preocuparme, una parecía tener precedencia, pero no terminaba de situarla. Me quité las botas, me tumbé en la cama y me quedé mirando la pared inclinada que había sobre ella, la parte que había bajo la techumbre, que era casi el tejado sin llegar a serlo. El papel de las paredes estaba lleno de hojas y flores, como todo lo demás en la casa. ¿Quién era el jardinero? ¿China Black? No parecía encajar con la primera impresión que me había formado de ella, una vampiresa en un traje de gasa azul marino y gafas de sol, en el primer piso de mi edificio.

Bingo. Cuando estábamos tomando el té China Black le había dicho a Mick Skinner que no estaban buscándolo, que buscaban su cuerpo. Pero en mi apartamento

me había pedido... No, no era concluyente. Me había pedido, más o menos, que le dejara hablar con el ocupante anterior y nada hacía suponer que supiera de quién se trataba. Luego, cuando había fallado, furiosa, había dicho, «no estaba aquí».

Si había algo sobre Mick que los demás debiéramos saber, el señor Lyle o ella nos lo contarían. Si no era algo que debiéramos saber, prefería no enterarme. A fin de cuentas, había mucha gente en aquella mesa que se había enterado de cosas sobre mí que hubiera preferido que no se hubieran dicho.

Yo vivía en el horario de la ciudad, es decir, permanecía en pie hasta el alba y luego pasaba durmiendo la mitad del día para evitar el sol. Así que me sorprendió despertar con un luminoso cielo matutino en la ventana. No recordaba haberme dormido, pero lo había hecho, y encima con la ropa puesta y sobre el edredón. Tenía que dejar de dormir de ese modo. El pasillo estaba en silencio. De repente me acordé de aquella bañera, la que era tan grande como para hundirse en ella. Saqué la camisa limpia de la mochila y me dirigí al baño.

Si hubiera estado en *La bella y la bestia*, la bañera me habría estado esperando llena de agua caliente. Por suerte, la encontré vacía. Pero había toallas en el aparador y jabón en la jabonera, y ni siquiera tuve que bombear el agua a mano. Por supuesto: el transformador estaba arreglado y la bomba funcionaba. Había una bomba manual en la cocina para que cuando la eléctrica no funcionara no hubiera que salir a buscar agua. Con un radiocassette, el lugar sería una prisión bastante aceptable. Me recogí el pelo mojado y bajé al primer piso.

La cocina estaba vacía pero había signos de que alguien, una persona al menos, había desayunado ya. Encontré algunos panecillos y me los llevé.

No iba a explorar la casa; parecería que estaba buscando compañía. Así que salí al exterior. Ocultos entre los jardines que había más allá del garaje, encontré el gallinero, las conejeras y las colmenas. Había un cobertizo de madera que identifiqué, gracias al dulce olor a nogal que desprendía, como un ahumadero. Más allá, al final de un camino de tablas, en el centro de un amplio círculo de árboles añejos, encontré un edificio circular de un solo piso, cuyo propósito no pude identificar.

La mitad del edificio no tenían paredes; solo los pilares, troncos pelados de unos quince centímetros de grosor, marcaban el lugar en el que debían haber estado. El suelo era de tierra suelta y estaba tan liso como si le hubieran pasado un rastrillo. En un extremo, donde empezaban las paredes, había una plataforma elevada y vacía. En el centro había un poste que se elevaba hasta el techo a partir de una base de cemento. Detrás del poste, la habitación circular estaba a oscuras. Pero distinguí otra plataforma, con una mole cuadrada encima, como una mesa o un cofre, y varios puntos irregulares de luz. Nada indicaba que no debiera entrar.

El poste central, que estaba pintado, me recordó a las barandillas de la escalera del edificio donde vivía Sherrea, con colores que se entrelazaban unos con otros, amarillos, rojos, negros, verdes y blancos. Las paredes también estaban pintadas, con murales en este caso. Eran dibujos sencillos y estilizados, angulosos y casi abstractos:

la antítesis de las cartas de Sherrea. Había un negro musculoso y sonriente, con un gorro rojo en la cabeza y una cimitarra en la mano, que parecía estar caminando por un fuego. Una mujer desnuda, de caderas anchas y grandes pechos, cuyo pelo negro y enortijado le llegaba hasta los tobillos, estaba vertiendo agua con una jarra que llevaba debajo del brazo. Un negro obeso, sentado en cuclillas y sonriente, como si su pene erecto fuera el mejor chiste del mundo. Dos serpientes levantadas, mirándose, como sí estuvieran bailando sobre la cola. Y entre las figuras, enlazándolas, explicándolas y guardando sus secretos, estaban los vévés.

La mole cuadrada era un altar, cubierto por una tela escarlata y púrpura, y las luces cambiantes eran velas. Sus luces se reflejaban en la parafernalia del altar: botellas de cristal, un espejo, collares de cuentas, un cuenco de plata y dos jarrones altos con flores.

Retrocedí y tropecé con el poste central. El amplio y abierto espacio estaba cerniéndose sobre mí, apretándome la piel contra los músculos y estos contra los quejumbrosos huesos. Oía el ruido que hacía mi aliento al entrar y salir entrecortadamente de mis pulmones. La pared del otro extremo empezó a agitarse ante mis ojos.

Escuché una voz, una voz sutil, pero no vi a su propietario. Capté un olor a ozono y otro denso y acuoso, como las orillas de un estanque. Tenía la lengua pegada al paladar. Se me hizo un nudo de pánico en la boca del estómago.

Una voz. ¿La misma? *Ven conmigo*. Sentí que un brazo me rodeaba y me guiaba. Entonces, de repente, me encontré sobre el césped, con un vaso en los labios cuyo contenido despedía unos vapores ardientes. Tomé un poco: ron.

El rostro que había sobre mí pertenecía a China Black, así como la voz que dijo:

—Bueno, *cher*, ¿te ha sentado algo mal?

Le quité el vaso de ron y tome otro sorbito.

—¿Qué es esto? —dije, señalando el edificio con la cabeza.

—El *hounfor*. —Debí de poner una cara de perplejidad, porque añadió—. Donde bailamos y llamamos a los espíritus.

—Lo siento. Supongo que no debería haber entrado.

Creo que si hubiese podido enarcar las cejas plateadas, lo habría hecho.

—¿Por qué no? Aquí no hay nada que pueda hacerte daño ni nada a lo que puedas hacerle daño tú. ¿Teníais miedo?

—No, hasta que... No.

Me estudió. Entonces me quitó el vaso de la mano.

—Hmh. Ven conmigo. Sí, dentro, no te pasará nada.

Nos acercamos al poste central y le puso una mano encima.

—Este es el *poteau-mitan*. Los espíritus llegan a nosotros a través de él. El altar es bonito y hacemos los ritos en él, pero la fuente está aquí. —Se detuvo ante el altar—. Arrodíllate aquí. Sobre la plataforma, sí.

—¿Por qué? —dije.

Su rostro moreno irradiaba paciencia.

—Porque eso me hará feliz. Tú no crees en esto. Así que, ¿qué mal puede hacerte?

Me arrodillé, y el altar quedó a la altura de mis ojos.

China Black encendió una nueva vela.

—Legba —dijo con voz perentoria—, ¿estás escuchándome? Aquí está uno de tus hijos, Papa Legba, un hijo de las encrucijadas. ¿Estás cuidando de él, Papa? —Cogió una piedra tosca y grisácea del altar y me la entregó junto con el vaso de ron—. Toma un poco y enjuágate la boca —me dijo—. Luego escupe sobre la piedra. —Lo hice. Ella volvió a dejar la piedra sobre el altar. Entonces me dio un espejo en el que no me había fijado hasta entonces—. Haz lo mismo con esto. —Hecho esto, me lo quitó y lo dejó en el altar de modo que reflejara mi rostro. Distorsionada por el ron, la imagen me recordó al catálogo de mis facciones llevado a cabo por Frances en mi apartamento. Me estremecí y cerré los ojos.

»Legba, tenías sed y te hemos dado ron. Ahora mira a tu hijo, Papa —dijo China Black—. Vigílalo y utiliza tus trucos para confundir a los enemigos de tus sirvientes. Nosotros te prepararemos una comida para demostrarte que te agradecemos que nos hayas escuchado. —Me ayudó a ponerme en pie y salimos del *hounfor*.

—No hay nada gratis —dije mientras nos alejábamos por la senda. Pero sentía una decepción punzante.

China Black se detuvo y me miró fijamente.

—La mayoría de las cosas lo son —dijo—. Lo que pasa es que tú tienes mucho que compensar.

—¿Lo que Legba es para mí y yo para él? —Sonreí al decirlo.

—Exactamente.

Señalé el *hounfor*, los jardines y la casa con un amplio ademán.

—¿Y la mayoría de esto también fue gratis?

La mirada que me lanzó contenía irritación, sorpresa y un poco de algo que me gustaba menos aún. Sacudió la cabeza y continuó su camino. La seguí hasta la casa.

Me puso a trabajar. Mientras estuviera allí, me dijo, podía ocuparme del sistema eléctrico, que era algo que conocía. Tuve que recordarme que estaban dándome alojamiento y comida gratis, los quisiera o no, y subí al tejado para examinar los paneles solares. Si no hubiera sabido que no me convenía estar mucho tiempo bajo el sol, habría sido una excelente excusa para pasar todo el día allí. Podía ver la isla entera, verde y salpicada de tejados, y la franja plateada y sinuosa del río que la rodeaba. El puente de suspensión parecía un puñado de gallardetes que unía la isla con la ciudad y más allá se elevaba esta, reluciente y geométrica. Había cerrado las puertas y borrado mis huellas. Los archivos estaban a salvo y esperarían a que volviera, como siempre.

Había una imprenta en el sótano. Cómo no. Era manual. Aparte de esto, no sabía gran cosa, porque no era mi especialidad. No obstante, reconocí las cajas de los tipos

y los aparatos para componer las páginas. Tuve que estirarme para llegar a la caja de fusibles.

Estaba en el sótano cuando Sherrea asomó la cabeza por la puerta (di un respingo) y dijo:

—Es la hora de comer. ¿Has acabado?

—Mmmm.

—Bueno, puedes parar para comer. No creo que la prensa se marche. Theo ha estado preguntando por ti.

Pensé que Theo podría haber hecho mucho de lo que había estado haciendo yo. Era amigo de Sher, y ella parecía moverse por allí con toda libertad. ¿Había estado antes en la casa? ¿O había estado y seguía allí, intrigado, como yo antes de que el señor Lyle... Claudius, me sorprendiera en la biblioteca?

El comedor, con sus paneles de madera y sus miradores, estaba lleno de gente. China Black y Claudius Lyle, Frances, Mick, Etienne, la anciana que nos había abierto las puertas —¿el día antes? ¿Solo?—, Theo y, ahora, Sher y yo. La mano de Sher se levantó, como si fuera a posarse sobre mi hombro, y volvió a bajar.

—No te preocupes —murmuró—. Yo te protegeré.

—Estoy bien.

—No es así, aunque lo disimulas de puta madre. Nunca te he visto con un grupo de más de tres personas.

Tenía razón, claro. Puede que tuviera que ver con la naturaleza camaleónica que había mencionado antes o puede que yo temiera que si hablaba con más de dos personas al mismo tiempo, luego compararan notas y descubrieran mis secretos. El té del salón había sido, antes de esta, la reunión más concurrida en la que había estado nunca.

—¿Cómo se llama la vieja? —pregunté.

—Loretta.

—¿Y el perro?

—¿Qué?

—¿Cómo se llama el perro? Ya que voy a hacer esto, mejor que lo haga con todas las de la ley.

Sher sonrió.

—Eustace.

—Estás de broma.

—Y una mierda. Tuvieron que pasar seis meses para que pudiera decirlo sin echarme a reír.

La comida estaba sobre el buffet, lo que quería decir que podía ahorrarme el tener que pedirle a los demás que me pasaran las cosas. Las cosas eran las joyas de la corona de la comida sureña: jamón con salsa roja, pan de maíz, *Hoppin' John*^[34], poroto verde y pastel de patata. Como Frances no se diese prisa con su asesinato, no entraría por el ascensor de Ego.

Siguiendo a Sherrea llegué exactamente a donde no quería estar, o a donde estaba deseando estar, según la interpretación de mis propios deseos que utilizara en ese momento. Me senté en una esquina de la mesa, con Sher a la derecha y Theo en el extremo, a mi izquierda. Theo sonrió mientras yo me sentaba y señaló el cabestrillo que tenía en el brazo.

—Los zurdos temporales nos sentamos en los sitios buenos, tío —dijo—. Me dan ganas de pedir orden en la sala.

Me quedé mirando el cabestrillo. No le había contado nada sobre mí. Pero él había salido a aquella escalera y había recibido una bala de uno de los tíos que querían secuestrarme. Ahora las cosas estaban más liadas que nunca pero la balanza de nuestras relaciones estaba desequilibrada. Ayer lo había ignorado. ¿Cómo había sido capaz?

—¿Te duele? —le pregunté.

—Oh, sí. Pero me olvido todo el rato y trato de coger cosas. —Sacó un pitillo liado a mano del bolsillo de su camisa—. Pero, oye, siempre nos quedará la tecnología. —Era una camisa de cachemira amarilla y roja. Me pregunté si sería suya. Probablemente sí.

Me habría ofrecido a cortarle la comida, pero el jamón estaba tan tierno que cedía bajo el tenedor.

Al final resultó que no fui la persona más silenciosa de la mesa. El señor Lyle mencionó que le había recomendado la energía eólica y entablamos una agradable conversación sobre la eficiencia de las células fotovoltaicas viejas y la accesibilidad de piezas en buen estado. La mujer de la puerta, Loretta, estaba sentada frente a mí. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Toda la gente del río debería utilizar un sistema de energía eléctrica comunitaria —dijo bruscamente—. Desde el punto de vista de la economía y la eficiencia, no tiene el menor sentido todo este sigilo con una energía que o le pertenece a todo el mundo o no le pertenece a nadie. Aunque tampoco tiene mucho sentido discutir sobre esto, con ese cabronazo de Albrecht diciendo que las cosas son así.

Lancé una mirada de soslayo a Theo, pero parecía concentrado en su plato. Por lo que yo sabía, también él pensaba que su padre era un cabronazo. Pero qué iba a saber yo. No tenía la menor idea de lo que era tener una familia.

—¿Por qué energía hidroeléctrica? —pregunté.

—Liberaría el resto para la gente que no tiene agua corriente cerca. Aunque por tu forma de hablar, cualquiera diría que podrías dirigir un puto salón de baile con piezas de bicicleta y una batería vieja. —Me disponía a replicar cuando vi que me sonreía y decidí que no era necesario.

Yo hablé. Fue Frances la que se mantuvo en silencio. Su rostro estaba pálido y consumido, y a veces su tenedor se detenía a mitad de movimiento y sus ojos enfocaban la nada. No lo entendí hasta los postres. Estaba asustada.

¿Compartía las dudas de Mick? ¿Estaba preguntándose sí era lo bastante rápida y lo bastante fuerte? ¿O solo le preocupaba cómo entrar y cómo salir?

Yo podía decirle el número de peldaños que tenían las escaleras. Pero no me había mirado una sola vez. ¿Le había dicho Theo que yo sabía cosas que podían resultarle muy útiles? ¿Lo sabía él ya?

En aquel momento, Theo estaba apartando su silla de la mesa.

—¿Puedo hablar contigo? —me preguntó.

Los rayos del sol se reflejaban en los cristales de sus gafas.

—Claro. Vamos arriba.

Me fijé en Sherrea mientras me levantaba de la mesa. Parecía complacida.

Theo tenía un cuarto en el segundo piso. Era más grande que el mío pero se parecía mucho: era una habitación de invitados, no una normal.

—Menuda casa más rara —dije para ver lo que respondía.

—Al principio me daba un miedo que te cagas —dijo mientras se dejaba caer sobre la cama y se quitaba las zapatillas con una mano—. Cuando Sher me trajo, justo después de que Frances se te llevara, y la vi, como una vieja mansión embrujada, con relámpagos y todo... Creí que estaba llevándome al Motel Bates, tío.

Sabía que yo entendería la referencia. Yo también la habría utilizado con él, consciente de que compartíamos un mismo y tranquilizador conocimiento. Lo miré a la cara, la cara pálida de un noctámbulo impenitente o un niño rico, y dije:

—No soy un tío.

La luz de sus gafas interfería con su expresión, pero las líneas de su boca no manifestaron gran sorpresa. De repente me di cuenta de que era bastante bien parecido.

—Solo es una forma de hablar —dijo.

—Tampoco soy una mujer.

Guardó silencio durante varios segundos. Entonces dijo:

—Oh, eso explica algunas cosas.

No sé qué esperaba. O quería.

—¿Qué cosas?

—Bueno, una vez, Sher y yo habíamos bebido mucho, y tuvimos una conversación. Le dije que... algunas veces, me sentía atraído por ti, y eso me hacía sentir incómodo. Ella me miró como si estuviera loco y dijo que no entendía por qué, puesto que eras el tipo de persona por la que es fácil sentirse atraído. Yo estaba muy avergonzado y me eché a reír y le dije que puede que para ella sí pero que no eras, en fin, mi tipo. Entonces nos miramos de forma rara y cambiamos de tema. Pero fue en ese momento cuando me di cuenta de que puede que no supiera de qué sexo eras y puede que tampoco Sher lo supiera.

—Ella lo dedujo —dije en voz baja.

—Pues no me lo dijo. —Me lanzó una mirada directa por encima de las gafas mientras lo decía. Quería decir que Sher había respetado mi secreto, y él también al

no preguntarlo.

Me senté en el borde del sillón que había frente a la cama. La ventana que se encontraba entre ambos nos iluminaba el rostro a los dos. Se habían establecido las condiciones para una perfecta vulnerabilidad. Así que le conté todo lo que sabía sobre mí.

—Qué fuerte —dijo una vez terminé—. De hecho, es lo más fuerte que he oído en mi vida. Pero ¿no conoces a nadie que pueda decirte si llevas un Jinete en la cabeza?

Sacudí la parte aludida.

—Me gustaría decir que no lo llevo. Casi podría jurarlo. Pero ¿cómo voy a saberlo? Al principio Frances pensaba que era Tom Worecki y no puedo asegurar que no sea así.

—No —dijo Theo en voz baja—. Estoy bastante seguro de dónde está. Se hace llamar Frederick Krueger. Qué malo, ¿no? No lo supe hasta ayer.

Freddy Krueger, armado con cuchillas en los dedos y el poder de retorcer los sueños. Quien moría al final de cada película y volvía a aparecer una y otra vez. Menudo chiste.

—¿Tan malvado es?

—Le tengo miedo. Y creo que mi padre también.

—Y eso que tu padre nunca ha visto *Pesadilla en Elm Street*. Salvo que se la haya comprado a otro. ¿Sabías que le vendía vídeos?

—Joder, claro. Así es como acabaste en el Underbridge.

Al cabo de un momento dije:

—¿Perdona?

Bueno, ya sabía que no iba a ser indoloro.

Theo debió de entender.

—Lo siento —dijo—. Yo no... Mira, mi padre y yo no nos llevamos bien. O sea, si no fuera más que un tío que hubiera conocido por ahí, no me gustaría. Al contrario de lo que cree todo el mundo, ser el hijo de A. A. Albrecht no es lo mejor del mundo. Me cuido mucho de no decírselo a la gente. Así que no podía presentarme en la oficina de mi padre y hablarte del Underbridge. Y tampoco podía contratarte, de todos modos. El club es de Robby.

—¿Así que le pediste a él que lo hiciera?

—Así que le dije a Robby que tal vez fueras el tipo de persona que necesitábamos y que lo comprobara. Le dije dónde podía dejarte un mensaje.

—¿Sabías todo eso sobre mí?

Extendió una mano hacia un lado. Habría hecho lo mismo con la otra. Vi que se encogía de dolor.

—¡Eras interesante! ¿Vale? ¿Sabes cuánta gente sabe de eso? ¿Electrónica, vídeo y música grabada?

—Somos reliquias. No, tú eres una reliquia. Yo soy algo así como una especie de reliquia futura. Si ese pitillo que me has enseñado abajo contenía marihuana, no me

importaría que lo compartieras conmigo.

Se ajustó las gafas y se pasó una mano por su sedoso pelo castaño.

—Te pondrá en órbita. Es una mierda de primera.

—A lo mejor te sorprende.

—Ya me has sorprendido. Esta vez, preferiría que me petrificaras.

Nos habíamos pasado el porro un par de veces, en un silencio casi completo, cuando dije:

—¿Le has dicho a Frances que sé cómo se entra en Ego?

Aquello pareció ofenderlo.

—Joder, no.

—¿Por qué no?

—Porque pensé que si querías que lo supiera, se lo habrías dicho tú.

—¿Vas a ir con ella?

Sacudió la cabeza.

—Creo que le gustaría pedírmelo. Pero, tío, yo he hablado con Krue... con Worecki. Y pienso quedarme aquí hasta que todo haya terminado. Tengo una buena excusa. —Le dio unos golpecitos al cabestrillo.

—Te debo un favor por eso —dije en voz baja.

Carraspeó.

—Joder, si no hice nada. Y encima he sacado una preciosa cicatriz.

—Pero lo intentaste. Y no era necesario.

Me miró con la intensidad de una lechuza. Finalmente sonrió.

—Eres gilipollas —dijo alegremente.

—*In cannabis ventas*. No te duermas con el porro encendido.

—No puedo —suspiró mientras se apoyaba en los almohadones—. Se ha acabado.

—Eres un coñazo —le dije—. Creo que me largo.

La marihuana había conseguido relajarme, pero no aturdirme. Theo se habría sorprendido si hubiera seguido despierto. Finalmente encontré a Frances en el exterior, en el amplio porche cubierto que había frente a la entrada. Estaba sentada en una silla de madera, con los pies en la barandilla del porche y la silla en equilibrio sobre las patas traseras. No se movió cuando salí.

Traje otra silla para mí y la coloqué de espaldas a la barandilla para poder verle la cara.

—Anoche, Mick trató de convencerme para que te acompañara.

—Espero que no perdiera mucho el tiempo. —Su mirada vagaba sobre el lejano extremo de los jardines.

—¿Por qué?

—Porque no te llevaría. Ni a él. Ni a nadie.

Durante varios minutos, estuvimos allí, inmóviles en un silencio lacónico, mientras yo trataba de disuadirme de hacer lo inevitable. ¿De verdad era inevitable?

Pensé en Theo, recuperándose en el piso de arriba de la herida que había recibido por mí. Aunque Frances se marchara de la ciudad y dejara tranquilo a Worecki, nunca podría volver a Ego. Se había interpuesto entre Myra y Dusty —los servidores de Worecki— y su presa, y ellos no lo olvidarían. ¿Y cuánto tardaría Worecki en darse cuenta de que Theo conocía su secreto?

Pero si Frances acababa con Worecki y se marchaba de la ciudad, Theo estaría a salvo. Y yo. Frances se marcharía, Mick también, Myra y Dusty recibirían órdenes de otro y yo podría regresar al simulacro de vida que llevaba antes.

—Si acabas con Worecki, ¿te marcharás? —le pregunté. Quería asegurarme.

Por primera vez desde que llegara al porche, Frances me miró.

—Si mato a Tom Worecki, no volverás a verme. Te doy mi palabra de honor, si es que eso significa algo para ti.

Aspiré hondo y exhalé un suspiro.

—El cambio de turno de los guardias de la puerta es a medianoche —le dije—. Luego suelen quedarse dormidos. La única cámara de seguridad que todavía funciona está en la puerta delantera y ya no gira, así que cubre una zona muy pequeña. Las escaleras de incendio son estupendas para salir pero no servirán de gran cosa para entrar. Las puertas están cerradas por dentro en todos los pisos. Así que tendrás que subir por el ascensor, cosa que, mientras vaya contigo, no supondrá problema alguno.

Entornó la mirada.

—Entonces tengo un problema.

—¿Porque no vas a llevarme? Te apuesto cinco pavos, en metálico.

—¿Sabes lo que hará Tom —dijo en voz baja— si averigua lo que eres? Por Dios, le encantaría. Sería horrible. Tú precisamente no vas a venir.

Tampoco iba a ser indoloro para ella.

—¿Qué puede hacerme que Mick y tú no me hayáis hecho ya?

Un músculo de su mandíbula se estremeció, pero no apartó la mirada.

—¿Te ha dicho Theo cómo entrar?

—No ha podido —dijo Frances como si le costara un terrible esfuerzo.

—Yo sí. Por desgracia para ti y para mí, me necesitas para entrar.

Extendió los dedos sobre su frente, como un abanico. Finalmente dijo:

—¿Por qué?

No había querido decir, «¿Por qué te necesito?». *Porque algo nos ha enredado a Mick Skinner, a ti y a mí, y el único modo de soltarnos parecer ser seguir adelante.* Pero no dije esto.

—Te contaré mi plan. Si tienes alguno mejor, no pienso quejarme.

Se lo conté. Y volví a contárselo a Mick Skinner, para explicarle por qué no podía acompañarnos. Se lo conté a Theo cuando despertó, porque, por muy diferente que fueran nuestras experiencias en Ego, podíamos cotejarlas para comprobar y verificar mis observaciones. Y se lo conté a Sherrea porque insistió en que lo hiciera. Con cada repetición, iba perfilándose cada vez más el contorno del futuro. El plan.

Tuve que pasar la tarde en el sótano, aprendiendo el funcionamiento de los tipos móviles y luego Theo y yo tuvimos que pasar un día y medio de trabajo duro en el Underbridge, tratando de conseguir que ciertos equipos hicieran ciertas cosas para las que no estaban diseñados. Supongo que Frances pasó el tiempo limpiando armas. No se lo pregunté. El miércoles por la tarde volvimos a la casa de la isla. Subí a mi cuarto y traté de recuperar parte del sueño que iba a perder aquella noche.

Cuando estás en un cuarto que no es el tuyo, en un piso inhabitado de una casa que no es la tuya, tratando de conciliar el sueño a pesar de tener un laberinto para ratones en la cabeza y un mal presentimiento en las tripas, descubres que el sentido del oído puede ser extremadamente sensible. Oí que la puerta de Frances se abría y se cerraba y algo —¿unos zapatos?— caía al suelo.

Más tarde (me parecieron quince minutos pero puede que no fueran más que tres) oí unos golpes en una puerta y la voz de Frances. Y luego otra voz. El crujido del suelo y la puerta que se abría. Una voz, otra y la puerta que se cerraba. Los sonidos intermitentes de una conversación en el cuarto de Frances. Luego silencio.

Eso es lo que oí con los oídos. Pero las otras cosas, las que no oí, o puede que oyera con otros oídos, y las que no terminé de ver ni de sentir pero me pareció ver y sentir igualmente...

No soy capaz de describirlo. Puedo explicarlo en parte: Mick había estado en mi cabeza varias veces. Frances solo una, pero también había estado. La propia Frances había dicho que se creaba una conexión entre los Jinetes y sus monturas, un vínculo que seguía existiendo después de que se rompiera el contacto. El hecho de que la conexión se estableciera en aquel momento fue posiblemente un accidente. Al menos eso es lo que quiero pensar. Me cuesta creer que Frances o Mick pudieran odiarme tanto, o ser tan crueles sin ninguna razón.

Permanecí en posición fetal, mordiéndome el labio por dentro, mientras Mick y Frances hacían el amor en el cuarto de al lado. No me moví hasta que Sher llamó a las dos puertas y dijo que era hora de marcharse.

CARTA 7

Miedos Diez de espadas

Waite: muerte, dolor, desolación. Ventaja, beneficio, éxito, poder y autoridad, pero todos ellos pasajeros.

Douglas: desolación y ruina, pero con la idea de que se trata de una tragedia comunitaria y no individual.

Crowley: razón enajenada, mecanismo desprovisto de alma, la lógica de los lunáticos y los filósofos. Razón divorciada de la realidad.

Case: fin del engaño en materia espiritual.

7.0: vamos a ver al mago

—Bueno —dijo Frances—, ¿se nos olvida algo? Perritos calientes, pepinillos, ensalada de patata, hormigas... ¿Has traído las hormigas?

—Frances —dije, no por primera vez—, ya basta.

El triciclo estaba aparcado frente a la puerta de un garaje abandonado, en la vía de servicio entre Loondale y el Gilded West, un rascacielos abandonado. Es decir, cerca de nuestra ruta de huida. Habíamos rodeado Ego a pie y ahora nos encontrábamos al otro lado, frente a la puerta principal, donde se encontraba el puesto de guardia. Faltaban cinco minutos para la medianoche.

—Supongo que tendremos que pasar sin las hormigas. —Inclinó la cabeza y dirigió la mirada hacia la cima de la torre, donde brillaba con arrogancia el anillo de luces y una corona de nubes iluminada por los rayos de la luna hacían que la imagen pareciera la primera secuencia de una película de terror—. Úsala mientras puedas, Tom. Lo mismo haré yo. Y que gane el mejor demonio.

—¿El mejor demonio es el más demoníaco o el menos?

—Cuando todo esto haya terminado, tienes mi permiso para decírmelo.

—Si todavía puedo hablar.

Me miró y abrió la boca en una sonrisa cadavérica.

—Si todavía oigo.

—Al oír la señal... es la hora. —Me dirigí a la puerta mientras Frances se ocultaba en las sombras de la puerta. Llevaba algo oscuro y cómodo, con un chaleco del mismo tejido lleno de bolsillos. El tejido no hacía el menor ruido al rozar. Inmóvil, sin ninguna fuente de luz directa sobre sí, Frances desapareció.

Abrí la puerta y, bajo la solitaria bombilla de la entrada, dirigí la mirada hacia el puesto de guardia. Había dos hombres allí, conversando. Era el cambio de turno. A uno de ellos no lo había visto nunca: un jovencito de aspecto serio y cabello rubio y muy corto. El otro, un hombretón de barba roja y una barriga digna de Papá Noel, sentado en la silla de la entrada, era un habitual del turno de noche. Estuve a punto de sonreírle. Como guardia no valía nada.

—¡Eh, mira quién ha venido! —dijo mientras se echaba hacia atrás. Las patas de la silla chirriaron sobre el suelo—. ¡Es el manitas! Albrecht vuelve a necesitar tus servicios, ¿eh?

—Eso tendrás que preguntárselo a él —dije.

El tipo rubio apretó los labios, no sé si por mí o por su compañero. Al verlo, decidí intentar un tiro a ciegas:

—¿Eso que llevas ahí es una porra o es que te alegras de trabajar con este tío? —le dije.

Su gesto se convirtió en una mueca de desprecio. Se volvió hacia el guardia de la barba pelirroja.

—Tengo que irme, Shoe. Tengo una cita en el puerto.

—Salúdale de mi parte —le dije al rubio mientras salía. Shoe lo encontró gracioso.

Bien. Uno menos. Ahora había que librarse del otro.

—¿Quieres llamar al señor A. y decirle que estoy aquí?

—¿Y quién le digo que ha venido, chico?

—D. W. Griffith —que era el nombre por el que me conocía Albrecht—. Dile que tengo lo que buscaba. —Llevaba en la mano una caja sin distintivo alguno, algo que nadie podría identificar como un contenedor para videocassettes. Como siempre. Todo tenía que ser como siempre.

—Claro, claro —dijo Shoe. Salió por una puerta que había detrás de la mesa. Tenía un pequeño panel de cristal que le permitía verme desde allí pero la puerta me impedía oír lo que estaba diciéndole a la persona del piso de arriba.

Dejé caer el videocassette. Soltando una imprecación, me arrodillé delante de la mesa y la empujé hacia dentro. A continuación, alargué la mano por debajo de la mesa y tiré del cable coaxial de la cámara, conectado a través de un enchufe con el monitor del piso de arriba. Puse mucho cuidado en no arrancarlo del todo. Quería rayas y nieve, no una pantalla en blanco. Frances entró por la puerta como un banco de niebla negra, pasó por debajo de la ventana del centinela y se dirigió al ascensor que había al otro lado de la esquina. Volví a enchufar el cable coaxial. *Nunca utilices enchufes rápidos para el equipo de seguridad*, pensé mientras, sonriendo, salía de debajo de la mesa con mi inofensiva caja en la mano. Hasta tuve tiempo de limpiarme el polvo de las rodillas y arreglarme el cuello de la camisa antes de que regresara el guardia.

—Bueno, ¿y qué hay en el paquete?

—Eso también tendrás que preguntárselo al señor A., ¿no crees? —Confiaba en que mi voz fuera firme y agradable. ¿Iban a dejarme pasar? ¿Sabían de algún modo que iba a producirse un ataque? Si aquel ascensor se movía sin autorización, se desataría un infierno en forma condensada.

—Puede que lo haga. Puedes subir. Ya conoces el camino.

La liberación del miedo fue casi más difícil de soportar que la incertidumbre. No fui capaz de responderle, ni con ironía ni sin ella. Me encaminé, a un paso esperaba que tranquilo, hacia el pasillo y doblé la esquina.

Frances se materializó junto a la superficie a la que se había adherido. Pulsé el botón y las gastadas puertas de bronce se abrieron. Antes había montones de ascensores. Sus puertas selladas eran lo único que quedaba. Frances entró a hurtadillas en cuanto pulsé el botón del último piso.

Cuando se cerraron las puertas me dejé caer sobre la pared. Sentía cómo bajaba un reguero de sudor por mi columna vertebral y mi caja torácica. No se me ocurría nada que decir que no fuera una blasfemia.

Frances llevaba una pistola en la mano. Con movimientos rápidos, le colocó un silenciador.

—Si yo fuera tú, esperarías a luego para sufrir un desplome emocional. Esta ha sido la parte fácil.

—Puede que para ti.

—¿Han podido verte cuando has dejado caer la caja?

—¿En el piso de arriba, quieres decir? No. La cámara solo cubre la zona de la puerta.

—Entonces es imposible que te relacionen con la nieve del monitor. Bien. — Pareció quedar satisfecha con el arma pero no se la guardó en el chaleco—. ¿Qué probabilidades hay de que arriba nos espere otro guardia?

Tenía razón. Esta había sido la parte fácil. Me había olvidado.

—Cincuenta por ciento. Las últimas veces no lo había. Supongo que me consideran una persona de fiar.

—Bien. Cuando se abran las puertas, no corras, pero tampoco pierdas el tiempo.

Por primera vez se me ocurrió que si todo se iba al Infierno, podía decir que Frances me había obligado. Me pregunté si lo haría. ¿Qué me recomendaría Sherrea? ¿Diría que la vida es preciosa y que debía salvar la mía si tenía ocasión de hacerlo? ¿O diría algo sobre el honor, el compromiso y el bien general?

¿O diría, con una voz que no era la suya, algo así como, *debes aprender a servir y dejar que tu yo sea alimentado por los espíritus*? Había dicho algo sobre que tenía que enmendarme. *Bueno, Sher, aquí estoy*. Ojalá hubiese encontrado algo menos drástico.

—Prepárate —murmuró Frances y traté desesperadamente de recordar, y recrear, cómo habían sido las cosas cuando no era una cuestión de vida o muerte.

Se abrieron las puertas y salí. Nadie. Ni un alma. Tanto alivio iba a ser mi ruina. Frances salió y me tocó en el hombro. Ya no podíamos hablar. Habíamos diseccionado el plano del piso en la isla. Asentí. Desapareció por el pasillo mientras yo llamaba a aquella puerta tan conocida: madera oscura, pesada y pulida. Una voz llamó desde el interior. Giré el frío picaporte de cromo y entré.

La habitación era la misma, oscura y agobiante, con su escritorio y sus cortinas cerradas y su silla de respaldo alto. La luz, pulcra y constreñida, caía sobre la mesa. Las blancas manos que había en la luz eran las de Albrecht y el rostro pálido y carnoso que se veía difuso sobre ellas, también.

¿Cómo lo había hecho en otras ocasiones? ¿Había una rutina, una serie de acciones que conformaban el baile de los negocios? Me quedé allí, con la caja en la mano, la mente en blanco y el corazón golpeándome las costillas. La caja, la caja. La levanté, la dejé sobre la mesa y, con el dedo índice, la empujé hacia Albrecht sobre la madera.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Lo que me pidió. Ábralo.

Me di cuenta en ese momento de que no hubiera sido necesario hacer que la cinta pareciera un original. Si estaba en lo cierto, a él le habría bastado con una copia y

sería razonable decir que no había podido encontrar otra cosa. Pero abrió la caja (esta vez de cartulina) y yo escudriñé sus manos y su rostro en busca de algún indicio de que me hubiera descubierto.

Bajo la tenue luz de la lámpara de mesa, pensé que parecía convincente: el título en letras rotundas, la duración, el nombre del distribuidor, la etiqueta medio borrada por el contacto de los dedos... Ni siquiera olía el pegamento de la etiqueta. Me había equivocado de profesión. Debería haberme dedicado a la falsificación. Cuando Albrecht pusiera la cinta, vería una secuencia de títulos que, sorprendentemente, no daba indicios de su origen primitivo, y cinco minutos de escenas extraídas de seis películas de terror de serie B. Hacia el minuto siete, calculaba yo, sabría que no era la película por la que había pagado. Para entonces, yo ya me habría marchado.

Cerró. Sus manos no mostraban la codiciosa flexión de pasadas ocasiones. Pero, claro, si yo estaba en lo cierto, no era mera codicia lo que lo había impulsado a buscar aquella cinta.

Frances, ¿has encontrado ya a tu condenado monstruo? Tendría que dejarla allí. Si me marchaba sin ella, antes de que hubiese encontrado a Worecki, podría salir sin ningún problema y nadie me relacionaría con lo que estaba a punto de ocurrir. La reputación que había hecho posible el plan se evaporaría. Nunca volvería a venderle una película a Albrecht. Tendría que marcharme de la ciudad por algún tiempo. Pero sobreviviría. En cualquier momento, Albrecht abriría el cajón de su mesa y sacaría la bolsa de cuero.

Se levantó.

—Venga conmigo.

La lengua se me pegó al paladar.

—¿Por qué? —pregunté.

Su expresión era tan neutra como la de cualquier buen negociante.

—No pensaría que iba a dejar esto aquí, ¿verdad? Acompañeme.

Adiós a nuestra rutina. No había nada que hacer, salvo seguirlo y permanecer alerta. Giró el picaporte que había en los paneles de detrás de la mesa y apareció una línea de luz a su alrededor. Entorné la mirada y entré.

—¿Cariño? —dijo una voz que yo conocía, una voz de mujer—. ¿Ya habéis...? ¡Gorrión!

Llevaba un vestido estrecho de seda azul medianoche que fluía como el agua sobre su piel. Tenía los labios pintados de rojo coral y los párpados de color humo. El brillante cabello rubio le caía sobre los hombros y el cuello levemente bronceados.

—Hola, Dana —dije, y me sorprendió que mi boca funcionara—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

Su mirada voló hasta Albrecht.

—Cariño, ¿qué...? ¿Es que...? ¿Qué pasa?

—Solo un asuntillo de negocios, amor —dijo él, sin apartar la mirada del armarito que estaba abriendo—. No te preocupes. —Pero ella me había llamado por un

nombre que nunca había oído. ¿O sí? Myra y Dusty lo conocían.

Era una habitación grande y decorada con gusto exquisito. Dana estaba sentada en una pose que sugería que había estado tendida hasta hacía un momento, sobre un sofá de color crema. Había dos, formando una L. Frente a ellos, una mesa china tallada, llena de cosas: una botella de vino tinto y dos copas medio llenas; los restos de una comida para dos; un líquido blanco en un pequeño frasco con tapón de plata; un pesado collar de plata y medallones de turquesas. La luz entraba por varios vanos del techo. En el suelo había una alfombra azul turquesa de seis centímetros de grosor y un equipo de música y vídeo con un monitor de veinticinco pulgadas.

Tras el equipo estéreo había otra puerta de madera brillante y, delante de esta, un hombre. Al principio no lo reconocí. Llevaba una chaqueta blanca de cuello alto y pantalones negros. Se había peinado el cabello rubio hacia atrás y parecía más cadavérico de lo habitual en él. Estaba haciendo un esfuerzo desesperado por no mirar a ninguna parte y se notaba que el esfuerzo era casi más de lo que podía soportar. Cassidy. Uniformado, sin duda empleado por Albrecht, estaba teniendo que presenciar cómo seducía su jefe a la mujer de la que estaba enamorado. Me volví hacia Dana y descubrí que estaba observándome.

—¿Es uno de vuestros juegucitos? —pregunté. Me temblaba la voz, aunque no demasiado—. ¿O has usado sus contactos para conseguir el trabajo? —Contactos. Ya sabía que Dana los tenía. Lo que no sabía era que llegaran tan lejos.

Dana se ruborizó.

—Cariño... —Sacudió la cabeza.

Volví a mirar a Albrecht, que estaba sirviéndose una copa de una jarra que había sacado del armarito, y luego a Cassidy. Tenía los ojos muy abiertos, más aún de lo que exigía la situación, y estaba mirándome fijamente. Por un instante no entendí. Entonces hice lo que debiera haber hecho hacía rato. Me volví.

Había una quinta persona en la habitación. Estaba apoyada en la pared, con gesto desenvuelto, donde la puerta de la oficina la había ocultado cuando habíamos entrado. Era alto y esbelto y tenía un cabello castaño que le caía sobre unos ojos de color tan claro que eran casi incoloros. Llevaba la camisa blanca abierta sobre unos pantalones de algodón de color perla, y los pies descalzos. Su sonrisa revelaba unos dientes grandes y rectos.

—¿Qué tal? —dijo—. Tú debes de ser Gorrión.

Frances, pensé durante un prolongado momento en el que no pude hacer mucho más que tragar saliva, *he encontrado al monstruo*.

Mick me había dicho que era fuerte y rápido y que estaba como una cabra. Podía verla, sentirla, olerla en su interior, la locura que seguro que cuando quería podía disfrazar de otra cosa. Solo que ahora no quería.

Cruzó el espacio que me separaba de la pared en tres zancadas, me cogió la tiesa mano derecha con las dos suyas y me la estrechó con fuerza.

—Es un gran placer conocerte después de tanto tiempo. He oído muchas cosas

sobre ti. Joder, había llegado a pensar que ya no íbamos a conocernos, pero aquí estás. —Su sonrisa se hizo más grande todavía, si tal cosa era posible, y se volvió hacia Dana—. Tu amigo no habla mucho. Eso no me lo habías dicho.

—Lo siento. No tengo nada que decir —dije. Apenas reconocí mi propia voz. Parecía la de alguien que estuviera hablando con un perro furioso—. He olvidado tu nombre.

—No, nada de eso. —Su sonrisa había cambiado. No iba a conseguir engañarlo—. No te lo he dicho. Pero ya lo conoces, ¿no? Estos tíos me llaman Fred, pero quiero que me llames por el nombre que me puso mi mamá. —Aún no me había soltado la mano. Apretó con más fuerza—. Adelante. Di mi nombre. —Apretó hasta que me crujieron los huesos.

—Pero es que no... —Más fuerte. Un pequeño sonido escapó de mi garganta. Atisé un movimiento desde la posición de Dana, que puede que fuera su mano tapándole la boca.

—Dilo —dijo el monstruo con la cara muy próxima a la mía.

—Tom Worecki —dije. Me soltó la mano. No me atreví a cerrar los dedos, por miedo a que se diera cuenta de que no me la había arrancado de la muñeca.

—¡Muy bien! Ahora ve a sentarte en ese sofá. Cariño, ven a darnos un beso.

Al pasar a mi altura por el otro lado de la mesa, los ojos de Dana se apartaron de los míos. Se acercó a Tom y lo rodeó con los brazos. Él no volvió el rostro, pero ella le besó en la mandíbula, el cuello y el hueco entre las dos clavículas mientras él me sonreía. No era la amante de Albrecht. Era la de Tom. Me pregunté si a alguien le importaría que vomitara sobre la alfombra.

Albrecht dejó el vaso en el armario.

—Maldición, Krueger, ella no es...

—A. A., si cierras esa boca ahora mismo, no solo te dejaré vivir, sino que es posible que no te lleve al mercado Nicollet como tu madre te trajo al mundo y con el rabo por delante. ¿Está claro?

Tom había alzado la voz. El rostro de Albrecht, tan pálido como si nunca hubiera recibido la luz del sol, adoptó una tonalidad magenta y luego perdió todo el color.

—Me necesitas. Mi gente no te obedecerá.

—Ya hemos pasado por esto antes. Te necesito tanto como un perro necesita unos putos zapatos, A. A. Pensé que si te dejaba dirigir este pequeño circo, me dejarías tranquilo. Pero eso ya no funciona. Puedo encontrar a cualquier capullo para dirigir el circo. Así que quédate sentadito detrás de tu escritorio, comprando películas que te ayuden a librarte de mí y no incordies, joder.

Estaba acariciando a Dana con aire ausente, como si fuera un gato sentado en su regazo. Ella tenía la cara pegada a su hombro. Ninguno de nosotros podía ver su expresión. Albrecht observaba a Tom con una expresión que me recordó a Cassidy. Me alegré de estar de espaldas a Cassidy.

—No es *Jinetes del Infierno* —le dije a Albrecht.

—Nadie creía que lo fuera —dijo Tom—. Pero no queríamos desalentarte desde el principio, si creías que necesitabas una excusa para subir. —Frunció el ceño por encima de la cabeza de Dana y recorrió la habitación con la mirada como si le faltara algo—. ¿Y dónde está Su Alteza?

—¿Perdona?

—No me toques los cojones. Ya sabes de quién estoy hablando.

En un movimiento reflejo, mis manos se cerraron sobre mis rodillas. La derecha me dolía.

Él se dio cuenta. Volvió a animarse.

—Bueno, joder, Myra y Dusty trabajan para mí, ya lo sabes. Cuando Franny le gastó su pequeña bromita a Myra la otra noche, ¿esperabas que no me lo contara?

—¿Te dijo quién era?

—No hizo falta. Dusty me contó parte de las cosas que Myra dijo cuando no era ella misma y lo supe al instante. Nadie larga como Franny.

Eso no explicaba cómo sabía que yo trabajaba con ella o que no había venido para traer la cinta de A. A. Albrecht. Lo único que podía explicar eso...

—Supongo que estará escuchando al otro lado de la puerta —dijo Tom con voz alegre. Me miró fijamente mientras añadía, levantando la voz—: ¿Y bien, Fran? Entra si no quieres que le parta el cuello al chico. Ya sabes que soy capaz.

Puede que no le importara. Pero pensé que debía decirle, al menos, que aún no había empezado.

—Eso sería muy desagradable —dije—. Además, aún no has acabado con mi mano. —*Empate. Has perdido la ventaja de la sorpresa, Frances. Al menos escoge tu momento.*

—Vamos —dijo Tom en voz alta—, entra y coge una silla. Joder. Somos tantos que podemos dar una fiesta.

Me volví. La puerta que había junto a Cassidy se abrió lentamente y al otro lado apareció Frances, sola, con su arma. ¿Por qué no había disparado...? Ah, claro. No estaba allí para matar el cuerpo de Tom. La lucha mental ya había empezado. Se veía en la tensión de los labios de Frances y en la red de arrugas que rodeaba los ojos de Tom.

Me hubiera gustado conocer el alcance de los poderes de un Jinete, porque se me había ocurrido otra solución para aislar a Tom Worecki. Frances podía eliminar sus opciones para cambiar de cuerpo. *Bang, bang, bang, bang.* Puede que ese fuera su plan desde el principio y la mala fortuna hubiera hecho que yo acabara allí, como una de las opciones de Tom.

—Alguien nos ha vendido —le dije a Frances.

—Estaba empezando a pensarlo. Todo iba de acuerdo a lo planeado. —No apartó los ojos ni la pistola de Tom.

Por lógica, alguien tendría que habérsela quitado ya de la mano. No, si alguien se le acercaba, alguien que no fuera Tom, podía dispararle. Pero Tom podía ordenarle a

alguno de ellos que lo hiciera. Empecé a pensar que debía hacer algo más que sentarme y mirar, pero ¿el qué? Yo no debía estar allí. No formaba parte de aquella batalla. No tenía nada que ver conmigo. Me habían atrapado en su guerra.

—Ve a sentarte con tu amigo, cariño —dijo Tom, y Dana lo soltó. Cuando estuvo de espaldas a él, el miedo invadió sus facciones. Se sentó a mi lado y se pegó a mi camisa, donde Tom no pudiera verla.

—Bájala, Franny. No va a servirte de nada.

—Oh, no sé. Un poco de ruido, unas manchas... Como mínimo tendría un cierto valor nostálgico. —No hacía calor en la habitación pero Frances tenía una leve película de sudor en la frente.

—Ja. Yo guardo un buen recuerdo de los viejos tiempos. Pero supongo que te has metido en la religión o algo así. Con lo mucho que nos divertíamos y ahora estás aquí, como un puto justiciero, para volarme la tapa de los sesos por ser tan malo como tú. —Dio un paso hacia ella, sonriendo, apretando intermitentemente los dientes—. Y tú sabes que es verdad. Nunca he hecho nada que tú no hicieras.

Mick ya había dicho algo parecido sobre ella. Frances lo había negado. Y yo no había olvidado a qué se debía la sentencia de muerte de Tom. Debí de moverme. Tom dirigió la mirada hacia mí un instante antes de concentrarse de nuevo en Frances.

—¿No se lo has contado a nadie? —dijo—. Oh, vaya. Que el que esté libre de pecado tire la primera piedra.

Frances esbozó algo parecido a una sonrisa. Al igual que le ocurría a Tom, el gesto se debía, al menos en parte, a la tensión.

—Si hubiera empezado por lavar mis propios pecados, no habría podido hacerlo con los demás.

Tom resopló.

—Pero si te encantaba. Siempre pensaste que tenías derecho a gobernar el mundo. Creías que formar parte del comité que iba a reventarlo era lo que merecías, ni más ni menos. Querías darle una lección a esos bastardos que no habían tenido la sensatez de elegirte Diosa.

—Eso no es verdad. —Lo dijo sin acaloramiento, como si Tom se hubiera equivocado de verbo y estuviera corrigiéndolo. Pero el calor estaba allí, subyacente, tácito, una marea lenta de él—. Tuviste que mentirme para conseguir que te ayudara. Nunca tuviste la intención de chantajear al país, pero eso era lo que yo creía. Creía que estábamos trabajando por la paz. Puede que fuera criminalmente estúpida y estuviera tan ciega como un pez abisal, pero nunca creí que fuéramos a hacerlo de verdad.

—Joder, Franny, entonces debías de ser la única.

—Una solitaria hasta el final. —Su mano derecha temblaba de forma casi imperceptible.

—¿Será verdad? —Tom lanzó la pregunta al aire—. ¿Realmente era tan pura como la nieve recién caída, a pesar de que ejecutó la mitad de la puta secuencia de

lanzamiento con sus propias manos?

—Se suponía que debíamos esperar hasta el último segundo para abortar —repuso Frances con la cara blanca. Parte de ello se debía sin duda a lo que Tom estaba haciéndole en la cabeza. Pero parecía una mujer reviviendo su peor pesadilla. Lo había hecho. Había vivido con ello todas estas décadas. Y se había dedicado a asegurarse de que la gente con la que compartía la culpa no siguiera viviendo. Con razón le había tenido miedo desde el principio.

—Yo diría que el jurado ha terminado de deliberar —dijo Tom—. Es una pena que no haya conseguido doce miembros, pero supongo que basta con uno, siempre que sea bueno. ¿Tú qué dices, Skin? ¿Culpable o inocente?

Entre las sombras del despacho de Albrecht, alguien se movió con paso vacilante hacia la puerta. Era Mick Skinner.

Frances dio un paso hacia él —no, se tambaleó, tratando de no perder el equilibrio— y se llevó la mano izquierda a la cara. La pistola tembló en su mano y cayó. Cassidy, con una mirada de soslayo hacia Tom, se movió hacia ella. Pero entonces la mano que había tapado el rostro de Frances cayó y dejó ver la negrura de los ojos y los dientes apretados. El extremo del silenciador apuntó a Cassidy. Oí que Dana contenía el aliento pero Cassidy retrocedió un paso.

Tom había utilizado a Mick, la sorpresa de su aparición, para romper la concentración de Frances. A continuación había atacado con la fuerza suficiente como para arrebatarse por un momento el control de su propia musculatura. Pero ahora Frances había recobrado un frágil control y Tom estaba relajado por vez primera desde que irrumpiera en la habitación. Había golpeado y la había soltado. Era un gesto de triunfo y desprecio.

Mick tenía el aspecto de alguien que ha soportado la embestida de un desastre natural. Sus pulcras trenzas estaban sueltas, tenía el pelo pegado a la frente y a la mandíbula por el sudor y sus rasgos de líneas claras estaban ahora arrugados por la fatiga y las emociones. El pecho de la camiseta que llevaba estaba salpicado de sudor. Debía de haber llegado desde la isla a pie, corriendo. Obedeciendo las órdenes de Tom. Sus puños se abrían y cerraban a ambos lados del cuerpo.

—Culpable —dijo en voz baja, mirando a Frances. Y, como un eco de sus propias palabras—. Mi familia vivía en Galveston.

—Iba a decírtelo —dijo Frances. Sus ojos lo miraban. Hablaba con voz baja y temblorosa—. Con mis actos, si no con palabras. Puedes hacerme todos los reproches que quieras, pero nunca serán tantos como los que yo me he hecho. A fin de cuentas, he tenido más tiempo. Pero ¿qué me dices de ti? ¿No tienes nada que reprocharte?

—Mereces morir —replicó Mick con voz estrangulada.

—Lo mismo que tu amigo, aquí presente. No te metas. No avisaste a Tom de mi llegada por afán de justicia. Jesús, ojalá lo hubieras hecho. De ser así, no habrías permitido que estos civiles sufrieran las consecuencias. Además, Tom no te había dicho que yo fui uno de los responsables del *Bang*, ¿verdad? Quería que me

incriminara sola. Sabía que así te haría más daño. Así que, ¿por qué le dijiste que veníamos? ¿Qué idea superior te ha obligado a advertir a la serpiente de la llegada del escorpión?

Mick guardó silencio.

—¿O no fue por ninguna idea? —Bajó la voz—. Puedes alejarte de él, Mick. Ahora mismo. Puedo contenerlo el tiempo necesario. Coge a Gorrión y largaos de aquí. No puede hacerte nada. Si te ha dicho lo contrario, era mentira.

—Para ti es fácil decir eso —intervino Tom con voz alegre—. La experiencia del viejo Skin dice otra cosa.

—Lo he intentado —dijo Mick—. Envié a Myra y a Dusty a por mí. Dejé mi cuerpo y monté en Gorrión, creyendo que así podría permanecer escondido hasta que las cosas se enfriaran. Pero me encontraron. Logré despistarlos, pero creo que fue porque me dejaron. Puede encontrarme siempre que quiera, Fran, y ahora también a Gorrión.

—No —dijo Frances, y en su voz había la misma tristeza que cuando le había dicho a Dusty, «tengo una memoria muy buena»—. Solo te tiene bajo su influjo. Y cuanto más tiempo te quedas a su lado y más trabajos sucios hagas para él, más fuerte se hará.

Pero yo, sin poder evitarlo, había levantado la mirada hacia Tom.

—Es cierto —me dijo este—. La primera vez que envié a mis chicos, te salvaste gracias a Mick. Te aseguro que Mick y ellos no se tienen demasiado cariño. La segunda vez fue cosa de Franny. Pero entre las dos, fui yo quien envié a Mick.

Mick, en los archivos, diciendo «he venido a buscar mi chaqueta».

—Bastardo, eso no es cierto —dijo Mick—. No me enviaste tú.

—La cosa se torció un poco —dijo Tom como si Mick no hubiese hablado—. Aunque al final fue para bien. Hasta ahora, nunca había conseguido introducir a nadie en esa puta isla.

Esta vez Mick no protestó.

—Dios mío —suspiró Frances—. ¿Es que no te oyes? Hablas como el Implacable Ming, contándole tu plan genial al héroe prisionero.

Puso cara de sorpresa.

—¿Quién dice que tú eres el héroe?

—Yo. ¿Cómo puedes ser tan insignificante, Tom O'Bedlam? ¿Cómo puedes haber vivido tanto tiempo y seguir siendo tan insignificante?

—Gobierno una ciudad —repuso él con una mueca—. Tú no eres más que una pequeña asesina.

Sus palabras parecieron ofenderla.

—Yo busco venganza para todo el hemisferio occidental. Creo que eso es grandioso.

Tom se apoyó en los cojines del sofá y sonrió.

—Joder, Franny, te he echado de menos. Yo sí te habría elegido Diosa.

—No empieces —dijo Frances en voz baja.

—No pierdo nada por preguntar. Hay suficiente para los dos. —También él había empezado a hablar en voz baja. Albrecht, que estaba sirviéndose otro trago, hizo un pequeño ruido y se volvió—. Fran, te conozco. Te conozco mejor que nadie. Sé que Skin cree que es importante para ti, pero no es más que tu perrillo faldero. —Esto hizo que Mick se encogiera y mirara a Frances—. Podría volver a ser como en los viejos tiempos. Sé lo que quieres, Franny.

Su voz y su rostro habían adquirido una dulzura sorprendente. Frances lo observaba gravemente, con la línea de sus oscuras cejas recta y los labios apretados. La lucha mental había terminado. Aquella era la limpia e insidiosa presión de las palabras y el pasado mutuo.

El resto de nosotros permanecemos en silencio, sentados o de pie, mientras nuestro futuro se decidía por nosotros. Había visto la expresión de Albrecht cuando Tom había ofrecido la mitad de su ciudad como dote. Había visto la cara de Mick. Mick, que pocas horas antes había hecho el amor con Frances. La expresión de Cassidy era de ciega e interminable desesperación, la mirada de un hombre que no cree que las cosas vayan a mejorar nunca. Y Dana, a mi lado, parecía una estatua de hielo. No había levantado los ojos de la mesa china desde que la pistola de Frances apuntara a Cassidy. No había una sola gota de sangre bajo su tenue bronceado y sus dedos retorcían la seda de su traje sobre sus rodillas.

Chango, ¿iba a dejarme llevar al matadero en silencio? Era mi equipo el que tenía la pistola. Si es que mi equipo seguía siendo mi equipo. Quería salir de allí. Frances quería... algo.

—No lo entiendo —dije con un tono lo más despreocupado posible. No sabía muy bien lo que pretendía conseguir, aparte de un cambio de tema—. ¿Por qué me habéis metido en esto?

Tom se aproximó lentamente al otro sofá y se sentó. Ahora estaba en ángulo recto con respecto a mí y su rodilla derecha me rozaba la izquierda. Una sonrisa fue apareciendo en su cara, paso a paso.

—Porque Mick me habló de ti. ¿Te han contado Frances y él lo bien que lo pasábamos antes? Tenía ganas de probarte.

—Prueba esto —dijo Frances con calma. Levantó la pistola con las dos manos y se preparó para disparar. El silenciador tenía un ojo negro perfectamente redondo que miró los míos.

Quise gritar. En lugar de hacerlo, me moví. Antes de saber siquiera lo que eso significaba, me vi rodando por detrás del sofá y abalanzándome hacia la puerta protegida por Cassidy. La pistola emitió un sonido feo, apagado.

Cassidy llegó primero a la puerta... y la abrió de par en par. «¡Vete!», se dibujó en sus labios. Su rostro demacrado estaba retorcido de angustia, como el de un hombre frente a la medusa. Tenía que llevármelo conmigo. De lo contrario, Tom Worecki lo disecharía vivo y él lo sabía. Lo cogí por el brazo al llegar a la puerta.

El miembro se convirtió en una serpiente, fuerte y hostil. No, seguía siendo un brazo, pero retorció el mío y le dio un tirón que hizo que me ardiera la articulación. El otro me atenazó la mandíbula. Oí una risilla junto a mi oído.

No podía verlo, pero sí parte de la habitación que acababa de abandonar. Frances seguía allí, sin apuntarnos del todo con la pistola y con una expresión pareja a la de Cassidy. Dana, acurrucada en el sofá, nos miraba con los ojos muy abiertos. Albrecht se había pegado a la pared y se tapaba la cara con las manos. Mick seguía junto a la puerta de la oficina, con un brazo extendido, como si pudiera impedir lo que estaba sucediendo. Y Tom estaba sentado, vacío, en el sofá.

Vacío.

La voz de Cassidy dijo, junto a mi cabeza:

—Ya te lo dije, Franny. Podría partirle el cuello al chico. ¿Quieres verlo? — Entonces inhaló entre dientes, como si algo lo hubiera golpeado.

Traté de soltarme pero solo conseguí hacerme daño. Aun así, no dejé de intentarlo. Si hubiera podido arrancarme el brazo por el que me sujetaba, lo habría hecho.

—Dices que sabes lo que quiero —dijo Frances con voz vacía, como si hubiera enviado las palabras a sus labios sin instrucciones referentes al tono—. Después de todo este tiempo, de toda esta vida demasiado larga e indulgente, solo quiero una cosa. Y lo más antinatural de toda la creación de Dios es que pueda estar aquí, con una pistola en la mano, y a pesar de todo se me niegue esa única cosa.

Los ojos de Frances eran redondos y negros como la pez, como si las pupilas se hubieran tragado el iris. No creo que pudiera vernos. Pensé que debía de estar recorriendo un paisaje desierto de pesadilla en el interior de su cabeza, donde convergería sobre Tom Worecki con toda su mente consciente, su inteligencia y su poderosa voluntad. El cuerpo de Cassidy seguía inmóvil, rígido como una piedra. También Tom caminaba por aquel paisaje. El cañón de la pistola se movía de un lado a otro y volví a ver la boca del silenciador.

Creo que no oí el arma. Habría sido algo dramático, pero, por muy dramático que fuera el momento, no creo que incluyera aquel detalle. No, no oí, vi ni sentí nada. Perdí el sentido...

... y lo recobré a cuatro patas, mientras la voz de Tom atronaba en la habitación:

—¿Qué es eso? ¿Qué coño es eso?

—¿Cass? —dijo la voz de Dana, débil, desde el mismo sitio. Y entonces, con más fuerza—. ¿Cass?

Sentí algo raro en la camisa, a la altura del hombro y de la espalda. Se me pegó a la piel. Volví la cabeza y me encontré con el brillo de la sangre debajo de la barbilla. No podía respirar. Tenía miedo de mirar atrás.

—¡Cassidy! —gritó Dana finalmente. Cruzó la alfombra tambaleándose y cayó de rodillas junto a él. Junto a su cuerpo, a mi lado. Había que saber con antelación que era Cassidy para reconocerlo. Me estremecí, una, dos veces, y entonces comprendí

que no iba a parar.

—Bastardos —dijo Dana con voz entrecortada—. ¡Putos bastardos!

—¿Quieres intentarlo de nuevo, Franny? —dijo Tom desde el sofá con voz áspera—. ¿Quieres comprobar cuántos civiles eres capaz de liquidar antes de que me canse y te saque las tripas por la boca?

Frances se detuvo frente a mí, con las piernas separadas y apuntando con la pistola al suelo. Miraba a Tom como si sus ojos no pudieran volver a moverse.

—Déjala, Tom —dijo Mick con voz casi inaudible. Puede que si hubiera levantado más la voz hubiera perdido el control—. Déjalos a los dos. Ya has demostrado que podías vencerla. No puede detenerte. Deja que se vayan.

—¿Qué coño es esta cosa, Mick? Tú la has montado. No me habías dicho nada.

—... es un *cheval*.

—¡Y una mierda! Pero si no tienen cerebro.

Me puse lentamente en pie. Dana estaba en cuclillas junto al cuerpo de Cassidy, llorando: grandes sollozos temblorosos sin el menor atisbo de consciencia. Se tapaba la cara con las manos. Ahora que no había nadie para sentirlo, no lo tocaba.

Mick exhaló un suspiro tembloroso.

—Es una larga historia, Tom. Por favor, deja que se vayan. Te lo contaré todo. No te interesan para nada.

—¿Ah, no? ¿Es una historia muy larga, Skin? —Sacudió la cabeza en dirección a Frances—. Ve a quitarle la pistola.

Mick se aproximó lentamente, temblando. Creo que esperaba que Frances le disparara. Pero ella se limitó a mirarlo fijamente, con el arma aferrada con ambas manos. Entonces le quitó el cargador y se la entregó a Mick. Tom se echó a reír.

—Muy bien. Y ahora, la cosa va a ser así: Skinner va a contarme esa historia tan larga. Entonces decidiré lo que hago con vosotros e iré a buscaros. ¿Tú qué piensas, Skin? ¿Quince minutos? ¿Es tan larga tu historia? —Echó la cabeza atrás y se rió—. Jesús, Skin, si Scherezade llega a tener esa cara, su viejo la habría liquidado la primera noche.

Entonces se volvió hacia Frances y hacia mí. No parecía un hombre que acababa de reír a carcajadas.

—¿Habéis visto alguna vez a un conejo cuando lo atrapa un perro? Corred, conejitos. Estaré justo detrás de vosotros.

7.1: uno recibe lo que paga

De haber sabido que Tom era, al menos en esto, totalmente sincero, habríamos cogido el ascensor.

Pero lo que hicimos fue correr, tal como nos había ordenado. Nos lanzamos por la escalera de incendios en la oscuridad casi total de las luces de emergencia y el calor reconcentrado del día pasado. Al principio parábamos en los descansillos, esperando una emboscada o el sonido de un disparo. Dejamos de hacerlo después de doce pisos. A fin de cuentas, ¿de qué nos serviría? ¿Para tener la ocasión de devolver el fuego? ¿Con qué? Pero la tensión sobre nuestros nervios era tan grande como sobre nuestras piernas y pulmones.

Cuando llegamos al primer piso, estábamos sudando. Frances había estado dos veces a punto de caerse. Se apoyó en la puerta que había al final de las escaleras, con la cabeza atrás, inhalando y exhalando atropelladamente.

—Lo siento —dijo—. Quería decírtelo mientras tuviera la oportunidad.

—Da igual. —Y la verdad es que era así. Había matado a... ¿mi amigo? No lo sabía, no podía asegurarlo, desconocía lo que era un amigo. Podría haberle preguntado a él si éramos amigos de no ser porque... Pero ella no era responsable: los gatos matan pájaros y las serpientes de cascabel muerden, es su naturaleza. Ella había dicho que solo quería una cosa en el mundo. Me pregunté si ahora querría algo.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó—. ¿Debería prepararme para algo raro?

—No lo sé. Puede que no. Es el Salón de los Cristales Rotos.

Un fino chorro de carcajadas.

—La Corte de Cristal. ¿Qué le pasó?

—No lo sé —volví a decir—. El primer piso está totalmente vacío, con la excepción de la mesa del guardia. Creo que la estructura se ha dejado como una especie de tierra de nadie. Estaremos expuestos cuando la crucemos.

—Bueno, al menos eso será un cambio. Vamos allá.

Salimos rápidamente de la escalera. Yo iba delante porque sabía dónde estaba la puerta. Frances sabía dónde debía estar. Unos círculos de luz débil se confundían entre los azulejos rotos del suelo y los fragmentos de cristal y plástico, y se colaban por los huecos de lo que en el pasado habían sido escaparates, cubiertos por los restos quebrados de las cristalerías. En el centro de la sala se levantaban los restos ruinosos de una escalera mecánica que se había soltado del balcón del segundo piso y había quedado apoyada sobre el suelo como la columna vertebral de un dinosaurio de metal. Yo tenía un fragmento mal conservado de un antiguo programa de televisión en el que se veía aquel espacio lleno de gente y la escalera subiendo y subiendo. Lo había visto una vez y nunca más.

El suelo crujía y tintineaba bajo mis pies mientras corría, ruidoso como una sirena. Oía a Frances detrás de mí; pero, de repente, dejé de oírla. Había resbalado y caído de rodillas. Me detuve, volví, la cogí del brazo, la obligué a levantarse y me la

llevé. Logró ponerse en pie justo antes de que tuviera que arrastrarla.

Dos disparos, pensaba mientras la puerta se iba acercando. *Uno para ella y otro para mí. Voy a oírlos en cualquier momento. Ya se ha divertido suficiente.* Entonces cruzamos la puerta y nos encontramos con un aire cálido y húmedo que olía a comida y vapores de alcohol, sudor y humo de cocina, nada que ver con las habitaciones del último piso de Ego. El triciclo seguía allí.

—Es una locura —dijo Frances mientras sus manos temblorosas trataban de abrir la cerradura—. En cuanto arranquemos, nos perderá de vista. No puede... Oh, Dios. —Se frotó la cara con las dos manos. Los dedos le pintaron las mejillas con pequeños regueros de sangre. Debía de haberse cortado al caer al suelo en el Salón de los Cristales Rotos—. Pues claro: a Tom no le importa un pimiento que desaparezcamos. No podemos hacerle ningún daño. ¿Por qué debería importarle que escapemos? Ahora mismo debe de estar riéndose con ganas.

Me ayudó a subir a la parte de atrás y ocupó el asiento del conductor. Al margen de lo que pensara que Tom estaba haciendo en aquel momento, no se movía con menos rapidez. En cuanto a mí, la ciega fuerza que me había sacado de Ego se agotó en cuanto la capota del triciclo se cerró sobre mi cabeza. Un temblor recorría mi cuerpo a oleadas y para no pensar en Cassidy tuve que dejar de pensar por completo.

Dios, ni siquiera había tenido una última línea decente. No había tenido última línea punto. Ya no habría más acciones confiadas, sencillas, mal concebidas; ni momentos escasos en los que aquella notable mente asomaría por una abertura de los vapores del alcohol. Aquella notable mente estaba ahora pegada a la pared de Ego...

Deja de pensar.

Y luego estaba Dana, que seguía viva, todavía allí, que podía acabar por envidiar a Cassidy, porque nadie puede permanecer para siempre en el lado bueno de un loco. Y cuando se encontrara hundida hasta las rodillas en la pesadilla, ¿quién podría sacarla de allí? ¿Qué amigos le quedaban...?

Basta.

El triciclo se había puesto en marcha. Los edificios pasaban sobre nosotros. Frances tenía los hombros alzados, como si estuviera esquivando algo. Al cruzar una intersección vi que unos faros se encendían detrás de nosotros y nos seguían.

—*Dios te salve María*^[35] —escupió Frances—. Dime que es una coincidencia.

Giró y giró y cogió un peligroso atajo por los restos del aparcamiento cubierto de un viejo hotel. Salimos casi volando a la calle y doblamos la esquina. Algunas calles después, los faros volvían a estar detrás de nosotros.

A la tercera vez, nos habíamos desviado al sur hasta llegar al Palacio de Exposiciones. Frances ganó un pequeño respiro acelerando por la rampa de salida de una autopista —el encargado del peaje nos vio venir y salió corriendo de la garita— y, con un derrape, atajando por la hierba alta del terraplén y saliendo a la calle. No pude entender lo que decía por culpa del ruido del motor, pero su tono transmitía furia y pánico a partes iguales.

Más adelante, la oscura silueta de Ego se alzaba sobre sus torres gemelas, coronada por un anillo de luz y con las dos antenas elevándose desde el tejado como dos cuernos...

—¡Radio!

—¿Qué? —gritó Frances.

—¡Tienen radio! Son los únicos porque nadie puede permitirse la energía que necesita un transmisor. ¡Pero Albrecht controla las emisoras comerciales! Algunos vigías con binoculares, conectados a un punto central, más los receptores en los coches...

—Oh, Dios —gimió—. Empezaba a acostumbrarme a que la civilización hubiese muerto. Supongo que no sabrás cómo interferir su señal.

—Claro. Con un buen pulso electromagnético... ¿Tienes una bomba nuclear? —dije con innecesaria fuerza.

—Muchas gracias.

—Bastaría con transmitir en su misma frecuencia, pero tendría que saber su vataje y la altitud de la antena. No hay nada que hacer.

—Y con este tráfico no puedo despistarlos —dijo Frances amargamente, señalando las calles vacías que nos rodeaban.

—No —respondí lentamente, porque no sabía si había tenido una buena idea—. Pero si puedes mantenerlos a raya el tiempo suficiente para llegar a la Feria Nocturna, apuesto a que allí no pueden seguirnos.

Pasó un momento. Entonces dijo:

—Y a partir de allí puedo coger la vieja I-394 y dejarlos atrás.

Pensar en otra cosa era tan bueno como no pensar en nada. Solo tenía que asegurarme de que no se me acabaran las otras cosas en las que pensar.

—¿Cómo andamos de suelto?

No respondió. Estaba ocupada en una pequeña maniobra mareante. Pero, a juzgar por la calidad de su no-respuesta, debía de ser una pregunta muy estúpida.

Así que añadí:

—Gastos de rutina. Quiero parar en mi casa para coger un par de cosas.

—Te dejaré mi cepillo de dientes.

—¿Y me dejarás tu CD de *Sargent Pepper* intacto?

—Ajá. Gracias por iluminarme. Pero ¿cómo impedimos que nos encuentren entre aquí y la Feria Nocturna, oh sabio Salomón?

—Los garajes subterráneos —respondí.

Hizo un giro de 180 grados en las mismas narices del guardabarros del vehículo que nos perseguía en aquel momento y aprovechó un segundo de respiro para lanzarme una mirada.

—Me asombras. Pero antes tenemos que amputar. Reza para que no haya perdido la memoria.

No entendí lo que quería decir hasta que lo hizo. Giró bruscamente y entró, sin

frenar, en un garaje que se abría entre dos edificios de apartamentos... solo que no era un garaje. Era una callejuela lo bastante amplia para que pasaran dos personas juntas, una o más bicicletas o el triciclo. Pero no el coche que nos pisaba los talones, cuyo conductor debía de haber visto la antigua entrada de coches y había dado por supuesto que era lo que parecía ser. El estrépito fue espantoso.

Frances apagó los faros y recorrió el equivalente a dos manzanas de callejuelas sinuosas.

—Bien —dijo—. Seguía ahí.

—¿No lo sabías?

—No estaba segura. ¿Por cuál de las rampas quieres que entremos?

Me arranqué de los pensamientos la muerte de la que acabábamos de librarnos y me puse a ejercer de copiloto.

Atravesamos las Profundidades pasando de las raíces de una torre a la siguiente. Entre torre y torre, cuando teníamos que cruzar alguna calle, poníamos el motor en punto muerto y nos dejábamos llevar. En una ocasión, bajo el edificio de la familia Dayton, tropezamos con una fiesta, una mezcolanza de niños de la noche y basura de las calles que bailaban, bebían y ligaban bajo las luces y los techos bajos de hormigón. Se dispersaron al vernos y pasamos entre ellos como una aguja por un pedazo de arpillera. El grupo ni siquiera dejó de tocar.

Finalmente, salimos a la superficie frente a una de las puertas de la Feria Nocturna, la misma a la que me había llevado el primer día. Frances paró el vehículo a la sombra de un saledizo y estudió la calle. No estaba vacía. La Feria no había terminado aún de expulsar las sobras.

—Cuidado —dijo. A sí misma, creo—. A estas alturas deben de estar frenéticos. Ya le habrán dicho que nos han perdido y él...

—¿Qué? —pregunté.

—Tenemos que salir de aquí, en serio —dijo sin más—. Porque si no lo hacemos, meterá una caña con la mejor carnada que sea capaz de encontrar y empezará a moverla. Como, por ejemplo, nuestros amigos.

Abrí la boca para decirle que no tenía la menor intención de cambiar mi vida por la de Dana y volví a cerrarla. Supongo que lo habría dicho de haber sabido con certeza que era cierto o que no lo era. Pero lo único que dije fue:

—Mick nos ha vendido.

—Bueno, acuérdate de todo lo que le he dicho. Seguro que él lo hace. «Y ahora, soldados, marchemos...».

Encendió el triciclo y cruzamos la calle con el máximo sigilo que permitía el motor.

En la Feria reinaba la conmoción y el grado de frenesí que era posible alcanzar en el transcurso de una noche. Nunca me había preguntado cómo era posible que me sintiera tan bien allí y tan mal en un grupo de cuatro personas. La respuesta, ahora que lo pensaba, era obvia. Las calles y los puestos de la Feria Nocturna eran lo

opuesto a la intimidad. Formar parte de un grupo de cuatro era ser un punto focal. Formar parte de un centenar era como ser un grano de arena en la playa.

—¿Es siempre así? —preguntó Frances, sorteando por poco un camión de agua.

—Oh, sí... —pero no lo era. La densidad de gente era la misma pero las corrientes galvánicas que la atravesaban, el ruido de las voces, la intensidad del movimiento, todo esto era diferente. Ahora decían, «alerta, alerta, algo necesita su atención, fallo del sistema».

Tanto Mick como Dana sabían dónde estaba mi apartamento. Y Mick sabía lo que contenía.

—Aprisa —dije.

Frances me miró. Sea lo que sea lo que vio, bastó para convertir su vehículo en un instrumento del caos.

No pudimos acercarnos a más de media manzana de mi edificio. No hizo falta. El último piso era una antorcha que posiblemente pudiera verse desde la isla.

Abrí la capota de una patada y salí a las abarrotadas calles pasando por encima de Frances antes de que pudiera detenerme. Fue tras de mí y me alcanzó. Luché con ella y chillé hasta que, con fuerza y una economía de movimientos fruto de la experiencia, me propinó un puñetazo en el estómago. Me retorcí y caí al pavimento en medio del pequeño claro que habían formado los curiosos. Mi propio desastre personal. ¿Se habían parado a pensar los responsables en las personas que vivían allí? El viejo que cantaba tan mal, la gente que cenaba coliflor... ¿estaban todos muertos? Pero es que tenía que ser un incendio. Lo único que podía dañar los archivos era el fuego.

Me faltaba el aire e inhalé una mezcla de humo, chispas y cenizas flotantes. El fuego era ruidoso, más ruidoso que la multitud. Hubo un crujido explosivo y alguien que había sobre mí dijo:

—¡Ahí va una viga! —y las voces y comentarios que se elevaron por todas partes me confirmaron que el último piso se había desplomado. Levanté la mirada... y vi, medio tapada por la gente que me rodeaba, una cabeza de cabello revuelto, teñido de rosa claro a la luz del fuego. La multitud se movió: lo vi de cuerpo entero por un momento, con su traje gris y sus gafas de espejo, sonriendo a las llamas como un ángel ciego. Su compañera también sonreía, mientras, con aire ausente, le pasaba los dedos por el vello de la nuca. Dusty y Myra Kincaid. Saciados, al menos de momento, de crueldad.

Frances me cogió por el codo, me obligó a ponerme en pie y regresamos a trancas y barrancas al triciclo. Me aferré a él cuando lo encontré bajo mis manos. Había dos camiones bomba en la calle y sus dotaciones se afanaban como galeotes, pero el agua que expulsaban las mangueras solo alcanzaban el cuarto piso. Si el fuego seguía su curso actual, pronto llegaría a la azotea. Frances me pasó un brazo alrededor del hombro. Me aparté.

—Vale —dijo—. Lo olvidaba. Pensé que esta vez... ¿Puedes ponerte en pie?

Podía. Lo había dicho con voz templada, así que, al levantar la mirada hacia ella,

que se encontraba junto al vehículo, me sorprendió ver que una fina línea de lágrimas atravesaba la mugre y el hollín de cada una de sus mejillas. Me llevé los dedos a la cara para comprobar si estaba húmeda, si era algo que estaba cayendo del cielo en lugar de lágrimas, pues, ¿por qué iba a llorar Frances por aquello? Pero tenía la cara seca. Es lógico. El fuego evapora el agua. El interior de mi cabeza estaba seco y en silencio.

Me dijo varias cosas mientras volvíamos a subir al triciclo: que estarían buscándonos y que teníamos que irnos ahora mismo si queríamos escapar. Sonaba sensato. No sé si esperaba una respuesta.

Lo siguiente que dijo fue un comentario escatológico.

—Un bloqueo de carreteras —añadió. Vi que estábamos bastante lejos de la Feria Nocturna, y que tenía razón. Y que no era el único.

Un tiempo después, estábamos aparcados en un sitio oscuro. Frances estaba sentada en el asiento del conductor como si hubiese recibido un balazo en las tripas y tenía los brazos alrededor del torso.

—Mientras nosotros corríamos por las calles como iconos de un videojuego, él ha clausurado la ciudad —dijo. Su voz era una caricatura de la que yo conocía—. Quizá podríamos salir a pie. Es posible, pero no llegaríamos muy lejos. Dios mío, Dios mío, ¿por qué no dejaste que lo matara? —Entonces se sacudió y se puso derecha—. Ya basta. Bueno, Horacio, necesito otra idea. —Volvió la cabeza.

Quería que yo pensara. Sacudí la cabeza para decirle que no podía, que la causa, el efecto y su manipulación me estaban vedados en aquel momento porque formaban parte del transcurso del tiempo y ese era un lugar al que no quería ir. Puede que ella pensase que no se me había ocurrido ninguna idea. Para el caso, lo mismo daba.

Permaneció allí sentada, inmóvil, largo rato. Entonces encendió el triciclo.

—Hay que volver a la isla, si podemos. Tal vez China Black nos entierre en el sótano un año y un día, o el tiempo que haga falta para que Tom encuentre una distracción que no seamos nosotros.

Ignoro por qué no había ordenado Worecksi que levantaran el puente. Puede que alguna propiedad de la isla lo impidiera. O puede que hubiera puesto un control en la sección que conectaba la isla a la otra orilla, donde no habría sitio al que huir ni forma de escapar. Pero cuando llegamos al otro extremo del puente, la salida estaba expedita. Frances condujo muy despacio, moviendo la cabeza de un lado a otro, hasta que finalmente dijo:

—Allí —y giró. O había alguien esperándonos, o ella había encontrado la calle por pura fuerza de voluntad.

La puerta de China Black parecía diferente en la oscuridad, los viejos tablones más altos, más pegados unos a otros, más imponentes. Frances avanzó otros veinte metros, maldijo y dio marcha atrás. La puerta no se abrió cuando paramos delante. Frances dejó el motor en punto muerto y salió del vehículo, llamó a la puerta y luego la aporreó. No hubo respuesta.

Se apartó un paso de la puerta y se dirigió a ella en una voz clara y firme, tan brillante como el cromo pulido:

—Entiendo vuestras reservas: yo tampoco querría estar cerca del idiota con el palo después de que hubiese golpeado el avispero. Pero al menos podríais tener la decencia de haceros cargo de una de las víctimas.

Funcionó como un sortilegio. Tras un instante, la hoja izquierda de la puerta se abrió lentamente hacia dentro. Fue la propia China Black quien la abrió. Sus cejas reflejaban las luces cuando miró a Frances. Entonces cruzó la puerta y la cerró tras de sí. La prenda negra de cuello alto que llevaba, decidí, era una túnica.

Llegó junto al triciclo en pocos pasos y me miró.

—¿Te han herido? —Alargó una mano hacia mi hombro.

Claro. La sangre. Había olvidado que llevaba los colores de Cassidy sobre la camisa.

El desapasionado y cínico observador que gobernaba mi cabeza no estaba al mando de mi cuerpo. Me sorprendí tanto como cualquiera de los presentes al ver que me apartaba de ella bruscamente, me encogía en el asiento del copiloto y me llevaba las manos a la cara como si quisiera bloquear todos los sentidos que se originaban allí.

—No —dijo Frances y sentí que China Black apartaba la mano—. No es de e... La sangre no es de Gorrión. Pero sí, es la víctima. Lo único que quiero es salir de la ciudad, o un sitio para refugiarme hasta que se calme el embrollo que he organizado.

La estúpida reacción física había pasado ya.

—No tendrías tantos problemas —murmuré mientras me enderezaba con cuidado — si no hablaras de mí en tercera persona.

Pero China Black ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No puedo. La isla solo es segura porque a él no le interesa. No tenemos defensa contra la fuerza que podría desencadenar contra nosotros. Somos muy pocos y ese no es nuestro campo. Aquí no podemos protegeros. Lo único que haríamos sería morir a vuestro lado. Y, perdóname por decir esto, pero no es nuestra guerra.

Frances levantó la barbilla.

—Según parece, las noticias viajan deprisa. Pensé que ya no quedaban teléfonos en los coches.

—Los rumores viajan deprisa. El hecho de que estés aquí, desesperada, los confirma, ¿no?

—¿Puedes al menos ayudarnos a salir?

Otra negativa.

—No sé lo bastante. Lo siento. Tened cuidado con el río. Podrían atraparos en las antiguas esclusas y compuertas y es posible que estén vigilando también los puentes. Pero si lográis escapar, hay un lugar al que podéis ir. —Nos dio la dirección como quien recita una lección: al sur, más al sur de lo que yo había estado desde que llegara a la ciudad por primera vez.

—No nos advertiste sobre Mick.

—No estaba segura hasta anoche, cuando descubrí que se había ido. Lo siento.

—¿Sherrea sigue aquí? ¿Y Theo? Me gustaría despedirme —dije.

Puede que fuera una estupidez, pero ninguna de ellas me miró como si lo fuera.

—Se han ido los dos —dijo China Black—. Ellos también están en peligro, porque los vieron contigo. Se marcharon poco después que tú.

—Claro. —No tenía nada más que decir.

Frances estaba muy tiesa, con una mano apoyada en el triciclo.

—Siento haber respondido así —le dijo a China Black—, cuando lo que tendría que haber hecho es darte las gracias por haberme acogido. Algún día, alguien librará a Tom y al resto del mundo de su miseria. Hasta puede que lo haga él mismo. Pero yo no tendré otra oportunidad.

—La vida está llena de segundas oportunidades —dijo China Black con severidad.

—No digo que no. Pero gracias, de todos modos. —Volvió a montar y cerró la capota detrás de sí. China Black retrocedió un paso cuando se encendió el motor. Frances la saludó con la mano y se alejó de allí.

El este estaba tiñéndose de blanco, un blanco lechoso. La luz iluminaba el puente mientras volvíamos a cruzarlo, en dirección al primer refugio que pudiéramos encontrar. Otro amanecer en compañía de Frances. Había pasado más tiempo consecutivo con ella que con Sherrea. No me parecía que eso, por sí solo, constituyera una amistad.

Esperaba que Sherrea estuviera sana y salva. Al menos ella lo había intentado. Me había dicho que cambiara la mala vida que llevaba hacía mucho... hacía días. Una eternidad. Que me olvidara de mí y sirviera a lo que me saliese al encuentro. Ya quedaba muy poco que olvidar. Pero sí algo, supongo, a lo que servir. ¿Cuántos días hacía de aquello? ¿Cinco? ¿Seis? La había llamado desde Del Corazón y había amenazado a Beano con... Sí, había sido...

—¿Qué día es hoy? —pregunté a Frances.

Una pausa.

—Jueves, creo. No, ya es mañana: viernes.

—Gira a la derecha en la siguiente calle.

Me miró un instante.

—¿Eso es una máquina de tomar decisiones?

—He tenido una idea. No, por ahí. Y ahora sigue recto.

Tras un trecho corto y lleno de cautela paramos en las sombras de la calle trasera de Del Corazón. Puede que fuera tarde. Pero no podía ser: eso sería cerrar la última puerta, la injusticia definitiva en un mundo injusto. Quince años de vida tirados, borrados de un plumazo. Si resultaba que llegaba quince minutos tarde para la única cosa generosa que había querido hacer en toda mi vida, sería más de lo que merecía. Tiré del cordel de la campanilla, esperé y volví a tirar.

La puerta se abrió de par en par y el marco protestó con un chirrido metálico. Beano estaba al otro lado, blanco como la leche diluida, ataviado con unos vaqueros ajustados y rotos y una camiseta que parecía morir de cansancio cruzando sus pectorales. Frunció el ceño al verme. Empezó a cerrar la puerta.

—No —dije con la voz rota—. Escucha primero el trato. Luego toma la decisión que quieras.

—¿Un trato? —preguntó Beano—. ¿O un chantaje?

—Un trato. ¿Podemos pasar?

Creo que no se había fijado en Frances hasta entonces.

—¿Quién es?

—Un paquete que quiero entregar.

—Cerrado con cinta aislante —dijo Frances sin demasiado entusiasmo—, y no con cuerda. A mí no me mires. No tengo ni la menor idea de lo que está pasando.

—¿Podemos pasar? —repetí.

Después de un momento, Beano dijo:

—Estoy ocupado.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. —Y aguanté la mirada furibunda y teñida de rosa que me dirigió.

—Así que es un chantaje.

Sacudí la cabeza.

Creo que nos dejó pasar por genuina curiosidad. Nos llevó apresuradamente por las habitaciones traseras hasta la tienda, que olía a incienso viejo y nuevo. Frances se sentó, con el tobillo de una pierna apoyado en la rodilla de la otra, en la esquina de una mesa repleta de pantalones vaqueros. Habría sido una pose de despreocupación muy convincente si no la hubiera arruinado mirándome fijamente. Tras ella, colgado de un gancho, había algo hecho de hilo de seda, como la tela de una araña opulenta. Beano se colocó detrás del mostrador y se apoyó sobre él. Lo hizo para dejar claro cuál era mi posición. Estaba allí como suplicante. Mi oferta y yo íbamos a ser sometidos a juicio.

—¿Y bien? —dijo.

Por costumbre, y por un deseo inconsciente de que las cosas volvieran a la normalidad, empecé a pensar cómo pedirle lo que quería sin demostrar lo mucho que lo necesitaba o lo mucho que valía. Me detuve y me tragué todas las palabras que había preparado. No era el momento.

—Hemos cabreado al jefe de la ciudad —dije frente a la poco receptiva expresión de Beano, porque no creo que hubiese podido explicarle lo de Tom Worecki—. Y tiene tantas ganas de pillarnos que se bebería el río si creyera que estamos en el fondo. Quiero comprar un billete para ella —señalé a Frances— hasta otro lado de los controles de carreteras, fuera de la ciudad.

—¿Y tú qué? —preguntó Frances con voz tensa.

—¿Y cómo esperas que lo haga? —preguntó Beano. Ambos ignoramos a Frances.

Puede que no le gustara pero confiaba en que lo aceptase.

Aspiré hondo. Era posible que hubiera llegado tarde...

—En este mismo momento, en algún lugar cercano, hay gente descargando barriles de metanol que jamás han pasado por las manos de un recaudador. Como todos los viernes. Ella puede salir por el mismo camino que usan los barriles para entrar.

Beano estaba relajado cuando yo había empezado a hablar. Ya no lo estaba.

—¿O si no la ciudad se enterará de lo del metanol? La cosa no funciona así. La ciudad está ahí fuera. Tú sigues aquí. —Se puso derecho y, de repente, sus hombros y su pecho parecieron ocupar toda la pared.

—Ya te he dicho que no era ningún chantaje —repuse—. Si la sacas de la ciudad, te pagaré.

Su mirada se relajó. Su cabeza se inclinó hacia mí, ladeada, como un pájaro buscando insectos en la hierba.

—¿De veras? —dijo. Tenía los ojos inyectados en sangre y los párpados entrecerrados, como un vampiro después de un atracón.

Asentí, pero lo hice sin apartar la mirada, y eso era suficiente.

—Tengo una pregunta en espera —dijo Frances.

—Solo tú —le dije. Supongo que también debería haberla mirado a los ojos.

Respondió con voz templada:

—Y una mierda.

Podía mentirle. Podía decirle que tendríamos más posibilidades si nos separábamos, que podía encontrar una salida por mi cuenta, o un lugar para esconderme. Como toda buena mentira, contendría una parte de verdad. Sería más fácil sacar a una persona que a dos. Hacía falta menos espacio y menos gente a la que convencer. Así que podía decírselo. Ella podía tragárselo y marcharse sin rechistar.

—Vamos a hacerlo así —le dije.

—¿Por qué?

Maldita mujer. Era capaz de poner más ironía, más fuerza de voluntad, más amenazas y promesas y angustia personal en aquellas dos palabras que nadie que hubiera oído.

—Alguien tiene que quedarse. Yo no tengo nada que perder. Todo lo que tenía que ofrecer, todo aquello a lo que le había dedicado mi vida y mis sentimientos, ha desaparecido. Se acabó, he terminado con eso. Nunca debería haber empezado, eso ya lo sabes.

—Es tremendamente conmovedor, pero te dejas una cosa importante fuera: ¿por qué tiene que quedarse alguien?

Aspiré hondo.

—Porque alguien tiene que pagar.

Frances frunció el ceño. Entonces algo cambió en su cara, bajó de la mesa y se dirigió a Beano:

—El triciclo que hay aparcado atrás es mío. Lo he construido yo misma. Todo funciona. Está lleno de cacharros de antes del *Bang* que no encontrarás en otra parte y estoy dispuesta a apostar la vida a que funcionan. Vale un billete de salida para dos y mucho más. Te lo ofrezco como pago.

Beano le sonrió.

—Me alegro. Los chicos de los barriles también querrán algo. Pueden quedarse con el vehículo.

—Si no lo hubieras mencionado —le dije a Frances con exasperación—, puede que no hubiera pensado en él.

Frances se volvió hacia mí. Estaba pálida.

—No puedes hacerlo. No puedes.

—Por supuesto que sí. No es asunto tuyo. —Miré a Beano y le dije—: Un billete de salida para ella. ¿Hay trato o no?

—Voy a comprobarlo. —Se detuvo en el umbral de la puerta trasera y dijo—: No te vayas.

Cerró la puerta.

—Tú lo has convertido en asunto mío.

Mi mirada se posó en el sitio al que no había querido ir mientras Beano estaba en el cuarto: los estantes del expositor. El juego de agujas de hueso seguía allí.

—No, nada de eso. Ojalá hubiera mentido sobre eso.

—No pienso hacerlo.

—Joder, ni que me fueran a matar.

—¿Y no es así? —dijo, y me miró de tal modo que retrocedí un paso. De repente comprendí que ella no necesitaba que cambiara de idea. Podía obligarme. Podía salir de allí en mi cuerpo, cargada con el suyo debajo del brazo. Y si yo lo sabía, indudablemente ella también.

Así era. Lo vi en su cara. Entonces cerró los ojos y apretó los párpados. Se pasó los dedos sobre la nariz y la boca, se volvió y se hundió en las sombras que había junto a la entrada.

—Sería algo digno de Tom, ¿no? —dijo con voz afable—. Podría usar la fuerza para obligarte a hacer lo que quisiera.

—No saldríamos de la ciudad.

—Probablemente. Supongo que el resultado sería el mismo en ambos casos. Pero ¿sabes? —dijo, bajó las manos y me miró con apenas un jirón de autocontrol—. Había olvidado cómo era Tom. Un mal retorcido que te atrae, que desvía la luz, que se declara el centro del universo y te declara a ti, que estás ahí, sufriendo, una impureza... No, no es así. Dicho así parece algo exclusivo de Tom. No sabía si había cambiado, Gorrión, porque no tenía a uno de los míos para medirme. —Se detuvo. No sé si se obligó a hacerlo o no pudo obligarse a continuar.

Tuve que intentarlo tres veces para poder decir algo.

—Así que puede que no tires la toalla, después de todo.

El silencio duró cuatro latidos. Los conté.

—Ah. No esperaba que te dieras cuenta.

—Cualquiera que estuviera prestando atención se habría dado cuenta de que has estado liquidando a todos los Jinetes que ayudaron a apretar el botón. Llevas toda la noche dejando pistas.

Exhaló un suspiro irregular que podría haber sido una carcajada.

—Y estabas allí cuando le dije a China Black que había tenido que dejar a uno vivo.

—Sí, pero creo que escogiste al que no debías.

Salió de nuevo a la luz y se detuvo a un brazo de distancia. Yo me quedé donde estaba.

—¿Es esta —dijo— tu forma de intentar que reconsidere mi decisión?

La conversación era demasiado intensa y llevaba siéndolo mucho tiempo. No podía más.

—Sí. No. No lo sé.

Beano abrió la puerta trasera de la tienda.

—Están de acuerdo —dijo—. Trato hecho.

Ya sabía que iba a ser así. Sabía que Beano los convencería.

—Estupendo —le dije—. En cuanto ella esté fuera, recibirás tu pago.

Beano frunció el ceño al oír esto, pero lo miré con cara de pocos amigos y finalmente se encogió de hombros.

Frances levantó las manos y las dejó caer.

—No será fácil vivir con esto que me pides —dijo, de nuevo con duda en la voz.

—Tienes mucha práctica —le recordé—. Sobrevivirás. —Y me dirigí al último cuarto de la trastienda para esperar.

La ciudad se levantaba sobre una red de túneles de mantenimiento, varios de los cuales databan de principios del pasado siglo. Algunos de ellos se habían utilizado para almacenar residuos radiactivos durante los años en los que esta política parecía una buena idea. Otros se usaban como corredores para las conducciones de vapor y el tendido eléctrico. En total, junto con los desvíos que sorteaban las secciones colapsadas y bloqueadas, se extendían desde la Feria Nocturna hasta el río. Por allí entraba el alcohol y por allí saldría Frances, hasta el río y una embarcación con una cubierta falsa. Normalmente los contrabandistas hacían el viaje de regreso con la bodega llena de mercancías legales e ilegales. Frances suponría un recorte en su margen de beneficios. El triciclo lo compensaría.

Todo esto me lo contó Beano al llegar al cuarto de atrás, con un pedazo de papel doblado y lacrado en la mano. Yo había asistido al paso del día a través del ventanal que había sobre el dintel de la puerta trasera. El cristal se había teñido de un blanco cegador y el aire se había vuelto caliente e inmóvil. Seguía haciendo calor, pero la luz del ventanal estaba extinguiéndose. Beano me dio el papel.

El lacre tenía la impresión de un pulgar, y las letras «FR» trazadas con una uña.

Pasé un momento de confusión hasta que recordé que el apellido de Frances empezaba por «R». Rompí el lacre.

La letra del mensaje era pequeña y angulosa y la tinta, muy negra. Rezaba:

*¿Qué colinas, qué colinas son esas, amor mío,
esas colinas tan hermosas y altas?
Esas son las colinas del cielo, amor mío.
Pero no para ti y para mí,
Ni tampoco las otras. Al menos, aún no.*

FRANCES

Era una firma más característica que las iniciales y la huella del pulgar. Estrujé el papel y se lo di a Beano.

—Será mejor que quemes esto. Si se enteran de que ha estado aquí, no vivirás para ver cómo acaba la historia.

Tomó mis palabras al pie de la letra. Encendió la lámpara de petróleo de la mesa y quemó el papel sobre ella. Luego se acercó y se sentó en cuclillas junto a la silla en la que yo había pasado la mayor parte del día. Su rostro estaba cubierto de una película de sudor que lo hacía brillar como si fuera mármol mojado. La piel de sus párpados inferiores tenía un leve rubor rosado, como una coloración de fiebre. Llevaba la misma ropa con la que había abierto la puerta aquella mañana: la camiseta estaba manchada de sudor por todo el pecho y en las axilas.

—Te has metido en un buen lío —dijo en voz baja. Uno de sus lagos dedos se posó sobre la sangre de mi camisa. Sentí que la uña atravesaba la tela y se me clavaba lentamente en la carne.

Decidir no es lo mismo que asumir. Y asumir no es lo mismo que aceptar. En el aislamiento impuesto de todo aquel día, con la única compañía de pensamientos que no podía sofocar, había tenido tiempo de asumir lo que me esperaba. Pero a pesar de ello se me revolviéron las tripas y mi corazón se aceleró para respaldar al resto del organismo en cualquier medida desesperada que decidiera adoptar. Me puse en pie. Beano, media cabeza más alto, una montaña de músculo, también.

—Es el Negocio —dijo.

Se lamió los labios... inconscientemente, creo.

—No hay nada gratis —asintió.

Cerré los ojos, esperando a que ocurriera lo que iba a ocurrir. Al ver que no pasaba nada, volví a abrirlos.

Beano estaba sonriendo.

—¿Qué te parece si tratas de escapar?

—¿Por qué? —susurré.

—Porque así es más divertido. —Se volvió y caminó parsimoniosamente hacia la

parte trasera.

Tenía la intención de pagar mi deuda honorablemente, sin protestar. Pero no pude resistir aquel último atisbo de esperanza. Corrí hacia la tienda y la salida.

Me atrapó allí, me empujó contra la pared y me inmovilizó pasándome una mano alrededor del cuello. Los dedos de su otra mano bajaron por una de mis mejillas, recorrieron la mandíbula y descendieron por el cuello como una caricia.

—¿Qué es esto? —preguntó. Levantó el colgante de Sherrea y me lo puso delante de la cara—. ¿Un regalo de tu mamá?

Su presa me impedía respirar. No pude responder. Le dio una vuelta a la cuerda alrededor del puño, tiró y la cuerda se partió. Oí que el colgante caía al suelo.

Descubrió, al cabo de un rato, que yo no era como los demás. No pareció importarle demasiado.

CARTA 8

Alrededores El Diablo, al revés

Gray: el alba de un entendimiento espiritual, debilitamiento de las cadenas de la esclavitud provocada por las cosas materiales, conquista del egoísmo y el orgullo.

Crowley: inteligencia renovadora. Su arma mágica es la fuerza secreta, la lámpara. Sus poderes mágicos son el mal de ojo y el *sabbath* de las brujas. El Hijo de las Fuerzas del Tiempo. Un plan secreto a punto de ser ejecutado.

8.0: donde las serpientes van a bailar

Salí de Del Corazón por mi propio pie, por la puerta de atrás. No fue por orgullo. No había nadie aparte de mí y mi interés por los gestos heroicos había alcanzado su mínimo histórico. Beano se había marchado a alguna parte y el edificio estaba en silencio. No, yo hubiera preferido que me sacaran en camilla pero no había nadie para hacerlo. Y realmente quería marcharme.

Era como si mi cuerpo fuera un fardo que cargase para otra persona. Era pesado y difícil de trasportar, y más a cada minuto que pasaba. Pero tenía que cargar con él, pues si lo dejaba caer tendría problemas. Lo intenté de buena fe durante la mitad de la callejuela, en la oscuridad, apoyándome en las paredes. Hasta mí llegaban los ruidos procedente de las calles que me rodeaban —me encontraba muy cerca de la Feria Nocturna, después de todo— pero la callejuela estaba vacía.

Creo que tropecé con algo, pero el recuerdo que guardo de aquella noche es, por suerte, imperfecto. Puede que simplemente soltase el fardo.

Un poco más tarde, estaba boca abajo, respirando con dificultades. No creo que siguiese en el mismo sitio. Volví la cabeza e inhalé un aire cargado de peste a basura. No recuerdo ningún ruido. Alguien debía de haber quitado el sonido.

Después —o antes. Estas son islas de consciencia en medio de un mar cubierto de niebla y no recuerdo bien en qué orden arribé a ellas o si realmente estuve allí— recuerdo haber sentido un miedo atroz a que Beano me encontrara. Entonces recordé que estaba a salvo de él. Ya le había pagado. Eran mis otros acreedores los que debían darme miedo. Como Cassidy. Ya, estaba muerto. Su fiel de la balanza estaba tan cargado que estaba costándome equilibrarlo. No parecía enfadado por ello. Parecía triste, de hecho, y me pregunté si le habrían contado lo del incendio del apartamento. Quería preguntarle por qué no tenía un agujero en la cara, pero no sé si lo hice ni si él me respondió.

Curiosamente, ninguna de aquellas islas contenía dolor como parte de su ribera. La primera que lo hizo desapareció por falta de aire y se hundió en la oscuridad. Pero ahora había recobrado el conocimiento sobre un suelo liso y duro y un olor a ganado y paja limpia. Oí voces que subían y bajaban en la distancia y, repentinamente, un golpe seco, como de algo que golpeaba contra una superficie de madera muy cerca de mi cara. Me encogí con un reflejo. Lo que, a su vez, indujo a mis terminaciones nerviosas a entablar conversación con mi cerebro. Tengo la casi completa certeza de que el final de aquel recuerdo no es casual. Perdí el sentido.

La voz de Sherrea —¿Sherrea?— gritando, y un ruido fuerte, como un portazo, y una brisa fresca. Abrí los ojos frente a un cielo de satén negro cuajado de estrellas sobre el que se extendía el brochazo blanco de la Vía Láctea. En algún punto bajo aquel cielo estaba mi cuerpo, tan lleno de dolor como una naranja de zumo. Pero no tenía que soportarlo. Reconocí los efectos de algún analgésico y algo más, un pariente lejano del proceso curativo, en el sentido de que aliviaba el sufrimiento de una forma

que le estaba vetada a la curación. Volví a cerrar los ojos.

—... roto —estaba diciendo Sherrea, no muy lejos—. ¿Puedes repararlo, Josh? — Aunque hablaba con tono despreocupado, había una pizca de frenesí en sus palabras.

De una forma marginal, fui consciente de que alguien retiraba una tela y de que algo entraba en contacto con una de mis manos.

—Oya —dijo una voz nueva, contenida, como si hubiera algo terrible en ella—. LeRoy, deprisa, saca a Mags de la cama y dile que se prepare. Nos veremos en el quirófano. Sher, los dedos aquí... eso es... controla el pulso. ¿Sabes lo que es una resucitación cardiopulmonar?

Menos mal que no estaba allí. Daba miedo.

Durante un rato, mi mente siguió trabajando mientras mi cuerpo anunciaba su deseo de darse de baja. La memoria, los sueños y las drogas colaboraron para abrir unas puertas a las que, de haber sido reales y haber tenido yo algo que decir al respecto, ni me habría acercado.

Tras una de ellas había una habitación inundada por la que yo nadaba como podía, buscando una salida. No ayudaba mucho que el agua estuviera llena de cuerpos flotando. Estaban desnudos y flácidos y sus miembros se cimbreaban como algas. Sus ojos estaban abiertos a la nada. Mick, la primera vez que nos vimos, alto y atlético, con un agujero de bala que lo atravesaba de un lado a otro. Dana, con su cabello pálido enredado y revuelto alrededor del rostro, más vivo que ella. Theo, con las gafas en la nariz a pesar del agua, y la cabeza en un ángulo absurdo. Cassidy, seguido por un pequeño reguero de sangre, como una brillante hebra rojiza, y una sonrisa en los labios.

Otra daba a la tercera habitación de mi apartamento, los archivos, con sus preciados contenidos bien ordenados. Al entrar, vi la verdad: los CD fundidos con sus cajas en extrañas curvas medio líquidas. Amplificadores y pletinas ennegrecidos y quebradizos, los chasis retorcidos y los envoltorios infectados de lepra; los libros transformados en ladrillos de ceniza amontonados. El olor de las cosas quemadas era nauseabundo. Entonces, uno tras otro, todos los aparatos se encendieron solos. Los pilotos luminosos y las pantallas digitales se iluminaron como ojos abiertos. Los ventiladores se activaron y, privados de los lubricantes que el incendio había evaporado, empezaron a moverse con chisporroteos y chirridos. El monitor a color fue el último: cobró vida con el tiroteo en la refinería de *White Heat*, convertido en una escena grotesca y técnicamente imposible por la telaraña de grietas que cubría la pantalla. Las llamas lamían las rejillas de ventilación de todos los aparatos.

Y luego estaba la puerta que daba a Frances —¿Frances?—, sentada a mi lado, acercando un vaso a mis labios y diciendo:

—Tómate el opio, cariño. Hay niños sobrios en África.

Hasta puede que esta fuera real.

Pero lo más extraño de todo fue un mundo llano y blanco, como una hoja de papel, sin nada dentro más que una fila inmóvil de pictogramas, como las de las

culturas nativas del sudoeste, figuras estilizadas dibujadas en negro. Me parecía estar viéndolo todo desde arriba. Yo era la figura que había al final de una fila, supe, la que podía ser un perro o un conejo. No podía ver el otro extremo. No sé por qué.

La segunda figura que había al final era una mujer, con los brazos y las piernas doblados en ángulos agudos y un turbante en la cabeza. O quizá un halo de fuego.

—Oh, eres tú —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—No lo sé —dijo el perro/conejo/yo.

—Es una era de decadencia —dijo. Parecía asqueada y me recordó un poco a Frances—. No deberías presentarte en la puerta como un pariente pobre. Tendrás que volver.

—No sé cómo.

Chasqueó la lengua.

—Yo podría encargarme, pero es mejor que las cosas sigan su curso. De todas maneras ya es hora de que lo-la conozcas. Te va a encantar esto.

De pronto dejó de ser la siguiente imagen del pictograma. En su lugar había otra, retorcida y convulsa, de cuya cabeza brotaban dos proyecciones que parecían cuernos o plumas. Tenía una flauta en las manos.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ahora no! —dijo, consternada y encantada—. Sí, eres un cachorro mío. O algo así. ¡Pero tu sentido de la oportunidad es horrible! Puedes venir cuando quieras, siempre que solo vengas cuando te llame. Es tu cabeza la que habla. ¡Y ahora largo!

Mientras la superficie blanca se dividía como una señal de vídeo de mala calidad, pensé, *probablemente así es como habla mi cabeza*.

Un cierto sentido de continuidad se estableció finalmente. Me di cuenta de ello —la sensación de que las cosas que me rodeaban eran hechos reales, sucedidos en orden cronológico— antes incluso de que empezara a recibir comentarios de mis sentidos. Entonces sentí el soplo del aire sobre el pelo, la cara y los hombros y capté una lejana e insólita mezcla de olores a cosas vegetales y alcohol antiséptico. Oí unos pasos y un roce de telas y un tintineo de metal contra cristal y unas voces lejanas.

Para abrir los ojos tuve que hacer un esfuerzo consciente. En cuanto lo hice, supe que la habitación formaba parte de una antigua granja. No sé por qué, salvo quizá porque me recordó mucho al lugar en el que Dorothy despierta al final de *El mago de Oz*. Incluso tenía cortinas de cuadros, abiertas al sol.

Estaba en una cama estrecha, de sábanas gruesas y suaves. Me habían desvestido, lavado y vendado. Probablemente varias veces, comprendí. Esto me provocó una sensación de cierta incomodidad, pero el cansancio era demasiado grande hasta para moverse.

Volví ligeramente la cabeza y tropecé con la mirada inquisitiva de otra persona. Parecía hecha de arenisca roja, y no era especialmente alta pero estaba dotada de una maravillosa rotundidad. Su pelo era blanco y negro a partes iguales y su rostro estaba cubierto de arrugas en la amplia frente, alrededor de los ojos y las comisuras de los

labios. Llevaba una camisa de algodón descolorida y arremangada y unos pantalones también descoloridos.

—¿Has recobrado el conocimiento —dijo con una voz sorprendentemente suave en una persona tan grande— o sigues soñando?

Abrí la boca pero no salió nada de ella.

—No, has vuelto. Probablemente por poco tiempo, cosa que no debe preocuparte. Soy Josh Marten, el matasanos jefe de este sitio. Sherrea me pidió que te dijera que está aquí, así como tus amigos Theo y Frances, y que están todos a salvo.

Cerré los ojos con alivio, porque había empezado a preguntármelo y no creo que tuviera fuerzas para formular la pregunta.

Cruzó la habitación y me puso una mano en la frente. Pero era una mano fresca y seca y yo no me sentía con fuerzas para resistirme. Me tomó el pulso en el cuello.

—Parece que por fin vas a dejarme descansar. En respuesta a otras preguntas que seguro que tienes: llevas aquí tres días. No has sufrido daños permanentes, gracias a mí. Y, aunque ahora te sientas más o menos bien, la cosa va a empeorar, porque cuando se te pase el efecto de los analgésicos, voy a dejar de suministrártelos durante el día. Puede que me odies por ello, pero eso es preferible a que desarrolles una adicción al opio. Ahora vuelve a dormir.

Cerré los ojos y salí arrastrándome de debajo de aquella losa de pensamientos.

Cuando volví a despertar, había una vieja silla tapizada junto al pie de la cama y Frances estaba sentada en ella. Tenía los pies sobre el cojín, pegados a uno de los brazos, y las rodillas encima del otro. Su cabeza caía de lado sobre el respaldo. Estaba dormida. Las lunas crecientes de sus pestañas, bajo las cejas negras y rectas, parecían oscuros símbolos matemáticos. Incluso en ese momento, su boca estaba apretada y parecía severa. Una de sus manos estaba cerrada sobre de la rodilla. La otra colgaba sobre el suelo, paralela al costado de la silla. Apuesto algo a que se le habían quedado los pies dormidos.

Entonces abrió los ojos, como si yo hubiera hecho algún sonido.

—Buenos días —dijo, con la voz un poco ronca—. Como ves, no me tiraron por la borda después de cobrar. Aunque supongo que lo preferirías.

Me aclaré la garganta.

—No. ¿Por qué?

Extendió las piernas con un movimiento brusco.

—Entonces supongo que todavía no ha empezado a dolerte.

Se equivocaba. Había pasado el tiempo suficiente para que comprendiera que era eso lo que me había despertado.

—Esperar a la nota fue una mera formalidad. Beano lo habría hecho de todos modos —dije.

—¿Ah, sí? ¿Pero qué pensaba que habías hecho para merecer algo así?

—Comportarme como un capullo unas tres veces más de las necesarias.

—Vaya, vaya. Así que ahora la estupidez se castiga con la muerte.

—Ya te dije que no iba a matarme.

Frances se inclinó hacia mí, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre los dedos.

—¿No? Entonces, ¿qué es lo que ha estado a punto de hacer? El doctor Ladrillo se ha pasado varias horas sobre tu cuerpo, que tenía un aspecto muy poco prometedor, por cierto, diciendo cosas que seguramente le habrán valido la condena eterna en su fe, si es que la tiene. Muchas de ellas te las gritaba a ti. Parecía pensar que no estabas poniendo mucho de tu parte.

—Ojalá hubiese estado aquí. Parece bastante divertido.

Con tono medido, dijo:

—No ha sido nada divertido.

No quise contradecirla. Parecía haberse quedado momentáneamente sin nada que decir.

Al cabo de un rato, comenté:

—Me ha dicho que no va a darme más drogas. ¿Es verdad?

—Sí. Y, antes de que lo preguntes, no estoy aquí para pasarte nada de contrabando. Pero con mucho gusto te distraeré con mis historias.

Debió de aparecer un signo de interrogación en mi cara.

—Lo que había pensado —dijo, respondiendo a la pregunta que cerraba el signo—, es el relato de una parte de *El rescate del protagonista de Durance Vile*, una tragicomedia. Como yo estoy aquí y Sherrea no, reclamo el privilegio de contarla la primera. ¿No quieres saber cómo saliste de allí?

Pensé en ello. Con una especie de decepción, me di cuenta de que en realidad no quería. Había salido de allí y era gracias a su esfuerzo, cosa que era una suerte. Por mi parte, eso era todo. Pero decidí que sería una grosería decirle que no me lo contara.

Puede que tardara más de lo normal en llegar a esta conclusión. O que se reflejara en mi rostro. En cualquier caso, Frances me dirigió una mirada extraña.

—Si prefieres descansar, me marchó.

—No pasa nada. Cuéntamelo.

Su expresión no se borró del todo, pero a pesar de ello se quedó.

—Bueno. Tras pasar dos horas en la oscuridad, sentada en el blando trono de un barril de alquitrán, respirando una peste a pescado muerto, había trazado mi plan. Le pediría a los contrabandistas que me llevaran hasta el refugio que nos había dicho China Black, donde conseguiría una indecente cantidad de dinero que enviaría, en lugar de la nota, a Beano. Contaba con conseguir cinco mil libras o empezar a repartir tortas... ¿conoces esa canción? Los piratas, por desgracia, se negaron a aceptar cambios en el guión. Solo estaban dispuestos a llevarme al otro lado de los controles y a volver con una nota. Creo que tenían miedo de que, si me quedaba mucho tiempo entre ellos, les convenciera para que me devolvieran el triciclo.

Permaneció un momento en silencio, con las manos juntas sobre el regazo.

—No sabes lo difícil que fue escribir esa nota —dijo con una voz nueva.

—Era muy buena —le dije—. Nada más leerla supe que era tuya.

—No era eso lo que pretendía. La llegada de esa nota daría inicio a algo que yo no quería que pasara. Y lo sabía. Pero no podía hacer nada y quería que supieras que lo había intentado.

—Ya te lo he dicho. Beano lo habría...

—Hecho de todos modos. Aunque sea verdad, eso no cambia lo que sentí en aquel momento. —Se pasó las manos por el pelo—. Así que vine andando hasta aquí, donde me encontré con Sherrea y le dije dónde estabas. Al enterarse, ella completó tu nombre con una selección de imprecaciones. Sabía mejor que yo lo que te iba a pasar. Entonces preparó la Gran Evasión.

»Tendrías que agradecersele —añadió con un suspiro—. Puede que lo hagas más adelante. Creo que con cosas como estas se escriben las historias de aventuras, pero qué sé yo...

—Bueno, cuéntamelo de una vez.

—Eso está mejor. Empiezas a parecer la misma persona de antes. Sherrea y un tío llamado LeRoy metieron tres becerros bastante asustados en un tráiler de ganado, lo engancharon a una camioneta y salieron a la I-94. Nadie les prestó especial atención puesto que querían entrar. Fueron a Del Corazón, te encontraron y te escondieron en un falso fondo del tráiler. A continuación, les pusieron a los becerros unas llagas de látex increíblemente realistas y se dirigieron al control de la avenida Cedar.

En este momento se detuvo y me lanzó una mirada expectante.

—¿Llagas? —pregunté.

—Anthrax —respondió saboreando las sílabas—. Se propaga como un incendio, es letal y se transmite a los humanos. Nadie registró el tráiler. El único problema fue que cuando quitaron las llagas, se llevaron también el pelo que había debajo. En este momento, los becerros están en los pastos, lanzando miradas acusadoras a todo el que se acerca.

—Tienes razón —dije—. Es digno de una película de aventuras.

Frances se inclinó hacia mí y volvió a mirarme de aquella manera extraña. Entonces se levantó.

—Duerme un rato.

Esta vez no funcionó. Para empezar, me dolía casi todo el cuerpo. Y me carcomía por dentro la sensación de que Frances esperaba una respuesta completamente diferente a la que había conseguido. No se me ocurría lo que podía ser —me había portado con educación, había escuchado atentamente y había respondido con optimismo, aunque no con mucho entusiasmo— pero no pude dejar de intentarlo.

La semana siguiente transcurrió como una larga serie de incapacidades y concesiones asociadas a estas. No recordaba haber guardado cama nunca, ni haber tenido alguna enfermedad grave, así que fue todo nuevo para mí. Lo más desagradable era ir al baño. Me empeñé en cruzar por mi propio pie el espacio que

separaba mi cama del baño antes de estar en condiciones de hacerlo, aunque para ello tuviera que apoyarme en alguien hasta llegar a la puerta. La alternativa, a fin de cuentas, era mucho peor.

La comida suponía todo un desafío. Tenía un diente suelto y varios puntos en la parte izquierda del interior de la boca. No permití que nadie me bañara desde que volví en mí. Al principio, hasta que recobré las fuerzas suficientes, pude dejar que Josh me cambiara. Después empecé a hacerlo sin su ayuda. Nunca me había fijado en la gran cantidad de movimientos diferentes que hacen falta para vestirse hasta que tuve que enfrentarme al hecho de que ninguno de mis músculos se movía sin causarme dolor. Pero lo hice a pesar de todo.

Josh se empeñaba en que lo llamara así. Me dijo que ya que él sólo podía llamarme «Gorrión», se veía obligado a renunciar a las debidas formalidades de la relación médico-paciente. Me explicó que había aprendido el oficio con una mujer que había ido a la facultad y había trabajado como cirujana antes del *Bang*. Luego me contó que su mujer había muerto hacía dos años; que tenía tres hijos, de dieciséis, diecinueve y veintiuno; que prefería plantar verduras a flores; que de lo que estaba más orgulloso era de haber aprendido a tocar la guitarra a la edad de cuarenta y seis...

En resumidas cuentas, que desplegó su vida entera delante de mí sin que pareciera consciente de que lo había hecho. Yo me sentaba allí y escuchaba con paciencia mientras aquella cascada de información caía delante de mí, tratando de olvidarla en cuanto las palabras dejaban de resonar en el cuarto. Tenía que hacer con su historia lo mismo que él había hecho con los nombres: igualarnos, alcanzar una paridad, equilibrar las deudas y los haberes en la contabilidad del Negocio.

No pude. El anillo de su mano izquierda me recordaba a la esposa que nunca llegaría a conocer. Alguna habilidad que exhibía de pronto hacía que me preguntara si la había adquirido trabajando con la cirujana. Unas flores que había al otro lado de la ventana me recordaban a él. Estaba produciéndose una lenta corrupción de mis principios, una corrupción que podía sentir pero que era incapaz de detener.

Nunca mencionó lo que sabía de mí, cosa que no comprendí. Me había examinado cuando Sher me trajo y sabía que yo me había dado cuenta. Esa sección del muro de mi privacidad se había derrumbado ya. Y sin embargo él nunca sacaba el tema, como si siguiera siendo privado, como si todavía estuviéramos a ambos lados de aquella pared. ¿Qué valor creía que tenía aquella información, cuando los dos la poseíamos ya?

Theo vino a visitarme varias veces. Descubrí que me resultaba casi imposible hablar con él. Lo recordaba sentado en su cuarto, en casa de China Black, y recordaba haber sentido que éramos las dos únicas personas del mundo capaces de comprender la lengua que estábamos utilizando aquel día. Habíamos trocado secretos y penosas verdades en aquella lengua. Ahora, al mirarlo, me sentía como si alguien me hubiera arrancado el vocabulario de la cabeza. De todos modos, no creo que hubiese palabras

para explicar lo que me había pasado. Cuando la conversación languidecía, Theo parecía dolido. Al cabo de algún tiempo, dejó de venir.

Cuando me recobré lo suficiente, empecé a salir al porche de la granja. Las vistas bastaban para mantener mi mente ocupada y cuando no era así, normalmente dormitaba.

El porche delantero estaba orientado a una improvisada plaza sin esquinas. En el centro había un árbol grande y otros más pequeños. También había un pozo y una bomba, algunos bancos y una ennegrecida barbacoa de ladrillo. Y flores, menos tupidas que en el jardín de China Black, y menos disciplinadas también, pero parecidas a pesar de ello. Era muy bonito y casi siempre había algo que ver: alguien cuidando de unas flores o sacando agua o acunando a un bebé.

Otras casas rodeaban la plaza, en una mezcla de estilos y tamaños. Algunas las habían construido en el sitio y otras las habían traído desde otros lugares. Tras aquel primer anillo de casas, parcialmente visible desde mi silla, había otro. Los edificios de aquel segundo anillo también formaban un confeti de estilos y materiales, incluidas algunas cúpulas de tela y estructura de varillas y tiendas de aspecto complejo. Calculo que las casas que alcanzaba a ver sumaban unas dos docenas. Puede que hubiera más, pero a mí me daba igual.

Una tarde vino Sherrea y se sentó conmigo. Me había visitado con regularidad mientras estaba en cama. Más aún, había ejercido de enfermera voluntaria, puesto que sus manos, por razones desconocidas, eran de las pocas que podía tolerar en aquellos servicios relativamente impersonales. Pero las conversaciones que habíamos entablado allí habían sido cortas y siempre habíamos pasado de puntillas sobre los temas importantes.

En esta ocasión me saludó y se sentó en el suelo del porche, a mis pies, rodeándose las rodillas con los brazos y con una taza medio vacía en una mano. Capté el aroma del té, pero no reconocí la variedad. La indisciplinada masa de su oscuro cabello empequeñecía su carilla de afilados rasgos. Llevaba una enorme camisa de algodón de cuadros, ceñida a la cintura por tres pañuelos diferentes, medias negras con agujeros en ambas rodillas y zapatillas con la parte delantera abierta a tijeretazos. Toda una concesión a la vida campestre. A fin de cuentas, no arrastraba nada por el suelo.

No me había dado cuenta de que estábamos en completo silencio hasta que Sherrea dijo:

—¿Has hecho votos de no preguntar o qué?

—¿Eh?

—Oh, esa sí que es una pregunta. ¿No quieres saber dónde estás, quiénes son estas personas, por qué te hemos traído aquí ni nada de nada?

—Claro. Si me lo quieres contar.

Apoyó la barbilla en las rodillas y me miró fijamente.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza, Gorrión? —dijo—. ¿Qué pasa ahí dentro, que

ya nunca sale nada? ¿O es que no hay nada dentro?

—Mi cabeza está perfectamente. —Un pensamiento salió disparado a la superficie: *lo sé mejor que nadie. Me la han presentado*. Pero desapareció antes de que pudiera echarle un buen vistazo.

—No es verdad. Antes hablabas poco pero al menos tenías personalidad. Ahora no tienes ni eso. ¡Soy tu amiga, so idiota! ¡Puedes ser desagradable conmigo!

Cerré los ojos y me recliné en la silla. Era un día caliente y húmedo, e inhalar era como respirar sopa.

—No tengo ninguna razón para ser desagradable contigo. Y si he olvidado algo, no ha sido a sabiendas.

Suspiró.

—Puede que sea así. Puede que no sepas que lo has hecho. En cuyo caso, será así porque parte de ti tenía que hacerlo. En cuyo caso, tienes un sentido de la propiedad personal aún más absurdo de lo que pensaba.

—No sé por qué dices eso —dije, sonriendo.

—Y una mierda. ¿Tú qué dirías que posees?

Un reguero de sudor resbalaba por debajo de mi camisa, frío como agua helada.

—Nada.

Al cabo de un momento, dijo:

—A eso me refiero. Posees exactamente lo mismo que los demás. Tu cuerpo, para empezar. Nadie tiene ningún derecho sobre él, salvo tú. Puedes optar por ceder parte de ese control a otra persona, temporalmente, como hiciste en la ciudad. Cosa que, por cierto, demuestra más huevos que sentido común. Muchos huevos. Pero a pesar de ello, tu cuerpo sigue siendo tuyo y no has renunciado a tus derechos.

»Luego está tu mente. Todo lo que piensas es propiedad tuya, por mucho que lo escondas detrás de una valla. Nadie puede atravesarla, nadie puede hacer que cambies nada de lo que hay tras ella y nadie puede hacerte daño allí, a menos que se lo permitas. Sea lo que sea lo que Beano le hizo a tu cuerpo, rebotó contra tu mente y no te dejó ni un rasguño. A menos que le dejases traspasar la línea de propiedad.

Había abierto los ojos y estaba mirando la techumbre del porche.

—Deberías hablar de esto con Frances. Probablemente, la perspectiva de un Jinete sea un poco diferente.

—Ya lo he hablado con Frances —respondió ella con tono cáustico—. Pensé que alguien debía hacerlo. Lo más gracioso es que está de acuerdo conmigo. Según ella, las mentes de la gente son muros impenetrables. Puede ver sus recuerdos, pero solo como si fueran grabaciones. No es la persona, solo lo que esta recuerda en ocasiones. Me dijo que si quisiera conseguir que alguien detestase el azul o le cogiese gusto al ruibarbo o quisiera liquidar a su perro, no podría. Puede matar las mentes pero no puede cambiarlas.

—Pero puede robar cuerpos. Y eso contradice la primera parte de tu teoría.

—Y yo podría estrangularte donde estás ahora mismo. Eso también sería robarte

el cuerpo. Acepto que los Jinetes suponen una cierta excepción, pero repito lo que he dicho: pueden matarte pero no pueden poseerte. Y hasta que mueras, te perteneces a ti y nadie puede cambiarlo. No tienes que encerrar tu mente en una caja fuerte para asegurarte de eso.

Al ver que había terminado de hablar, bajé la mirada del techo hasta su cara.

—Vale.

Tiró la taza al césped y salió del porche hecha una furia.

A medida que recobraba la resistencia y la flexibilidad, empecé a dar paseos en lugar de quedarme allí. Detrás del segundo anillo de casas (mis cálculos se habían quedado cortos; había treinta y nueve), encontré cobertizos, cabañas, establos y talleres. Más allá, pastos y campos de cultivo. El grano interpretaba allí su baile con el viento, como siempre sin despegar los pies del suelo. Las plantas de judías meneaban sus largos dedos, verdes o púrpuras o amarillos. Las calabazas maduraban furiosamente en medio de un molinete de vegetación tropical. También allí había gente siempre, cultivando, plantando, abriendo algo, trillando algo, podando, recogiendo. Parecía un acto tan ritual como una misa católica de antes del *Bang*, e igualmente ininteligible para los no iniciados.

Una mañana en que había llegado más lejos que de costumbre y estaba empezando a sentir los efectos de la fatiga, me senté a la sombra de un árbol, junto a un campo. Cinco personas estaban abriendo surcos con la azada y plantando algo que no reconocí. Una de ellas, al llegar al extremo del campo más próximo a mí, levantó la mirada, sonrió y se me acercó.

—Hola —dijo mientras se sentaba a mi lado—. ¿Eres Gorrión, no? Me llamo Kris. —Se quitó el sombrero de paja, bajo el que apareció una mata de cabello de color paja. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió la cara con él. A continuación cogió una cantimplora que llevaba al cinto y vertió un poco de agua en el pañuelo. Se cubrió la cabeza con él, como si fuera un velo, y volvió a ponerse el sombrero—. Seguro que tengo una pinta horrible —dijo con una sonrisa, al ver que la estaba observando—. Pero funciona. El agua, al evaporarse, te refresca la cabeza.

—Parece un trabajo muy duro —dije, señalando el sol con un gesto de la cabeza.

—Dios, sí. Especialmente en esta época del año. La cosecha no es más fácil pero sí más divertida y al menos te compensa de forma inmediata. Todos los años, a estas alturas empiezo a desear que llegue el invierno.

Era un rumbo bastante razonable para la conversación, nada personal.

—¿Qué estáis plantando?

—Remolacha azucarera. Este año hemos votado sustituir el tabaco con ella, gracias a Dios. No me malinterpretes: me encanta fumar. Pero si por mí fuera, pagaría por el tabaco de mil amores. Da mucho dinero, pero el trabajo es matador y, por mucho cuidado que pongamos, siempre tenemos problemas con los tomates. Parece ser que con la remolacha podemos ganar lo mismo, así que podré permitirme el tabaco.

—Oh —dije. Hasta la última palabra de aquel discurso había tenido perfecto sentido, pero yo seguía sin saber qué había pasado.

Su sonrisa volvió a aparecer.

—Es verdad, Sher dijo que eras cien por cien de ciudad. Y se supone que debemos ser pacientes cuando pises la albahaca y te caigas en las flores.

—De momento habéis tenido suerte. En mi estado, las flores podrían haber acabado conmigo.

—Sí. ¿Qué dice Josh? ¿Vas bien?

Culpa mía. Yo había sacado el tema.

—Muy bien. —Me levanté—. Creo que debería volver.

—Y yo. Hay que seguir cavando. ¿Vas a venir al *Yuju* esta noche?

—¿*Yuju*?

—A nadie se le ha ocurrido un nombre mejor. En la plaza del pueblo. Habrá un poco de música y baile y canciones y gritos y comida, y una fogata y... ya sabes. Un *Yuju*.

—No creo que me convenga bailar.

Me enseñó una dentadura muy blanca.

—Fingiremos que eres uno de los ancianos. Puedes sentarte junto al fuego. Te daremos de comer y podrás pedir las canciones que quieras.

—Ya veré —dije.

No tenía ganas de ir. Pero cuando regresé a la granja, encontré la cocina sumida en un estado de jubiloso caos y a sus moradores conjurados respecto al tema de mi presencia aquella velada.

—Será mejor que te lo tomes con calma si no quieres cansarte antes del *Yuju* —dijo Mags, que estaba haciéndole agujeros a una base de masa. Era una latina gordinflona, de grandes ojos y nariz bulbosa. Yo le habría echado dieciséis años si Josh no me hubiera dicho que su hijo tenía doce. El niño, Paulo, estaba pelando judías en la mesa. Era alto para su edad, moreno y delgado y me miraba con mucha solemnidad siempre que me veía aparecer.

—Está bien. Creo que me quedará aquí.

—No seas idiota. No puedes quedarte aquí y, además, si lo haces tampoco podrás descansar. Va todo el mundo que no se está muriendo. Si te quedas, pensarán que tienes la lepra. Paulo, pon eso a hervir, *gallito*^[36]. Oh, y córtame esos pimientos en aritos, por favor.

—Tiene razón —dijo Josh desde algún lugar situado detrás de la puerta enmallada—. ¿Quieres que piensen que, a pesar de haber hecho todo lo que he podido, he fracasado? —Abrió la puerta y la cerró dando un portazo. Tenía la cabeza y los hombros empapados de agua del pozo y traía una barra de mantequilla—. Mientras no te dediques a bailar la polka, todo irá bien.

El entusiasmo reinante resultaba opresivo. La seguridad con la que parecían asumir que no había en mí nada diferente a todos los habitantes de aquel lugar salvo,

quizá, mis lesiones, era alarmante.

—A nadie le importará —dije—. Realmente no soy miembro de esta comunidad.

Josh volvió la cabeza y me miró, como si estuviera tratando de leerme como a un termómetro. Entonces dejó la barra, cogió un montón de cuencos de fondo plano de una estantería y empezó a llenarlos de mantequilla.

—Si tú lo dices —replicó— será verdad. Pero ¿sabes?, hay una diferencia entre ser miembro de una comunidad y reconocer que eres miembro del conjunto de la experiencia de esa comunidad.

»Sé que esto te parecerá una locura, pero si apareces esta noche, aunque solo sea un rato, y comes un poco de nuestra comida y compartes nuestro fuego, todos lo verán como una expresión de gratitud. No es que te pidan que lo hagas, pero sería un bonito gesto.

—Os doy las gracias —dije, sintiendo una punzada de vergüenza—. Me habéis salvado la vida.

Las manos de Josh se detuvieron sobre la mantequilla. Levantó las cejas, abrió la boca, volvió a cerrarla y entonces dijo:

—No, es igual. Discurso equivocado y momento equivocado. ¿Vas a venir esta noche?

Traté de imaginar a qué estaría comprometiéndome. ¿Sería como una velada en casa de China Black o una noche en la Feria Nocturna? Cualquiera de las posibilidades parecía igualmente aterradora.

—Sí —dije, porque sabía que no tenía alternativa.

—Bien —dijo Mags—. Entonces mete esto en el horno para mí, ¿quieres? Ponle una bandeja debajo, porque gotean. Josh, será mejor que quites toda esa ropa de en medio.

Seguí el consejo de Mags y fui a echar una cabezadita en el dormitorio trasero, que había pasado, en el lenguaje de la casa, de ser la habitación del enfermo al cuarto de Gorrión. Me pregunté qué pasaría si aparecía otro inválido.

Las sombras eran alargadas y los rayos del sol, de un dorado intenso, cuando alguien llamó a la puerta. Abrí y vi que era Mags, quien depositó un montón de ropa limpia en mis manos.

—Acabo de acordarme de que no tienes mucha variedad en tu guardarropa. Puedes ponerte esto esta noche. De hecho, puedes quedártelo. Gran Bob dice que la única forma de que pueda volver a meterme en estos pantalones es que deje de comer por completo.

—No puedo...

—Sí, sí que puedes. Da las gracias y cierra la puerta.

—Gracias —dije—. Muchas gracias.

Dejé la ropa en la cama y la miré. No tenía la intención de quedármela, pero no veía el modo de librarme de ponérmela aquella noche. Era una lástima. La ropa que llevaba era de Josh, lo que significaba que me estaba enorme, y además lo habían

lavado y lavado hasta que había quedado tan suave como la lanilla. No me apetecía ponerme ropa incómoda. Cogí la primera prensa del montón.

Eran unos pantalones negros, con cordeles en lugar de botones y un pliegue en la cinturilla, hechos de tela asargada. Debajo había una camisa de algodón, como las que se veían en las películas de indios. Tenía el cuello abierto, la yunta baja y amplias mangas abullonadas. La camisa era de color vino y los botones de los puños y de la parte delantera eran de plata. Transmitía un aire festivo y contenido al mismo tiempo, y cuando terminé de vestirme me sentí como si llevara un pijama. Mags había pensado en mi estado.

Ojalá esta gente dejara de entenderlo todo, pensé con irritación. Sentí algo en la garganta, pero tragué saliva y desapareció.

La plaza del pueblo —el círculo, más bien— estaba iluminado con linternas colgadas de las ramas más bajas de los árboles, velas sobre las mesas y una gran fogata central. Mirando desde las ventanas de la fachada parecía haber luz suficiente para leer. Fui a la cocina, salí por la puerta trasera y me apoyé en un pilar del porche, en la mitad oscura de la noche.

—¿Tienes miedo? —dijo Josh. No lo había visto, pero estaba sentado en los escalones.

—En... en realidad sí.

—Sher ya me dijo que no eras una persona muy sociable.

Mis manos se abrieron y cerraron sin encontrar nada. Las palabras salieron a la fuerza entre mis labios, incontenibles y no deseadas.

—Puede que sí lo sea, solo que por aquí no haya nadie como yo.

—¿Y qué clase de persona eres tú? —preguntó Josh. Parecía un poco sorprendido.

Inhalé con los dientes apretados. El aire hizo un siseo al pasar.

—Ya lo sabes —susurré.

—¿Qué crees ser? No. Sé lo que yo creo que eres.

—¿Que es...?

—Un ser humano hecho a medida.

—Vaya —dije—. Qué fácil.

Se puso en pie. Yo estaba en el porche y él en el suelo. Tuvo que levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

—Es que es fácil —dijo—. La magia de la identidad es la más antigua y fácil de todas. Para eso sirve el lenguaje.

—¿Alguien me ayuda a llevar todo esto? —gritó Mags desde la cocina, a un volumen suficiente para que se la oyera dentro y fuera de la casa.

—Joder —dijo Josh. Y luego, en voz alta—. ¡Ya voy!

Subió la escalera del porche a grandes zancadas, pasó a mi lado y entró en la cocina.

Paulo y yo tuvimos que llevar un pastel cada uno. Josh llevó la cazuela de las

alubias, envuelta en trapos. Nos acercamos a las mesas de borriquetitas atravesando el césped y dejamos nuestra contribución junto a las de todos los demás.

La gente me sonreía, saludaba y se presentaba. Era como la casa de China Black y la Feria Nocturna a la vez. No pude decidir si tenía lo peor de ambas o no. Gran parte de la gente que se presentaba me contaba lo mucho que hacía que conocía a Sherrea, o cómo había llegado a conocerla, o me preguntaba cómo nos habíamos conocido nosotros. Sher, según parecía, era universalmente conocida allí. Era la primera vez que me preguntaba cómo había llegado a conocer aquel lugar y lo que significaba para ella. Me comporté con la máxima educación con todo el mundo.

Mientras me dirigía hacia la fogata, pensé que ojalá supiera cuánto tiempo tenía que quedarme. Entonces, un destello de luz sobre un rostro en una esquina de mi campo de visión me sobresaltó y me volví hacia allí.

Theo caminaba a mi lado y la luz que había visto se había reflejado en sus gafas.

—Eh —me dijo.

Me detuve. Llevaba toda la velada hablando con extraños. Podría con aquello. Solo tenía que recoger mis gastados modales y ponerlos a trabajar de nuevo.

—Hola. ¿Qué tal te están tratando?

—Estupendamente. Creo. Solo que no hay nada que hacer. No dejo de pensar si Robby podrá sobrevivir sin nosotros.

Ignora la extraña sensación en el estómago: concéntrate en tus modales.

—Espero que sí. Y tú podrás volver dentro de muy poco, ¿no?

—¿A qué? —preguntó Theo—. ¿A trabajar para Tom Worecki?

Fruncí el ceño.

—Pero eso es lo que hacías antes de venir.

—No... Da igual. Mañana voy a preguntar si por aquí hay algo que hacer relacionado con la electrónica. ¿Quieres que les hable de ti?

—No. —Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme, pero entonces me acordé: modales—. No, gracias. Ya no me dedico a eso. —Entonces me marché.

Tom Worecki había ordenado que quemaran mis archivos. Eso había dañado una parte de mí pero no la había matado. El responsable de eso era otra cosa, algo a lo que no podía dar nombre, algo que había destruido la conexión entre lo que yo era y lo que sabía. Seguía entendiendo de electrónica, seguía poseyendo los conocimientos, todas las cosas con las que había despertado en aquella parodia de nacimiento de hacía quince años. Pero ya no me pertenecían. Nada, le había dicho a Sher. Yo no poseía nada. Mi cuerpo era un préstamo del pasado, una máquina que había alquilado y cuya documentación había extraviado, y no tenía la menor idea de dónde procedía mi mente. Todas las cosas que conocían podían haberle sido robadas a otro.

Logré mantenerme en movimiento, y así evité tener que hablar con nadie más. Vi a Frances un momento, al otro extremo de una mesa. ¿Qué, me pregunté, pensaría de ella toda esa buena gente? *Es muy amable; encantadora, de hecho, para ser una asesina de masas.* Respondió a mi mirada con expresión grave y penetrante y siguió

mi camino.

No vi a Sher hasta mucho después. Había música junto a la fogata: guitarristas, cantantes, un violinista, una mandolina, alguien con un clarinete y un grupo de percusionistas que tocaban como si llevaran haciéndolo juntos desde el vientre de su madre. Alguien me ofreció unas maracas, pero las rechacé. Al borde de la luz, había gente bailando.

Al otro lado del variopinto círculo que formaban los músicos y su audiencia, vi a Kris, la mujer del campo de remolachas. Estaba sentada en la hierba, rodeando con el brazo a otra mujer. Estaban las dos sonriendo, a los músicos y entre sí. Se susurraban cosas al oído; apoyaban la cabeza en el hombro de la otra; la mujer besó a Kris en la mejilla, a medio camino entre el pómulo y la mandíbula. Josh me había quitado los puntos en el interior de la boca unos días atrás, más o menos en aquel punto.

Me levanté bruscamente y me encaminé a la oscuridad. Me detuve al llegar al otro lado del gran árbol, me apoyé en el tronco y levanté la mirada hacia las ramas. Las lámparas que colgaban de allí casi se habían apagado. Me concentré en la respiración, en dejar que mi pecho subiera y bajara, en ver si podía exhalar exactamente la misma cantidad de aire cada vez. El día y todo cuanto había contenido parecían haber conspirado contra mi aplomo. Pero había sobrevivido y, con un poco de atención, seguiría haciéndolo. Había sido una pequeña prueba para la vida real, nada más.

—No pasa nada —dijo Sher junto a mí, con una voz distorsionada que nunca le había oído—. Nadie quiere hacerte daño. Lo que pasa es que parece tan extraño... Eres tan diferente... Pero si tienes que elegir entre cerrarte a todo o romperte, ciérrate.

Me tapé la cara con las manos un momento. Entonces las bajé.

—Lo siento —dije—. No sé qué quieres decir.

Oí la inhalación desigual de sus pulmones.

—No importa. No te preocupes.

La granja estaba cerca, pero la habría encontrado aunque no fuera así. Aquel cuerpo prestado que yo utilizaba había tenido buena visión nocturna. Cerré la puerta de mi cuarto, doblé la ropa que me habían dejado y después de algún tiempo acabé por dormirme.

Al día siguiente recorrí los campos hasta encontrar a Kris y le pedí que me pusiera a trabajar. Esta vez se encontraba en una de las huertas pequeñas, una franja de tierra alargada y recta situada entre la lechería y la explanada de los caballos.

Ella estaba de rodillas. Se levantó y dio unas palmadas para limpiarse las manos de tierra.

—Claro. ¿Qué se te da bien?

—Nada —dije. Últimamente estaba usando mucho esa palabra—. Van a tener que enseñarme.

Kris sonrió y señaló los surcos.

—Entonces no te queda más remedio que aprender a arrancar las malas hierbas. Ven. —Señaló—. Eso es una cebolla. No hay que arrancarla. Cualquier cosa que no se parezca a ella, como esa, o esa otra, es una mala hierba. Al menos en este surco. Ya has aprendido. Hala, vete.

En cuestión de media hora, la incómoda posición, que era nueva para mí, había conocido a mis heridas y se había aliado con ellas para obligarme a abandonar. Además, estaba sudando, a pesar de que no era un trabajo agotador. Pero eso era precisamente lo que quería. El trabajo ralentizó mis pensamientos y los obligó a aventurarse por caminos desconocidos, caminos que la vida que había llevado hasta la fecha no había sembrado de minas. Me llevé una gran sorpresa cuando, al pasar junto al último brote de cebolla, descubrí que realmente era el último.

—Buen trabajo —dijo Kris—. En el siguiente surco hay lechuga. Se parece a esto.

Un minuto después, Kris señaló lo que yo tenía en la mano.

—Eso es una lechuga.

—Oh —dije. Después de eso, lo hice mejor.

Al cabo de algún tiempo, pude discernir sin ayuda cuáles eran las malas hierbas. Entonces, Kris se trasladó a la huerta siguiente y me dejó a solas en la que estaba trabajando. Era un trabajo hipnótico, dotado de un ritmo suelto y un juego de técnicas físicas que eran al mismo tiempo precisas y triviales. Como saber que un movimiento lento y suave extraía la hierba de raíz mientras que un tirón brusco arrancaba solo la superficie. O que con los dientes de león había que tirar de todas las hojas al mismo tiempo. La maquinaria de mi brazo moviéndose adelante y atrás, extensión, sacudida, tirón. Eso podía hacerlo. Sabía de dónde procedía la habilidad y a quién le pertenecía. A mí, a mí. Mientras el resto de lo que sabía era robado, aquello me pertenecía.

Por mediación de Kris, que era quien me lo había enseñado. Entonces, ¿le pertenecía a Kris, a fin de cuentas?

Y alguien debía de haber limpiado también el jardín de China Black. Quienquiera que fuese, compartía conmigo aquel conocimiento.

Me había detenido a mitad de movimiento, todavía en cuclillas y con la última hierba que había arrancado en la mano. Era una plantita de escapos largos con hojas cortas y ovaladas que crecían a pares desde el tallo. En la cúspide tenía un racimo de flores con forma de estrella, de un color magenta tan intenso que casi resultaba doloroso.

Había arrancado una igual antes... en el jardín de China Black.

—¿Gorrión? —La voz de Sher llegó hasta mí desde el otro extremo del surco.

No podía respirar, salvo en pequeñas exhalaciones bruscas que parecían atascármeme en la garganta. Había arrancado una de aquellas después de una discusión con Sherrea, mientras, sin que yo la escuchara, me decía: *no les perteneces. No les perteneces ahora ni les pertenecías antes.*

El origen de mi cuerpo y de mi mente no importaba. Yo, la parte de mí que

aprendía, que revivía los recuerdos, que sabía que había arrancando una planta como aquella antes, tenía quince años de edad, y era inocente de todo bien o todo mal. Neutral. De aquel momento en adelante, era como una cinta virgen: lo que podría grabarse en ella, y cuándo, y por qué, solo era cosa mía.

No podía respirar. Había soltado la planta. Me cubrí la cara con las manos mugrientas, como si pudiera encontrar y arrancar lo que impedía entrar al aire. Mi cuerpo entero, retorcido, se estremecía con los jadeos y los sonidos agudos de las inhalaciones.

—Oh —dijo Sherrea, muy cerca de mí—. Oh, joder. —Sentí que su brazo me rodeaba, suavemente al principio, y luego con mucha fuerza.

Estaba llorando. Cuando lo comprendí, la cosa empeoró, hasta que no pude contenerme, hasta que me pregunté si se podía morir de llanto. Estaba poniéndome al día por todo aquello que no había llorado antes: por Cassidy; por Dana; por mi propio dolor; por los archivos y su gloriosa y brillante ventana al pasado; por la expresión perdida y desesperada que había visto en el rostro de Frances cuando había creído que era el final de su vida; por Theo, apartado de su casa y de su padre. Lloré porque Josh seguía extrañando a su mujer y porque Sher estaba llorando. Lloré porque todas las cosas que no había sentido antes habían aparecido de pronto y se habían instalado en mi interior, y como la superficie era nueva y delicada, todas ellas me hacían daño.

—Gorrión —dijo Sher sorbiendo por la nariz—. Está bien. Está bien.

Tenía razón, de hecho. Pegué el rostro a la tela de su hombro y seguí llorando.

CARTA 9

Esperanzas La estrella

Crowley: la Hija del Firmamento, el Morador entre las Aguas. Esperanza, ayuda inesperada, claridad de visión, materialización de posibilidades.

Waite: inmortalidad. Verdad desvelada. La Gran Madre comunicándose con quienes están por debajo de ella, en la creencia de que pueden recibir su saber.

9.0: el nuevo día comienza en la oscuridad

No fue como volver a caer en la invalidez. El efecto no se difundió mucho. El número de personas que se enteraron de mi colapso emocional fue limitado. Pero durante varios días, Sherrea, Theo, Frances y Josh se comportaron como si creyeran que iba a entrar en erupción o evaporarme sin causa. Supongo que lo necesitaba.

También tuve que luchar contra mis propios impulsos. No había sido una catarsis perfecta. Mis instintos seguían en su sitio y tuve que reprimir un apasionado deseo de volver a hundirme en el silencio. Y seguía teniendo buena memoria. Ahora que tenía una estupenda llaga abierta en el alma, regresaron todas las cosas terriblemente crueles que había dicho o hecho para proteger mi privacidad.

Lo peor de todo ocurrió la misma noche, en la cocina. Mags estaba cambiando la junta del grifo y yo, aprovechando la luz del mismo quinqué, estaba leyendo *Historia en dos ciudades* en la mesa de la cocina.

—¿Por qué te llamas Gorrión? —me preguntó de repente—. ¿Te lo pusiste tú? ¿Es un símbolo? ¿Hace referencia a algo?

Podía haberle contado que había despertado en un dique en medio de unos matorrales, sudando bajo el sol de la mañana, mirando un pecho de plumas hinchadas y un ojo redondo y negro que saltaba sobre una ramita, encima de mí. El nombre había aparecido automáticamente en mi cabeza. Ahí fue cuando reconocí el lenguaje, cuando reconocí que lo conocía. Y que no había, que yo supiera, un pasado en el que lo hubiera aprendido. Fue la primera vez en la que tuve consciencia del yo. ¿Cómo iba a saber que el gorrión guardaba el fuego para el Diablo?

Cassidy me lo dijo.

—No —dije bruscamente—. Es solo un nombre.

—No te pega, ¿sabes?

Gorrión guardaba el fuego para el Diablo. Poco después de decírmelo, me había regalado algo, algo que me había hecho sentir asfixia. Cerveza. Me había terminado su cerveza. Y por culpa de aquella violación de mis principios, mis valiosos principios, le había hecho creer que no me importaba.

—O sea, los gorriones son pequeños, redondeados y de color marrón.

La última cosa consciente que Cassidy había hecho en su vida había sido tratar de regalarme la mía.

—Trabajan para el Diablo —dije, con la voz tan rota como un terrón de tierra en invierno—. Perdóname.

Salí apresuradamente por la puerta de atrás.

Por algún milagro, no había nadie en la plaza del pueblo. Me apoyé en el gran árbol central, con las manos en la frente, y volví a llorar. Esta vez la tormenta fue silenciosa y furibunda. Y esta vez tuve que superarla a solas. Por muy bien que lo contara, nadie podría comprender la magnitud de mis culpas o de mis pesares. Había existido una persona que había sido capaz, por el valor de un trago de cerveza, de

negar a un amigo. Era imposible compartir la vida con esa persona.

La noche continuó moviéndose a mi alrededor, el árbol siguió sujetándome, la tierra no se abrió bajo mis pies. No se me ofreció un olvido instantáneo. Tendría que soportarlo.

Pero al cabo de un rato empecé a percatarme de que había una cantidad inusual de cuchicheos a mi alrededor. Frances fue la primera en hablar, por una vez con timidez y educación. No recuerdo sus palabras exactas. Recuerdo que su frase fue aún más ornamental y menos directa de lo habitual. Dije:

—Escucha una cosa: voy a encerrarme en mi cuarto y podéis pasarme notas por debajo de la puerta. De este modo tendréis días para pensar lo que vais a decir antes de decirlo.

Los ojos de Frances se abrieron como platos.

—Hola —dijo, sonriendo—. ¡Has vuelto!

Poco a poco, Theo volvió a citar películas, más que nada porque era incapaz de no hacerlo. Yo lo entendía perfectamente. A fin de cuentas, había pasado días sin verle porque no podía mirarlo sin empezar a pensar en medidores de UV y mesas de mezclas. Sherrea, simplemente, me maldijo un buen día. Después de aquello, sin más comentarios, reanudamos el ritmo de la conversación genuina, discusiones reales y silencios que no estaban cargados con nada.

Así que no resultó incómodo cuando fui al establo buscando una horca y me encontré a Sherrea apoyada en la cerca de un corral cercano. Pero sí que resultó un poco extraño. Estaba dando de comer tréboles con la mano a un camello. Un camello de dos jorobas, de color marrón y aspecto poco recomendable.

—En el nombre de... ¿Cómo demonios ha llegado eso aquí? —dije, en lugar de la frase que había preparado.

—¿No te parece precioso? No sabemos qué hacer con ellos, pero no quieren irse y son tan raros que no conseguimos que se los quede nadie de los que podrían utilizarlos.

—¿Es que hay más de uno?

—Oh, sí. Un macho, dos hembras y, desde esta primavera, un cachorro.

—Pero ¿de dónde vienen? —Extendí la mano mientras lo preguntaba.

—Coge un poco de hierba si no quieres que te la muerda. Aquí antes había un zoo. Cuando te apetezca una buena caminata, puedes ir a ver las antiguas instalaciones: están detrás de esa loma. Pero ahora solo quedan ruinas. Es un lugar muy triste. Cuando los Ingenieros montaron el campamento, las especies tropicales habían muerto ya, y también algunas otras. El último tigre murió hace dos años, y todo el mundo se sintió fatal, aunque sabíamos que acabaría por ocurrir tarde o temprano.

—¿Un tigre?

—Sí. Era precioso. Pero no pudimos encontrar suficiente información sobre el cuidado de tigres, y lo poco que encontramos, no siempre servía. Pero los alces y los

caballos salvajes salieron adelante sin dificultades, así que los soltamos. Y si te fijas, podrás ver monos invernales en los bosques. Sin embargo, nuestro mayor éxito fueron los bueyes almizcleros.

El camello me lanzó una mirada adorable desde debajo de unas vastas pestañas de color arena y trató de arrancar un trozo de mi manga. Arranqué otro matojo de hierba y se lo ofrecí a cambio.

—¿Siguen aquí?

—No, ahora hace demasiado calor para ellos. Perdíamos a muchos por culpa de las enfermedades. Pero nos enteramos de que había una comunidad al norte de Winnipeg que estaba haciendo algo parecido a lo que los Ingenieros están haciendo aquí y nos dijeron que se encargarían de ellos. Así que llevamos a los bueyes hasta la frontera. Fue estupendo, salvo cuando la gente se ponía a cantar *Get Along Little Musk Ox* cuando parábamos por la noche. Hace poco hemos sabido que la manada está volviendo a crecer. Supongo que es un tanto en el haber de los buenos.

—¿Quiénes son...?

El camello me dio un mordisco.

—Es realmente encantador —dijo Sher mientras yo me frotaba el antebrazo—. Solo que no conviene dejar de prestarle atención.

—Joder si tienes razón...

El camello volvió a esbozar una sonrisa angelical.

La prudencia de Josh no era verbal. En realidad, ni siquiera era prudencia. Era una especie diferente de cautela, una preocupación por mi estado mental de diferente naturaleza, que él manifestaba observándome. Me había dado cuenta de que lo estaba haciendo, pero no de qué forma tan exhaustiva hasta que dejó de hacerlo. Saqué el tema a colación una noche, en su enfermería, donde había ido para ocuparse de una emergencia. Gran Bob Beher se había roto la muñeca izquierda. Le ayudé a escayolársela. (Utilizando este caso como ejemplo, estoy en condiciones de afirmar que los principios de Josh sobre las relaciones médico-paciente eran un poco escurridizos; Gran Bob se refería al doctor como «Josh, hijoputa» mientras que él se dirigía a su paciente como, «Señor Beher, cabronazo»).

Estábamos solos, recogiendo lo que quedaba de escayola y la jofaina de agua con yeso, cuando le dije:

—¿Creías que iba a suicidarme?

Josh levantó la mirada del barreño, lleno de instrumentos de acero inoxidable.

—No estaba seguro. No te conocía, ¿sabes? Pero mientras estaba curándote por fuera, me di cuenta de que tenías algo roto por dentro. Entonces, cuando...

—Cuando me dediqué a imitar a una manguera sobre las zanahorias del huerto —dije.

—Lo que sea. No sabía si eso te había hecho bien o mal. A veces, la aceptación de la desesperación se manifiesta así. Por eso la gente que va a suicidarse parece estar mucho mejor el día antes.

—No podría haberlo hecho. Frances se habría puesto furiosa después de lo que...
—tardé un momento en decidir si iba a hacer lo que creía que iba a hacer—. Josh, ¿tienes una cerveza?

Aquello pareció ofenderlo.

—Tengo una nevera, ¿no?

—Te contaré la historia entera si quieres oírla. Pero no creo que pueda hacerlo sin una cerveza.

—Estas cosas llevan su práctica —asintió—. ¿Qué te parece el porche?

Así que nos sentamos fuera, en la oscuridad, bajo el tufo del poleo que usábamos para espantar los mosquitos, con tres cervezas caseras por barba, y le conté lo que era yo y cómo había acabado hecho un guiñapo en su patio delantero. Josh silbó e invocó a los dioses en todos los pasajes apropiados. Cuando acabé, tomó un largo y reflexivo trago de cerveza y dijo:

—¿Qué vas a hacer ahora?

No me esperaba esa pregunta.

—No lo sé —respondí después de pensarlo un poco—. ¿Tengo que hacer algo?

—Puede que no. Probablemente no. Pero, viendo las cosas en perspectiva, estamos cerca de la ciudad. Aquí comerciamos mucho. Es el tipo de asunto que cualquier persona cuerda dejaría estar, pero puede que él no te deje a ti.

Me acabé mi tercera botella.

—Quizá debería irme.

—¿Adónde?

—¿De nuevo al sur? Podría probar la idea de Mick y dirigirme a la frontera.

—A la frontera no —dijo Josh—. No podrías cruzarla abiertamente, en cualquier caso.

—¿La han cerrado?

—No, pero te pedirían la tarjeta de sanidad. Y cuando vieran que no tenías, te harían un examen médico. Y luego te llevarían a la parte de atrás y te pegarían un tiro.

—Oh. No les gusta mucho la gente rara del norte, ¿eh?

Se terminó su tercera cerveza.

—Además, tampoco tendrías adónde ir. ¿Qué harías entonces?

—¿Podar los frambuesos?

Se echó a reír.

—Cuidado con lo que pides. —Entonces dejó la botella en el suelo del porche e, inclinándose en la silla, miró la plaza del pueblo—. ¿Alguien te ha hablado de los *hoodoo*?

—Ya sé lo que son —dije con cierta brusquedad.

—¿De verdad? Bueno. Pregúntale a Sherrea —dijo él en con una voz extraña y agradable— sobre este pueblo.

Su tono de voz me erizó el vello de la espalda. Entonces se me ocurrió que tal vez

es lo que él pretendiera. Puede que no fuera omnisciente pero conmigo había tenido una media de aciertos bastante respetable.

—Me dijo que antes era un zoo.

—Probablemente tenga algo que ver, pero no me refiero a eso.

—¿Y ella sabrá a qué te refieres?

—Oh, sí.

—¿Tengo que preguntárselo esta noche?

Josh abrió los ojos de par en par.

—No tienes por qué preguntárselo nunca.

Probablemente, Frances hubiera tenido una respuesta elegante y corrosiva para eso. Yo me limité a suspirar y llevarme las seis botellas vacías a la cocina.

Al día siguiente hizo un tiempo estupendo, algo raro a principios de verano: caluroso pero lleno de viento fresco y nubes blancas en los cielos. Theo y yo lo pasamos casi todo en un cobertizo reconvertido en taller, poniendo a punto un generador. Salimos de allí, cubiertos de mugre y sudor, y nos topamos con los últimos coletazos de lo que nos habíamos perdido durante el día, mientras los rayos del sol se posaban, cegadores, sobre las copas de los árboles. Theo se encaramó a la valla y se sentó mirando al cielo con los ojos cerrados. Yo no tuve fuerzas para trepar. Me limité a apoyarme en la pared.

—Esto está bien —dijo—. Ya sabes, para ser un pueblucho apartado.

—Serás ignorante —dije alegremente.

Se volvió y me miró desde arriba.

—Te gusta, ¿no? Este sitio, me refiero.

—No... no lo sé. O sea, sí, claro que me gusta. Pero si lo que estás diciendo es si voy a quedarme, no lo sé.

—Aquí no hay cinta suficiente —dijo en dirección al campo cultivado que teníamos delante.

—No. Pero ya no quiero pensar en eso.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Puede que nada. Pero no quiero pasarme todo el día viviendo del pasado como una sanguijuela, Theo. Me da miedo. Me sigue dando miedo lo mucho que sabía al despertar. Lo pusieron ahí para que resultara útil hace sesenta años así que, ¿por qué iba a servir de algo ahora?

—Ha sido útil —dijo, confundido— y es útil. Así que, ¿a quién le importa el porqué?

Suspiré.

—A mí. Porque he sido útil, Theo, y creo que sigo siéndolo. Pero salí a la superficie hace quince años con la cabeza completamente despierta y llena de conocimientos y ahora quiero saber el porqué.

—¿Zeus y Damballah? —dijo Theo en tono decididamente neutro, como si pensara que alguien tenía que mencionar la posibilidad.

—Oh, claro. ¿Y si fue... el Hada Azul? ¿Quién mató a Pinocho? Yo no tengo cuerdas.

Me detuve, porque por ese camino se llegaba a la autocompasión y estaba tratando de librarme de ese hábito.

—Siempre he pensado que te parecías más al Espantapájaros —dijo Theo—. Ya sabes: «Ojalá tuviera un cerebro».

—Y eso me lo dice el tío que ha visto *Guns II* seis veces. ¿Qué quieres hacer tú? Sabía que no estaba hablando de los próximos diez minutos.

—Que todo el equipo del Underbridge funcione a la vez.

—Entonces supongo que no eres ateo.

—Joder, para conseguir eso, tendría que ser Dios. Me gustaría grabar a los tíos de los tambores de la otra noche. Tío, si tuviera un grabador dat... —Permaneció un momento en silencio. Entonces se quitó el pelo castaño de la cara con las dos manos—. Quiero volver, Gorrión. Y no puedo. Y lo detesto. —También él. Se notaba en la repentina ronquera de su voz y la desesperación con la que cerraba los puños. Su desesperación me selló la boca y vació mi mente de frases de consuelo.

—Bueno, oye —dijo de repente mientras bajaba de la valla—, somos jóvenes, somos fuertes y sabemos instalar un enchufe telefónico de centímetro y medio. Algo saldrá.

—En cualquier momento —dije. Levanté la mirada hacia el cielo, extendí las manos y añadí, alzando la voz—. Preferiblemente en formato Hi-8, con una copia de *Casablanca* cargada. —Me volví hacia él. Estaba sonriendo un poco—. Tienes la nariz manchada de grasa.

Theo se alojaba en la casa de LeRoy, en el lado opuesto de la plaza con respecto a la de Josh, un edificio de dos pisos y medio, tan nuevo que todavía conservaba el olor a madera cortada. Cuando llegamos, me llevó hasta el porche trasero. Había una bomba junto a la escalera, y una pastilla grande de jabón blando sobre la barandilla del porche. Theo se quitó la camisa por la cabeza, cosa que, descubrí, me provocó cierta incomodidad. Me senté en el primer escalón y disimulé mi turbación limpiándome las botas.

—¿Me pasas el jabón? —dijo. No me quedó más remedio que mirarlo. Parecía que había estado paseando sin ella intermitentemente. Estaba ligeramente bronceado y tenía los hombros cubiertos de pecas. Seguía incomodándome, decidí. Le tiré la pastilla de jabón y él me dio a cambio las gafas. Activó la bomba, metió la cabeza bajo el agua y soltó un gorgoteo reverberante y agudo.

—Creo —dijo Frances, que acababa de aparecer doblando la esquina de la casa—, que el agua está fría.

—Te preguntarás por qué ha hecho eso.

—No, en realidad no. Si estaba en las mismas condiciones que tú, no hay ningún misterio. ¿Qué habéis estado haciendo, construir un petrolero?

—Algo peor, en realidad. Hemos tenido una pelea con un generador Honda.

—¿Y os ha ganado?

—Posiblemente una victoria moral. Pero ahora funciona.

Se sentó en la escalera, a mi lado.

—Bueno —dijo, observando a Theo mientras este se mojaba la cabeza de nuevo—, ¿qué vamos a hacer ahora?

La miré fijamente y, con esfuerzo, logré mantener la boca cerrada. Entonces me rodeé las rodillas con los brazos.

—He tenido esta misma conversación dos veces en las últimas veinticuatro horas. Deberíais coordinaros mejor, tíos.

—¿Y los demás querían decir lo mismo que yo?

—No lo sé.

—¿Entonces cómo sabes que ya has tenido esta conversación? O sea —añadió antes de que yo tuviera tiempo de objetar nada—, que yo quiero saber cómo crees que debería influenciar mi futuro al tuyo y viceversa. Me gusta este sitio pero si me quedara tanto tiempo tan cerca de la ciudad, acabaría por amargarme. Tendría que volver a intentarlo y no tiene sentido. Como señalaste una vez, acortar mi propia vida sería un acto de ingratitud. Así que me marcharé, más tarde o más temprano, y no me parece mala idea hacerlo más temprano.

»Teniendo todo esto en cuenta, ¿vienes o te quedas? —Levantó las rodillas hasta el pecho y me miró.

—Si me voy, ¿tengo que ir contigo?

—Jesús, no, aunque puedes hacerlo si quieres. Esta es mi bizantina manera de decírtelo.

Era una solución. Una buena solución, de hecho: me permitiría escapar de Tom y del laberinto erizado de espinos de los recuerdos de mis pasados errores. A Theo no le serviría de nada pero puede que encontrase también el modo de resolver eso.

—¿Puedo pensármelo algún tiempo? —pregunté.

—No —dijo Frances—. Espero que te subas a mi coche sin otra cosa que un pañuelo limpio. Por supuesto que puedes. Hazlo.

—¡Oh, mierda! —aulló Theo—. ¡No hay toalla!

—No, no hay toalla —asentí.

Frances me miró y sacudió la cabeza.

—Eres una mala persona. Voy a buscarte una toalla, Theo. Entretanto, finge que eres un sistema de riego por goteo.

Theo se apartó el pelo empapado de la cara mientras Frances desaparecía por la puerta de atrás. Con la cabeza empapada, sin sus gafas, parecía otro, un desconocido.

—Cada vez lo lleva mejor, creo —dijo.

—¿Te refieres a Frances? ¿El qué?

—Sí, ya se nota que te has dedicado a pasar de todo. No hacía más que rezongar constantemente. Y no se defendía cuando alguien le metía caña.

—¿Que no se defendía?

—No sé de qué otra forma expresarlo. Creo que se sentía responsable por lo que te pasó.

Fruncí el ceño.

—Bueno —dijo Theo—. Yo sé que puedes comportarte como si fueras gilipollas sin que nadie te ayude, pero puede que ella no. Además, también estabas bastante mal. En cuanto empezaste a mejorar, ella lo hizo también.

No dije nada, y fue una suerte, porque en ese momento salió Frances con una toalla y se la dio a Theo.

—LeRoy quiere saber si te importaría volver a cenar buñuelos de maíz.

Theo la miró con incredulidad.

—¿Importarme? Joder, no, ¿y a ti?

—Eso mismo le he dicho yo. Pero me ha pedido que te lo preguntara. Por todos los santos, si la gente de por aquí sabe de algo es de comida. Seguro que el sitio lo fundaron los exiliados de una escuela de cocina.

—¿Tú también estás allí? —pregunté con asombro—. ¿En casa de LeRoy?

—En el ático. ¿Por qué? —dijo Frances, agraviada—. Todo el mundo me pone en el piso de arriba, como si creyeran que voy a organizar un horrible accidente con un juego de química.

—Puede que esperen que gastes tu natural vivacidad subiendo escaleras.

Me miró con los ojos entornados.

—Llevas escuchándome demasiado tiempo.

—¿Gorrión, eres tú? —La voz de LeRoy precedió a su propietario por la puerta enmallada. La abrió y asomó su cara alargada y morena. Tenía una mancha de harina en la mata de pelo recortada y negra—. Mags me ha preguntado si podía buscar unos viejos libros de texto para Paulo. Si los encuentro, ¿te importaría llevárselos?

—Si no te importa que los aderece con un poco de grasa de máquina...

—No. A juzgar por el aspecto del libro de Física, alguien lo metió una vez en un barril de Coca-Cola. Frances, ¿te importa que mire en el ático?

—El ático es tuyo. ¿Podemos ayudarte a buscar?

—No estoy seguro —dijo LeRoy con desesperación.

Cuando llegamos al ático, comprendí el porqué. Frances ocupaba un extremo del espacio: una cama plegable, una caja con algunos libros bien ordenados en su interior y un quinqué encima, y otra caja como vestidor, llena de ropa doblada. Estaba casi vacío y obsesivamente ordenado.

El resto del ático contenía lo que parecía el pasado de las últimas tres generaciones de todas las familias del pueblo, guardado en cajas, en baúles llenos, en pequeños armarios que aprovechaban el espacio que había bajo las vigas y un armario empotrado de dos puertas en la pared opuesta.

—Creía que era un edificio nuevo —dije con voz débil.

—Lo trasladé todo desde el viejo —dijo LeRoy—. No hubo tiempo de ordenar las cosas.

—Lo habría habido —dijo Sherrea mientras asomaba la cabeza por la trampilla —, si no lo hubieras dejado para el día antes de que hubiera que derribarlo. *Santos*, ¿qué estáis haciendo todos aquí?

—Buscando una aguja —dijo Josh.

—Ja. Venía a invitarme a cenar.

—¡Estupendo! —dijo LeRoy—. En cuanto encontremos esos libros.

—Voy a morirme de hambre —suspiró Theo.

La posibilidad pareció activar a Sherrea. Escogió una caja o armario para cada uno de nosotros y otro para ella. A mí me tocó el armario de dos puertas.

El suelo estaba cubierto de revistas y, si estaban clasificadas, era con un sistema que se me escapaba. *Coche y conductor*, *Electrónica popular*, *Comunicación por señales*, *El lector Utne*, *Aire y espacio*, *Semanario coevolutivo* y una llamada *Lencería guarra*... Me sentí como si hubiera caído de cabeza, con un terrible dolor de muelas, en una caja de caramelos. El impulso de sentarme y leer resultó irresistible.

Y no es que allí hubiese solo revistas. Saqué un apestoso edredón de algodón, tres tubos fluorescentes, un ventilador eléctrico al que le faltaba una hoja, un cesto de mimbre de base ancha, un montón de bandejas de latón con la leyenda «Radiadores Reynolds: un buen lugar para orinar» y una enorme fotografía enmarcada de una hermosa rubia, que debía de datar de los alrededores de 1940. Estornudé y levanté los ojos con desaliento hacia la estantería más cercana.

Había algunos libros en ella, con las encuadernaciones ocultas tras una cascada apenas contenida de periódicos y una pirámide invertida de cajas de cartón que, si algo en aquel armario se había ordenado a propósito, se habría podido llamar bomba trampa. Reconocí la palabra. La repetí para mis adentros en muchos idiomas, con una mezcla de consternación y asombro divertido. Pero, a pesar de todo, mis manos fueron a hurgar bajo el montón de periódicos, para tratar de sacar los libros del fondo.

Los periódicos resbalaron, primero un montón y luego otros dos. Las cajas temblaron y se ladearon. Y al fin, inexorablemente, del mismo modo que las avalanchas filmadas en los documentales, las cajas se inclinaron hacia delante y vertieron su contenido, seguido por ellas mismas, sobre mi cabeza y mis hombros. Creo que grité.

Tras unos instantes me encontraba al otro extremo de una larga cascada de papel mezclado, estornudando. La masa se mecía suavemente alrededor de las rodillas de Frances, que estaba sentada en cuclillas delante de una caja abierta.

—Piénsalo —dijo en voz baja—. Podría haber sido pintura... ¿Qué es eso?

Allí delante, boca arriba, había una vieja y doblada postal en la que se veía un paisaje urbano nocturno. Los edificios, suntuosamente iluminados frente a un cielo de un azul tan oscuro que parecía negro, estaban preciosos y utilizaban una cantidad inimaginable de energía. En el pasado, la gente iluminaba los exteriores de los rascacielos y los convertía en esculturas y monumentos huecos.

Entonces reconocí el pilar de cristal que había en el centro, con los reflejos de sus

hermanos y el frío cielo de la noche, coronado por un halo de lucecillas blancas, en los flancos. Estaba mirando mi ciudad.

No, comprendí al echar un vistazo al rostro de Frances, estaba mirando la suya. La ciudad tal como la había dejado cuando se había marchado para desempeñar la misión que su país había escogido para ella y cabalgar en los cuerpos de extraños. La ciudad, tal vez, en la que había vivido inocente, como una cinta en blanco.

—¿Pero cuál es ese, el grande y dorado? —pregunté en voz alta.

—¿Perdona? —dijo ella, levantando una mirada vacía.

—El que está totalmente iluminado. El que es casi tan grande como...

Caí en la cuenta mientras lo estaba diciendo, pero Theo respondió de todos modos.

—¡Coño! Es el Gilded West.

Frances se rió un poco.

—El segundo edificio más grande de la ciudad según todo el mundo, ¿lo sabías? Mi madre siempre decía que cuando estaba iluminado parecía una maquinilla eléctrica.

—No —dijo Sherrea asomándose por encima de su hombro—. Parece un cráneo. ¿Ves? Al menos desde este lado. Estas sombras son los ojos...

Theo se había arrodillado junto al arrecife multicolor de papeles y estaba registrándolo.

—Aquí hay otra... y otra. ¡Mirad esto! El Tent Farm con el tejado todavía intacto. Qué bonito. Y este edificio ya no existe.

—El edificio Multifood. Y el City Center —le dijo Frances con voz firme—. Los dos espantosamente feos. Nadie los echará de menos. —Pero yo podía verle la cara. Me acerqué como si quisiera ver las postales y le puse delicadamente una mano en el hombro.

—Aquí hay otra del Gilded West después de anochecer —dijo Theo—. Aquí parece un sapo.

—Es el otro lado —dijo Sherrea—. Qué chorrada. ¿Dónde ves tú un sapo?

—Aquí mismo. Estas son las dos patas delanteras, y este es el cuerpo, y estas dos luces rojas son los ojos.

—Santos. Pues sí que parece un sapo.

Frances echó la cabeza atrás y nuestros ojos se encontraron. Su expresión era una mezcla inestable de hilaridad y zozobra.

—Gracias a Dios —dijo—, el consejo directivo del Norwest ya no está con nosotros.

Sher tenía las dos postales, la del sapo y la del cráneo, en las manos, y las estaba estudiando.

—Son dos símbolos de la muerte.

—Oh, felices banqueros —suspiró Frances—. No me extraña que ahora el edificio esté vacío.

—Nooooo... Theo, ¿no es propiedad de tu familia? ¿Por qué está vacío? —Sher dio unos golpecitos a las postales en los bordes y empezó a barajarlas como si fueran las cartas de su tarot, con el ceño fruncido.

—No lo sé. Un asunto de seguridad, creo. Puede que sea que, como son casi igual de altos, a alguien no le gustara la competencia. En realidad no está vacío. Hay algo dentro.

Me senté en cuclillas junto a Frances.

—Ah, sí. ¿Y qué es?

—Cosas alucinantes. Me lo habría llevado todo a estas alturas, de no ser porque la mayoría no se puede sacar en los bolsillos. Acumuladores permanentes. De los de cuatro horas. Unas tres docenas de baterías de las de larga duración; algunos controladores de carga; una montaña entera de tubos halógenos... Eh, deben de ser piezas de recambio para las luces del exterior. No pongas esa cara. El hecho de que no viva nadie allí no significa que no esté vigilado.

Me había olvidado de LeRoy, y me sobresalté al oír que decía:

—Oye, si no vamos a buscar los libros, podemos bajar a cenar ya.

Sher dijo:

—LeRoy, es tu casa, pero ¿no crees que por lo menos deberíamos guardar esto en las cajas? —Sacó las postales—. Oye, ¿puedo quedármelas?

Me levanté y volví a acercarme al armario, sorteando la montaña de papel. Los libros que había tratado de alcanzar seguían allí. Los saqué. *Gramática inglesa moderna, 7ª ed. Historia moderna de Windows*. Y, con las páginas y los bordes de la encuadernación desteñidos, las *Aventuras de las Ciencias Físicas*. Los miré, y luego hice lo mismo con el montón de papel del suelo y las postales que Sher tenía en la mano.

—Si quieres enviar un mensaje —murmuré, mientras volvía a mirar los libros con el ceño fruncido—, prueba con *Western Union*. —Pero no iba a llegar ningún telegrama en fechas próximas.

Terminé llevándole los libros a Paulo y luego fui a cenar a casa de LeRoy. Theo y Frances tenían razón en lo de los buñuelos de maíz. Durante la cena hubo mucha charla en la mesa, pero cuando estábamos terminando, Frances se me acercó y me dijo en voz baja:

—Creo que voy a cogerme una borrachera de espanto, a ser posible en buena compañía. ¿Te apuntas? Invito también a Theo y Sher, si pueden aguantar.

Sher contribuyó con una botella de *whisky* de malta Iron Range. Nos subimos al caliente y resbaladizo tejado del henil y nos tumbamos allí para beber, mirar las estrellas y hablar de forma errática de nada concreto. El *whisky* de sabor ahumado, llenaba el paladar, y el inclinado tejado miraba al oeste, en dirección opuesta a la ciudad.

La botella había circulado varias veces cuando bajé la mirada del cielo al tejado. La luz de las estrellas y la media luna perfilaban a Sher, Frances y Theo, el irregular

zigzag de las cabezas, los hombros y las rodillas espolvoreadas de plata, en tonos monocromos. La melancólica voz de un clarinete se alzó detrás de nosotros desde algún lugar de la ciudad, y empezó a desgranar un *rhythm-and-blues* de preguntas que no necesitaban respuesta.

Frances apretó la botella contra su pecho y recitó con aire ausente:

Ahora que la verdad está al descubierto,
sé secreto y acepta la derrota
de mi garganta cansada,
pues, ¿cómo competir,
siendo hombre de honor, con uno
que, de demostrarse sus mentiras,
no se avergonzaría ni a sus ojos,
ni a los ojos de sus vecinos?

Dije:

—¿Quién...?

—W. B. Yeats. —Frances suspiró—. No hay nada como el irlandés para momentos así.

—La botella —dijo Theo, y Frances se la pasó.

Los miré y pensé que no era de extrañar que no hubiera suscrito el concepto de amistad. El mayor ejercicio de estupidez que alcanzaba a imaginar sería reunir a aquellas tres personas tan profundamente diferentes bajo el paraguas de la palabra «amistad».

Pero, según parecía, yo había cometido aquella estupidez.

—La botella —le dije a Theo.

—Por supuesto, mi pequeño cuco.

—Gorrión, capullo. Aunque son unos campos estupendos. —Levanté la botella hacia la luna—. Por nosotros —dije en voz queda, y bebí.

La luna estaba ya muy alta cuando bajamos, sin elegancia pero ilesos, del tejado. Frances seguía más o menos serena y hablaba con claridad, pero creo que el *whisky* había hecho su efecto. El tono violento que habían tenido sus palabras desde que viera las postales había desaparecido. Se me ocurrió entonces, capaz de dejar que mis sentimientos vagaran a su antojo gracias al efecto del licor, que probablemente acabara de asistir a un despertar.

Acompañamos a Frances y Theo hasta la casa de LeRoy. Me volví hacia la plaza de la ciudad, la granja y el amplio porche delantero. Entonces dije:

—¿Sher?

—Eh, no grites. Estoy a tu lado.

Así era. Pensaba que se había ido a su casa pero no lo había hecho. Como si supiera lo que iba a preguntarle.

—Háblame del pueblo —le dije, sintiendo en la boca del estómago la mordedura del miedo que acompaña al inicio de toda empresa arriesgada.

Tengo una buena visión nocturna, pero en aquel momento, inesperadamente, sentí el deseo de que la luna estuviera llena. Algo, la luna, una estrella, la última ventana iluminada de una casa, se reflejó por un instante en el ojo derecho de Sherrea y luego desapareció.

—¿Por qué? —preguntó.

—Josh me dijo que debía preguntarte.

—Cuando estuviste convaleciente, me preguntaba si habías hecho voto de no hacer preguntas ¿Y ahora las haces porque te lo han dicho?

Sentí la misma irritación que con Josh.

—¿Cuándo he hecho lo que me decían?

A nuestro alrededor se libraba una batalla de grillos, pero creo que pude oír cómo inhalaba Sher.

—Siempre —dijo—. Porque era el camino más fácil y cuando estabas en él se fijaban menos en ti.

Sentí unas terribles ganas de dar media vuelta y marcharme.

—Háblame del pueblo, Sher. Quiero saber.

—¿Por qué?

Pensé en el camello, en lo que Josh había dicho de que el carácter de aquel pueblo podía tener algo que ver con el zoo. Y el comentario frívolo de Frances sobre la escuela de cocina.

—Porque me gusta este sitio. Diría que no tienes por qué contarme nada si no quieres, pero si no quisieras, me lo habrías dicho, y a estas alturas ya estarías en la cama.

—Gorrión —dijo con una voz extraña e insustancial—. ¿Por qué quieres que te hable de eso?

Me volví entonces, y di tres pasos hacia la plaza. El movimiento liberó una idea. La postal en el suelo del ático de LeRoy, boca arriba frente a la única persona de la comunidad que había visto antes aquella imagen. Y los libros que estábamos buscando, almacenados en el lugar donde desencadenarían aquella avalancha cuando alguien los moviera, al igual que las cartas del Tarot, si uno cree en esas cosas, salen siempre del mazo en el orden correcto.

Y la amistad de Theo y Sher, dos personas a las que yo conocía; la amistad de Sher y China Black; mi encuentro con Frances en el puente. Y el hallazgo de mi cuerpo por parte de Mick, para empezar. Y antes, mi llegada a la ciudad; y antes incluso de eso, mi nacimiento a la vida. Nosotros, las cartas del Tarot, habíamos salido del mazo en el orden correcto.

Miré a Sherrea con los nervios crispados.

—Porque creo que he vislumbrado un secreto y no podré guardarlo si no conozco el resto. Porque quienquiera que está barajando las cartas tiene el mazo escondido.

¿Por qué me preguntó Josh si sabía algo sobre los *hoodoo* y luego me dijo que te preguntara por el pueblo?

Durante un momento, no respondió. Entonces dijo:

—Doncella, Madre y Vieja. No creo que llegaras a hacerlo.

—¿Hacer el qué? —dijo, al límite de mi paciencia.

—Demostrar que sabías lo suficiente para comprender las respuestas, mierdecilla —me dijo con alegría—. Voy a buscar una vela. Si te pido que me esperes debajo del árbol grande, ¿confiarás en que volveré a responder a tus preguntas?

Así que la esperé debajo del gran árbol. Las estrellas asomaban entre las gruesas ramas. La hierba del círculo, cubierta de una película de rocío que reflejaba la luz, estaba más iluminada que el cielo.

Seguía sintiendo náuseas, como si mi estómago supiera algo que ignoraba mi razón, sobre lo que había preguntado, sobre lo que iba a averiguar. Me costó no marcharme a la granja y cerrar la puerta tras de mí. Me senté, apoyé la espalda en el tronco, me cogí las rodillas con los brazos y traté de no pensar en nada.

Entonces levanté la mirada y me encontré a Sher allí delante.

—*Santos*, y ni siquiera hemos llegado a la parte difícil —dijo.

—No sé de qué forma parte todo esto.

Se sentó en la hierba, frente a mí. Tenía en la mano una pequeña lámpara de cristal con estructura de latón y una vela dentro. La dejó en medio de nosotros, la encendió, y un agradable aroma a pino empezó a extenderse a nuestro alrededor.

—Te contaré la versión fácil. Joder, puede que hasta resulte un poco aburrido. ¿Qué sabes sobre el vudú?

—Es la magia. Según la definición de Crowley, la capacidad de obrar cambios por medio de la voluntad.

—¿Crees que funciona?

—No.

—Bien, porque sí que funciona, y no lo hace así. —Dejó que masticara aquello durante un momento, con el rostro impasible e iluminado erráticamente—. Vivimos en un sistema cerrado. La energía no se crea ni se destruye. Esto también se aplica a la energía mental, y al espíritu y las emociones: la materia con la que tratan la magia y la religión.

»Las personas que tratan con esta clase de energía, la intangible, reciben el nombre de doctores *hoodoo*. Alguien tiene una pésima vida amorosa o está siendo atacado por otro o quiere encontrar un trabajo mejor... Es algo así como ir al médico cuando estás enfermo. —Sonrió de repente, mirando la granja, y dijo—: Buenas noches Josh. En fin, la cuestión es que van al doctor *hoodoo*, quien posee un montón de energía y puede acumular más, la manipula en el sistema para favorecer a su cliente y pide a alguno de los elementos principales del sistema que mantengan las cosas estables.

Todo aquello se parecía tranquilizadamente a lo que supongo que contenían los

libros de ciencia que le había llevado a Paulo aquel día. Demasiado tranquilizador para ser toda la verdad. En una especie de maniobra de autodefensa inversa, me aferré a una molesta inconsistencia.

—¿Qué tienen que ver los *loa* con todo eso?

Sherrea sacudió la cabeza.

—Confía en mí, no te conviene saber eso todavía.

—Entonces, ¿lo que acabas de contarme no es verdad?

—Estoy tratando de explicártelo en orden para que tenga sentido. Mira, el vudú no es clavar alfileres en manzanas. El vudú es toda la energía y la atención que pones en aquello que haces. En todo lo que haces. El trabajo de tus manos, hecho con toda tu atención, se convierte en un recipiente lleno de energía que puedes transferir a otra persona. Hacer pan es vudú. Igual que trabajar un jardín. O arreglar un amplificador, o enseñar a otra persona a hacerlo. Si lo haces como Dios manda, con toda tu atención y sabiendo de dónde viene y adónde va cuando te abandona. El proceso del que forma parte. Y hay que concentrarse en mover energía, no dinero.

—Entonces, ¿estamos hablando de un negocio?

—No es lo mismo —dijo con exagerada paciencia— generar dinero por lo que uno hace que hacerlo por dinero. Si no lo haces por amor, o porque piensas que hay que hacerlo, vete y deja que lo haga otro. Y si nadie lo hace, puede que eso signifique que no haya que hacerlo.

Una polilla había empezado a asaltar la lámpara. Había luciérnagas sobre los macizos de flores y algo, puede que una lechuza, levantó el vuelo entre el ramaje y desapareció en la oscuridad. Pensé en la ciudad, en las estructuras y reglas de todos sus intercambios. Me acordé de todos aquellos en los que había tomado parte, hasta el último.

—Eso suena muy bien. Pero la gente no vive así. Quiere que se le pague por su trabajo. Quiere compensaciones. No hay nada —dije, casi a mi pesar— gratis.

—Eso es cierto. Es tu puta religión, ¿no? Y el resto de la congregación está formada por gente como Albrecht o Beano.

Estaba furiosa. Su expresión resultaba difícil de interpretar bajo aquella luz antinatural, pero su voz estaba llena de rabia y sus hombros, perfilados contra el cielo, estaban tiesos, como si fuera a levantarse y marcharse.

—No —dije—. Pero supongo que actuar según sus principios se ha convertido en un reflejo. Además, me ha costado cara. Si la abandono ahora, será como decir que he sufrido sin ninguna razón.

—Fue por una buena razón —replicó en voz muy baja. La polilla era más ruidosa que ella—. Sobrevivisteis y estáis aquí. Tú tuviste que pagar sus tarifas, y en su moneda. No había tiempo para nada más.

Bajé la mirada hasta mis tobillos cruzados y la dejé allí.

—En cualquier caso, mientras la energía, la energía de todas clases, siga moviéndose por el sistema, todo es gratis. Pero en cuanto bloqueas parte de ella o la

sacas de la circulación... *bam*. La retroali-mentación es enorme. Tú te guardabas tu energía, no la ponías en nada de lo que hacías, y todavía estás pagando por ello. Albrecht, el muy capullo, la guarda en cajas y la esconde en el sótano en cuanto la tiene. Y todo el mundo paga por ello.

»Cuando el sistema entero está así de jodido, hace falta más de un doctor *hoodoo*. Ya no basta con enderezar las cosas para un solo individuo. Lo que se necesita es un grupo de gente cuyo trabajo consiste en mantener circulando la energía, mostrarle a los demás cómo se hace y asegurarse de que las cosas siguen igual aun cuando ellos no estén. —Se echó hacia atrás, apoyó las manos en las rodillas y me miró.

—¿Y ya está? —pregunté—. Todavía no has respondido a la primera pregunta. ¿Qué tiene todo eso que ver con el pueblo?

—Oh, piensa un poco, Gorrión. No te hará daño.

Creo que en realidad ya lo sabía. Solo tuve que encajar los hechos en mi cabeza. Una comunidad de gente que producía alimentos y entretenimiento para los demás, que no tenía tienda, ni tan siquiera un sistema de trueque regulado. Un pueblo que había enviado al norte una manada de bueyes almizcleros y había hecho todo lo posible por mantener con vida a unos tigres. La gente que me había salvado la vida solo porque había que hacerlo.

—Oh —dije, y—. ¿Todo el pueblo?

—Exacto —dijo Sherrea—. Te presento a Ingeniería *Hoodoo*.

Aquello no fue el fin. Yo tenía preguntas y ella aclaraciones que hacer. Pero, no mucho después, regresé a solas a la granja.

O no del todo a solas. Me acompañaba la sensación de algo vislumbrado, algo que flotaba sobre mí, algo que acabaría por revelarse, lo quisiera yo o no. Había tenido miedo de encontrarlo en las explicaciones de Sherrea. Ahora, hubiera preferido que apareciese. Estaba impidiéndome apreciar las luciérnagas.

CARTA 10

Desenlace La Torre

Waite: la ruina de la Casa de la Vida cuando el mal ha prevalecido, el quebrantamiento de la Casa de una Falsa Doctrina.

Cray: cambio y catástrofe. Libertad obtenida a un alto precio.

Crowley: su arma mágica es la espada. Sus poderes mágicos son obras de cólera y venganza.

10.0: danzar por un arco-iris, sudar por el sol

Aquella noche soñé, creo que la noche entera. En varias ocasiones sentí deseos de despertar, y es posible que lo intentara. Pero no hubiera podido despertar del mundo que recorrí aquella noche, como tampoco podría haberlo hecho en el mundo real.

Lo siento. Ha sido una expresión mal elegida. Lo diga como lo diga, no habría podido despertar.

Empezaba con los pictogramas, en blanco y negro. Los había olvidado, o al menos había olvidado mencionárselos a nadie. Volvía a estar al extremo izquierdo de la fila, y a mi lado, la mujer del turbante decía:

—No hay tiempo. No es culpa tuya. Tampoco es culpa tuya que haga viento y llueva, pero lo sufres igualmente. No se te puede enseñar la danza en un puñado de soles, y menos en este pequeño reducto de oscuridad.

La criatura que tenía la lira a su lado respondió:

—¿Qué hay que enseñar? Paso, pasito, cha-cha-cha. Todas las criaturas vivas la conocen ya. Oye —me gritó—, ¿sabes esos bichitos que tienes dentro? ¿Los pequeños que le dicen a todo lo demás lo que tiene que hacer? ¡Diles de mi parte que empiecen!

—Por una vez, podrías tratar de no ser un estorbo —dijo ella—. Viejo mentiroso.

—Tú —replicó él con repentina dignidad— eres un coñazo. Estando de ese humor, ¿a qué viene hablar de baile? Vete a un bar. Qué pérdida de tiempo. Estamos aquí fuera. ¡Música, música, música!

Tres dimensiones. No fue una transición brusca, pero hasta entonces había sido un mundo plano, como una hoja de papel. Lógica onírica. La criatura de la flauta, que estaba aún allí, y al mismo tiempo ya no estaba, me cogió por la muñeca y me arrojó a un lado. Alguien me cogió y volvió a lanzarme. Oía la flauta pero no podía verla. Pero además de la flauta, oía tambores y las voces bruscas y repetitivas de los tambores de la plaza del pueblo. Veía a quienes los tocaban, hombres y mujeres, empapados de brillante sudor, con los hombros desnudos y los labios contraídos en sonrisas de fatiga y deleite. Alguien más me cogió del brazo.

Turbadores. Yo era el eje reacio de su rueda. Movían los pies y daban palmas al ritmo de los tambores, mientras sus ojos giraban dentro de sus órbitas. «¡Paso! ¡Paso! ¡Paso!», cantaban. Sus brazos flacos y sus huesudos codos eran como las ramas desnudas de los árboles, zarandeadas por el viento del ritmo. Me derribaron. Los tambores me golpearon como martillos, me cortaron la piel, pusieron sus huevos de ritmo en las sanguinolentas heridas y las cerraron para esperar a que eclosionaran. Esa fue la primera vez en que quise despertar con todas mis fuerzas.

Los Turbados hacían cabriolas a mi alrededor, recorriendo la iluminada noche de las Profundidades. Los edificios estaban iluminados como en las escenas callejeras de las películas musicales, con marquesinas iluminadas y carteles de neón, con un despliegue despreocupado de electricidad por todas partes. Era un musical; un reparto

de miles de actores saltó y se contoneó y brincó de forma caótica por un mercado Nicollet convertido en escenario. Los dos Mick Skinner estaban allí, o al menos sus dos cuerpos. También estaban Dana y Cassidy. Pasó un esqueleto con un sombrero de seda y un chaqué y se detuvo un solo instante para lanzarle el cráneo al círculo de Turbados y castañetear los dientes en mi dirección.

Yo había estado mirando a los Turbados de forma equivocada. Había estado pensando en ellos como gente enferma y subalimentada. Eran cadáveres maravillosamente bien conservados. Qué estupidez. Bailaban muy bien.

Dos manos de largos dedos, rosadas y pardas, se levantaron junto a la piel grisácea de los Turbados, separaron el borde de su rueda y llegaron hasta mí. Dejé que me tomaran por las muñecas, que me sacaran del círculo.

Las manos pertenecían a una mujer, cuyo pelo negro caía sobre sus hombros y llegaba hasta sus tobillos. Estaba desnuda. La miré fijamente, sin poder evitarlo, porque allí, en la calle onírica, no podía apartar la mirada ni marcharme como podría haber hecho en la vida real. Su cuerpo era muy extraño. La blanda y sustancial carnalidad de los pechos, que se bamboleaban y temblaban cuando se desplazaba; el suave relleno del estómago, los muslos y las amplias caderas. No estaba gorda, pero al mirarla, pensé en mantequilla y crema y melaza y otras cosas succulentas: seda y satén, oro derramado bajo una luz tenue, la caricia del agua templada sobre la piel. Se aproximó a mí y me dio un beso en los labios.

Luego se apartó y una figura apareció detrás de ella. Era un hombre, de tez oscura y desnudo también. Sus hombros eran tan rectos como los míos, solo que más anchos bajo la capa roja que colgaba de su cuello. Sendas losas de músculo contorneaban el pecho bajo una fina mata de pelo negro y rizado. No poseía cintura discernible. Su cuerpo se estrechaba desde el pecho hasta las caderas, ahusado y recortado como la hoja de un cuchillo, y el vello que lo cubría menguaba hasta convertirse en una franja fina a la altura del abdomen y se volvía más tupido en la entrepierna. El pene colgaba relajado de la negra mata, flácido y bamboleante. Las piernas estaban cubiertas de pelo negro y tenían rodillas huesudas. No me imaginaba caminado en aquel cuerpo. No me imaginaba caminando en el de ella.

Los había visto antes. ¿Dónde...? Ah. Estilizados, en las paredes del *hounfour* de China Black.

También él me cogió las manos, me atrajo y me besó en los labios. Entonces la imagen dio un salto, como si alguien hubiera empalmado demasiadas tomas en la secuencia. Una mano grande y blanca como la leche se cerró alrededor de mi cuello hasta que no pude tragar saliva, hasta que mi respiración empezó a sonar como una sierra cortando una pared, y me empujó contra la pared. Y Beano dijo:

—No hay nada gratis... —y aunque en realidad no sentí ningún dolor, fue la segunda vez que quise despertar, y con más urgencia que la primera.

La continuidad, incluso la que imponía la lógica onírica, se quebró, como si el encargado del proyector hubiera puesto el rollo equivocado. Me encontraba en una de

las huertas, a solas, en medio de un silencio perfecto que nunca hubiera existido en un campo de verdad. El surco que había a mis pies estaba a medio plantar. Me arrodillé y reanudé el trabajo. Extender, tirar y arrojar. Extender, tirar y arrojar. Tenía su ritmo. Tenía sonido, una serie de sonidos... y empecé a oír los tambores, desde algún lugar lejano, respondiendo al movimiento de mi brazo.

Me levanté (y mientras lo hacía lo oí también y le hice un hueco en el ruido de los tambores) y eché a andar hacia la plaza del pueblo. Cuando llegué allí la oscuridad era completa, pero las antorchas, las lámparas y la fogata la dividían en agradables secciones. Los tamborileros formaban una parte del círculo y tocaban violentamente, con los tambores grandes entre las rodillas y los más pequeños apoyados en los muslos. El resto del círculo daba palmas y se balanceaba y respondía con cantos a una voz fuerte cuyo propietario yo no veía.

Los bailarines estaban en el centro, golpeando el suelo con los pies, sacudiendo la cabeza, agitando los hombros. La voz fuerte era, descubrí, la de Sherrea, que cantaba en una lengua que yo no conocía.

Y eso que conocía muchísimas. El círculo de testigos había retrocedido detrás de mí. Ahora solo me rodeaban los bailarines. Ninguno de ellos me tocaba, pero tampoco tenían que hacerlo. La fuerza de sus movimientos y el ritmo con el que se movían era como un asalto.

Sentí que el ritmo se prendía de mis músculos. Sentí que la cabeza se me echaba hacia atrás y mi cuerpo se arqueaba como si alguien me hubiera atado una cuerda a la columna y estuviera tirando de ella. Tenía las piernas débiles y no respondían las órdenes de mi cerebro.

Y en todos los cortes de mi piel, en la sangre que circulaba por caminos cerrados debajo de ella, en los huesos rectos y sólidos de mis brazos y mis piernas y en el caparazón de hueso de mi caja torácica, los huevos del ritmo estaban eclosionando.

Esta fue la tercera vez, y la más intensa. De lo que habría escapado entonces no era del dolor. Era de la llegada de la cosa que llevaba toda la noche esperando, la cosa de la que Sherrea no me había hablado. El número del vudú es el nueve, porque nueve es tres veces tres y el tres es el núcleo de todo. Alguien dijo esto, como en un aparte. Yo no estaba prestando demasiada atención.

Los huevos eclosionaron formando un chorro de... no lo sé, no lo sé. ¿Cómo se siente el controlador de carga cuando la corriente llega por el cable desde el generador eólico, hidroeléctrico o fotovoltaico y él lo acumula y empieza a dispensárselo a la batería? ¿Es así de caliente, espeso y caliente y dulce en la boca y en los músculos? ¿Es claro y brillante como una bocanada de ozono después de un rayo? Qué estupidez. Es una máquina. No sabe nada. Yo sí supe.

Levanté un pie y la potencia me atravesó como si una turbina se hubiera puesto en movimiento. El menor movimiento lo provocaba. Un paso, un salto, una torsión, como la punta de una lengua de llama. Cualquier movimiento. ¿Funcionaría en alguno de aquellos cuerpos, el masculino y el femenino? Imagino que no. En esos

trajes de carne prestada no. Solo en este recipiente de energía pura, engullido y cegado en un maremoto de luz blanca.

Sherrea estaba frente a mí, vestida de blanco. Cantó un verso y todas las voces que me rodeaban respondieron. Me eché a reír y caí de rodillas delante de ella. Sacó un espejo.

Conocía mi cara. Siempre había utilizado espejos para asegurarme de que era vulgar, para asegurarme de que me parecía lo más posible a la gente que me rodeaba. Así que conocía mi cara, aunque no por sí misma, sino como un reflejo y una copia imprecisa de otros. Ahora sabía que tenía que registrar aquel reflejo en busca de la piel y los huesos, los ojos, la nariz y la boca reales. Utilizando, como había dicho Sherrea, la mente entera...

Cuando lo encontré, construí una réplica en mi memoria, para poder volver a encontrarme sin el espejo. Una frente alta y suave delimitada por un cabello abundante y negro; cejas negras, elevadas y rectas sobre unos ojos grandes, negros y de largas pestañas; una nariz delgada, con un puente elevado, y una boca fina y alargada. Mandíbula y barbilla angulosas y sin casi carne. Huesos y rasgos, huesos y rasgos y poco más. Sin extras ni ornamentos. Los huesos estaban cansados de su inmovilidad.

Vi una chispa en mi ojo derecho. Un reflejo en el negro estanque de la pupila, una luz; una pequeña escena. Abrí el ojo de par en par y me aproximé al espejo.

La orilla de un río, y un reflejo sobre algo metálico: había una figura tendida en la orilla del río, con los brazos y las piernas abiertas. Varias espadas, metal blanco brillante a la luz del sol recién salido, la atravesaban. Sobre la arena se extendía la melena rubia como los brazos de una estrella de mar, mojado y cubierto de tierra. Una espada larga y brillante asomaba por la boca abierta, bajo los ojos llenos de asombro y abiertos de par en par.

Era Dana.

Me había incorporado antes de despertar, temblando. Si había hecho algún sonido, no había bastado para despertar a nadie.

Era ya media mañana y no se oía nada en la casa. Probablemente Josh, Mags y Paulo hubiesen salido a ocuparse de sus cosas. Hacía calor y el aire me pesaba como una losa. Me levanté y volví a sentarme. Oh, qué resaca más estupenda. Y encima me dolía toda la cara, la piel y los huesos. Había pasado algún tiempo desde mi última resaca, pero nunca me había provocado pesadillas.

Me vestí y fui a la cocina. A medio camino oí que alguien llamaba a la puerta de la calle, así que apreté el paso.

Era Sherrea.

—Hola. ¿Acabas de levantarte? —me preguntó desde el otro lado de la pantalla.

—Hum. ¿Quieres desayunar?

—No. Mira, ¿podrías saltarte el desayuno y salir un minuto? Quiero decirte algo. Yo acababa de abrir el frigorífico. Volví a cerrarlo.

—¿Pasa algo?

—En realidad no. ¿Puedes salir?

Cuando salí al porche trasero, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué pasa? —dije.

—Pareces... no lo sé. Tienes una pinta rara. O sea, no rara sino... —se encogió de hombros—. Olvídalo.

El cielo era azul y claro y estaba cubierto al sudoeste con desordenados jirones de nube. En la parte delantera, sobre las escaleras, nos encontramos con Theo y Frances. Me pregunté si sería una conspiración o también ellos se habrían quedado sin desayunar a petición de Sher. Me miraron y Theo arrugó las cejas. Frances se me quedó mirando, con los labios entreabiertos, como si se hubiese olvidado de ellos, y al cabo de un instante dijo:

—¿Qué has...? —y se detuvo.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Pareces tú —dijo lentamente—. Más que nunca.

—Lo mismo digo. ¿Es que vosotros nunca habéis tenido una mala resaca?

—Parad —dijo Sher— o se me olvidará algo. Y creo que como eso pase será una mierda. —Aspiró profundamente—. Muy bien, esta noche he tenido un sueño. Y tengo que contároslo a todos a la vez para asegurarme de que no olvido nada.

Theo, Frances y yo intercambiamos una mirada, pero no éramos tan tontos como para decir nada.

—Estaba en las Profundidades —empezó Sher—. Era primera hora de la mañana y las calles estaban llenas de sombras. Se ven nubes negras entre los edificios y algunos relámpagos entre ellas. Estoy junto a Ego cuando una mujer se me acerca por Nicollet. Está casi corriendo. Cuando se aproxima veo que tiene el ceño fruncido, como si estuviera preocupada. El viento arrecia de repente y empiezan a volar papeles y hojas por todos lados. Se me acerca y dice: «no hay tiempo. Vete a casa y dale esto a tu amigo». Y me entrega una postal.

»Se parece a las que encontramos ayer, con los edificios iluminados, y el Gilded West en medio. Pero el edificio por el que preguntó Theo... Tú conocías el nombre, Frances...

—El Multifoods.

—Justo. Ese no estaba.

Se detuvo.

Esperamos.

—¿No lo veis? Es ahora, solo que los edificios están iluminados.

—Vale —dijo Theo. Yo pensé lo mismo.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Frances.

—Porque —dijo Frances, totalmente exasperada— me dijo «tu amigo». Pero no dijo cuál.

—¿Y pensaste que podíamos saberlo nosotros cuando nos contaras la historia?

—Supongo que, si creía eso, estaba equivocada. Mierda puta.

Desde el otro lado del pueblo, donde estaba la carretera del noroeste, oímos el sonido ronco de un motor.

—Hum —dijo Sher—. Tenemos compañía.

—Qué raro —dije.

—Lo que pasa es que no te habías fijado hasta ahora. A veces pasa algún vecino para intercambiar algo o para traer noticias. Ese parece el camión de Skip Olsen.

—Puede que hubiera viento anoche —dije—. Fue una noche de sueños.

—¿Tú también tuviste uno? —preguntó Sher, muy seria.

—Un montón. Terribles. En el mío también había gente con mucha prisa.

Al otro lado de la plaza, dos personas caminaban hacia nosotros. Una de ellas era Josh. El otro era un hombre de pelo blanco, unos diez años más joven, con un sombrero de paja de *cowboy*. Llevaba algo en una mano.

—¡Gorrión! —gritó Josh cuando estuvo lo bastante cerca para hacerse oír—. ¡Te presento a Skip Olsen!

Para entonces se encontraban ya junto a la barandilla del porche. Olsen me tendió una mano morena y venosa. Yo extendí la mía y se la estreché. Tuve que esforzarme para hacerlo. Olsen estaba sonriendo.

—Nunca había oído hablar de ti —dijo— pero esto lo han enviado al pueblo, así que supuse que si venía y preguntaba, todos te conocerían. —Se echó a reír y Josh hizo lo mismo. Alargué la mano y cogí el paquete que Olsen me ofrecía.

Era una caja de cartón blanco llena de rozaduras, parecida a una caja de regalo, un poco más corta que mi antebrazo y la mitad de gruesa. Estaba atada con bramante marrón. Sobre ella, alguien había escrito a bolígrafo:

A Gorrión

El zoo

Apple Valley

Por supuesto, no había remitente.

Josh se llevó a Olsen a su casa para tomar una taza de té. Yo me quedé mirando la caja. No pesaba mucho.

—No la abras —dijo Frances con voz tajante.

—¿Por qué no?

—Gorrión, no seas imbécil. No la abras.

Pero yo ya había quitado el bramante. Abrí la tapa.

Como todos los regalos, tenía papel de seda en su interior. Lo doblé y lo guardé. Dentro había una gruesa cola de pelo rubio, atado con una serpentina muy fina de terciopelo negro. Uno de sus extremos era irregular; el otro era recto y parecía recién cortado. Los primeros seis centímetros de este lado estaban empapados de algo que, por mucho que uno se empeñara, no hubiera podido negar que era sangre.

No se me cayó la caja porque casi no pesaba. Me acerqué con mucho cuidado al primero de los escalones y me senté, con la caja todavía entre las manos, mirando su contenido.

Como ni Theo ni Sher lo entenderían y puede que Frances no se acordase, dije:

—Es de Dana.

Mi voz pareció llegar desde el otro lado del pueblo.

Frances se inclinó con el brazo extendido sin llegar a tocar el extremo manchado de la cola.

—¿Y eso de quién es?

—Nunca lo sabré, ¿no? —dije, mirándola—. A menos que vaya a averiguarlo.

Su mano se apartó bruscamente.

—No. Puede quedarse sentado como una araña en medio de su tela y morir de hambre, o prosperar, o hacer lo que le dé la gana. Si yo no voy, no va nadie.

Levanté la tapa de la caja y se la enseñé.

—Entonces vendrá él. ¿Te parece mejor?

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Theo.

—Nunca hemos sido un secreto —dije con la voz quebrada—. Alguien lleva las calabazas al mercado, cuenta algunas cosas, alguien las escucha o se las cuenta a otro... Probablemente lo sabe hace semanas.

—Iré yo —dijo Frances con los labios fruncidos.

Me volví hacia ella.

—No te han invitado.

Vi cómo cambiaban sus ojos al comprender que yo tenía razón. La caja llevaba mi nombre y la amenazada era amiga mía.

—No puedes —dijo, igual que había dicho en Del Corazón—. No puedes. Por Dios, si hasta puede que ya no esté viva.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Tapé la caja cuidadosamente. Había soñado con Dana. Con el Diez de Espadas, destinado a mí. Puede que ese fuera el significado de tanta premura.

—Necesitamos otro plan, joder —dijo Sherrea.

—Preferiría que no usarais el plural. No necesito un plan para entrar. Esta vez sé que me estará esperando. Probablemente me deje una luz encendida.

—Espera, espera. —Frances se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se pasó los dedos por el pelo—. ¿Qué esperas conseguir?

Pensé en ello mientras los demás, como por milagro, guardaban silencio y me dejaban hacerlo.

—Quiero salvar a Dana. Si me preguntas lo que me gustaría por mi cumpleaños, joder, me gustaría que Theo pudiera volver. Y que Tom Worecki no pudiera volver a hacer nada como esto.

—Entonces tendrás que matarlo —dijo Frances.

—¿Ah, sí? La experta eres tú. —Me sentí mal al ver que su rostro perdía el color.

No pretendía hacerle daño.

—Gorrión —dijo Sher de repente con una voz espantosa—. ¿Qué has soñado?

Traté de contarle con tanta objetividad y claridad como ella, pero no tenía un original tan coherente como el suyo. Cerró parcialmente los ojos, levantó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas cuando terminé.

—Oh —dijo, apagada—. Oh, no. La he jodido. Se nos ha agotado el tiempo. Lo siento —dijo, y levantó los ojos. Los tenía inyectados en sangre—. No sabes nada porque he tardado demasiado en empezar y ahora hay que actuar, estés como estés. Te matará. Oh, ¿a qué día estamos, joder?

Los demás permanecemos sentados, amedrentados por aquel discurso terrible e ininteligible. Pero la voz de Josh, desde la puerta principal, dijo:

—Veintitrés de junio. La víspera de san Juan.

—Que me maten —dije—. Es mi cumpleaños. Qué coincidencia.

—¿No lo entiendes? Aquí no hay coincidencias. Los *loa* te hicieron para esto. Todos los demás tienen un alma que forma parte de la continuidad. La tuya es totalmente nueva. Eres un objeto hecho a medida para eliminar un atasco en el flujo de energía y este es el atasco y el momento. Mañana es el solsticio. La conmemoración del sol, la fuente de energía. Por supuesto que ha de ocurrir entonces. ¡Y aún no ha concluido tu preparación!

Volvió a enterrar la cara entre las rodillas.

Josh salió al porche y le puso las manos en los hombros.

—No cargues con todo.

—¿Y con quién se supone que voy a compartirlo? —gimió ella, pero levantó la cabeza y se secó los ojos—. Tienes razón. Así no conseguiré una mierda.

De hecho, sí que había conseguido algo.

—De esto iba la lección de la otra noche, ¿no, Sher? La que me dijiste en la ciudad. «Habrà sangre y fuego y los muertos bailaràn por las calles». ¿Verdad?

Asintió, con lentitud, probablemente porque no le gustara mi tono de voz. A mí tampoco me habría gustado.

—Soy buen estudiante. Veamos si he entendido bien. Estás diciendo que los *loa* dieron vida a un *cheval* para usarlo, en algún momento, para acabar con algo... —mientras lo decía, se me ocurrió la respuesta—. El monopolio de Albrecht, ¿no? Y me soltaron para que creciera y me preparara para esto. Ahora están aquí. Y el mensaje es: «nosotros te creamos. Nos lo debes».

Sher sacudió la cabeza.

—Claro que sí. Has dicho que esto podía matarme. Pero tienen derecho a hacerlo, porque les pertenezco. Yo tenía razón, Sher, y tú mentiste. No poseo nada. Y no existe nada gratis.

Frances y Theo estaban mirándonos. No sé si algo de lo que estaban oyendo tenía sentido para ellos. Pero no estaba hablando con ellos.

Sher recuperó el habla al fin.

—Estamos leyendo el mismo libro, pero tu traducción es un asco. Vale. Si lo que dices es cierto, no tienes elección. Pero vas a descubrir que nadie te obliga a hacerlo. Estoy tratando de conseguir que quieras hacerlo, porque si supieras lo que deberías saber a estas alturas, querrías hacerlo. Santos, la única persona que está tratando de presionarte es Worecksi. Pero tu estúpida vida fue un regalo, joder. Cuando anoche dije que la única razón para hacer algo era el amor o creer que había que hacerlo, lo decía en serio. —Se levantó, con los hombros muy rectos—. Si decides ir a Ego, por Dana o por Worecksi o por lo que sea, avísame. Te ayudaré. Por amor y porque hay que hacerlo.

Había bajado los escalones y se había alejado seis pasos más antes de que pudiera moverme o supiera que quería hacerlo. Salté la barandilla, caí sobre las flores y la cogí del brazo.

—Lo retiro. Aún no puedo reemplazarlo con nada, pero lo retiro.

—¿Por qué? —dijo con el rostro crispado.

—Porque... porque no sé nada sobre tus malditos *loa* y no sé si serían capaces de hacer lo que acabo de decir. Pero no creo que tú pudieras.

Se me quedó mirando, con la respiración alborotada.

—No es mal razonamiento —dijo finalmente— para un pedazo de mierda. Cuando te eché las cartas... apareció la Muerte. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—En el Tarot no significa morir. Significa cambio, transformación. Creo que eso es lo que hay en el Gilded West y por eso se hizo con él la familia de Theo y lo cerró.

—Una barrera simbólica frente al cambio.

—Joder, no: una barrera real. La magia de los *hoodoo* opera en el nivel simbólico para conseguir cosas en el real. Creo que el cierre del Gilded West fue una obra de vudú. Y creo que mi sueño me pide que la deshagamos. Que volvamos a encender el edificio.

Theo, detrás de mí, dijo:

—Yo podría hacerlo.

—¿Qué?

—Podría encender el Gilded West. Está todo allí. Lo único que necesito es una fuente de energía para activarlo.

—No —dije—. Tú no vuelves a la ciudad.

—No voy a volver a Ego. No tengo por qué. Salvo para conseguir un poco de electricidad. Puede que tenga que robar un poco de energía de la puerta de al lado.

—Frances —dije—. ¿Cómo puedo detener a Tom?

—Lo sabes perfectamente. Lo encierras en su cabeza y matas esa cabeza.

—¿Y si se quedara aislado fuera?

—¿Cómo?

—¿Viviría si no tuviera un cuerpo en el que cabalgar?

—Por supuesto que no. No es un fantasma, joder. Pero ¿cómo esperas hacer eso?

—No lo sé —dije—. Y tampoco sé cómo conseguirle a Theo la energía que necesita sin sacarla de Ego. Pero eso no me gusta, ni me gusta la idea de matar a alguien más para llegar a Tom Worecki.

—Probablemente ya haya matado la mente del huésped —repuso Frances, al tiempo que Sher decía:

—Por supuesto. Eso se cargaría el simbolismo.

—¿Cómo? —preguntó Theo.

—Si el vudú opera al nivel simbólico —dijo Sher, impaciente—, ¿qué significa, desde un punto de vista simbólico, que le robes la potencia a la cosa de la que quieres librarte para alimentar el proceso con el que te libras de ella? Y no puedes matar el cuerpo que ocupa Tom porque no tienes más derecho a decidir lo que se hace con él que el propio Tom. No te librarías de él, te convertirías en él.

—Probablemente de forma literal —dije—, basándose en pasadas experiencias.

—No te olvides de los que estamos aquí —intervino Frances con voz afable—. Guarda un poco de ese veneno para mí.

Sherrea, para gran asombro mío, se puso colorada.

—Es absurdo olvidar que yo también soy uno de ellos —añadió Frances. Abstraída, se miró las manos, antes de decir—. La he asfixiado. Ha sido como asfixiar a un niño con una almohada, aunque he tardado más. He pasado cuatro años en su cuerpo y no era, que Dios la ayude, un alma fuerte.

—Tienes razón —dijo Sher—. Lo había olvidado. Pero puedes pasártelo en grande flagelándote más tarde. Para lo que tenemos que hacer, es irrelevante.

Frances enarcó una ceja desalentadora.

—¿Y dónde estábamos? Con las ruedas metidas en un socavón simbólico. A menos que uno de vosotros tenga una pala metafísica.

Detestaba aquella situación. Se notaba. Ni siquiera tenía la misma tolerancia para el vudú que yo. No había pasado años en las calles rodeada por él, haciendo tratos con él, usando sus formas como elegantes ficciones sociales y sus principios como juramentos. Si las divagaciones de Sher sobre la energía contenían algo de verdad, el poder de Frances procedía del pasado que le había dado a luz. Nunca pensaría en pedirle favores a los *loa*.

—Oh —dije débilmente—. Bueno, claro.

—Me alegra que tú precisamente pienses eso —dijo Frances—. Pero podrías iluminarnos un poco a los demás.

—¿De qué sirve tener un dios en la máquina si no le pides que te ayude de vez en cuando? Sher, si los Ingenieros *hoodoo* son algo más que una experiencia de vida en comunidad... ¿Lo son?

—Termina la frase —dijo con brusquedad.

—¿Pueden actuar sobre el clima?

—Es un proceso lento.

—¿Y podéis pedirle favores a los *loa*? ¿Os los conceden?

—Santos, Gorrión, ¿qué...?

—¿Podrían, por ejemplo, crear una tormenta increíblemente melodramática en el momento justo y en el sitio adecuado si se les pide con amabilidad?

Sher seguía mirándome fijamente, pero Theo silbó y dijo:

—¡Acojonante! Hasta podría funcionar. Solo que... ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Un día entero —respondió Sher secamente.

—Mierda. No podría montar un molino de viento ahí arriba sin una docena de personas. Y además podrían verlo desde Ego.

—O sea, que necesitamos un molino realmente pequeño —dije.

Theo sacudió la cabeza.

—Las aspas serían demasiado pequeñas. Necesitaríamos un tornado.

—Ya que vamos a pedir, ¿por qué no pedir a lo grande? Déjame pensar. —Me froté la frente con las dos manos—. Si... si conseguimos el viento... Necesitaríamos una turbina de helicóptero, de las que giran alrededor del eje vertical, y tendríamos que montarla en... Chango, tendríamos que construirla primero, porque no sé dónde conseguir una.

—New Brighton, Hopkins o el parque Saint Louis —dijo Frances.

—¿Qué? —dijimos Theo y yo, más o menos al unísono.

—Honeywell estaba construyendo turbinas Darrieus para el Ejército, para los puestos de escucha del ejército. De helicóptero, ¿no? Fibra de carbón y plástico, y pequeñas, para que no pudieran detectarlas desde el aire. Puedo deciros dónde estaban las plantas. Mejor aún, puedo llevaros allí.

Miré a Theo.

—¿Hemos tenido una turbina de helicóptero en el vecindario todo este tiempo?

—Alguien podría habérsela llevado ya —dijo Theo, incrédulo.

—Si hubiésemos sabido que estaba ahí, lo habríamos hecho nosotros. ¿Puedes conseguir que funcione?

—Si podemos sacarla de allí —dijo—. Si puedo montarla... Sher, ¿me cargaría el simbolismo si traigo algunas cosas del Underbridge?

—Tres hurras por Tom Swift y sus muchachos —dijo Frances—. Y ahora, ¿qué pasa con Worecksi?

—No sé. Esa no es mi especialidad. —Me volví hacia Sher—. ¿Qué se usa para contener a un espíritu?

Sher lo pensó.

—Un *govi*. Una vasija de almas. Cuando alguien cree que está siendo atacado con vudú, le pide a los *houngan* que guarden su espíritu en una botella y la escondan. Yo creo que es una gilipollez.

—Bueno, ya conoces mi punto de vista sobre ese tema.

Se ruborizó.

—Gracias.

—No, mi punto de vista es que no tenemos la menor idea de lo que está pasando,

así que puedo utilizar cualquier cosa que alguien crea que puede funcionar.

—No sé si funcionará. No sé si tenemos tiempo de prepararlo. Mierda...

Extendí las manos y toqué las suyas.

—Oh, vamos. Siempre es posible que nos reencarnemos.

—Espero que no —me espetó, y se alejó cruzando la plaza del pueblo.

—Será mejor que me marche —dijo Theo—. Tengo que ir a buscar el equipo. ¿Puedes prestarme a Frances un rato para que me ayude a conseguir la turbina?

—Espera un segundo —dije con sorpresa—. No hemos...

—Sí, sí que lo hemos hecho. Sher se ha ido a hacer su parte. Yo tengo que irme a hacer el mío. Quiero decir, me ha parecido entender que nos queda poco tiempo.

—Theo, si... Mira, algo va a fallar. Puede que todo. Te arriesgas a perder mucho si se te cae todo encima. Creo que será mejor que no te metas.

—Ya he perdido un montón. —En su bonito rostro había aparecido una mueca dura que confiaba no fuera permanente—. Quiero hacer algo para recuperarlo.

—Puede que este no sea el modo.

—¿Quieres hacerlo tú en mi lugar?

Me tenía. Y lo sabía. Lo vi en sus ojos.

—Esto no es *Los siete magníficos*, Theo. Es la vida real.

—¿Lo es? Cuando te oigo, me recuerdas a *Por un puñado de dólares*. Adelante, dime que vas a limpiar el pueblo sin ayuda de nadie.

No tuve más remedio que bajar la mirada.

—No puedo. Soy incapaz de estar en dos lugares al mismo tiempo.

Por supuesto. Había que hacerlo. Theo, que no parecía tener religión, se había regido siempre por este principio.

—Pero... Por Dios, Theo, no te acerques a Ego.

—Lo intentaré —dijo. Luego me estrechó la mano rápidamente y se marchó en la misma dirección que Sher.

Lo que dejaba solo a Frances.

—¿Y yo qué hago, jefe?

—Ayudar a Theo a encontrar una turbina, supongo.

—¿Y luego?

—Volver aquí.

—No, de eso nada.

Ya me lo esperaba.

—¿Para qué coño tiene amigos la gente? —estallé.

Ella no malinterpretó mis sentimientos.

—Como sin duda diría Theo, es una jodienda. Pero no puedes salvarnos de nuestro futuro, como no puedes salvarte del tuyo. Dispón tus tropas.

Suspiré.

—En realidad me sentiría mejor si te quedaras con Theo. Necesitará ayuda con la instalación y si se mete en líos... —me encogí de hombros—. No es precisamente

John Wayne.

—Por suerte para ti, yo tampoco. John Wayne era un actor. Muy bien, haré de perro guardián para Theo. Lo que significa, creo, que esto es todo... perdona, *au revoir*.

—¿No vas a volver?

—Te avisaremos si encontramos la turbina. Pero si lo hacemos, será mejor que vayamos directamente a la ciudad.

Se quedó frente a mí un momento. Entonces, suavemente, me rodeó con los brazos y me soltó. Miró al cielo y dijo con fiereza:

—Y como te plazca, Dios mío, dispón el día.

Luego se marchó.

Era la víspera de san Juan. Era mi cumpleaños. Era, estuviera en condiciones o no, me gustara o no, el día de mi presentación al amo de mi cabeza, mi *maît-tête*, mi patrono en el sistema.

Me había tendido con los ojos tapados en un cuarto que no era el mío. No había comido nada en todo el día. Vestía de blanco. Lo sabía porque me había vestido a solas, siguiendo las instrucciones de Sherrea. Lo mío era la electrónica, no las almas. No podía hacer otra cosa que seguir instrucciones.

Fuera tocaban unos tambores y llevaban haciéndolo una hora.

Escuché pasos, varios, y sentí unas manos sobre mis hombros y debajo de mis rodillas. ¿De quién eran las manos? Oh, dioses pequeños y grandes, ¿de quién eran las manos a las que me estaba entregando? Podía apartarme, podía arrancarme la venda de los ojos, podría decir que no. Sherrea no me había mentido aquella mañana. Podía decir que no.

Contuve la sílaba en el fondo de mi garganta hasta que no fue más que un sollozo, una rigidez entre los pulmones y la boca. Me levantaron en volandas y me llevaron fuera, al aire caliente y en calma y el incesante canto de los grillos. Los tambores me envolvieron como una tela suave.

Quienes me transportaban me apoyaron de repente sobre los pies descalzos, con un redoble de los tambores, y yo me tambaleé. Estaba sobre la hierba. Oía a cera de vela, madera quemada y gente. Me sostenían por los antebrazos. Me empujaron hacia delante, me sujetaron y me volvieron a empujar. Estaban transportándome, comprendí, por una doble fila de manos.

No eran desconocidos. Ninguna de las personas que estaban participando, que me transportaban de un lado a otro, me eran desconocidas. Josh, cuyas manos habían sostenido mi vida y no la habían dejado caer y luego me la habían devuelto sin pedir nada a cambio, estaría allí. Puede que aquellas manos fuesen las de Kris, con tierra debajo de las uñas y una sonrisa deslumbrante. LeRoy, quien había recogido mis pedazos y los había llevado hasta allí, y Mags, quien me había alimentado y me había

vestido. Esas eran las personas que me habían levantado y me habían transportado desde mi antigua vida a la nueva. Podía confiar en que me transportaran sin hacerme daño una vez más.

A pesar de la venda, me di cuenta de que la luz había aumentado. Escuché el chisporroteo de las fogatas. Una leve presión en los hombros me indicó que debía ponerme de rodillas, y luego tenderme de bruces, sobre la hierba. Sobre mí, pero no muy lejos, como si estuviera arrodillada, oí la voz de Sherrea. Era la voz de una bruja de primera. Mi amiga Sherrea parecía una mendiga y hablaba como una gobernanta metida a criminal. Lloraba cuando le hacías daño. Ya no estaba allí. Aquella era una bruja.

—Cierra el círculo. Legba Attibon, deja que se cierre y siéntate junto a la puerta. Igual que te invitamos, pasa tú. Legba el del bastón, siempre eres bienvenido.

Por todos lados, respondieron voces en una lengua que no reconocí.

—¿Quién conoce a esta persona? —preguntó Sher.

—Yo —respondió un coro de voces fuertes y roncadas. ¿Qué persona? ¿Yo?

—Guardad lo que sabéis en vuestras cabezas, entonces, tanto lo bueno como lo malo. Guardadlo allí, clavadle la vista, miradlo con claridad desde todos lados. Porque esta persona está condenada a la muerte, donde el yo se marchita y se diluye, donde hasta los nombres son desmenuzados y devorados. Esta persona va a atravesar el río que nunca discurre y al otro lado, si no podéis devolverle el alma con vuestro recuerdo, estará completamente muerta y vagará para siempre en la oscuridad, sin nombre.

Volví a sentir unas manos y me levantaron. Estaba sudando a causa del calor del fuego y de la noche, y sentía confusión y debilidad por culpa del hambre y el miedo. Las manos me empujaron y metí un pie en agua helada. Perdí el equilibrio. El otro pie se unió al primero y caí de rodillas en un frío tan intenso que, sencillamente, me heló los nervios. Aunque hubiera sabido lo que tenía que hacer a continuación, lo habría olvidado.

Entonces algo cálido en los brazos —¿unas manos?— me empujó hacia delante. Mis dedos se cerraron sobre la hierba. Me arrastré, con los pies tan inútiles como si fuesen de granito sin desbastar, y caí de bruces una vez más.

Estalló el ruido de una guerra a escala total. Gritos, tambores, todos los sonidos que pueden hacerse con los dedos y las palmas. Era muy agradable estar caliente. Era maravilloso estar en el suelo, como un papel de periódico húmedo y a punto de ser impreso, incapaz de levantarse y sabiendo que la condición era temporal.

De hecho, casi al instante tuve que sentarme, con las piernas debajo y la cabeza erguida. Las manos insistieron. Me acariciaron y me cepillaron el pelo. Allí donde pasaban, me secaban y el frío desaparecía. Mi piel parecía rehecha y reinstalada sobre mi cuerpo. Mi corazón dio un único y fuerte zambombazo y empezó a latir poderosa y regularmente. Me pregunté si se habría detenido sin que me diera cuenta. Al fin, los dedos que recorrían mi cabello y mi cara me quitaron la venda.

La luz me lastimó los ojos y me hizo llorar. La fogata estaba detrás de mí. Delante se erguía el gran árbol del centro de la plaza, rodeado por una muralla de velas. Había velas también en las manos de las personas que formaban el círculo que me rodeaba. Eran tantos que puede que estuviesen todos los habitantes del pueblo. No había nadie lo bastante cerca como para haberme quitado la venda, que yacía abandonada sobre mis rodillas. En toda la plaza circular no había ningún charco en el que pudiera haberme metido.

—Has nacido a la luz —dijo Sherrea, y la vi al fin. Estaba cubierta de tela blanca de los hombros a los tobillos, con la excepción de los brazos desnudos. Tenía el pelo suelto y amasado como una tormenta de nubarrones en lo alto de la cabeza, alrededor de su rostro severo. El rostro severo de un mendigo, con un lugar dentado en la comisura de los labios, como si hubiera una sonrisa almacenada allí, con un enarcado en las cejas que decía, «¿no te parece increíble? ¿No te parece alucinante?»—. Vosotros, que habéis mantenido el alma y el espíritu abiertos, venid y dejadlos de nuevo en su lugar —le dijo al grupo en su conjunto.

Había una gran marmita de cerámica negra a sus pies. Una por una, las personas abandonaron el círculo y empezaron a poner cosas en su interior. Fue una procesión singular y asombrosa.

Josh fue el primero. Llevaba una camisa africana tan grande que podría haberla utilizado para tapar el corral de las ovejas. De algún lugar de su interior, extrajo la copia de *Historia en dos ciudades* que yo había estado leyendo en la mesa de su cocina. La dejó en la marmita mientras me lanzaba una mirada tan repleta de cosas mezcladas que no pude ni empezar a interpretarlas.

Kris fue la siguiente, con... sí. Estuve a punto de echarme a reír a carcajadas. Una hoja de lechuga, y un guiño.

Vino Paulo, con algo entre las manos. Puso las manos sobre la cazuela y las abrió, pero lo que contenían, en lugar de caer, ascendió, y brilló un instante, dorado y verde contra el cielo oscuro. Una luciérnaga. Por un instante pareció desanimado y entonces nuestras miradas se encontraron. Por primera vez, que yo recordara, puso una cara que era el polo opuesto a la solemnidad.

LeRoy dejó unos circuitos que le había hecho para la camioneta. Y dijo:

—Tengo un recuerdo que no es mío.

—Dalo —dijo Sher.

LeRoy sacó un cassette de vídeo-8 de un bolsillo. No pude leer la etiqueta, pero conocía los colores y la disposición. Me resultaban dolorosamente familiares. *Dos hombres y un destino*, la mejor película de colegas de toda la historia. Theo, Theo. Oh, *santos*, iba a llorar, y delante de todo el mundo.

Entonces Sherrea se inclinó con algo en la mano. Un pedazo de papel... No, una carta. La sota de espadas, con su pelo de muchacho y su armadura de hombre, bajando la mirada hacia el Infierno y levantándola hacia el Cielo. La carta se dobló, revoloteó y desapareció en la boca de la cazuela.

—Has renacido y te has rehecho —dijo Sherrea—, y solo los más fuertes y fieles han participado en ello. Ahora tienes que despertar. Levántate y recibe el espíritu de tu cabeza.

Tenía que hacerlo sin ayuda. Estaba débil. Me temblaban las manos y las piernas. Pero lo hice. Sherrea se me acercó —qué pequeña era para ser una *bruja* de primera— con un cuenco lleno de algo transparente. ¿Agua? Ella mojó los dedos en el líquido y el olor ascendió hasta mi nariz: alcohol. Usando un dedo, dibujó algo sobre mi frente.

Alguien debió de alimentar la fogata, porque la luz me cegó. Una blancura vacía se levantó a mi alrededor, ascendiendo desde mis pies hasta mis rodillas (vi el rostro de Sherrea un último instante entre el creciente resplandor) y finalmente se cerró alrededor de mi cabeza.

Yo, el perro/conejo, paciente y estúpido en blanco y negro. El flautista danzarán con las dos plumas, o antenas, u orejas. La mujer con el halo de fuego. No estaba la fila de pictogramas. Sentí la falta de dimensiones con más intensidad que nunca.

—Si quieres algo —dijo el flautista—, silba. Sabes silbar, ¿no?

—Ese ya me lo sé —dije.

—No sabes nada, joven. Tú silba. Me vas a echar de menos cuando me haya ido pero no acepto sustitutos. Junta los labios y silba. No dejes que se te arruine el negocio.

—Vaya, eso casi ha tenido sentido.

—Muy pronto lo tendrá. O, si no, serás carne muerta.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—¡No tenemos más tiempo! ¡Sintonícennos la semana que viene!

«La semana que viene es posible que haya muerto», traté de decir, pero era demasiado tarde.

Abrí los ojos y vi el suelo, donde me había desplomado en lo que reconocí, retrospectivamente, como un desvanecimiento completo y repentino. Ninguna de las personas que me rodeaban parecía pensar que debía sentir vergüenza por lo ocurrido. Tuve la vaga impresión de que hacían algo, un ritual, muy deprisa. Entonces Josh y Kris me cogieron de un brazo cada uno y me ayudaron a regresar a la granja. Poco después de que me hubieran metido en la cama, Sher asomó la cabeza, y luego el resto, por la puerta. Volvía a llevar los leotardos rotos. Me sentí mucho mejor.

—No sé si esto servirá de algo —dijo—, pero lo has hecho de puta madre. Una iniciación preciosa.

—Supongo que eso es un cumplido.

—Aunque normalmente las hacemos con pronombres.

Tardé un momento en comprender lo que quería decir. Entonces me eché a reír.

—Hemos tratado de fijar tu identidad a tu cuerpo para que te resulte más fácil resistir a Tom. Y hemos hecho esto. —Levantó una cuenta de vidrio oblonga del tamaño de mi dedo pulgar—. No es exactamente un *govi*. Es una especie de «otro

yo».

—Tiene un gran parecido, sí.

—Es tu otro yo psíquico, idiota. La cuestión es que tú te resistirás a Tom, y esto no. Lo atrapas aquí y lo rompes. Es como un señuelo.

—¿Crees que funcionará?

Se sentó bruscamente en el borde de la cama.

—No. Pero no se me ocurre nada más. *Santos*, ojalá tuviéramos más tiempo.

—Solo disponible por tiempo limitado —dije, con voz soñolienta.

—¿Qué?

—Nada.

—Han encontrado la turbina. Theo envió una nota hace una hora. Dice que te verá en Oz.

—Ja, ja, Theo. Sher. En el... eso, lo de esta noche. No había nada de Frances.

—Me dijo, con un acento que creo que era irlandés, que solo había una cosa que le hubieses dado, que le cupiese en las dos manos y que no se hubiese comido. Y que sería perfecto para la cazuela pero que también era la primera cosa que le habías dado y pensaba que le sería más útil a ella por razones sentimentales que a ti como elemento de identificación.

Volví a reírme.

—Muy típico de ella. Sher, ¿por qué tiene China Black cejas de plata?

—Dice que una vez se metió en un lío porque se le movieron. Tenía miedo de que pudiera volver a ocurrir.

—Qué bobada —dije, y me fui a dormir.

10.1: quien busca venganza debe cavar dos tumbas

El viento había extendido una cúpula de nubes sobre la noche hasta donde alcanzaba la vista. Lo que, gracias a las torres que había en medio, no era mucho. Pero durante el viaje a la ciudad, yo había visto que todo el firmamento estaba igual. En la Feria Nocturna, los vendedores estarían mirando el cielo de soslayo, con una mano en los postigos de las ventanas y las manivelas de los toldos. Si el viento no se llevaba las nubes, habría lluvia. Lo que no garantizaba que hubiera un vendaval.

LeRoy me había llevado en su camioneta hasta el borde de las Profundidades. Yo me había pasado todo el viaje mirando por la ventana de la camioneta, para no tener que hablar con él. A pesar de ello, era consciente de que cada poco tiempo, cuando el estado del pavimento le daba un momento de respiro, me lanzaba una mirada de soslayo. Fuera lo que fuese lo que quería —preguntar si podía acompañarme, pedirme que abandonara, regañarme por volver al sitio del que tanto le había costado sacarme— yo no tenía fuerzas para afrontarlo. Así que mantuve la cara pegada al cristal, frente a la creciente oscuridad, confiando en que las nubes significaran que los Ingenieros, o el puro azar, iban a concedernos lo que necesitábamos.

Josh también había querido acompañarme. Había conseguido convencerlo de que no lo hiciera. No quería que hubiera nadie allí si Tom Worecki lograba seguir mi rastro. LeRoy ya era un riesgo suficiente. Me pregunté si se habría dado cuenta de que no habíamos hecho planes para salir de la ciudad. Podía ocurrir algo que me dejara allí, con vida y en peligro. Pero ¿quién podía decir cuándo y dónde nos encontraríamos o lo que haría yo si no lo hacíamos? Además, la de que siguiera con vida y en peligro era la más remota de las posibilidades.

Llevaba una camisa limpia, los pantalones de Gran Bob, la cuenta de vidrio colgada del cuello y poco más. Nada que pudiera servirme como arma. Puede que me hubiese pasado. Pero no quería saber nada de armas y no quería hacerme daño. Ni que alguien pudiera quitarme la pistola o el cuchillo y usarlo para hacerme daño. Esta preocupación, de momento, me parecía más acuciante que cualquier simbolismo.

No era un *déjà vu*. Yo ya había estado allí, en las calles, contemplando Ego. Pero esta vez, el apropiado cielo de casa encantada estaba oculto tras del halo de lucecillas del edificio. Y Frances no estaba conmigo. Estaba en el Gilded West, con Theo, esperando a que Jehová hiciera un milagro. U Oya Iansa, Mujer del Relámpago, patrona de la revolución y el cambio, cuya danza trae el viento. Me pregunté si sería ella el pictograma que hablaba como Frances. Esperaba que Theo no se hubiera llevado muchas cosas del Underbridge. Si el tornado venía acompañado de una tormenta eléctrica, el club estaría lleno de gente bailando bajo las alargadas ventanas.

Oh, dioses, cuánto me habría gustado estar en la sala de control. Quería ver a Robby, y oír a Spangler decir «joder» una vez más. Lo deseaba tanto que me hacía daño.

Basta. Sacudí la cabeza y me encaminé a la puerta principal de Ego.

Podía ver la cámara, observándome desde su armazón del techo, y tras ella, la mesa del guardia de seguridad. Miré directamente a la cámara y asentí, tratando de aparentar algo parecido a una confianza vacía.

El guardia, joven y de pelo castaño, no era el que yo conocía. Levantó la mirada cuando me detuve frente a la mesa.

—Me esperan —dije.

—Su nombre, por favor. Tengo que...

—No necesita mi nombre. Ya me han visto en el monitor de arriba. —Sacudí la cabeza en dirección a la cámara.

—Tengo que llamar para pedir autorización.

—Hágalo, por favor.

Se metió en el cuartillo con la ventana en la puerta y lo seguí en silencio. Cuando entré, estaba hablando por el intercomunicador:

—... no me ha dado su nombre, señor.

Alargué la mano sobre su hombro y le arrebaté el micrófono.

—Hola, Tom —dije. Se me oiría con claridad. Sabía cómo hablarle a un micro—. Creía que me habías invitado.

Hubo un instante de silencio. Entonces, aquella voz cansina dijo:

—Bueno. Ya lo creo, joder. Sube. Ya conoces el camino.

El guardia se apartó un paso sin quitarme la vista de encima. Parecía asustado. Le devolví el micrófono y me dirigí al ascensor.

No sabía lo que iba a hacer. Habíamos descubierto, al ponernos a pensar, que lo único que podíamos planear era la iluminación de Ego. Ayudar a Dana, frustrar los planes de Tom... —o incluso evitarlo— las variables eran demasiado numerosas. No podía hacer otra cosa que ir, porque debía hacerlo, y permanecer alerta y hacer lo que me tocara hacer, fuera lo que fuese. Todo dependía de lo que ocurriera después, y de lo que ocurriera después de eso, y después de eso, y yo no tenía la menor idea de qué podía ser. Estaba esperando, casi literalmente, una señal. La improvisación no se me daba bien. ¿Qué se me daba bien? ¿Para qué me habían creado?

Theo iluminaría el Gilded West, si podía, a petición de los dioses de Sherrea. ¿Para qué estaba yo allí? Para salvar a Dana. Para detener a Tom Worecki. Dudaba que pudiera lograr alguna de las dos cosas. Simplemente, estaba moviéndome en la dirección que parecía correcta, con la esperanza de que, en el momento apropiado, algo me indicara que era el momento apropiado.

—Esto no es solo por el monopolio de energía —me había dicho Sherrea mientras me subía a la camioneta—. Eso es solo un síntoma. ¿Lo entiendes? —Se notaba que significaba mucho para ella: sus manos estaban en mis hombros, sujetándome con mucha fuerza, y su rostro estaba tan cerca del mío que resultaba incómodo. No habría olvidado lo poco que me gustaba que me tocaran si no fuera importante. En el pasado, habría sonreído y le habría dicho que sí, que lo entendía, claro. Aquella tarde me había quedado un momento en silencio y finalmente había sacudido la cabeza.

Ella se había acordado entonces, me había soltado y había retrocedido un paso. Pero yo había visto el miedo en su rostro.

Oh, espíritus, si Frances no era John Wayne, yo mucho menos. ¿Por qué no me había quedado en la puerta principal y me había cortado la garganta?

La puerta del ascensor se abrió en la oscuridad. El ascensor seguía iluminado, así que no se había ido la luz. Salí, sujetando la puerta con una mano. La campanilla tintineó furiosamente. Di un respingo y solté la puerta. Se cerró y me dejó en una total ausencia de luz. Ojalá se me hubiera ocurrido traer una vela. Pero ¿cómo iba a pensar yo que allí, donde la electricidad fluía como el agua, no habría luz suficiente para ver?

Podía encontrar la oficina tanteando: no había tantas puertas. Pero probablemente encontrara también otras cosas, si aquella situación era premeditada. Di dos pasos sin apartar la mano de la pared.

—Tom —dije obedeciendo un impulso—, esto es ridículo. Puedo dar media vuelta y marcharme.

En el techo, crepitó un altavoz. Tenía razón: el tío había visto demasiadas películas...

—El ascensor no va a volver.

—Sé dónde está la escalera de incendios.

—Claro. Pero lamento muchísimo decirte que la luz de la escalera no funciona. ¿Seguro que quieres bajar en la oscuridad, pasito a pasito?

Esto podía significar que había puesto algo en las escaleras. O, simplemente, que una vez que me dirigiese hacia allí, lo haría.

—Hablando de fuego, ¿qué te pareció el que encendí la última vez, eh? —Se echó a reír, una risilla aguda y ronca desde el techo. *¿Qué te parecería un poco de fuego, Espantapájaros?*, pensé, sin llegar a decirlo. *El caballo en el que montas y también tu perrillo faldero, Worecki.*

Mis dedos encontraron un interruptor y lo apretaron, pero no pasó nada. La corriente se había cortado en la caja de fusibles, probablemente situada en los tobillos de Ego. Y yo estaba en su pelo. O Tom acababa de dar la orden de que lo hicieran o el sistema de altavoces funcionaba con un circuito diferente.

Llegué a la puerta que daba a la oficina de Albrecht. ¿Estaría Tom allí? ¿O Albrecht? ¿O ambos? Si tenían la luz encendida, me cegaría. Abrí la puerta milímetro a milímetro.

La oficina estaba a oscuras. Y sumida en un silencio antinatural... por supuesto. Si se desconectaba la energía, cualquier ventilador o acondicionador de aire del piso se apagaría también. La ausencia total de ruidos me indujo a pensar que el piso de Albrecht debía de tener sistemas independientes. Si Tom estaba en la habitación, podría oír su respiración si conseguía contener la mía un momento.

Tropecé ligeramente con el escritorio y dejé que mis manos resbalaran hasta la zona en la que debía de estar la lámpara. Estaba allí. Probé con el interruptor porque

tenía que intentarlo, pero no ocurrió nada. Rodeé el escritorio, deteniéndome para escuchar cada dos o tres pasos. Y conteniendo la respiración hasta que el sonido de mi propio pulso en la cabeza me ensordeció. Finalmente, conseguí llegar hasta la puerta camuflada que daba a la sala grande y luminosa que había sido el escenario del último drama de Tom.

Estaba a oscuras, como la oficina. Y una humedad calurosa y sofocante había reemplazado el aire fresco y seco. No funcionaba la ventilación ni el aire acondicionado. Podía sentir cómo empezaba a sudarme la piel, como una capa de condensación sobre un vaso. Di un paso en el vacío, otro...

Y no pude reprimir un sonido al sentir que algo me tocaba la cara. Retrocedí tambaleándome. No había pasado nada. Extendí el brazo y mis dedos encontraron algo: plástico, tiras alargadas de plástico, suspendidas del techo como enredaderas.

Lo que tuve que reprimir entonces fue una cascada de imprecaciones. Eran cintas de película. Cintas de película de media pulgada, arrancadas de las bobinas y colgadas como si fueran serpentinas de fiesta hasta donde alcanzaban mis brazos.

Una luz trémula recorrió la habitación y al principio pensé que era un reflejo de algo. Pero entonces comprendí lo que había visto. Alguien había levantado las persianas y el primer destello pálido de un relámpago se había colado. Un relámpago. ¿Y viento? Esa parte de la fiesta no me tocaba a mí. No podía permitirme el lujo de sentir esperanzas o miedo.

Pero me había dado un momento de iluminación. Gracias a él, había visto que la cinta cubría la habitación de lado a lado. La colección de Albrecht, supongo, todo lo que había encontrado para él, todo lo que le había comprado a otros proveedores, siempre originales, porque él insistía en ello. Cerré los dos puños y empecé a arrancar la película a puñados, metódicamente.

El mobiliario había desaparecido. Al llegar al sitio ocupado antes por los dos sofás, no encontré más que el suelo vacío. Un relámpago me mostró las marcas dejadas en la gruesa alfombra por las patas de los sofás y la mesa china. *Puede que no esté aquí*, pensé de repente, con alarma. Un pedazo de película cayó al suelo resbalando entre mis dedos. Puede que hubiese dejado todo aquello para mí y estuviera en otra parte, imaginando la escena, riéndose. Si era así, era posible que hubiese dejado algo más, algo letal.

No, no podía ser. Tom Worecki poseía una imaginación asombrosa. Tenía la prueba allí mismo. Pero no creo que quisiese perderse el efecto que provocaría, aunque tuviera que limitarse a juzgarlo por los ruidos que yo emitiese. Cogí un trozo de película y tiré.

Una luz blanca y cegadora penetró en la habitación por las ventanas y desapareció al instante, seguida de cerca por el estruendo de la trepidación del aire. Me tambaleé y caí al suelo, con los nudillos metidos en la boca para impedir que salieran el ruido y el aire.

Dana estaba colgada del techo. La imagen atisbada un segundo seguía grabada en

mi retina, mirara donde mirara: boca abajo, desnuda, con los brazos enredados con la película, los restos manchados y deshechos de su pelo colgando alrededor de su cara, la boca manchada de sangre seca y los ojos abiertos de par en par, vacíos. Le habían cortado la garganta.

Hubo otro destello sin que nada me advirtiera que debía apartar la vista, así que volví a verla. Iba a tener que verla para pasar. Hubiera debido bajarla de ahí; pero, oh, dioses, oh, dioses, no podía hacerlo. ¿Por qué le ponías velas a Erzulie, Dana? ¿Para que te salvara de alguien como Tom Worecki? ¿Estaba viva el día anterior, mientras yo sacaba su cabello de una caja? Era imposible saberlo a la luz de los relámpagos. Un maniquí roto, una muñeca hecha trizas... Pero antes había estado viva, había sido real, y yo no me había fijado. Ahora era demasiado tarde.

Según parecía, podía olvidarme del sigilo.

—¿Dónde estás, Tom? —dije en voz alta.

—Por aquí —respondió desde detrás de una pantalla hecha de película, con el mismo tono que utilizaba yo: plano, despojado de toda frivolidad y toda personalidad. Esta vez era su voz real, no un altavoz en el techo. Avancé cautelosamente entre el plástico. Se me adhería a la piel, a la capa de sudor que la cubría. Podía sentir cómo se me pegaba la camisa a la espalda, cómo me rozaban los pantalones húmedos contra los muslos y las pantorrillas.

—¿Por qué me has llamado, Tom?

—Mick me contó tu historia. Dijo que no recordabas haber sido un Jinete, pero yo creo que era mentira. —Estaba moviéndose; su desplazamiento estaba llevándolo hacia la derecha, lejos de la ventana, de modo que yo quedara entre él y ella. ¿Pensaba que tenía una pistola?

—Es la verdad. No lo soy. Nunca he sido un Jinete.

—Oh, chorradas. Los putos *chevaux* no eran más que envoltorios de carne. Alguien tenía que manejarlos. ¿Eres Mitchell, capullo? Siempre se creyó el puto señor CI superior. Le encantaría tratar de liquidarme.

—Ya te he dicho lo que soy. —No había razón para guardar silencio. El crujido de la película le habría indicado mi posición. Me había invitado. Creía que era un Jinete. Quería otra pelea mental, quería demostrarle a otro de los suyos que era el amo.

—¿O Scoville, quizás? Jesús, menudo chochito. Chichenas me odiaba a muerte... ¿Eres Chichenas?

Por otro lado, si me quedaba sin nada que decir, no había razón para seguir hablando. Cuando terminara de jugar conmigo, atacaría. Y entonces veríamos si funcionaba el truco que le habíamos preparado.

Theo se encontraba en el Gilded West, justo al otro lado de aquella ventana. Si tenía suerte y un ciclón en miniatura decidía bailar con las aspas de su turbina, y no lo tiraba del tejado y se hacía trizas contra el pavimento, iluminaría la noche. Parecía algo terriblemente estúpido y lejano. ¿Por qué lo habíamos hecho? ¿De qué le iba a servir a nadie? Solo esperaba que Theo saliese sano y salvo. Frances lo ayudaría.

Rodeé otro trozo de película.

—Gorrión, cuidado —dijo alguien en voz baja y rápida. Vi un movimiento frente a mí, una mancha menos oscura en la oscuridad, como una cara. Me agaché. Hubo una llamarada y un chasquido seco y ensordecedor, y sentí que algo me abría un agujero a través de la carne del hombro izquierdo. Mi grito y el disparo resonaron en la habitación y desaparecieron al unísono.

Había caído sobre una rodilla. Me quedé allí, con el cuerpo encorvado y la respiración entrecortada. Me llevé una mano al hombro, pero no era lo bastante grande como para tapar los agujeros de entrada y de salida. La sangre que resbalaba por mi muñeca derecha me manchó la manga. Adiós a mi camisa limpia. Tendría que disculparme con su propietario cuando... no, no creo que tuviese ocasión de hacerlo. Nunca se me había ocurrido que él podía tener un arma, que podía librar la batalla con algo que no fuera su mente. Era idiota. No era la persona adecuada para hacer aquel trabajo.

Los rayos se encendieron y apagaron en una danza rápida y desprovista de ritmo. Entre relámpago y relámpago, la habitación parecía picada de viruela con la imagen de la lluvia que golpeteaba contra la ventana. Los sofás se encontraban en un extremo, y Mick Skinner estaba en uno de ellos. La voz que me había avisado era la suya. Estaba tieso como un palo, con las manos unidas entre las rodillas, el pelo enmarañado y sucio y su bonito y prestado rostro demacrado y vacío. Tom se encontraba a su lado, apuntándome con una pistola que empuñaba como un profesional. A su espalda estaba la puerta del otro cuarto, donde había muerto Cassidy.

—Sorpresa —dijo Tom. Entonces se aproximó y percibí el tono de decepción de su voz—. Maldita sea... No eres Frances. Mierda, no esperaba que dejara pasar una oportunidad como esta.

Inhalé con la respiración entrecortada. Me dolía, me dolía mucho, y sentía terror en la boca del estómago. Apreté los labios contra la rodilla levantada para contener los sollozos y la bilis. Entonces volví la cabeza lo justo para decir:

—No..., soy yo. No... no la invitaste a ella.

—Joder, no. Pensé que así conseguiría la mente de Frances y el cuerpo del *cheval*. Siempre me han gustado estas cosas. Pero se supone que Frances tenía que entrar en ti. Como si fueras una especie de caballo de Troya, ¿sabes? A ella le encantaban las bromas así. ¿Es que se ha puesto mala?

—Ha perdido... el sentido del humor.

Era demasiado peligroso no mirar. Mientras la respiración escapaba a bocanadas roncadas por mi boca abierta, aparté la cabeza de la rodilla y la mirada del suelo. El rostro de Tom brillaba por culpa del sudor y los relámpagos.

—Bueno, uno de dos no está tan mal.

Traté de lanzar una mirada suplicante a Mick, pero él no pudo verla por culpa de la oscuridad o no le importó. Era el momento de decir algo valiente e ingenioso, y

hacer algo creativo. No se me ocurrió nada. Parece que no había visto tantas películas, después de todo.

Pero Frances sí. La puerta se abrió de una patada y volaron astillas en todas direcciones. Había sacado una pistola de alguna parte y apuntó mientras la puerta terminaba de abrirse y volvía a cerrarse.

Tom se dejó caer como un árbol talado y disparó tres balas, que acertaron a Frances entre los hombros y las rodillas. Frances retrocedió tambaleándose y se derrumbó resbalando sobre el marco de la puerta. Pude oír cómo entraba el aire trabajosamente en sus pulmones.

—Zorra estúpida —murmuró Tom. Se aproximó a rastras y, con el pie, envió la pistola al interior de la habitación—. ¿Pensabas que me había creído esa basura? Sabía que ibas a aparecer.

Pues ya sabía más que yo. Me entraron ganas de decírselo, pero tenía la lengua paralizada.

—Adelante, Frances —continuó Tom. Se puso en pie, sonriendo—. Ese caballo va a morir. Da el salto, tía, como querías que hiciera yo. Solo que esta vez, yo tengo el arma. No queda nadie que montar, salvo tus amigos, y si montas en ellos, los mato. A menos que quieras ponerme a prueba de nuevo.

—Dijiste que la dejarías marchar —intervino Mick desde el sofá. Hablaba como si también le hubieran disparado y solo le funcionara un pulmón—. Dijiste que le habías dado una lección y no tenías que matarla.

—Y no lo habría hecho, so capullo, si ella no hubiese venido. Necesita otra lección. ¿Qué quieres que haga? ¿Que deje que me mate?

—Me prometiste que... que si se alejaba, la dejarías tranquila. Lo prometiste. —Se levantó temblando. ¿Qué le había pasado las últimas semanas? ¿Qué le había hecho Tom? Fuera lo que fuese, ¿por qué no había hecho que desarrollara una desconfianza hacia las promesas de Tom Worecki?

Frances no se había movido, pero vi que abría los ojos y los entornaba bajo los relámpagos. La lluvia se proyectaba sobre su rostro, sobre el reflejo de este en los cristales. Me pregunté si podría llegar hasta su pistola sin que se fijaran en mí.

Tom, con el rostro lívido de rabia, se volvió hacia Mick. Entonces bajó la cabeza.

—Tienes razón. He roto mi promesa. —Cayó de rodillas sobre la alfombra y le ofreció la pistola a Mick—. Mátame. Mátame, joder. Si eres capaz de hacerlo, entonces merezco morir.

Mick cogió la pistola. Un trueno hizo traquetear el gran ventanal.

—Oh, claro que puedo hacerlo —dijo Mick con voz temblorosa.

Pensé, *no*.

Entonces Tom se desplomó y Mick sonrió.

—Jesús, menudo capullo —dijo con voz cansina, y se metió el cañón en la boca.

—¡No! —gritó Frances, pero su voz fue ahogada por el estallido de un trueno, dentro y fuera de la habitación.

Tom se levantó y se sacudió.

—Mierda —dijo—. No debería haberlo hecho. Con la de cosas que tenía preparadas para él.

Había sido débil, eso era todo. Se había preocupado por Frances. Hasta lo había hecho, comprendí, por mí. Pero había sido incapaz de aguantar contra un ser como Tom Worecki. Y yo había sido incapaz de salvarlo.

La cabeza de Frances volvió a caer sobre el marco de la puerta y oí que emitía un pequeño ruido de desesperación. Tenía los ojos cerrados. Mick se había desplomado sobre la alfombra dejando un reguero rojo en el sofá blanco. La pistola estaba en el suelo, entre su cuerpo y su brazo.

—Uno menos —dijo Tom—. Vamos, chica. Salta.

Lentamente, Frances sacudió la cabeza.

La cuenta de vidrio que colgaba de mi garganta era fría y dura. La cabeza me daba vueltas por culpa del calor y la pérdida de sangre y las piernas me temblaban debajo del cuerpo. Pero ninguna de las dos armas estaba al alcance de Tom. Así que, con una última y temblorosa inhalación, me abalancé como pude sobre él.

Levantó el brazo y me lo colocó en la mejilla como si fuera un tronco. No esperaba que alguien capaz de hacer lo que él hacía poseyera tanta fuerza. Me levantó sujetándome por la camisa y me zarandeó. Lo golpeé con todas mis fuerzas en la boca del estómago, pero el ángulo del puñetazo era malo, yo estaba muy débil y no fue suficiente. Lanzó un gruñido, me enseñó los dientes y me empujó contra la pared. No pude contener un sollozo al sentir el impacto en el hombro.

No iba a luchar con la mente. Y si no lo hacía, no tenía la menor posibilidad contra él. Pero la alternativa a aquella absurda pelea a puñetazos era sentarse tranquilamente y esperar a que me matase. Lo que parecía una pérdida de tiempo.

Me levanté a trancas y barrancas y le cogí del cuello con las dos manos. Tom me sujetó por las muñecas, volvió a llevarme hasta la pared a empujones y me inmovilizó allí. Sus ojos, pegados a los míos, se abrieron de par en par de repente y se volvieron hacia el suelo junto a la puerta.

—Jesús, Frances, ¿qué te retiene? Estaba seguro... Si lo montas, peleará mejor. ¿Qué tengo que hacer, Franny?

Me pregunté si ella lo habría oído. Si Tom estaba en lo cierto, Frances y yo estaríamos mejor si renunciaba a sus principios y se decidía a montar.

A la luz de los relámpagos, podía ver los poros de la cara de Tom. Podía oler el marcado tufo de su sudor y sentir la humedad que emanaba de él. Me retorcí, sentí que la herida de mi hombro se abría más y me mordí los labios para no gritar.

—Ahora me acuerdo —dijo, con voz templada y animada—. No te gusta que te toquen. —Inclinó la cabeza y me besó con fuerza.

Tenía los dientes apretados. Era demasiado tarde para cerrar los labios. La jerarquía de los músculos, de los más débiles a los más fuertes, es: labios, lengua y mandíbulas. Al menos no pudo atravesar mis dientes. Apartó la cabeza y se rió en voz

baja. Su aliento, tan húmedo y cálido como el aire, me calentó la mejilla.

—Tu cabeza dice «no», pero... Joder, tu cuerpo también dice que no. Me parece que voy a tener que hacerte cambiar de idea.

Probablemente, en algún lugar de mi cabeza estaba el equivalente a los músculos de la mandíbula, que podría haber cerrado y apretado. No sabía dónde. Tom Worecki ya me había montado antes. Pero las circunstancias habían sido tales que no recordaba cómo había sido. Esperaba algo parecido al impacto cegador del asalto de Frances, una irrupción mental tan violenta como una salva de mortero. No esperaba las suaves entradas y salidas de Mick, parecidas a un parpadeo, un interruptor pulsado. La realidad frustró todas mis expectativas.

Tom era una presencia gélida y ponzoñosa que se insertó atravesando las partes blandas de mi personalidad, deslizándose como agua sucia por una grieta. Era el sabor de la descomposición en el fondo de la garganta, la viscosa suavidad de la fruta podrida entre los dedos, el crujido de los escarabajos reptando por el suelo. Y actuaba lenta, muy lentamente, para que tuviera tiempo de entender lo que me estaba pasando. Para que supiera qué clase de inquilino ocuparía mi cuerpo una vez que me hubiese expulsado.

Me resistí. Lo hice físicamente, a pesar de que casi no podía moverme, y mentalmente, aún con menos éxito.

De repente, volví a estar a solas. Tom seguía sujetándome, pero se había apartado un poco, bruscamente. Me miraba con furia.

—¿Qué coño tienes ahí? —dijo—. ¿Qué es eso?

Me soltó la muñeca izquierda. Traté de cogerle la cara con la mano que me había dejado libre, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, me golpeó el hombro herido con el suyo. La sensación fue, durante varios segundos, literalmente cegadora. Se me doblaron las rodillas pero Tom impidió que cayera al suelo.

El colgante debía de haber asomado por debajo del cuello de la camisa. Lo cogió con un dedo y lo sacó del todo. La cuenta de cristal brilló entre los dos bajo aquella luz delirante, y Tom la cogió. En cuando lo hizo se dio cuenta de que era algo importante. Lo supe por su comportamiento.

Volvía a ser como lo de Beano: me sujetaba contra la pared y pasaba los dedos por la cuerda —no, cadena— que llevaba al cuello. Pero no podía ser Beano. Noapestaba a incienso. A pólvora sí, y a sangre, que en el caso de Beano había llegado luego. Oh, *Santos*, Gorrión, concéntrate, no te desmayes ahora. Parpadeé, tratando de limpiar la capa de suciedad que lo cubría todo.

—Basura vudú —escupió Tom. Toqueteó la cuenta de cristal—. ¿Se supone que esto iba a engañarme? ¿Y luego me clavaríais unos alfileres? Joder. —Dio un tirón y la cadenita se me clavó en la carne del cuello antes de partirse. La cuenta resbaló y cayó al suelo. Tom levantó el pie, dio un pisotón y vi cómo se levantaba una nubecilla de polvo bajo la luz matizada que entraba por la ventana. Algo cayó desde el rabillo de mi ojo hasta mi mandíbula. Puede que fuese sudor.

—Ya está —jadeó—. Y ahora, vamos a divertirnos. —Y volvió a empezar.

Acción líquida. Un líquido nauseabundo que me inundaba lentamente, disolviéndome, llenándome de toxinas la boca, las fosas nasales y las orejas, cubriéndome los ojos con una película, devorando las conexiones entre mis sentidos y yo. Debía de haberse hecho con el control de mi sistema de reflejos, porque si no, habría vomitado.

Solo veinticuatro horas antes, mis amigos habían escenificado la recreación de un nudo de energía, su bautizo: Gorrión. Ahora Tom O'Bedlam estaba consumiéndolo, sorbiéndole el jugo entre los dientes, extrayendo la carne con delicado y epicúreo deleite. Mick y Frances me habían dicho que la personalidad del anfitrión podía dejarse morir de inanición, asfixiarse gradualmente, o ser asesinada sin más. No me habían dicho que pudiera devorarse.

Había perdido el sentido del tacto. Todavía oía: truenos, lluvia golpeando la ventana, nuestras respiraciones jadeantes al unísono. Podía ver: todavía no se había apoderado de mis nervios ópticos, ni de los músculos que movían los ojos. Detrás de Tom estaba Frances, con la cabeza apoyada en el marco de la puerta y el rostro contraído de dolor pero flácido a la vez, como si lo que quiera que provocase el dolor hubiese desaparecido o estuviera a punto de hacerlo.

Puede que encontrase aquel lugar blanco y llano. Una vez que Tom hubiese acabado con mi cuerpo, quizá yo también lo encontrara.

Hubo un rugido en mis oídos, que creció y creció sin parar. Estaba en la habitación también. El cristal de la ventana estaba temblando.

Entonces el edificio se partió por la mitad. Lo oí.

Hubo una luz, como si el aire blanco estuviera ardiendo, como el arco de un soldador contra el ojo, como la luz en las viejas películas de pruebas nucleares. Tom/yo gritó. Y volví a hacerlo al ver que la luz no se apagaba. Fue su voz la que gritó en mi garganta, pero lo sentí. En algún punto del túnel por el que estaba desapareciendo había un control remoto para manejar lo que quedaba de mí, si podía encontrar un botón y pulsarlo... No, eran unos labios... *Junta los labios...*

Qué tontería, di adiós. El ruido era uno de los que se oyen en las películas, cuando un tren se precipita sobre la cámara como el fin del mundo.

No sé qué es ese cuadradito. Junta los labios... No tenía nada que perder.

... y silba.

Había perdido la vista y el oído. Pero un fuego blanco llenó el fondo de mi ceguera, me lamió los tobillos, me subió hasta las rodillas, las caderas, la caja torácica, se escurrió entre los dedos de Tom y mi cuello y se cerró sobre mi cabeza. Me pareció oír un grito, pero el sonido no podría haber viajado por ese medio.

No sé si era un mundo plano pues no había nada en él. Era blanco. No era caliente ni frío, acogedor ni repelente, dulce ni cruel. Nunca había estado allí. No había nada en él. Ni pictogramas para orientarse ni señales de tráfico. Los nativos conocían perfectamente el lugar.

Cebo, pensé furiosamente, en un estado de no-consciencia, *me queríais como cebo*.

Ha funcionado. No se formaron palabras. La respuesta fue simplemente una parte del vacío que significaba algo.

¡Pues ya podías haber llegado antes!

He llegado en el momento preciso. El rayo lo paralizó mientras trataba de poseerte, mi torbellino iluminó el edificio y destruyó las barreras que me impedían acceder a Ego, y al poseerte a ti, lo consumí. Era el único orden posible.

¿Qué le has hecho a Worecki?

Nada. Te monté. Él no era asunto mío, salvo porque a ti te importaba. Ha sido una desgracia para él que haya llegado cuando he llegado. Es cierto lo que dicen: «los dioses grandes no pueden montar en caballos pequeños».

Tom... ¿no era asunto tuyo?

Ya sabes a qué me dedico. Si no lo recuerdas, pregúntale a mi hermana pequeña. Tu amiga la bruja.

Nunca dijiste que no pudieras entrar en Ego.

No existe un manual técnico para el mundo espiritual. Nunca lo sabrás todo.

¿Por qué yo? ¿Por qué?

Tu pie izquierdo está en el pasado. El derecho está en el presente. Llevas acero en la mano izquierda y pedernal en la derecha. Eres el que danza entre el viejo mundo y el nuevo, porque yo te he creado así.

¡Que te follen! ¡Reniego de ti!

¿Reniegas de tus manos y tus pies?

Silencio, en un espacio sin volumen que nunca había admitido sonido alguno.

Déjame volver, dije. *Frances está muriéndose*.

No te retengo aquí. Vete.

Abrí los ojos en un cuarto bañado en una luz dorada y acuosa. El Gilded West parecía cubierto de oro. Fuera rugía el viento. Yo estaba sobre el suelo, de espaldas. Tom yacía a un metro de distancia, hecho un ovillo, con una mano flácida sobre la alfombra y los ojos abiertos e inmóviles.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté con voz rota—. ¿Estáis muertos? —Lo que quedaba de Tom Worecki no respondió.

Me acerqué a rastras a la puerta y a Frances. Su aliento seguía saliendo y entrando de sus labios separados, rápido y superficial. Abrió los ojos.

—Oh, ¿por qué lo habré hecho? —susurró.

—Calla, Frances.

—No seas idiota. Tú no habrías podido saber si era él. Antes no era muy bueno disparando, ¿sabes? El muy cabrón ha estado practicando. No es justo.

—Frances, por favor...

Hubo un ruido procedente del suelo: del cuerpo inerte de Tom Worecki. Tendría que haberlo sabido, sale en todas las películas de miedo. La aparición final. Pero en

esta película, los héroes no podrían matar al monstruo una última vez.

La rubicunda cabeza se levantó del suelo, me dirigió una mirada frenética con sus ojos pálidos y su boca dijo:

—¿Quién eres? ¿Qué...? ¿Dónde estoy?

—Dios mío —dijo Frances con un suspiro. Parecía débilmente divertida—. No mató al anfitrión.

—¿Estás segura? ¿Quieres decir que no es...?

—Siempre... siempre sentimos la presencia de los nuestros. No está ahí.

Volví a mirar aquellos ojos casi incoloros y traté de verlos como los ojos de un desconocido. Por un instante, no se me ocurrió nada que decirle. Entonces recurría mis recuerdos de una experiencia parecida.

—Estás a salvo. No va a pasarte nada. Te ayudaré dentro de un segundo, pero ahora, por favor, tranquilo, ¿vale?

Sabía que no iba a servir de nada. Se me quedó mirando, y a Frances, que parecía casi desangrada.

—No... —empecé a decir, pero, por supuesto, él volvió la cabeza y vio a Mick. Ahora se pondría histérico, y no teníamos tiempo para eso.

Puede que Tom le hubiese dejado salir a la superficie para presenciar escenas como aquella. No se puso histérico. Se relajó sobre la alfombra, con las manos en la cara, en una lastimera actitud de sumisión y desespero. Creo que, después de algún tiempo, perdió el conocimiento. Dejó de moverse.

Me volví hacia Frances.

—Ahora calla y monta.

—¿Qué?

—Que montes, joder. No estoy tan mal como tú, ni de lejos. Monta y salgamos de aquí.

Sonrió, o al menos lo intentó.

—¿Y luego qué? ¿Robo otro cuerpo cuando estemos fuera? ¿O me quedo en el tuyo para siempre?

—¿Qué tiene de malo la solución de Mick, coger a alguien que está a punto de morir?

—¿Por qué va a ser mejor robarle a alguien la muerte que la vida? Es un rito de transición. ¿Cómo sabes que los suicidas de Mick no sufrieron nada por lo que les hizo? —Se encogió de dolor y se movió cautelosamente apoyándose en el marco.

Le habría traído un cojín para que se apoyase, pero tenía miedo de que muriera mientras lo hacía. Busqué a mi alrededor cualquier otra cosa que pudiera utilizar y vi una de sus manos, con la palma hacia abajo, sobre la alfombra. Ente sus dedos asomaba un pedazo de cordel de cuero con una cuenta de ónice negra.

—Estrictamente hablando, no lo llevo por razones sentimentales —dijo—. Tenía que poder encontrarte. Si quieres, ya puedo devolvértelo. Oh, joder, no llores.

Tragué saliva, con dificultades, y eso no ayudó.

—Frances, por favor, monta y sal de aquí. Si no lo haces...

—¿Me matarás? —susurró, sonriendo.

—Probablemente —dijo una voz ronca sobre mí—, de aburrimiento. Quitá de la luz, idiota.

Me agaché y rodé de lado, esperando un golpe que nunca llegó. Entonces reconocí la figura voluminosa que se inclinaba sobre mí, y su voz. Era Josh. Su rostro parecía una máscara de hormigón. LeRoy estaba detrás, cargado de material terapéutico, con los ojos abiertos de par en par.

—Es demasiado tarde, Josh —dijo Frances.

—Me encantan los desafíos. —Le clavó una aguja en el brazo.

—Oh, no es justo, no es justo —susurró ella, sacudiendo la cabeza. Se le cerraron los ojos.

Me arrodillé sobre la alfombra y la miré fijamente.

—¿Está...?

—Solo ha perdido el conocimiento. Y ahora cierra el pico.

—Josh, ¿qué estás haciendo aquí? Es peligroso...

Señaló la ventana con un movimiento de cabeza.

—El edificio se ha iluminado.

—¿Estás loco? El lugar está lleno de...

—LeRoy, taponá este agujero y adminístrale un sedante.

Un bofetón me habría hecho menos daño. Se dio cuenta de repente. Se quedó muy quieto.

—Lo siento. He...

Sacudió la cabeza y siguió con Frances.

—Nada de sedantes —dije—. LeRoy, saca a ese tío de aquí. —Señalé al desconocido de pelo amarillento que había sido Tom Worecki—. Está vivo. Dale a él el sedante. Cuando despierte se va a volver loco. Era la montura de Tom.

—Vaya —dijo Josh, de espaldas a mí, con las manos enguantadas llenas de instrumental—, uno vivo. ¿Un descuido?

—Yo no... —entonces comprendí que Josh no había sugerido que fuera un descuido mío. Me pregunto a quién culparía.

Mientras todo esto ocurría, LeRoy me había arrancado la manga de la camisa y había examinado el agujero de bala.

—Lo siento —dijo—. Tengo que quitarte la camisa.

Fue un detalle de su parte acordarse.

—Adelante.

Lo hizo con el mínimo de ceremonias y contacto, y vendó la herida del mismo modo. Sus manos temblaban y estaban heladas, pero seguían siendo diestras. Sacó una aguja hipodérmica, aparentemente de la nada —me pregunté si habría perdido el conocimiento unos segundos— y sacudí la cabeza.

—No, LeRoy, hablo en serio. —Aún tenía que acabar algo...

—Lo sé —dijo, con el volumen justo para que pudiera oírlo—. No es un sedante —manejaba la aguja como un experto, cosa que supongo que era—. Tardará un minuto. Pero no hagas estupideces, ¿de acuerdo?

No creo que pudiera. Fuera el que fuese el mensaje entregado por la jeringuilla, mi cuerpo estaba diciendo, *déjate ir*.

Durante unos minutos, podría haberlo hecho. Entonces me puse en pie, apoyándome en el marco de la ventana. Finalmente, pude ver el Gilded West. Era el lado que parecía un cráneo, un poco irregular por culpa de algunas luces, que no se habían encendido. Y parecía de oro, el palacio de cuento de las postales, el monumento a la infancia de Frances y la obra del de los dioses *hoodoo* de Sherrea, todo a la vez. Un puente entre el viejo mundo y el nuevo.

Un puente entre el cielo y la tierra. Al otro lado del edificio, suspendido de las nubes del cielo, retorcido y tembloroso, había un aullante cono de viento. Oya bailaba frente a mí y yo entendí, al mirarla, por qué el cambio, en las cartas, llevaba el nombre de Muerte.

Josh y LeRoy estaban trabajando, complementando la luz con un par de linternas a pilas. No veía a Frances. Me dirigí lentamente a la puerta de la oficina, por la que había entrado.

Unas manos mojadas me cogieron la cara, la levantaron y Theo dijo:

—¿Dónde está?

Era Theo. Por eso no había podido dejarme ir: porque necesitaba encontrar a Theo. Su abundante pelo castaño estaba empapado de lluvia, pegado a la cara y el cuello. Tenía las gafas salpicadas y despedía un fuerte olor a aislante de cable quemado. Suspiré y cerré los ojos.

Theo me zarandeó con mucha fuerza y dijo:

—Gorrión, ¿dónde está? —Tenía la voz ronca.

Volví a abrir los ojos. Un encaje de espanto le cubría el rostro, una expresión tan diferente a cualquier otra que yo hubiera visto en él que casi lo convertía en un desconocido. Me volví para buscar la causa en la dirección de la que venía.

Allí estaba. Debía de ser la misma cosa que había endurecido las facciones y palabras de Josh y que había hecho temblar las manos de LeRoy. Yo lo sabía pero, usando un ángulo de toma antinatural y una profundidad de campo restringida, había conseguido no verlo del todo.

La pálida y dorada luz que Theo había encendido, proyectada por el Gilded West, inundaba la habitación: Muerte, patrón del cambio, destructor del orden establecido, miraba por la ventana. Lo que había sido terrible en la oscuridad resultaba ahora insoportable. En aquella habitación se habían producido cambios suficientes para hacerme despertar gritando el resto de mi vida.

Theo volvió a zarandearme y yo aparté los ojos de Dana, de Mick, de las personas que estaban tratando de evitar que Frances siguiera la misma ruta.

—¡Gorrión! —dijo Theo—. ¿Dónde está mi padre?

—No lo sé. No estaba aquí cuando...

El estimulante de LeRoy hizo efecto al fin y pude volver a pensar con claridad. Fue un mal momento. «Ya sabes a qué me dedico», me había dicho. Lo sabía. Los Ingenieros *Hoodoo* la habían llamado; el señor Lyle y China Black y toda la gente que sabía que era hora de cambiar la habían llamado, para que quebrara el anquilosado dominio de Ego sobre la ciudad. El poder de A. A. Albrecht. Ella, a su vez, me había llamado a mí.

No Legba el guardián, hombre y mujer a la vez, a quien yo se suponía pertenecía. Era Oya Iansa quien había llegado con la luz del Gilded West, la diosa que propiciaba la revolución y la caída de las torres. Oh, por supuesto que le pertenecía a ella y no a Legba. De todas las cosas que había en aquel bunker, había preservado y despertado la que poseía los conocimientos técnicos que ella necesitaba. Yo no era una broma práctica; era el torbellino.

Y el padre de mi amigo se había interpuesto en mi camino.

10.2: el señor Muerte y la pelirroja

—Tengo que encontrarlo. —Theo se volvió hacia la puerta de la oficina.

—Dijiste una vez... que no te gustaba.

Theo volvió la cabeza para mirarme. La respuesta estaba en su rostro: si yo hubiera sido un ser nacido en lugar de creado, no habría dicho semejante cosa.

Lo seguí al pasillo a oscuras. No podía hacer nada por Frances. Pero no podía perder a Theo.

—¿Dónde vamos? —susurré.

—Tiene un dormitorio en el piso de arriba.

De haber sido una película, habría dicho «no vamos a ninguna parte». Por suerte, no lo era.

—¿Vivías... vivías aquí?

—Hace años que no. Me trasladé poco después de la muerte de mi madre. —Tom había dicho la verdad sobre la iluminación de la escalera. Theo sacó una vela del bolsillo de su chaqueta, la encendió y empezamos a bajar en aquel estrecho campo de luz temblorosa—. Pero venía a visitarlo. Para pelearme con él, más que nada. Y a pesar de que lo detestaba, seguía viniendo. Supongo que era mejor que no verlo.

La luz de la vela le proporcionaba una armadura emocional que ni siquiera la oscuridad hubiera podido ofrecerle.

—¿Lo... lo quieres? —dije.

—Es mi padre.

—¿Eso significa que lo quieres?

—Significa que no lo sé —dijo Theo.

El piso inferior sí tenía electricidad y la puerta de la escalera no estaba cerrada. Theo abrió una rendija y la luz entró a raudales, seguida por una corriente de aire más fresco. Theo apagó la vela de un soplido. Cuando nuestros ojos se ajustaron a la luz, salimos al pasillo.

—¡Theo! —susurré de repente. En aquel silencio, sonó como un escape de vapor—. ¿Había un guardia en la puerta principal?

—No.

—¿No te has preguntado por qué?

—Todavía me lo estoy preguntando, tío. Puede que haya salido a ver lo que pasaba con el tornado. ¿Quieres quedarte aquí hasta que aparezca?

—Debería haber traído un arma de arriba —murmuré—. Tiene que haber un guardia en alguna parte.

Theo se encogió de hombros.

—Ni tú ni yo sabemos nada de armas.

—Nadie lo diría al vernos.

Me miró de arriba abajo.

—En este momento no me darías miedo ni aunque tuvieras un cañón.

Tenía razón, por supuesto. De repente, cobré consciencia de mi estado hasta el último de sus indignos detalles. Sangre por todas partes, la ropa manchada de sudor y el pelo mojado delante de los ojos. Y además, la ropa hecha jirones. LeRoy había usado muchas más vendas de las necesarias, pero a medida que el sudor se secaba, estaba empezando a sentir cómo se me enfriaba la piel de los hombros, los brazos y el estómago, lo que me hacía tiritar de forma desmedida. De repente, me di cuenta de que no era capaz de mirar a Theo a los ojos.

Pero su mente estaba en otra parte.

—Tenemos que adoptar la actitud apropiada —continuó—. Piensa en Mel Gibson en *Monte Cristo*.

—Claro. Y también nos vendría bien un poco de paranoia y la disposición para golpear cualquier cosa que se mueva con el objeto contundente más próximo.

—Por mí no hay problema.

Theo, es posible que mi santo patrón haya matado a tu padre. Y si es así, ha sido posible gracias a mí. No lo dije. No habría servido de nada.

Theo se detuvo a mitad del pasillo y puso una mano sobre el picaporte de una puerta. Me miró. Por un momento, creí que iba a decir algo. Entonces el momento pasó, y él abrió la puerta.

Había una lámpara encendida en la mesita de noche y una figura voluminosa en la cama. Se oía una respiración ronca e irregular. Era Albrecht, pálido, con la boca floja, envejecido diez años, enfermo. Pero vivo. Theo se inclinó sobre la cama como si estuviera buscando algún microscópico signo alentador.

No pude encontrar el menor parecido entre Theo y su padre. Puede que se pareciera a su madre. Debe de ser algo interesante ver tu nariz en el rostro de otro y saber que solo es la señal externa de una conexión interna, una similitud en la sangre. Y luego estaba el vínculo emocional: ¿era diferente a la amistad? ¿Qué sentía Theo en aquel momento? ¿Me sentiría yo igual si Theo estuviera tendido en la cama, enfermo?

Oí un pequeño chasquido a mi derecha y dirigí la mirada hacia allí. Dusty, mi némesis en la Feria Nocturna y el Underbridge, se encontraba en la puerta que conectaba con la habitación contigua. Llevaba una camisa negra que le llegaba a la altura de las rodillas y le estaba grande, y tenía el pelo rosa desordenado. Nunca lo había visto sin las gafas de espejo. Tenía los ojos finos, profundos y muy oscuros. Y empuñaba una pistola de cañón largo con las dos manos.

—Oye —dijo—. Pero si son Sonnyboy y el como-se-llame.

Me quedé completamente inmóvil al pie de la cama. Las inyecciones de LeRoy y una punzada de miedo se combinaron para formar un zumbido en mi cabeza. Esperé una señal del cielo.

Theo tampoco se había movido. Estaba de espaldas a la puerta de conexión. ¿Reconocía a...? Sí, había visto a Dusty y sabía que era uno de los secuaces de Tom Worecki. Abrió los ojos de par en par y luego los cerró. Apretó los labios y levantó

los hombros mientras llenaba los pulmones con una inhalación brusca.

—Joder —dijo Theo, acalorado y arrastrando las palabras, sin apartar la mirada de la cama—. ¡Creía que te había dicho que lo vigilaras!

Mis dientes castañetearon en un movimiento involuntario. Conocía aquella voz.

Dusty volvió ligeramente la cabeza y frunció el ceño.

—¿Jefe?

Theo giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué coño estabas haciendo? ¿Cuánto tiempo lleva así?

Había parte del camionero malo de *Rainbow Express* y parte del Jack Nicholson de *Easy Rider* en su voz, pero la mayor parte pertenecía a Tom Worecki. Monte Cristo, sí, Theo. Pero solo serviría unos minutos, nada más.

—¿Cómo? —dijo Dusty. Se aproximó un paso y el cañón del arma vaciló.

—Como se muera, te voy a meter un palo por el culo. Baja a buscar un médico. —Fingió que le tomaba el pulso a su padre. Cuidado, cuidado: el lenguaje corporal debía de ser más difícil que la voz. Pero, claro, por eso Theo no se había apartado de la cama.

Dusty seguía con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado arriba? ¿Y por qué está ese con usted?

Un músculo saltó en la mandíbula de Theo.

—¿Vas a hacer lo que te digo o piensas quedarte a charlar?

No era perfecto y Theo lo sabía. ¿Lo sabría Dusty?

Bajó el arma.

—Claro, jefe —dijo, y salió al pasillo. Theo dejó de contener la respiración.

Desde la puerta del pasillo, oí que Dusty decía:

—¡Oye, Sonnyboy! —Y, al volverme, lo vi perfilado contra el marco de la puerta, apuntando a Theo con el arma. Tuve el tiempo justo para interponerme en la línea de fuego.

Se oyeron tres disparos mientras Theo me derribaba empujándome desde atrás. Dusty, en el umbral de la puerta, se tambaleó y dejó caer el arma. Pude ver su rostro, una interesante mezcla de estupor y contrariedad, antes de que se desplomara y quedara inmóvil en el suelo.

Ahora era Myra Kincaid quien se encontraba junto a la puerta. Llevaba una gabardina mal abrochada encima de, sospecho, su cuerpo desnudo, y el pelo color cereza le caía en desorden sobre los ojos. Parecía relajada, medio despierta, y sostenía un arma con aire negligente. Mientras yo la miraba, apuntó con ella al suelo. Santos, pensé con un principio de histeria, *¿de dónde sacan todas esas condenadas armas?*

—Mi hermano era un perro rabioso —dijo—. Pero supongo que lo echaré de menos de todas formas. —Su voz se parecía tanto a la de Vivian Leigh en *Lo que el viento se llevó* que daba miedo—. Tom ha muerto, ¿no?

—Sí —dije antes de que Theo pudiese perjurarse. Salí de debajo mientras él se sentaba. Me puse en pie y conseguí no tambalearme demasiado. El dolor de mi

hombro era como un martillazo que me estremecía el cuerpo entero, y me sentía como si una descarga de adrenalina me hubiera hecho ampollas en todas las terminaciones nerviosas. Pero mis ojos no se apartaron de Myra un solo instante. La pistola la convertía en la dueña de la habitación. No se comportaba como si fuera consciente de ello—. Espero que no creas que tienes que vengarlo.

—Si Tom no ha podido mataros, no creo que yo pudiera hacerlo. Dusty no era muy listo, y no se le ocurrió.

Su voz parecía inocua, pero había algo extraño en ella, en el mismo aire. La miré a los ojos y supe que estaba mucho más que medio despierta. ¿Por qué había matado a su medio hermano? ¿Qué esperaba que dijera yo? He ahí una cobra escapada de su cesta. ¿Qué podía tocar para conseguir que bailara?

—Worecki ha muerto —dije al fin— y Albrecht está acabado. El mercado de trabajo para matones y asesinos está en recesión. ¿Dónde vas a ir ahora?

Sus cejas se levantaron una fracción de milímetro.

—¿Vas a dejar que me vaya?

Actitud, pensé. Hice acopio de ella y respondí:

—Creo que es lo mejor.

—Quiero un salvoconducto.

Buen Dios, ¿qué se pensaba que era yo? ¿Qué creía que estaba pasando allí?

—Solo necesitas largarte deprisa. Y será mejor que no vuelvas nunca.

Myra sacudió la cabeza y sonrió.

—Lo haré. No te enteras de nada, ¿verdad, cariño?

—¿Perdona? —pregunté con esfuerzo.

—No pasa nada... De todos modos me marchó. Pero si hubiera sabido que eras uno de los suyos, nunca me habría metido en esta mierda. Esa es otra cosa que al idiota de Dusty nunca se le hubiera ocurrido. Ni a Tom, claro. Me pregunto qué habría pasado si hubiera dejado que Dusty apretara el gatillo.

Al fin comprendí. Yo había sobrevivido mientras que Tom había muerto, así que debía de ser yo quien lo había matado. Si podía hacer algo como eso, desafiarme era demasiado peligroso. Myra había dado la vida de su hermano a cambio de la suya, y estaba impresionada por mi misericordia. Sentí un fuerte deseo de marcharme y descansar.

—Será mejor que te marches ahora mismo —dije.

Ella asintió y se guardó el arma en un bolsillo de la gabardina. Por un instante, permaneció allí inmóvil, con la mano en el bolsillo. Entonces levantó la cabeza. Su rostro parecía más duro y más viejo, y sus labios retorcidos, parecían a punto de echarse a llorar a pesar de que estaba sonriendo. Puso los ojos en blanco.

—Dile a mi fiera y virtuosa hermana —dijo una voz densa y sedosa usando la boca de Myra— que Pombagira le envía sus felicitaciones. Y recuérdale que no podría haberlo hecho sin mí.

Myra Kincaid y el espíritu que montaba en ella se aproximaron a la puerta,

pasando por encima del cadáver de su hermano, y se marcharon.

—¿Gorrión? —dijo Theo con voz temblorosa desde el suelo—. Si vuelve a pasar algo como esto, nos marchamos de la ciudad, ¿eh?

—Buena idea. Ya se te podría haber ocurrido antes.

—Esta vez no hubiera funcionado.

—Tienes razón. —Me aproximé a la cama tambaleándome y caí al suelo junto a Theo—. Ve a decirle a Josh que en cuanto acabe con Frances, tu padre lo necesita. Corre.

Tenía los ojos cerrados pero lo sentía a mi lado, sentado en cuclillas.

—¿Y tú?

—Y cuando haya acabado con todos, a mí tampoco me vendría mal un poco de ayuda.

Oí sus pasos mientras se alejaba corriendo por el pasillo. Bien. Pero la prisa era por Albrecht. Yo podría haberle dicho que no estaba en peligro. A la fiera y virtuosa hermana todavía le era útil.

Tom Worecki ha conseguido vengarse y una especie de inmortalidad. Podría haber sido diferente si hubiese quedado un cuerpo sobre el que erguirse en la victoria, un cuerpo del que disponer, acordaos.

Y podría haber sido diferente si yo no hubiese visto el final de tantas películas de terror.

Pero en mis sueños, sigo esperando la secuela. En mis sueños, mis seres queridos se me acercan y los toco, y es la sonrisa de Tom la que aparece en sus bocas y su voz la que sale de ellas. Una vez tras otra.

Y cuando despierto y veo a mis seres queridos, por mucho que me esfuerce, no puedo separar el terror del amor. Es la venganza perfecta. A él le habría encantado.

No sueño con espacios blancos y planos y bailarines pictográficos. No oigo la voz de los espíritus. No los echo en falta. Y no me engaño pensando que se han marchado. Lo que pasa es que todavía no he hecho nada tan malo como para justificar su intervención, eso es todo.

He escrito esto a petición de Sherrea. ¿Es una petición cuando alguien deja una máquina de escribir de quince quilos y un montón de folios junto a tu plato a la hora de cenar y a continuación te pregunta si prefieres escribirlo a mano?

—¿Hacer el qué? —le dije.

—Escribir tu versión de lo que pasó con el monopolio de energía —me dijo, como si hubiera debido saberlo.

Era, y es, una máquina de escribir muy grande. Finalmente pregunté:

—¿Es necesario que rime?

Me ha dicho que quiere un relato de lo ocurrido para los Ingenieros, pero creo que en el fondo piensa que es una especie de terapia para mí. O puede que no. Pero yo me lo he tomado como si lo fuera. He tratado de reproducir fielmente a la persona que despertó en la orilla del río, y entender y perdonar. He hecho progresos en las dos

primeras cosas.

A pesar de ello, creo que todo esto es mentira en sus tres cuartas partes. No puedo haberlo recordado todo y el proceso de intentarlo es como tratar de reconstruir un sueño. Uno pone tejido conectivo donde nunca lo hubo, porque sin él, no tiene una narración, sino una cadena de imágenes sin sentido.

Tampoco me fío de la memoria. ¿Por qué habría de hacerlo? Los recuerdos, por poco fiables que sean, deberían ser los sedimentos que quedan en la arena cuando se retira la ola de la experiencia. Mientras formen parte del proceso, hay algo válido en ellos, algo que los vincula a la vida real.

¿Pero qué ocurre cuando algo existe solo como recuerdo, algo que nunca fue una experiencia? ¿Y si deja incluso conocimientos en la mente: inglés, español, francés y un conocimiento exhaustivo de electrónica de semiconductores? Estas cosas, en mi caso, empezaron siendo recuerdos puros, ajenos a la vida o a la continuidad sensible del tiempo. La experiencia vino después.

¿Y si la Bella Durmiente despertara tras las zarzas, sola, en la oscuridad, sabiendo que su maldición no era el sueño sino el despertar y que la familia, la infancia y la madrina del cuento no eran más que sueños hilados para divertir a una mente virginal?

Ella/ello/él no tendría otra opción que sacar algo de ese despertar. Es lo que yo hago, lo mejor que puedo.

En un momento de entusiasmo mientras degustábamos una botella de *brandy* de cerezas, Theo y yo decidimos restaurar el viejo sistema telefónico municipal para reemplazar las líneas colectivas de Albrecht. Después de tres meses de experiencias muy instructivas, lo tenemos medio terminado; pero es un trabajo interesante.

Descubrí que Loretta, la anciana de la casa de China Black, tenía razón: unos generadores hidroeléctricos comunitarios, situados a intervalos regulares en la orilla del río, son un método razonablemente barato y fiable de proporcionar energía a la mayor parte de la ciudad. De momento hemos instalado cuatro.

Ahora que el monopolio energético se ha derrumbado, está apareciendo una sorprendente cantidad de tecnología fotovoltaica. O al menos, sorprendente para mí. La pasada semana, una tormenta le arrancó el tejado a una casa situada en el extremo sur de la ciudad y aparecieron tres paneles solares escondidos entre las vigas. Mientras dirigía su recogida, me sentí como un arqueólogo que hubiese encontrado la biblioteca de Alejandría intacta.

La gente acude a mí por cosas como esta, y para conseguir información e instrucción. Estoy aprendiendo a hablar con ellos. Estoy aprendiendo a acostumbrarme a que me reconozcan por la calle. Una cantidad aterradora de gente sabe quién soy, e incluso lo que soy, y tengo que seguir con mi vida como si nada. Puede que algún día no me importe.

He dicho que esto era una terapia. Creo que Sher quería que viera que mi vida no es una historia acabada. Ya lo sé, pero puede que ella no se haya dado cuenta. Al final

ha quedado una sorprendente cantidad de gente con vida, incluido el narrador. ¿Se quedan así, con un pie en alto y la respiración a medias?

—Puedes contar —me dijo Frances— que la Pequeña Nell vivió al final. — Estaba tumbada bajo el gran árbol de los *Ingenieros Hoodoo*, con los ojos cerrados y las manos sobre la hierba. Le había contado que iba a escribir esto.

—Oh, qué tragedia —dije.

—Y que, en cuanto se recupere de la pérdida de dos centímetros de intestino, será una persona mucho más interesante, y no será seguro decir cosas como esa.

—Ni necesario, supongo.

Levantó las cejas y abrió los párpados al mismo tiempo.

—Pensé que querías irte.

Miró las ramas y sonrió.

—Puede que lo haga. Algún día. Pero no mientras por aquí quede diversión. Estoy segura de que va a ser tremendamente divertido estar aquí mientras construyes la Nueva Jerusalén. Quiero escribir mi nombre en el cemento fresco.

Estoy impaciente por verlo.

Me gustaba la idea de un final dickensiano. Pero aún no sé quién se casa, quién muere y cuántos hijos tiene cada cual. El padre de Theo sobrevivió al ataque, pero su salud es tan precaria como la de Frances y, a diferencia de la de ella, seguirá así el resto de su vida. Creo que Theo y él han hablado de algunas cosas de las que no estaban acostumbrados a hablar, y creo que eso les ha hecho bien a ambos. Pero yo no estaba allí.

No sé por qué, pero Sherrea cree que la historia no ha terminado. Sí sé por qué lo creo yo. Porque Myra Kincaid tenía razón: no me entero de nada. Hay una clase entera de respuestas a las grandes preguntas de la vida que, cuando se examinan detenidamente, no revelan otra cosa que una nueva serie de preguntas. Ahora conozco los orígenes de mi cuerpo y de mi alma. Es algo así como saber que la cinta magnética está formada por partículas de óxido ferroso adheridas a una película plástica. Estupendo. Y ahora: ¿para qué sirve? ¿Qué hace?

Hace, supongo, lo que tiene que hacer. Hace lo que le encanta hacer o lo que alguien ha de hacer. Ayuda a otros a hacer lo mismo. Y eso es lo que yo hago. Y, a veces, cuando estoy con una llave inglesa en la mano y el cuerpo sumergido en dos centímetros de agua helada, o enseñando a alguien a usar un soldador, o construyendo ingeniosas transiciones entre canción y canción en la sala de control del Underbridge, puedo sentirlo, muy cerca: el poder y la claridad y el brillo, la fuerza y la luz, que tuve una vez en un sueño, un sueño de baile, un sueño *hoodoo*. Puede que dentro de algún tiempo —¿nueve meses? ¿Nueve años?— por fin entienda algo.

He encontrado una cinta de vídeo, una grabación casera que guardó alguien, con varios capítulos de una comedia de televisión. Me gusta. Es divertida. Pero mi parte favorita, la parte que pongo en el Underbridge cuando el amanecer destiñe las ventanas, cuando Theo se ha quedado dormido con la cabeza sobre la mesa de

mezclas, cuando Robby está recorriendo la pista de baile con una escoba al hombro, es el final de cada uno. Entonces la presentadora del programa, vestida con una vieja bata de felpilla rosa, se aproxima al público y a las cámaras, sonriendo, y dice:

—¡A casa! ¡A casa!

Le ha encontrado a la vida todo el sentido posible para una semana. Entonces se lo entrega al público. En ese momento la adoro.

¡A casa! ¡A casa!

Y las luces de la casa se encienden.



EMMA BULL nació en 1954 en Torrance, California. Desde pequeña, ya se entretenía jugando con la máquina de escribir de sus padres y se inició como una voraz y omnívora lectora. Durante su adolescencia puso nombre a su vocación y decidió que ella también redactaría uno de esos libros maravillosos que la cautivaban. Se licenció en Inglés en el Beloit College, en Wisconsin, y comenzó a trabajar, a continuación, como periodista autónoma, como editora y como diseñadora de gráficos en Minneapolis a partir de 1976. En 1983, fundó junto a su esposo, el también escritor Will Shetterly, la editorial SteelDragon, que se dedica a publicar cómics, ediciones limitadas de libros e incluso discos de música. Más adelante, la industria del cine la arrastró hasta Los Ángeles. En la actualidad, vive en una pequeña ciudad de Arizona cercana a la frontera con México, en un rancho, muy feliz y satisfecha de su vida.

Ha escrito novelas, varios guiones, un libro infantil ilustrado, *The Princess and the Lord of Night* (que tuvo una extraordinaria acogida, y que llegó a ser candidato al premio Mythopoeic como mejor trabajo de literatura infantil), y también relatos. En ese sentido, cabe destacar su historia «Silver or Gold», que resultó finalista del premio Nebula en la categoría de mejor novela corta.

Su primera novela causó un notable revuelo. *War for the Oaks* es una fantasía urbana moderna, ubicada en una oscura Minneapolis dotada de una mágica atmósfera en la que un joven cantante de rock se introduce en un mundo oculto y terrorífico. Considerada una de las mejores primeras novelas de 1987, y considerada novela de culto, Bull está intentado que se adapte al cine, y por ello ha publicado el guión de

una hipotética película.

Su primera incursión en la ciencia ficción se produjo de la mano de su segunda novela, *Falcon*, de 1989, que narra la historia de un piloto que trata de salvar un planeta mientras una droga mortal corre por sus venas.

En este sentido, su mejor libro es *Danza de huesos*. Apareció en 1991 y quedó finalista de los principales premios del género: el Hugo, el Nebula, el Mundial de Fantasía y el Philip K. Dick, donde alcanzó el segundo puesto.

Emma Bull es miembro y activa participante del Interstate Writers' Workshop desde su fundación, en los primeros años ochenta, cuando ninguno de sus componentes había aún publicado nada; un grupo también conocido como «The Scribbles». Se trata de uno de los grupos más sólidos e importantes de escritores de ficción de Minnesota, y en sus filas cuenta con autores como Steven Brust, Pamela Dean, Kara Dalkey o Patricia C. Wrede. También forma parte de Sacred Flying House.

Ha enseñado redacción en diferentes lugares, tanto en el famoso taller literario de Clarion de Seattle, en Tucson o en Los Ángeles.

Emma Bull canta y toca la guitarra. Con su banda *Cats Laughing*, en la que se encuentran así mismo Steven Brust y Adam Stemple, ha grabado tres discos de música folk mezclada con el jazz más psicodélico y dado a la improvisación. También forma parte de un dúo, junto a Lorraine Garland, llamado *The Flash Girls*, que tocan folk gótico, con el que tiene dos discos en el mercado.

La comunión con su marido Will Shetterly es muy notable y productiva. Su trabajo conjunto ha dado lugar a la edición de una serie de antologías, cuyo segundo volumen fue finalista del Premio Mundial de Fantasía, un guión y a varios relatos. Esas selecciones de relatos, agrupadas bajo el título de «Liavek», contienen historias de autores de la talla de Gene Wolfe, Jane Yolen, Patricia C. Wrede, Steven Brust, Barry B. Longyear, Alan Moore, Megan Lindholm (Robin Hobb) y otros. Shetterly, que así mismo ha sido actor, ha publicado varias novelas (*Elsewhere*, *Nevernever*, *Chimera*, *Double Feature* y *Dogland*), relatos, guiones y cómics.

Se considera una artista multidisciplinar. Entiende que la creatividad no es un territorio vedado, pues es algo que el ser humano, diariamente, utiliza para su vida cotidiana. Defiende un cambio de perspectiva de nuestra vida para que la observemos y apreciemos como una serie constante de actos creativos. Mantiene una postura muy abierta respecto a lo que debe ser el arte, y no cree en los prejuicios ni en las posiciones que restringen las manifestaciones artísticas a una poética determinada. Bull es partidaria de una libertad creativa plena y auténtica. De hecho, considera que sólo con esa mentalidad y esa forma de actuar, conscientemente, se puede abrir la puerta para que sea posible cambiar el mundo.

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[3] *Loose lips sink ships*, texto de un cartel aliado de la II Guerra Mundial en el que se advertía del peligro del espionaje alemán. (N. del T.) <<

[4] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[6] Lengua tailandesa de un pueblo budista que habita en la ribera del Mekong. (*N. del T.*) <<

[7] En algunas zonas de África, una aldea o zona de vivienda delimitada. En la novela hace referencia a un barrio exclusivo. (*N. del T.*) <<

[8] En la mitología alemana, la réplica exacta o el doble espiritual de una persona. (*N. del T.*) <<

[9] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[11] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[12] Francés. «El cazador». (*N. del T.*) <<

[13] Los espíritus del panteón del vudú. (*N. del T.*) <<

[14] Pareja de amantes de la mitología griega. (*N. del T.*) <<

[15] Persona que practica el vudú. (*N. del T.*) <<

[16] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[17] En el vudú, dibujos de carácter simbólico y propiedades mágicas. (*N. del T.*) <<

[18] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[19] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[20] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[21] En la mitología yoruba y sus derivaciones caribeñas, el dios del trueno y el rayo.
(*N. del T.*) <<

[22] En francés en el original. «Caballo». (*N. del T.*) <<

[23] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[24] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[25] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[26] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[27] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[28] Literalmente, «Negra Porcelana». (*N. del T.*) <<

[29] Mago practicante del vudú. (*N. del T.*) <<

[30] Sacerdotisa del vudú. (*N. del T.*) <<

[31] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[32] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[33] Lugarteniente de Juana de Arco. Tras la muerte de esta fue acusado de toda clase de atrocidades y condenado a muerte. (*N. del T.*) <<

[34] Plato tradicional de la cocina sureña, consistente en una mezcla de arroz largo, cerdo, judías negras y diversas especias. Suele tomarse en celebraciones. (*N. del T.*)

<<

[35] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[36] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<